

# EL RECOPILADOR

Museo americano

Antología





**El Recopilador**  
Museo Americano

Edición, compilación  
y estudio preliminar de  
*Hernán Pas*



# El Recopilador

## Museo Americano

Edición, compilación  
y estudio preliminar de  
*Hernán Pas*



Bacle, César

El Recopilador : Museo Americano . - 1.<sup>a</sup> ed. - Buenos Aires :  
Biblioteca Nacional, 2013.

344 págs. ; 23x15 cm.

ISBN 978-987-1741-51-9

1. Estudios Culturales. 2. Arte. 3. Política. I. Título  
CDD 306

## **COLECCIÓN REEDICIONES Y ANTOLOGÍAS**

Biblioteca Nacional

**Dirección:** Horacio González

**Subdirección:** Elsa Barber

**Dirección de Cultura:** Ezequiel Grimson

**Coordinación Área de Publicaciones:** Sebastián Scolnik

**Área de Publicaciones:** Yasmín Fardjome, María Rita Fernández,  
Ignacio Gago, Griselda Ibarra, Gabriela Mocca, Horacio Nieva,  
Juana Orquin, Alejandro Truant

**Diagramación de interiores:** Carlos Fernández

© 2013, Biblioteca Nacional

Agüero 2502 (C1425EID)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

[www.bn.gob.ar](http://www.bn.gob.ar)

**ISBN:** 978-987-1741-51-9

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

# Índice

Estudio preliminar .....	11
Nota a la presente edición .....	35
Número 1 .....	37
Número 2 .....	55
Número 3 .....	71
Número 4 .....	83
Número 5 .....	95
Número 6 .....	107
Número 7 .....	123
Número 8 .....	131
Número 9 .....	141
Número 10 .....	157
Número 11 .....	163
Número 12 .....	179
Número 13 .....	191
Número 14 .....	207
Número 15 .....	215
Número 16 .....	225
Número 17 .....	241
Número 18 .....	247
Número 19 .....	253
Número 20 .....	267
Número 21 .....	275
Número 22 .....	283
Número 23 .....	297
Número 24 .....	307
Número 25 .....	321
Índice analítico .....	335





Agradezco al director de la Biblioteca Nacional, Horacio González, por su interés en esta publicación, y de modo especial a María Etchepareborda, Mariana Monteagudo Tejedor, Graciela Díaz y Juan Pablo Canala, jefa y personal de la Sala del Tesoro, respectivamente, quienes me facilitaron el encuentro con el volumen original del periódico y contribuyeron amablemente con la tarea de investigación.



Estudio preliminar

## **Compilar, transcribir, editar: los inicios de la literatura argentina**

por Hernán Pas

Para mediados de 1836, cuando aparece en Buenos Aires el primer número de *El Recopilador*, la existencia de la literatura argentina apenas merecía la fuerza de una convicción: esta debía aún fundarse, debía, como señalaría un año después Juan María Gutiérrez, definir su “carácter”. Ni *Elvira*, ni aun *Los consuelos* de Esteban Echeverría, a pesar de haber trazado entre las inclinaciones lectoras de la época —y según el mismo Gutiérrez— una senda verdaderamente novedosa, ni mucho menos el desparejo compendio que editó Ramón Díaz en París bajo el título de *La Lira Argentina* bastaban, desde ya, para afirmar la existencia de una literatura propia.

En ese marco, el de los primeros ensayos y reflexiones en torno a una literatura nacional, la aparición de un periódico como *El Recopilador* no pudo no resultar un suceso significativo. Que tal suceso, curiosamente, haya permanecido hasta el día de hoy prácticamente ignorado es en gran parte corolario de aquella misma convicción que relegó a los márgenes literarios toda producción que no se inscribiera en uno o mas tomos debidamente encuadernados. En efecto, a pesar del renovado interés por las condiciones materiales de producción textual que en las últimas décadas propició una aguda revisión de esa creencia, *El Recopilador* ha sido en general desatendido por la crítica, a consecuencia del carácter inaugural que la historiografía literaria supo otorgar, entre publicaciones del estilo, a *La Moda* de Alberdi y Corvalán.<sup>1</sup> No obstante, una lectura atenta de las páginas de *El Recopilador* puede no solo suministrar suficientes elementos con los que matizar ese carácter, sino también ofrecer —al fin y al cabo, lo que parece más relevante— un valioso material a las disposiciones actuales de la crítica.

*El Recopilador* comenzó a publicarse en Buenos Aires en mayo de 1836, por la Imprenta del Comercio y Litografía del Estado, los mismos

---

1. Ha sido Félix Weinberg quien, en su indispensable *El Salón Literario*, señaló la importancia de *El Recopilador* entre las publicaciones de la época.

talleres donde apenas un año antes se había publicado el *Museo Americano*, primer periódico ilustrado de la región, fundado y dirigido por el conocido grabador Cesar Hipólito Bacle.<sup>2</sup> La coincidencia no es fortuita, pues *El Recopilador* se asumía como una continuación del *Museo*, sobre todo porque ambas publicaciones ofrecían entre sus páginas estampas litográficas, una verdadera novedad en el universo editorial de la época –aspecto sobre el que volveremos más adelante–, presentaban asimismo un diseño tipográfico similar y se editaban bajo dirección del mencionado litógrafo ginebrino. Sin embargo, quien había sido esporádico colaborador del *Museo*, Juan María Gutiérrez, pasaba a ser redactor principal en la nueva empresa, dato por cierto nada desdeñable al momento de evaluar lo que hoy llamaríamos “perfil” editorial de la publicación. En efecto, como sugirió Félix Weinberg, la asunción de Gutiérrez como principal redactor significó un cambio de orientación importante que implicó, entre otras cosas, la incorporación al periódico de piezas ensayísticas y poéticas de la nueva promoción de escritores, conocida como “generación del 37” o “generación romántica”.

No está de más observar, por otra parte, el hecho de que ese perfil se haya visto también determinado por las condiciones materiales de impresión, circulación y demandas lectoras de la época. *El Recopilador* se publicaba semanalmente, con un formato de ocho páginas a dos columnas, en un tamaño (*in octavo*) aproximado de 19 x 28 cm y con paginación corrida. Cada número llevaba, como se dijo, una lámina litografiada al inicio del periódico, sobre la que versaba, a modo de complemento, un artículo descriptivo. De manera que más que de un periódico se trataba en verdad de una revista de misceláneas ilustrada, cuyos números encuadernados (25 en total) formaban un volumen de 200 páginas (formato más próximo al libro que al impreso periódico). Esta caracterización, por cierto, supone un tipo de público lector más o menos específico, virtualmente emparentado

---

2. *El Recopilador* se publicó semanalmente desde mayo hasta octubre de 1836, alcanzando un total de 25 números editados. El único ejemplar completo que se conserva en la Biblioteca Nacional lleva encuadernación correspondiente al tomo II (agosto-octubre). Sobre el *Museo Americano*, pueden resultar de provecho los trabajos de Sandra Szir: “De la cultura impresa a la cultura de lo visible. Las publicaciones periódicas ilustradas en Buenos Aires en el Siglo XIX” (2009) y “Romanticismo y cultura de la imagen en los primeros periódicos ilustrados en Buenos Aires. *El Museo Americano, 1835-1836*” (2010). Ver referencias bibliográficas.

con el tipo de audiencia que poseían por entonces publicaciones como, por ejemplo, *El Instructor*.<sup>3</sup> Como ha considerado la mayoría de las historias del impreso periódico, siguiendo en esto los trabajos pioneros de Antonio Zinny, si bien la década de aparición de *El Recopilador* fue –al menos hasta principios de 1838–, un periodo de auspiciosa expansión de la prensa porteña, lo cierto es que tal expansión se debió en primer orden a las disputas político-gubernativas, que alentaron el crecimiento de la llamada “prensa de barricada”, por un lado; y que la emergencia de nuevos intereses de lectura, manifiesta en los avisos de venta de libros promocionados en los periódicos, por el otro, apenas comenzaba a canalizarse públicamente de manera precaria.<sup>4</sup> *El Recopilador* puede por tanto considerarse uno de los primeros intentos por responder desde plataformas periodísticas a esos nuevos intereses de lectura, que venían trazando desde hacía uno o dos lustros una demanda diversificada a la vez que paralela a los escritos de corte noticioso o doctrinario. De hecho, el fenómeno parece estar en la base del proyecto editorial del nuevo periódico. Al pasar revista de los primeros 15 números publicados, su redactor sostenía:

[*El recopilador*] Ha considerado que la mayoría de sus suscriptores formarían una entidad intelectual, compuesta de los tres elementos ya mencionados: la señorita, el mal lector, y el pedante, morigerada con aquel buen sentido y discreción que los historiadores providenciales atribuyen a las masas [...] Lo primero que tiene en vista *El Recopilador* es la variedad, el contraste en los artículos de sus columnas; sin esta condición, difícil o imposible es ser leído en los tiempos presentes; tiempos

---

3. El *Instructor o Repertorio de Historia, Bellas Letras y Arte* era un periódico editado en Londres por el español Ángel de Villalobos y escrito totalmente en castellano, que circulaba por algunas ciudades hispanoamericanas como Buenos Aires, Montevideo y Santiago de Chile. Se publicó desde 1834 hasta 1842, cuando fue reemplazado por *La Colmena. Periódico de Ciencias, Artes, Historia y Literatura*. Este último, también a cargo de Villalobos, estuvo especialmente pensado para la audiencia hispanoamericana.

4. Entre 1830 y 1838, año decisivo en la restricción publicitaria por parte del rosismo, se sucedieron un total de 89 publicaciones periódicas. Solo en 1833 aparecieron 37 periódicos nuevos, formando con los ya existentes un total de 43 publicaciones periódicas. En 1836, en cambio, se publicaron 7 periódicos, y *El Recopilador* figuró entre los dos nuevos impresos de ese año –el otro era *La Guía del Forastero y Almanaque de Buenos Aires*–. Ver el cuadro que ofrece Zinny en la página 3 de su *Efemeridografía argiro metropolitana...* Ver, también, Beltrán. *Historia del periodismo argentino...*, p. 178.

en los que la inteligencia es ambiciosa de saber, pero perezosa [...] Sin variedad en los asuntos, los suscriptores de un periódico de la especie de *El Recopilador* bostezarían, y lo que es peor, borrarían su nombre de la suscripción que, de paso, ha de saber el público que no es muy numerosa.

El pasaje permite observar algunas de las características que irán dando forma a publicaciones cuya legitimidad no reside ya solo en un discurso político, sino que se nutre del perfil de nuevas demandas culturales. En primer lugar, la composición imaginaria de un “campo de lectura” diversificado –la “señorita”, el “pedante”, el lector no instruido, y un lectorado ampliado y no letrado, aquí denominado las “masas”– es una muestra de los distintos intereses que pugnan por la composición de un nuevo público, no reconocible ya en el horizonte de los escritos de corte doctrinal o político. En segundo lugar, ligado a lo anterior, el reconocimiento de la variedad de temas necesarios para ser tratados en la publicación va acompañado con la noción de un trastoque temporal, el de “los tiempos presentes”, indicando un claro viraje en los nuevos contenidos mediatizados por el reconocimiento de una nueva demanda social. Esa nueva demanda –caracterizada por la “variedad” de asuntos– es la que explica, en parte, el carácter “eclectico” de la publicación, en cuyas páginas se dan cita –además de las pinturas litografiadas– ensayos literarios, poemas, relatos de viaje, artículos de costumbres, novedades tecnológicas o científicas, cifras estadísticas, comentarios críticos, etc.<sup>5</sup> Lo explica en parte, pues, como deja inferir el último renglón de la cita, diversidad lectora y escasez de lectores no son fenómenos excluyentes, antes bien parecen vincularse en términos de causalidad: debido a que la cantidad de suscriptores –los lectores comprometidos con la publicación– es más bien poco numerosa, la estrategia editorial parece ser la de abarcar la mayor cantidad de temas a fin de promover e incentivar nuevas suscripciones.

No sorprende, entonces, que la estrategia de *El Recopilador* se aproxime a aquella que adoptó D. F. Sarmiento desde las páginas de *El Progreso*, su célebre periódico santiaguino. Al enumerar los temas que abarcaría su

---

5. En el número 16, bajo el título de “*El Recopilador* a sus suscriptores”, se aclara el eclecticismo de la publicación mediante la idea de una necesaria educación de “muchas noticias, ideas y nociones tan exactas como necesarias”, y se resume la propuesta de la redacción bajo el adagio horaciano que une al deleite la necesaria utilidad de las lecturas: *Omne tulit punctum, qui miscuit utili dulci, Lectorem delectando.*

diario recientemente fundado –entre los cuales ubicaba el teatro, la moda, la literatura, las tertulias, los conciertos, “algo para las señoritas”, etc.–, Sarmiento concluía perentorio: “Nuestro diario aventajará a los más afamados de Europa y América, por la razón muy obvia de que siendo uno de los últimos periódicos del mundo, tendremos a nuestra disposición y para escoger como en peras, lo que han publicado todos los demás diarios”<sup>6</sup>. De las precarias condiciones de una publicación sudamericana, el sanjuanino producía un desplazamiento ingenioso: al igual que con el trabajo de traducción, convertía esa posición marginal en una preclara ventaja del oficio letrado. Del mismo modo, el redactor de *El Recopilador* ironizaba acerca de las virtudes del nuevo periódico porteño, el cual –sostenía en el prólogo– “promete mucho, ya que su talento se ha de componer de la suma de todos los talentos. Se llama *Recopilador*, y recopilará, recopilará”. Ante la escasez de producción local, estas publicaciones asumen de hecho que para responder a esa demanda diversa no hay mejor operación que recurrir a sus previsibles fuentes: las publicaciones europeas. De allí que la verdadera destreza en la redacción de Gutiérrez radique en la combinación de aquellas fuentes –la mayor parte en forma de traducciones– con los ensayos y poemas de los jóvenes escritores rioplatenses, quienes por aquel año habían coincidido en la librería de Marcos Sastre donde poco después funcionaría el famoso Salón Literario. Extractos de *Le Reformateur*, el *Miroir de Paris*, la *Revue Européenne*, el *Magasin Pittoresque*, o de la *Historia de América* de William Robertson, o la *Historia de México* del jesuita Francisco Javier Clavijero, entre otros, se fundirán en las páginas de *El Recopilador* junto con poemas y colaboraciones de Echeverría y del mismo Gutiérrez, artículos de Thompson y de otros escritores que, presumiblemente, prestaron colaboración en la empresa.<sup>7</sup>

6. *El Progreso*, Santiago de Chile, N.º 1, Sección “Folletín”, 1842.

7. Según Antonio Zinny, pertenecen a la pluma de Gutiérrez (quien firmaba sus textos con la letra final de su apellido: “Z”) los siguientes escritos: el “Prólogo”, “El caballo, en la provincia de Buenos Aires”, los poemas “La Margen del Río” y “La Diamela” (originales), y “El hombre en el centro de la creación”, “El preso de Chillón”, la “Biografía de Huerta”, “Ensayo histórico sobre la poesía española. Desde su origen hasta Góngora”, “El ciego de Clermont” y el “Himno a la Belleza” (mayormente traducidos). (Véase, ZINNY, *Juan María Gutiérrez...*, p. 10). No obstante, la lectura del periódico ofrece sugerentes elementos como para creer que el trabajo de redacción de Gutiérrez se extendió a otros textos. Por otra parte, no es posible determinar la inexistencia de otros colaboradores además de Esteban Echeverría y Juan Thompson.

De tal modo, si *El Recopilador* ofrecía un repertorio variopinto –característico de un fervor enciclopédico de ascendencia ilustrada– no por ello dejaba de esbozar un incipiente programa literario cuyo perfil romántico se hacía ostensible tanto en las colaboraciones locales cuanto en la selección y organización del material editado. En la revista ofrecida en el número 16 que ya citamos, ese programa se hace notorio en la ponderación de los textos reseñados: cuentos o novelas cortas (“Tristan el viajero, la Gitanilla de Cataluña, el Ciego de Clermont”) y los denominados cuentos biográficos (donde resaltan, por ejemplo, las anécdotas biográficas de Goethe y Lesage), además de los relatos de viaje, de donde el periódico solía extraer sus cuadros descriptivos de culturas extrañas o poco conocidas. Ese es el rasgo que distingue la empresa de *El Recopilador* de su inmediato antecesor. En efecto, si ambas publicaciones compartían el anhelo de un nuevo pacto de lectura en el que la imagen cobraba un espesor hasta entonces inaudito en los exhortos de la prensa, la selección y disposición del material impreso en el periódico redactado por Gutiérrez combinaba el carácter didáctico con una vertiente estética implícitamente asumida, ausente en general en el caso del *Museo*.<sup>8</sup>

Tal disposición puede corroborarse en el primer número del periódico: si comienza con un artículo referido a la “Historia del Vapor. Aplicado a la navegación”, reiterando un afán ilustrativo que asomó a la prensa desde los días de la Independencia, a continuación se da a conocer la “Apología del matambre” de Esteban Echeverría, y páginas después el poema “Serenata” del mismo autor (pieza que también aparece en las *Cartas a un amigo*, dato que quizá permita estipular con más precisión la fecha de redacción de estas), recogido luego en el volumen *Rimas* (1837). El poema de Echeverría apareció, además, acompañado por otro de Gutiérrez, “La Margen del Río”, y no serían estos los únicos poemas publicados en sus páginas.<sup>9</sup> La cantidad de textos vinculados a lo que por entonces se daba

8. Mientras que en *El Recopilador* el lenguaje visual asume una función más “orgánica”, si así puede decirse, en la medida en que muchas de las imágenes seleccionadas contribuyen al despliegue de tópicos del romanticismo pictórico y literario, las litografías del *Museo*, en cambio, propendían más bien a una función enciclopedista e instructiva. Sandra Szir ha analizado la empresa editorial del *Museo Americano*, resaltando el fuerte impulso didáctico –además del comercial, por cierto– que orientaba el emprendimiento de Bacle. Véanse los trabajos citados en nota 2.

9. Además del poema “Serenata”, de Echeverría se publicaron “El Desamor” (N.º 2, p. 11, col. 2), “A una lágrima” (N.º 4, p. 32, col. 2), “La Aroma (canción inédita)” (N.º 14, p. 112, col. 2), “TINIS. Extracto de un poema titulado Rosaura” (N.º 20, pp. 162-164, cols. 1 y 2),



en llamar “amena literatura” –que se puede verificar mediante un sucinto repaso del índice– como fragmentos o reseñas de novelas, traducciones de poemas, relatos de viaje, casi siempre bajo dominio de la veta costumbrista, revela el afán por socializar a la vez que capitalizar las nuevas tendencias del romanticismo literario.

Un recurso interesante que inaugura la primera entrega es el referido a las traducciones de versos o pasajes literarios de célebres escritores o pensadores, que vendrían a ser algo así como las “frases antológicas” que explotan las actuales revistas de *magazine*. Además del interés intrínseco en ese tipo de traducciones (como las máximas de Franklin, que aparecen en ese mismo número), una lectura atenta no dejará de encontrar ciertas claves que permitan una reconstrucción más ajustada de la formación letrada de la época. Así ocurre, por ejemplo, con algunas traducciones que reaparecerán en conspicuos textos de la llamada generación del 37. Como se recordará, *La cautiva* de Echeverría porta como epígrafe la traducción de un verso del *Don Juan* de Byron: “En todo clima el corazón de la mujer es tierra fértil en afectos generosos; ellas en cualquier circunstancia de la vida saben, como la Samaritana, prodigar el óleo y el vino”. Allí donde el poeta inglés hablaba de nación (“*whatsoe'er their nation*”), el bardo sudamericano usufructuaba el traslado para insertar la concepción más geológica de “clima”; del mismo modo, el atributo psicológico del genio de la mujer (“*genial soil*”) se transformaba en la versión echeverriana en el sentido biológico de “fertilidad”. Se ha querido ver en ese desplazamiento de lo intelectual y espiritual a lo concreto y material la reformulación del ideario romántico bajo los intereses particulares de las elites letradas latinoamericanas. Ahora bien, resulta sugerente que ese mismo pasaje y “ligeramente” esa misma traducción hayan sido publicados en la primera entrega de *El Recopilador*. La traducción del semanario es la siguiente: “En todas las regiones del mundo, el corazón de la mujer es una tierra fértil en tiernos sentimientos: las mujeres, como la Samaritana, vierten bálsamos y vino para mitigar las penas de la vida”. Aunque “ligeramente” similar –aquí no se habla de clima sino de las regiones del mundo–, sin embargo lo que retiene esta versión es la función biológica de la mujer y no su genio, como lo hace el verso original. Si se tiene en cuenta que esta primera traducción

que es el fragmento tercero que luego aparecerá en las *Rimas*, y de Juan María Gutiérrez “La diamela (inérita)” (N° 9, p. 72, cols. 1 y 2).

apareció publicada junto a una serie de citas literarias, en forma de aforismos, dirigidas a proclamar la labor republicana de la mujer en el Río de la Plata —el “retrato ideal de una mujer” debido a Sófocles, por ejemplo— el sentido de ese traslado se vuelve más palpable que lo que deja imaginar su inscripción en el poema (más aún, si se piensa, incluso, que esa traducción pudo haberse debido a una colaboración del propio Echeverría).

Si lo que estaba en discusión por aquellos años —discusión que se daba no solo ni primordialmente al interior de los gabinetes o asociaciones de lectura de la nueva generación— eran los protocolos de un programa literario nacional, *El Recopilador* vendría a ofrecer entonces los primeros textos que intentaban dirimir esos protocolos de manera pública, es decir confrontándose con las exigencias de un público lector relativamente diversificado. Por lo cual, la selección y organización de los textos publicados en el semanario era también un modo de mediar con ese público; de allí que los llamados cuentos o novelas cortas, las anécdotas biográficas, las descripciones y los artículos costumbristas (*El Recopilador* publica el conocido texto de Larra, “Modos de vivir que no dan de vivir”), en fin, lo que por entonces se llamaba “amena literatura” se aviniera muy bien con los poemas y ensayos escritos por Gutiérrez, Echeverría o Thompson. De entre ellos, se destacan el ensayo “El caballo, en la provincia de Buenos Aires” del primero, la “Apología del matambre” y los poemas del segundo, y el artículo “La poesía y la música entre nosotros”, del último. Costumbrismo, color local y cancionero popular conforman así las incipientes muestras de un programa literario romántico que hallaría su plasmación parcial con las *Rimas* de Echeverría en 1837 y cuya proyección, aunque reelaborada desde otros parámetros y otros intereses, no dejaría de observarse en el *Facundo* de Sarmiento.

Por cierto, un aspecto importante en la elaboración de esos protocolos —de lectura y de escritura—, en torno al carácter nacional o local de la literatura, es sin duda el particular cruce genérico promovido por el contexto enunciativo del periódico. Como se sabe, los planteos relativos a las inducciones simbólicas del soporte material, o al modo en que las formas físicas afectan la construcción del sentido han tenido un amplio desarrollo teórico en autores como Roger Chartier, D. F. McKenzie, Carlo Ginzburg o Robert Darton. Desde esa línea de análisis, la lectura de los textos que aquí presentamos asume un particular relieve en tanto la misma debe ser realizada en el marco de una propuesta editorial más amplia, en cuyo vago diseño tales textos quedaban insertos. En el caso que nos ocupa, se trataría

de ver en contexto –un contexto, por decirlo así, físico– el funcionamiento de una red textual que podríamos vincular, a grandes rasgos, con las opciones estéticas e ideológicas del romanticismo.<sup>10</sup> Un texto como el ensayo mencionado de Gutiérrez, por ejemplo, no puede dejar de leerse a la luz de la propuesta editorial del semanario, entre cuyas tendencias el discurso iconográfico sobresalía de modo particular. Por ello mismo, tampoco puede desvincularse de las innovaciones técnicas que incidían en la edición y lectura de dicha propuesta, como fue la incorporación de imágenes litografiadas a las páginas del semanario. Veamos, entonces, algunos aspectos de esa novedad editorial y sus posibles relaciones con la literatura.

### **Escribir con imágenes**

La incorporación de lo que algunos estudiosos llamaron “cultura de lo visible” fue uno de los rasgos novedosos que caracterizó el espesor discursivo de la prensa periódica a principios y mediados del siglo XIX. Para mediados de la década del 20 y principios de la siguiente, la anexión de imágenes al impreso periódico fue ganando espacio y calidad con el desarrollo de nuevas técnicas de reproducción pictórica, como fue el caso de la litografía, que suplantó a la xilografía y a la práctica tradicional del huecograbado.<sup>11</sup>

El descubrimiento de la técnica litográfica permitió que los trabajos de los dibujantes se fueran incorporando con mayor facilidad al incipiente mercado del impreso, estableciendo una ampliación del registro discursivo

---

10. Leyendo esa red textual en los relatos de los viajeros ingleses, Adolfo Prieto ha propuesto algunas hipótesis muy sugerentes (la principal, como se sabe, sostiene que la literatura argentina se construyó mediante el vínculo coetáneo con tópicos dominantes de esa serie). Podría proponerse una lectura similar de la prensa del periodo; como se sabe, los periódicos fueron durante el siglo XIX el soporte material primordial de las élites letradas; estos asumieron funciones que los tornan un objeto privilegiado a la hora de evaluar el procesamiento y la expansión de dichos tópicos.

11. En Europa, el uso de la litografía fue el inicio de un desarrollo marcado y constante de las nuevas técnicas para multiplicar imágenes, ampliando cada vez más el conjunto de posibilidades: el grabado en madera de boj, la cromolitografía (creada en Francia a mediados de 1830), y posteriormente la fotografía y el fotograbado. En Latinoamérica, en cambio, y hasta bien avanzado el siglo, la técnica más utilizada para la impresión de imágenes fue la litográfica.

en la que lo visual interactuaba con lo textual y establecía, por tanto, nuevos parámetros de lectura.<sup>12</sup> A partir de entonces, y sobre todo con la aparición de periódicos como el *Penny Magazine* (1830) de Londres, o el *Magasin Pittoresque* (1833) de París –citado, como ya se dijo, en *El Recopilador*–, la prensa ilustrada comenzaría a ganar espacio en el mercado del impreso periódico, atrayendo a una amplia franja de lectores –en general pertenecientes a familias de la pequeña burguesía– que encontraban en la prensa ilustrada –especie de *encyclopédie populaire*– una novedosa propuesta de lectura, menos restrictiva que aquella ofrecida por la llamada prensa seria o de ideas.

En Buenos Aires, los primeros talleres litográficos se instalaron en 1826, bajo el emprendimiento comercial del naturalista francés Jean Baptiste Douville, quien puso en funcionamiento una prensa litográfica con el fin de retratar a conocidos personajes como el Almirante Brown, los generales Mansilla, Alvear y Balcarce, y adquirir de ese modo un rédito económico, lo que logró en los primeros meses del año siguiente. Poco después, en 1828, el ya mencionado Cesar Hipólito Bacle abrió su primer taller litográfico. Son bien conocidos los trabajos de Bacle por la historiográfica cultural argentina, sobre todo aquellos vinculados a retratos de emblemáticas figuras políticas (entre ellas, la de Juan Manuel de Rosas), tanto como sus célebres estampas costumbristas, que aparecieron entre 1834 y 1835 con el nombre de *Trages y costumbres de la Provincia de Buenos Aires*<sup>13</sup>.

Luego de un breve interregno debido a un viaje comercial a Brasil, Bacle se instala nuevamente en Buenos Aires y publica los primeros periódicos ilustrados de la región: el *Diario de Anuncios y Publicaciones Oficiales de Buenos Aires*, redactado por José Rivera Indarte, que comenzó a publicarse en enero de 1835 y en cuyo número 80 apareció un retrato de Rosas, y los ya

---

12. La litografía fue un hallazgo del dramaturgo bávaro Alois Senefelder quien, hacia fines de 1790, escaso de recursos para imprimir sus propios escritos, ideó un modo más expeditivo y económico que el del impreso tipográfico tradicional: la técnica de impresión litográfica, que consistía en la escritura o dibujo con un lápiz litográfico sobre una piedra caliza, la cual se humedecía y se entintaba para luego colocar el papel sobre la piedra e imprimir ejerciendo presión con la prensa (Senefelder, *The Invention of Lithography*, pp. 2-11).

13. La obra constaba de seis cuadernos que incluían seis litografías cada uno. El original se halla en la Sala del Tesoro de la Biblioteca Nacional. Sobre la labor de Bacle, véase Alejo B. González Garaño, *Exposición de las obras de Bacle existentes en la colección de Alejo B. González Garaño*, Buenos Aires, Ediciones de Amigos del Arte, 1933.

mencionados *Museo Americano*, que llevaba el subtítulo “Libro de Todo el Mundo”, que apareció en abril del mismo año y *El Recopilador*, publicado un año después. Pero mientras que el primero era un periódico de carácter oficioso, encuadrado con los mandatos y publicidades rosistas, el *Museo* y *El Recopilador*, en cambio, ensayaban una propuesta de lectura, como se dijo, verdaderamente novedosa para la época, en la medida en que las imágenes litografiadas que acompañaban cada número actuaban de complemento, o extensión, de las prácticas hasta entonces más habituales de lectura.

En *El Recopilador* no son poco frecuentes los momentos en que determinados textos remiten a su respectiva versión visual, o en su defecto imágenes que vienen a “representar” algún episodio novelesco que ofrece el periódico. Esa confluencia de texto e imagen determinará la que tal vez haya sido la inflexión más decisiva del romanticismo en Latinoamérica. Me refiero al género costumbrista, cuya expansión a través de la prensa periódica debe ser pensada junto a la creciente incorporación y difusión de las representaciones pictóricas. De la circulación de esas imágenes pueden inferirse muchos de los rasgos que confluyeron en la literatura romántica de la época, como por ejemplo la naturalización de la jerarquía social en el orden doméstico presente en litografías de Bacle y Moulin como “Señoras en la mañana” de 1833, cuya inflexión literaria fue agudamente indagada por David Viñas a través de las figuras de los “niños” y “criados” en *Amalia* de José Mármol, o las escenas rurales y semi-salvajes representadas en sendas acuarelas de Pellegrini como *El matadero* y *El saladero*, ambas de 1830, que muy probablemente hayan servido de gráfico estímulo para la escritura del conocido texto de Echeverría.<sup>14</sup>

### Exotismo y representación<sup>15</sup>

Bajo el imperio de esa utilidad que el adagio horaciano coronaba entre los principales propósitos de *El Recopilador*, el semanario incluía la

14. Sobre Pellegrini y otros dibujantes del período, ver: *Monumenta Iconographica* de Bonifacio del Carril, especialmente el apartado “La época de Rosas”, pp. 49-67.

15. Los párrafos que siguen reelaboran ideas y argumentos que he presentado en un trabajo previo, “La escritura de las imágenes. De *El Recopilador* (1836) al *Facundo* (1845)”. Ver referencias bibliográficas.

descripción de lugares y sociedades desconocidas, cuyo carácter de *extrañeza* buscaban “retratar” las representaciones litográficas que las acompañaban. Recurramos deliberadamente a un fragmento de esas descripciones para iluminar algunas de las características prominentes de ese programa. En su segunda entrega, en un artículo sobre ciertas costumbres campesinas, puede leerse: “Si sus habitaciones y andrajos repugnan y repelen, no por eso tema nada el viajero que se extravíe en aquel páramo, pues hallará allí más hospitalidad y sincero desinterés que en los demás puntos ricos y civilizados [del Departamento]”.

Quien haya abrevado en el intertexto formado por los relatos de viaje extranjeros y los ensayos iniciales de la llamada “generación romántica” argentina –entre los cuales las *Cartas a un amigo* de Echeverría resultan un ejemplo privilegiado– no dudaría en asimilar a este pasaje la referencia a las “sencillas y hospitalarias” chozas<sup>16</sup> –así como a las virtudes– de los gauchos argentinos. Sin embargo, este fragmento pertenece a un artículo sobre “Los habitantes de *Las Landas*”, una región francesa ubicada entre “el río Ardu y la ciudad de Burdeos”, y cuya lámina litográfica “representa –dice el redactor– a los habitantes de los páramos de la Gascoña, vestidos con el traje *singular que les es propio*, que en vano se buscaría en algún otro lugar del mundo”. El significado de singularidad y extrañeza se liga a lo lejano, a lo no conocido, y remite sobre todo al tópico romántico del exotismo como particularidad cultural que, como acabamos de ver, es propio de una región, un pueblo o una nación.<sup>17</sup>

En ese contexto es que deben leerse, entonces, ensayos notables como “El caballo, en la provincia de Buenos Aires”, de Gutiérrez, cuya publicación se inició en la tercera entrega y cuya conclusión apareció recién en su número veintidós. Con la intención de reflexionar acerca de “cuál es la parte de originalidad que debemos nosotros ya civilizados [en oposición a los aborígenes] al uso hábil y frecuente que sabemos hacer de las nobles

---

16. Cito de las *Cartas a un amigo*, de Echeverría (*Obras*, 1972, p. 404).

17. En el marco de ese programa entre romántico e ilustrado, lo exótico es también lo original, lo pintoresco. Cabe recordar aquí que lo pintoresco (palabra de origen italiano, y que designa “un punto de vista propio de los pintores”) tuvo su elaboración teórica en Inglaterra en la segunda mitad del XVIII y se liga a uno de los significados con que en Francia fue concebido en sus inicios el término *Romantic*, proveniente, como lo *pittoresque*, de Inglaterra. Ver al respecto la introducción de Praz a *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*, pp. 33-61.

condiciones del caballo”, Gutiérrez dedicaba varios pasajes a describir las costumbres y los hábitos de la población rural enfatizando la mutua dependencia entre paisano y caballo. Esa dependencia cobra en el ensayo el carácter de una contigüidad que se extiende de manera metonímica hasta identificar a la población rural con el espacio natural que ella habita:

El movimiento del caballo despierta la meditación e impone silencio al jinete: las ideas se suceden con la rapidez del galope; pero los labios se niegan a expresarlas, tal vez porque la excesiva actividad como el profundo reposo producen iguales efectos. ¿No podría explicarse, por esta observación, el carácter silencioso de nuestra campaña y la especie de pereza que tienen para expresar lo que piensan y sienten?

Esa relación de contigüidad aparece, además, codificada literariamente mediante la cita shakespeariana —“*A horse! a horse! my kingdom for a horse!*”— que porta como acápite el ensayo y que, como se sabe, llegará a las páginas del *Facundo* en su traducción francesa. Pero en el orden descriptivo la identificación entre bestia y paisano excede la retórica erudita en un movimiento que naturaliza el objeto retratado y lo coloca por fuera de la escritura y, por lo tanto, por fuera del lugar de enunciación que al principio dibujaba, ambiguamente, un “nosotros” genérico. Así, a diferencia de las modas que rigen los usos de la vestimenta en las ciudades, en los campos, dirá el redactor:

La ley de la necesidad dictó las formas del traje, y tal cual es y ha sido, permanecerá mientras el hombre identificado con el caballo necesite soltura en los miembros y agilidad en los movimientos. Lo que decimos del vestido puede aplicarse a los hábitos morales, a las pasiones del ánimo y al desenvolvimiento y cultura de los sentidos y de la inteligencia.

Como se ve, el ensayo de Gutiérrez puede leerse como el incipiente bosquejo de un programa literario del nativismo criollo. Es necesario, sin embargo, inscribir el artículo en el contexto de la propuesta del semanario para delinear los posibles alcances de ese programa. En este sentido, como se ha dicho, es prominente en las páginas de la publicación la presencia de imágenes y artículos dedicados a culturas extrañas o desconocidas, como el caso del pueblo francés citado más arriba. Resulta sugerente, por lo mismo, la cantidad de artículos o reseñas que *El Recopilador* dedica a los países asiáticos,

como Siria o Turquía, entre otros, con el fin de ofrecer, como se dice acerca de Japón, “algunos rasgos característicos de la fisonomía de aquellos pueblos cuyos usos y costumbres son del todo distintos de las naciones para nosotros más conocidas”<sup>18</sup>. Lo que esas páginas ponen en circulación, sin embargo, es un modo de representación en el que imagen y palabra se complementan ofreciendo una descripción estereotípica. Una litografía que reproduce una pintura original de M. Deschamps, por ejemplo, sobre un “Cuerpo de guardia turco”, incita a los redactores al comentario siguiente:

Nada mejor que una serie de cuadros de esta especie, para dar una idea exacta de las costumbres de un país: representadas por un medio que tanto se acerca a la naturaleza, y hace tan viva impresión en los sentidos, se recibe una instrucción más exacta y duradera, que con la lectura de las descripciones de viajeros, por muy prolijas que estas sean.

Este comentario no impide sin embargo a los redactores la recurrencia constante de esos mismos relatos que describen desde una perspectiva europea dichas costumbres. Dirán en este mismo artículo: “M. Mac Farlane, que visitó la Turquía asiática en 1828 da interesantes pormenores, acerca de los progresos que allí se han introducido con respecto a la parte militar” (ídem, col. 2). El artículo, como es previsible, reproduce la perspectiva irónica sobre los intentos por parte de los generales franceses de domesticar a las milicias nativas: “los turcos aprenden con mucha dificultad a llevar el paso”, dirá. El modo de representación se liga entonces a un formato codificado por la literatura europea, pero del que no son ajenas otras manifestaciones artísticas, como la pintura o los grabados. Ese régimen mimético —que coincidía con el auge del romanticismo europeo a principios de siglo— otorgaba además un sentido particular a lo “exótico”, categoría con la cual el incipiente relativismo cultural podía describir los rasgos peculiares de un pueblo al mismo tiempo que los definía con relación a valores provenientes de su propia mirada. Esa noción, típicamente romántica, fue reelaborada o reapropiada por los letrados criollos frente a la necesidad de construir una tradición diferenciada

---

18. Transcribo la serie de artículos e imágenes litográficas dedicados a oriente: “Las ruinas de Palmira” (N.º 8); “Cuerpo de guardia turco en Esmirna” (N.º 9); “Los gemelos siameses” (N.º 13); “Las Petimetas de Japón” (N.º 15); “Ali-Bey” (N.º 16); “Tipou-Saib” (N.º 20) y “Librero chino” (N.º 24).



de la colonia. Porque si bien el repertorio de esa literatura de viaje proveía las imágenes y los sentidos de un territorio todavía desconocido, la élite letrada criolla seleccionó las estampas que mejor se avenían a la necesidad de establecer los rasgos propios de un primitivismo cultural que consagrara al mismo tiempo origen (cultural) y originalidad (estética). Entre ellas, las dedicadas a describir el espacio geográfico o los rasgos tipológicos que pudieran portar los habitantes rurales, pues en ellos se centraba la identidad criolla que empezaba a configurarse en la progresiva diferenciación de las nuevas repúblicas. De esas estampas sobresale –por su amplia repercusión entre los letrados del Río de la Plata– el relato del capitán Francis Bond Head, *Rough Notes Taken During Some Rapid Journeys Across the Pampas and Among the Andes*, publicado en volumen en Londres en 1826.

Gutiérrez remite a ese intertexto cuando, sobre el final de su ensayo, indica que, como observaba el viajero inglés, “el gaucho en su pampa no es menos sagaz que Zadig; Zadig el oriental que se lleva la palma y la gloria del sabio”. La mención de la obra de Voltaire, *Zadig o el destino* (1747), proviene en realidad de la reseña que el periódico *Le Globe* hizo del libro de Head poco después de su publicación, y es una buena muestra del modo mediado de lectura en el que ese intertexto se configura.<sup>19</sup> Habría que agregar, además, que la apelación de Gutiérrez a la obra francesa –antes que al propio relato del inglés a quien supuestamente cita– no parece del todo fortuita.<sup>20</sup>

---

19. Es en esa reseña francesa donde aparece la referencia a la novela de Voltaire, y no en el libro del viajero inglés. Una reedición de dicha reseña aparece en la nueva traducción de las *Rough Notes* que realizaron recientemente P. Fontana y C. Román (*Apuntes tomados durante algunos viajes rápidos por las pampas y entre los Andes*, pp. 187-204). Es evidente que no solo abrevaron en esa versión Sarmiento y Echeverría, como bien sostienen Fontana y Román, sino que era un texto conocido por varios de sus pares letrados; así lo indica, por lo menos, el ensayo de J. M. Gutiérrez.

20. En efecto, la mención al personaje de la *nouvelle* de Voltaire la introduce el reseñista de *Le Globe* con relación a una nota en la que Head discurre brevemente sobre el modo que tienen los gauchos de “descifrar las pisadas de los caballos” (véase la edición citada de Fontana y Román, pp. 146 y 197). El motivo inmediato de esa relación se halla en el capítulo 3 del relato de Voltaire, en donde Zadig es capaz, sin haber visto, de reconocer y describir con exactitud a la perra y al caballo de los reyes por los rastros que dejaron en el suelo. Ahora bien, en el ensayo de Gutiérrez esa relación es ampliada a “ciertas observaciones ingeniosas” de los gauchos: “ellos dirán, por ejemplo: por aquel bajo va un hombre –y va a todo galope– ¿Cómo lo saben, si entre el lugar que señalan y el que ocupan, se interpone una altura? Lo saben por los pájaros que se levantan del bañado y huyen atemorizados.

En sus notas sobre la pampa, F. B. Head, al detenerse en describir la vida de sus “rústicos” habitantes, había subrayado la condición del gaucho premoderna y, por lo tanto, históricamente dislocada. “Es cierto –escribió– que el gaucho no tiene lujos, pero el gran rasgo de su carácter es su falta de necesidades”. El viajero inglés, maravillado por la falta de interés pecuniario en la mentalidad gaucha, no había dudado en decretar la desaparición de esas costumbres en manos del Progreso: “Un individuo humilde, que vive solitario en la llanura sin fin, no puede introducir artes o ciencias en las vastas regiones deshabitadas que lo rodean”. El gaucho, entonces, podía permanecer allí, como la misma pampa, “hasta que la población, que creará necesidades, invente los medios de satisfacerlas”<sup>21</sup>.

Lo que en el viajero inglés es descripción exotista o, si se prefiere, modulada por un horizonte de lectura europeo, en el ensayo de Gutiérrez se transforma en una sutil operación letrada capaz de convertir en “hábitat natural” un territorio y, al mismo tiempo, en *motivo literario* la naturalización de las costumbres que ejerce el ensayo al identificarlas con la naturaleza que se describe. Su escritura enmarca lo particular en un *cuadro* cuyo sentido connota rigidez e inmutabilidad: “Nuestros paisanos –dirá– que son sobre el caballo como hechos de una misma pieza, un mismo tronco, una estatua ecuestre”, al mismo tiempo que diseña el tópico romántico del primitivismo cultural al trasvasar las propiedades animales al orden físico y moral de los gauchos, o “paisanos”, a quienes describe como “hombres salidos de manos de la naturaleza”. La categórica dislocación temporal del gaucho –quien, según el viajero inglés, “brinda poco servicio a la gran causa de la civilización, que es deber de todo ser racional promover”– es la materia maleable con la cual erigir una tradición: su irracionalidad se convierte, en la prosa ilustrada de Gutiérrez, en propiedad naturalizada cuya particularidad, como “la nutria, las plumas de avestruz” o “la sal mineral”, *puede* ser sublime –es decir, *poetizable*– porque en esa escritura modélica se la representa como un producto atávico de la tierra cuya originalidad

Dirán también: en aquel *matorral* hay un animal muerto, y también lo saben por el grito o el vuelo de las aves de rapiña que se disputan los despojos del cadáver”. La mediación del intertexto europeo señala así una construcción ampliamente explotada por los letrados rioplatenses, cuyo caso paradigmático se consolidará casi una década más tarde en la prosa de Sarmiento: la analogía entre el mundo árabe y el mundo gaucho.

21. Las citas están tomadas de *La pampa y los Andes* (Hyspamérica, 1920) y contrastadas con la traducción de Fontana y Román (2007).

radica, precisamente, en su primitivismo cultural: “si quieres conservar tu gracia y tu belleza –dice Gutiérrez–, y despertar ideas y sentimientos poéticos, no dejes el campo por el estrecho pesebre de las ciudades”.

Mediante una escritura que busca retratar “escenas nacionales”, como se sostiene en el ensayo, Gutiérrez parecería reproducir un tópico paisajístico (pintoresco) consagrado por el romanticismo: es en el campo donde el gaucho convoca la efusión poética, pues allí se da la *impresión* del *cuadro*, la común armonía entre individuo y territorio, entre cultura y naturaleza. Y, de hecho, Gutiérrez reproduce dicho tópico. Pero hace, además, otra cosa. Porque la exhortación del pasaje que acabamos de leer no está dirigida al gaucho, sino al caballo.<sup>22</sup>

### **Cuadros, tópicos, estereotipos: de *El Recopilador* al *Facundo***

Es indudable, por otra parte, la regencia de algunas “notas” de F. B. Head en el *Facundo*, de Sarmiento. Claro que la misma supera ampliamente el sistema de citas que puebla los capítulos de la biografía del sanjuanino. Empezando por la errónea atribución al capitán inglés, en el primer capítulo, de una frase que pertenece en realidad a Humboldt hasta recalar en aquella que encabeza precisamente el capítulo en el que se discurre sobre el tipo de asociación rural, se comprueba que el intertexto funciona como autoridad y matriz descriptiva que, por supuesto, el texto del sanjuanino expande de manera particular. En relación con la condición premoderna subrayada por Head, Sarmiento dirá: “[El gaucho] es fuerte, altivo, enérgico. Sin ninguna instrucción, sin necesitarla tampoco, sin medios de subsistencia *como sin necesidades, es feliz en medio de su pobreza* i de sus privaciones” (Sarmiento, *Facundo*, Ediciones Culturales Argentinas, 1961, p. 40 [subrayado mío]).

Pero la reproducción y expansión de esas citas que demuestran el funcionamiento del intertexto, quisiera sostener aquí, va más allá del carácter

---

22. El pasaje completo reza así: “Criatura inapreciable, ¡cuán diferente te nos muestras según la persona que os maneja! Si quieres conservar tu gracia y tu belleza, y despertar ideas y sentimientos poéticos en quien te contempla, no dejes los campos por el estrecho pesebre de las ciudades y sobre todo no permitas que suba a tus espaldas el que surca los mares y os maltrata por falta de destreza en gobernar las bridas. Un porteño llora cuando alcanza el significado de estas palabras: *Horses to let...*”.

apelativo de este o de su fundamento meramente retórico. Sarmiento lee en el capitán inglés esa condición premoderna y anticapitalista del gaucho de las pampas argentinas de manera tal que la “barbarie” que allí sitúa es ya un pasado proyectivo de la identidad criolla. La lectura capitalista del viajero inglés (“es cierto que podría hacer queso y venderlo por dinero”, dice), es decir específicamente moderna y nacionalista, aclara el régimen de lectura sobre la realidad social de los campos argentinos que ciñe las páginas del *Facundo*. Si la ausencia de civilización, de la *civitas* y, por supuesto, del mercado y de la economía que “distribuye” los bienes de uso y permite refinar las costumbres es una muestra categórica de un “vacío” en la Historia de esas formaciones societales, llenarlo significa para los criollos rioplatenses como Sarmiento transformar esa carencia en principio de actividad productiva. Queda, sin embargo, un “resto” que es necesario apresurarse a “pintar”, pues allí reside el material de una “verdadera identidad criolla”: el *epos*, “que el infeliz [el “gaucho cantor”] despliega en sus rapsodias ingenuas” (Sarmiento, ídem, p. 54).

Entre el amplio espectro de descripciones que Sarmiento dedica al gaucho en su *Facundo* —en el que se destacan, por supuesto, los “cuadros” del segundo capítulo— quiero traer aquí una frase que nos reenvía al ensayo de Gutiérrez. Dice Sarmiento: “El caballo es una parte integrante del argentino de los campos; es para él lo que la corbata para los que viven en el seno de las ciudades” (ídem, p. 58). El “sustrato esencial” de esta frase se aproxima más al tipo de descripción realizada por el redactor de *El Recolector* —en donde paisano y caballo son descriptos “como hechos de una misma pieza”— que al tópico exotista de la literatura de viaje. Además, los sintagmas de la frase sarmientina estructuran una oposición arquetípica cuyo sentido absoluto encuentra en la cita orientalista, a la que recurre en ese mismo párrafo, su fundamento retórico: “Aquí vuelve a aparecer la vida árabe, tártara. Las siguientes palabras de Victor Hugo parecen escritas en la pampa: ‘No podría combatir a pie; no hace sino una sola persona con su caballo: Vive a caballo; trata, compra i vende a caballo...’” etcétera.

El recurso a las equivalencias o el uso que hace Sarmiento del sistema analógico es un rasgo común compartido por la escritura de la época y aparece, por ejemplo, en el mismo relato del viajero inglés a quien Sarmiento cita (comparaciones, por ejemplo, entre la “choza” del gaucho y la del “*high-lander*” escocés). Ricardo Piglia ha hecho una lectura sagaz del uso de la analogía por parte de Sarmiento: “La lógica de las equivalencias

—dice Piglia— disuelve las diferencias y resuelve, mágicamente, las contradicciones”. El fundamento ideológico del *Facundo*, entonces, disuelve las disimetrías. Piglia dirá: “Si se compara lo conocido con lo desconocido (...) es porque lo desconocido (Oriente, África, Argelia) ya ha sido juzgado y definido por el pensamiento europeo”<sup>23</sup>. En esa “definición” podemos reconocer la construcción de una visión orientalista que operó como un dispositivo de hegemonía cultural —lo que Edward Said definió como “orientalismo moderno”— que erigió “la idea de una identidad europea superior a todos los pueblos y culturas no europeos”<sup>24</sup>.

Ahora bien, como sostiene Altamirano (1997), la imaginaria orientalista en el *Facundo* está estrechamente vinculada a la constelación de nociones e imágenes que componían el tema del despotismo en esa época, cuya articulación conceptual remite a *El espíritu de las leyes* (1748), de Montesquieu. Constelación de nociones e imágenes que encontramos, por otra parte, ya ampliamente desplegada entre los publicistas de la Independencia, lo que demuestra la subsistencia de ciertas matrices del pensamiento ilustrado en la producción letrada de los llamados románticos. No obstante, la especificidad de un uso funcional del tema orientalista no parece contravenir el hecho de que ciertos procedimientos retóricos del romanticismo se asociaran a una serie de estereotipos ideológicos, largamente trabajados por el cientificismo europeo (entre cuyos textos principales figura, por cierto, *El espíritu de las leyes* del pensador francés). Lo que habría que subrayar aquí es que ya una década antes de que Sarmiento comenzara a publicar su texto por entregas, esos estereotipos ideológicos operaban en el modo de representación literaria de la elite letrada rioplatense.<sup>25</sup> Porque no es la mención de la *nouvelle* de Voltaire —relato que, por supuesto, se inscribe en la visión orientalista que señala Said—, sino el

23. Piglia, R. “Notas sobre *Facundo*”, pp. 16 y 17, respectivamente.

24. Said, E. *Orientalismo*, p. 26. Una de las fuerzas que actuaban en la construcción de esa visión, nos dice Said, era, precisamente, la analogía: “Mahoma era para el islam lo que Cristo para el cristianismo”. A partir de esa analogía se formó “un círculo cerrado que nunca fue roto por una exteriorización de la imaginación (...) El concepto cristiano del islam era integral y autosuficiente” (idem, p. 87).

25. Recordemos que ya en la *Memoria descriptiva del Tucumán* (1834) de Alberdi, el pensamiento de Montesquieu y sobre todo su noción de “despotismo” son retomados en la “sección” del ensayo que lleva por título “Carácter físico y moral del pueblo tucumano bajo la influencia del clima”.

tipo de representación que ejecuta Gutiérrez en su ensayo sobre la pampa el que explota un régimen mimético afín a los *cuadros* que reproducen las páginas del semanario. Es en ese régimen mimético de exterioridad, estructuralmente similar al realismo –cuyos cuadros descriptivos, como señalo Julio Ramos en el *Facundo*, confirman la voluntad racionalizadora de esa escritura, así como los láminas litográficas se acercan para los redactores de *El Recopilador* a lo natural– donde la cita orientalista puede ser pensada como algo más que un uso retórico de una imaginería estereotípica. Dicho de otro modo: no se trata meramente de un uso funcional o retórico de determinados conceptos o imágenes propagado por el iluminismo europeo, como si tales conceptos fueran convocados al solo efecto de una mayor eficacia argumentativa, sino antes bien de una asimilación práctica de ciertos ideogramas provistos por los esquemas de pensamiento eurocentristas, que en el caso de *El Recopilador* se hace manifiesta en el particular enlace de las imágenes reproducidas con los ejercicios letrados que intentan ‘traducirlas’ (y que en el *Facundo* se expresará mediante una notoria vocación por lo icónico o estatuario, lo que tantos estudios sobre Sarmiento han designado como su capacidad estilográfica, su sincretismo imaginario-conceptual).

Es mediante ese régimen mimético, que engloba lo circunstancial que pueda haber en el libro del racionalista francés<sup>26</sup>, que el historicismo pudo pensar la historia como “la lucha recíproca que sostienen los que quieren detener el progreso con los que quieren desatar los lazos que les impiden volar sin obstáculo sobre las alas de la libertad”<sup>27</sup>. La *Memoria* de las que son extraídas estas palabras –que mucho le deben al espiritualismo hegeliano a través de sus herederos franceses– probablemente alguna influencia haya tenido en el esquema historicista del *Facundo*. La idea de una “ley del progreso continuo” en la que “los pueblos centrales del Asia son la familia primitiva del género humano” presupone una

---

26. Basta un breve repaso del texto de Montesquieu para ver que las obras de las que se sirve para dar forma a su idea del mal político absoluto se inscriben en lo que Said definió como orientalismo. Algunas de las más notables son: Ricault, *Del Imperio otomano*; Bernier, *Sobre el Mogol y Viajes*; La Loubere, *Relación de Siam*; Aristóteles, *Política*. Véase: Montesquieu. *De L'Esprit des Loix*, 1950 [1748].

27. López, V. F. *Memoria sobre los resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la civilización de la humanidad*, pp. 28-29.

economía temporal históricamente constituida que, a nivel discursivo, explota una retórica estereotípica en la representación del Otro.<sup>28</sup> En ese esquema el gaucho que, según escribió Head, carece de “ciencias y artes”, redime su letargo improductivo y atávico cediéndolo a “la causa de la civilización” que en letras de molde sabrá fijar la originalidad de su “gracia” y “belleza” –entre otras cosas, sus premodernas dotes arábicas– con la misma fidelidad mimética que los redactores del semanario porteño atribuían a los cuadros que sus litografías reproducían.

---

28. La productividad del estereotipo –su régimen de verdad– radica en ser un modo de representación que somete lo particular (la diferencia) a un discurso normalizador. “El estereotipo no es una simplificación por ser una falsa representación de una realidad dada. Es una simplificación porque es una forma fijada, detenida, de representación que al denegar el juego de la diferencia (que la negación a través del Otro permite) constituye un problema para la representación del sujeto en significaciones de relaciones psíquicas y sociales” (Bhabha, H. K. “The other question. Stereotype, discrimination and discourse of colonialism”, p. 75 [mi traducción]).

### Referencias bibliográficas

- ALBERDI, JUAN BAUTISTA [1834], *Memoria descriptiva sobre Tucumán*, en *Obras Selectas*, Tomo III, Buenos Aires, La Facultad, 1920.
- ALTAMIRANO, CARLOS, “El orientalismo y la idea del despotismo en el *Facundo*”, en Altamirano, C. y Sarlo, B. *Ensayos Argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997, pp. 83-102.
- BELTRÁN, OSCAR, *Historia del periodismo argentino*, Buenos Aires, Sopena Argentina, 1943.
- BHABHA, H. K., “The other question. Stereotype, discrimination and discourse of colonialism”, en *The location of culture*, London and New York, Routledge, 1994, pp. 66-84.
- DEL CARRIL, BONIFACIO, *Monumenta Iconographica. Paisajes, Ciudades, Tipos, Usos y Costumbres de la Argentina, 1536-1860*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1964.
- ECHVERRÍA, ESTEBAN, *Obras completas*, Buenos Aires, Antonio Zamora, 1972.
- GALVÁN MORENO, CARLOS, *Historia del periodismo argentino*, Buenos Aires, Claridad, 1944.
- GONZÁLEZ GARAÑO, ALEJO B., *Exposición de las obras de Bacle existentes en la colección de Alejo B. González Garaño*, Buenos Aires, Ediciones de Amigos del Arte, 1933.
- HEAD, FRANCIS BOND [1826], *La pampa y los Andes*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1920.
- , *Apuntes tomados durante algunos viajes rápidos por las pampas y entre los Andes*, 2° edición, traducción, estudio preliminar y notas de Patrio Fontana y Claudia Román, Buenos Aires, Santiago Arcos Editor, 2007.
- LÓPEZ, VICENTE FIDEL [1845], *Memoria sobre los resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la civilización de la humanidad*, Buenos Aires, Nova, 1943.
- MONTESQUIEU [1748], *DE L'ESPRIT DES LOIX*, en *Œuvres Complètes de Montesquieu*, Paris, Société Les Belles Lettres, 1950.
- PAS, HERNÁN, “La escritura de las imágenes. De *El Recopilador* (1836) al *Facundo* (1845)”, en *Revista Chilena de Literatura*, N.º 75, noviembre de 2009, pp. 217-232.



- PIGLIA, RICARDO, “Notas sobre *Facundo*”, en *Punto de Vista*, Año 3, número 8, marzo-junio de 1980, pp. 15-18.
- PAZ, MARIO, *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*, traducción de Rubén Mettini, Barcelona, El Acanalado, 1999.
- PRIETO, ADOLFO, *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina, 1820-1850*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996.
- RAMOS, JULIO, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, FCE, 1989.
- SAID, EDWARD W., *Orientalismo*, Madrid, Libertarias, 1990.
- SARMIENTO, DOMINGO F [1845], *Facundo*, prólogo y notas de Alberto Palcos, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1961.
- SENEFELDER, ALOIS, *The Invention of Lithography*, New York, The Fuchs & Lang, Manufacturing Company, traducido del original en alemán por J. W. Muller, 1911.
- SZIR, SANDRA M., “De la cultura impresa a la cultura de lo visible. Las publicaciones periódicas ilustradas en Buenos Aires en el siglo XIX”, en M. Garabedian, S. Szir y M. Lida. *Prensa argentina / siglo XIX: imágenes, textos y contextos*, Buenos Aires, Teseo, Biblioteca Nacional, 2009, pp. 53-84.
- , “Romanticismo y cultura de la imagen en los primeros periódicos ilustrados en Buenos Aires. *El Museo Americano*, 1835-1836”, en *Estudios* 18:36, julio-diciembre de 2010, pp. 296-322.
- WEINBERG, FÉLIX, *El Salón Literario de 1837*, Buenos Aires, Hachette, 1977.
- ZINNY, ANTONIO, *Efemeridografía argirometropolitana hasta la caída de Rosas*, Buenos Aires, Imprenta del Plata, 1869.
- , *Juan María Gutiérrez. Su vida y sus escritos*, Buenos Aires, Imprenta y Librerías de Mayo, 1878.

EL  
**RECOPILADOR**

MUSEO AMERICANO.

Tomo II.  
CUADERNO 2º.

HISTORIA:  
BIOGRAFIA:  
MISCELANEA:



VIAGES:  
POESIA:  
LITERATURA.

Agosto,  
Octubre,

Setiembre,  
1836,

BUENOS - AYRES:

E. J. Haack,



IMPRENTA DEL COMERCIO, Y LITOGRAFÍA DEL ESTADO;

Calle de la Catedral N.º 17.

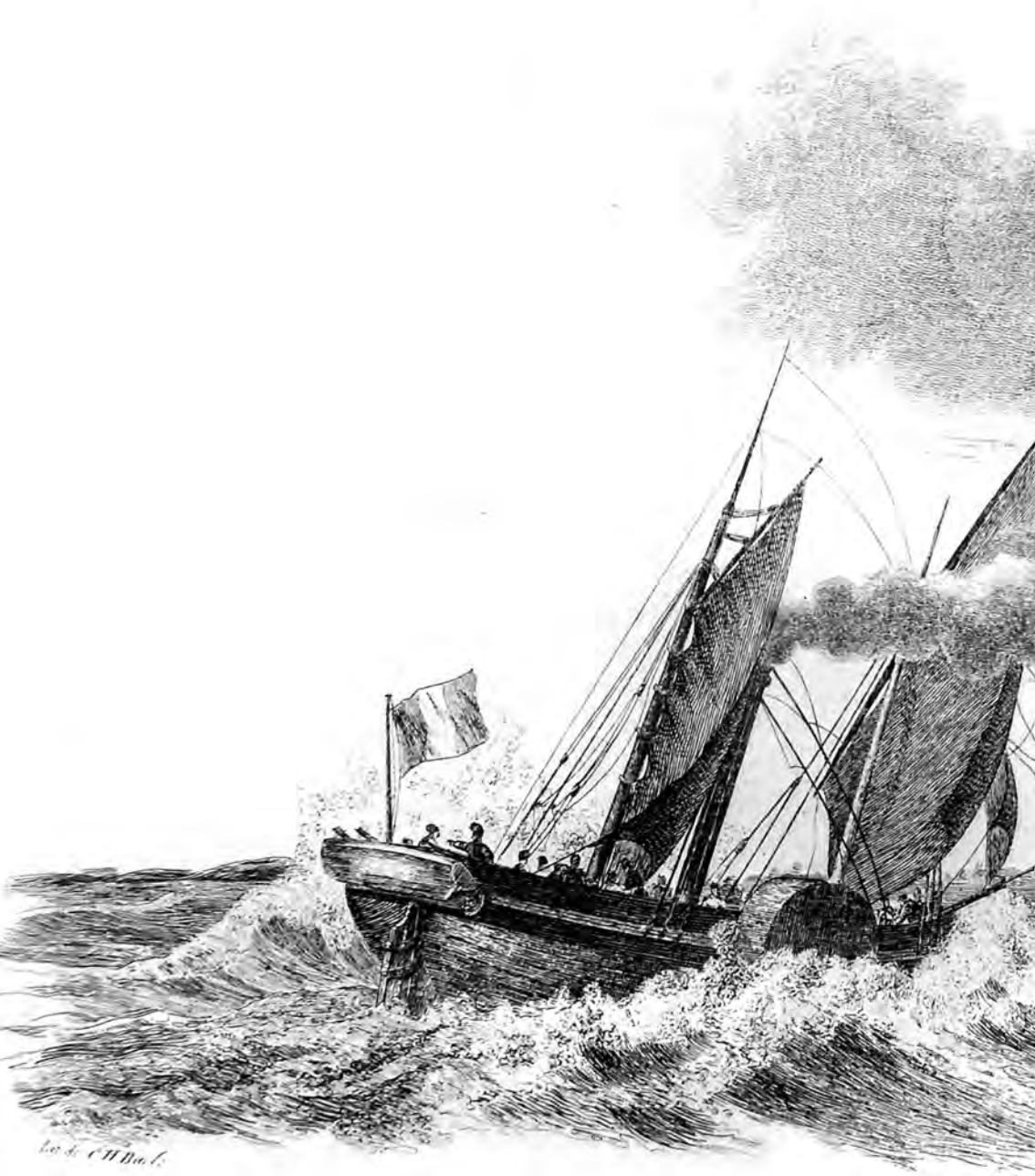
1836 - 1837.

## Nota a esta edición

Para la presente edición, hemos realizado una selección de textos lo más amplia posible, de manera tal de ofrecer una versión bastante próxima al contenido del periódico. Así, se han seleccionado textos de los 25 números del periódico, muchos de ellos de modo completo. En línea con esa idea, el número inicial ha sido transcripto en su totalidad. Asimismo, salvo el caso del número 21, dedicado al tapir (cuyo contenido y formato se aproxima al tipo de artículos publicados en el *Museo Americano*), hemos decidido transcribir todos los textos correspondientes a las imágenes que acompañan cada número, 25 en total (aunque no todos de forma completa: unos pocos, dada su extensión, han sido recortados), con el fin de brindar una muestra fehaciente de la propuesta editorial original. Del mismo modo, se reproducen las imágenes litográficas de cada número. Por otra parte, acompaña la presente edición un índice analítico completo del periódico en el que podrán hallarse breves referencias bibliográficas de aquellos pocos artículos que han quedado fuera de esta selección.

Hemos modernizado la ortografía y repuesto topónimos siempre que los cambios no implicaran una alteración o aplanación de peculiaridades de época. Cuando lo creímos conveniente, colocamos [*sic*] para salvar esa distancia.

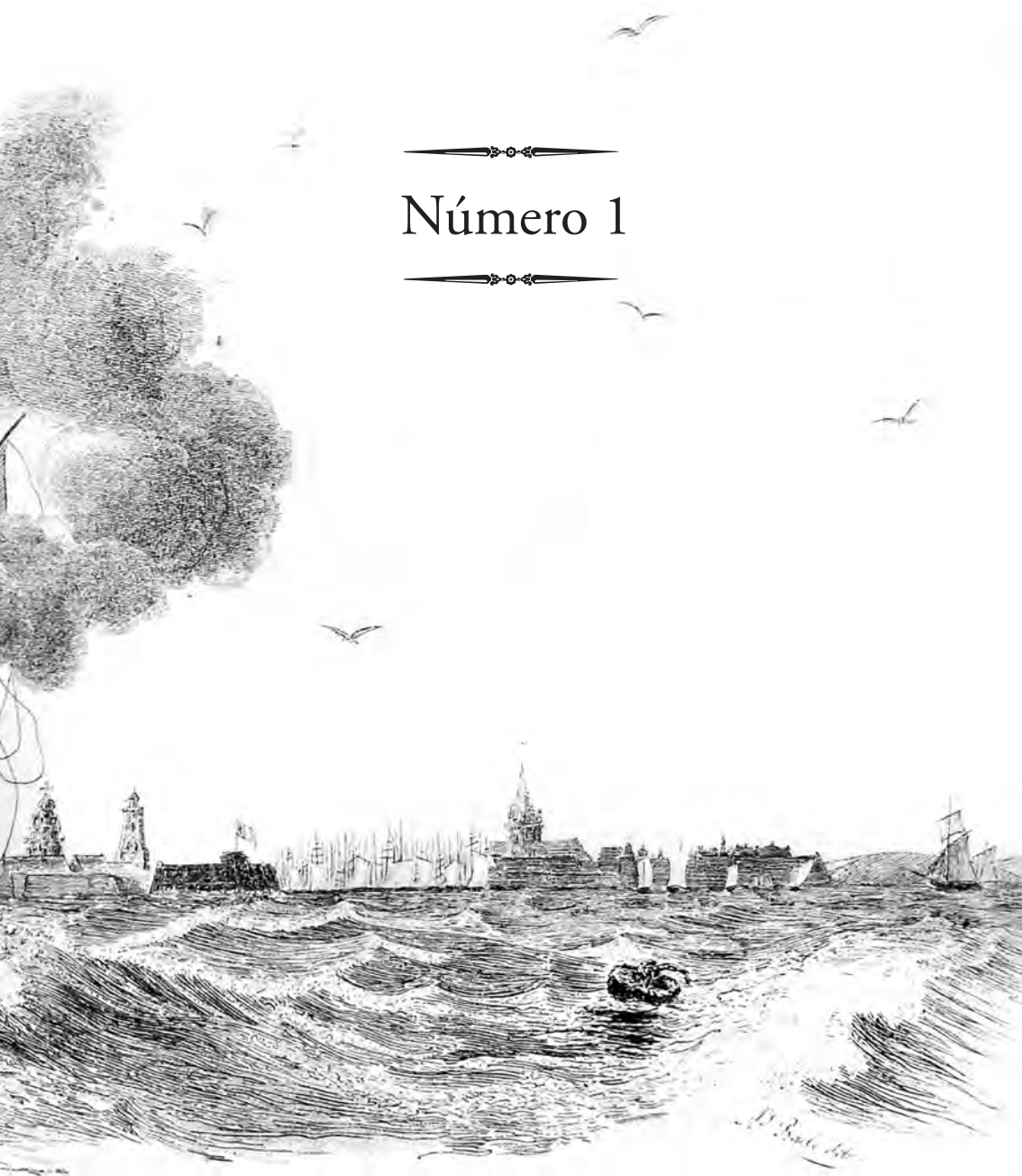
Por último, cabe advertir que en algunos de los textos, dada su extensión, hemos tenido que hacer recortes o selecciones. Cuando esto sucede lo señalamos mediante tres puntos encerrados entre corchetes ([...]). Usamos también corchetes para señalar un añadido en el nivel gramatical. Asimismo, hemos consignado números de páginas y de columnas entre corchetes cuando corresponde un cambio de página o de columna en el periódico.



W. & C. H. Dool



Número 1



*Lámina N.º 1*





## PRÓLOGO, INTRODUCCIÓN, PREFACIO

Acostumbrados desde niños a tropezar con las palabras *prólogo*, *introducción*, o *advertencia*, en las primeras páginas de todo libro que abríamos, leíamos u ojeábamos, llegamos a creer hasta ya bien entrados en edad que tales introitos eran una ley de las muchas a que están sujetos los autores, una regla de urbanidad como la de saludar entrando en una sala... Más tarde, ilustrados por la reflexión y el examen, juzgábamos que el prefacio, la introducción, el prólogo, eran indispensables, y que en ellos debía encerrarse el desenvolvimiento de la idea del autor, los motivos que le habían inducido a vestir con caracteres de molde los caros hijos de su inteligencia; y en fin, que preparaban el ánimo de los lectores al recibir sin extrañeza la materia de sus desvelos, como la obertura de una ópera prepara los oídos del patio y la cazuela. Dándola luego de maliciosos, nos llegamos a figurar que los tales prefacios eran una estratagemata bien calculada para captarse la *discreción* o la *benevolencia* del *pío* lector, que suele ser [col. 2] descontentadizo [*sic*], y sobre todo, el que paga al librero si le complace la obra.

Escrito siempre con estudiado esmero, impreso con tipos abultados, ¿no es el prólogo, decíamos, como un vestido nuevo y elegante que suele granjear a la persona que le usa, consideraciones que tal vez no merece? He aquí tres pareceres distintos en solo el primer tercio de la vida de un hombre, y todos [los] tres errados. ¡Ojalá que solo en materias prologales hubiéramos extraviado nuestro juicio!

¿Y qué es un prólogo? ¿Para qué sirve?... El que desee saberlo tómese el trabajo de leer los de las obras modernas, y verá que el prólogo es una operación de agio, una especulación que arruina el bolsillo de los bibliófilos en provecho de autores y libreros; es una cosa que no es cosa, pero que debe tolerarse porque fomenta la industria y honra la ingeniatura de sus inventores. *El Recopilador* respeta las costumbres establecidas, y ha escrito su prólogo con el sombrero, o con la pluma en la mano, que es lo [p. 2, col. 1] mismo: con el mayor respeto, si no con toda la seriedad que el caso demandaba.

Un periódico también es un individuo; sí señor, un hombre que habla, que camina, visita a sus suscriptores, y que nace y muere como cualquier hijo de vecino. Si es hombre, pues, debe ser risueño y juguetón cuando

comienza a ver la luz, y da sus primeros pininos [*sic*] en el mundo: harto tiempo tendrá para revestirse de la seriedad de un monje, porque *con los años mudamos de inclinaciones*, como dijo muy bien el criado del señor D. Roque de [col. 2] Urrutia, en una ocasión muy diferente de la nuestra.

Dispense, pues, el lector este juguetito a un recién nacido, sin olvidarse de que es un huérfano que invoca su tutela, que está en su mano el que pueda llegar a una edad madura y no perezca en la primavera de su existencia. El muchacho promete mucho, ya que su talento se ha de componer de la suma de todos los talentos. Se llama *Recopilador*, y recopilará, recopilará.



## HISTORIA DEL VAPOR

Aplicado a la navegación  
(Véase la *Lámina N.º 1*)

Después de la invención de las cartas marítimas y del descubrimiento de la brújula que tanto adelantaron la navegación, venciendo muchas de las dificultades que la detenían en sus progresos, se creía que los que aún quedaban por vencer estaban fuera del alcance del poder humano: necesitábase un motor que acelerase los viajes burlando la contrariedad de los vientos y las profundas calmas. Para remover estos obstáculos, ocurrió la idea de valerse de ciertas máquinas que no se hallasen enteramente expuestas a la acción del viento. Las primeras pruebas solo produjeron desengaños; pero a fuerza de ensayos se dio con la ingeniosa idea de someter el agua con el agua, valiéndose del fuego como agente principal. Desde la época en que se aplicaron estas máquinas llamadas entonces *bombas de fuego*, debe datarse la invención de los buques de vapor. Los norteamericanos que viven en un suelo cubierto de anchos lagos y de ríos caudalosos, conocieron cuán útil les sería esta invención, la adoptaron, y la han vuelto casi perfecta para Europa, como una cosa enteramente nueva.

Nada de cierto se sabe sobre el origen de los buques de vapor: según muchos autores, el primero que los construyó fue Dionisio Papin, protestante francés refugiado en Inglaterra.

También los Españoles podían reclamar la gloria de este descubrimiento si se ha de dar ascenso a lo que refiere Fernández de Navarrete. Según él, en 1543, Blasco de Garay ofreció a Carlos v una



máquina para hacer andar las embarcaciones sin remos ni velas a pesar de las mayores calmas. Se hizo la experiencia el 17 de junio del mismo año con buen éxito; pero Garay calló el secreto como hacen siempre los inventores, aun en nuestros días: se advirtió sí que la máquina consistía en una espaciosa caldera de agua hirviendo y en dos ruedas adheridas a ambos costados de la embarcación. Después de tan feliz ensayo, hizo Garay desmontar los aparejos puestos al buque y no se habló más sobre este modo de navegar, ya sea porque algunas intrigas alejaron a Garay de la corte o porque Carlos V rodeado de las atenciones de la guerra no tuvo tiempo para disponer la prosecución de una tentativa que pudiera muy bien redundar en su provecho. Estos hechos, dice Navarrete, se hallan consignados en los archivos de Cataluña y en los registros de la secretaría de la guerra relativos al año 1543. Pero como en materias científicas no pueden admitirse como hechos sino aquellos que se apoyan en testimonios auténticos, no se nos tachará de incrédulos, si negamos entero ascenso a lo que refiere Navarrete hasta que se publiquen los documentos que él ha tenido a la vista. Mientras tanto, consideramos lo que se cuenta de Papin y de Garay y de otros muchos, en el número de las fábulas que preceden a las épocas históricas de una nación y son la parte más poética e interesante de sus fastos. Pero como en el asunto de que tratamos solo [p. 3, col. 1] puede cautivar la atención lo cierto y positivo, pasemos a la parte histórica de los buques de vapor.

Duguet fue el primero que aplicó la mecánica a la navegación: en su aparato no encontraba para nada el vapor, y los ensayos que hizo en el Havre y en Marsella por los años de 1687 a 1693 no fueron muy satisfactorios y solo sirvieron para demostrar que la fuerza del aire podía reemplazarse con otra y que con trabajo constante y más saber se podrían obtener buenos resultados para en adelante, siguiendo el camino que él había tomado.

El canónigo Gautier ex profesor de matemáticas presentó una memoria a la sociedad real de Nancy, en la cual después de manifestar todos los inconvenientes que trae el navegar con velas por la contrariedad o falta de los vientos, proponía el uso de una máquina a fuego de invención suya y que según todas las apariencias nunca se sujetó a prueba. El inglés Hulls alcanzó una cédula de inventor por una máquina semejante el año 1736, y los miembros del Almirantazgo que la examinaron le hicieron la siguiente objeción: “¿Las oleadas de la mar no romperán la parte de la máquina que

toque con el agua?” A lo que Hulls respondió: “No puede suponerse que se emplee en una mar tempestuosa y que se exponga al furor de las olas”. Lo que prueba que en el sentir de Hulls nadie podía considerar entonces como realizable lo que ochenta años después ha sido muy posible y ventajoso. En vista de la decisión del consejo del Almirantazgo, se vio Hulls obligado a abandonar su proyecto.

Perier, que empezó sus ensayos en 1775, podría considerarse como el primero que hizo andar un buque por medio del vapor; pero su máquina, que apenas tenía la fuerza de un caballo, no pudo resistir la corriente del Sena. El abate Darical en 1781, Souffroi en 1782 y Desblancs en 1802 propusieron también y ejecutaron otras máquinas muy pronto olvidadas como invenciones imperfectas.

Miller construyó en 1785 un buque doble en cuyo centro encerraba una rueda y con el cual navegó en 1789 por el Sena: los ingleses le consideran autor del primer buque movido por este nuevo agente, fundados en que al describir su invento, anuncia que se servirá del vapor para mover la rueda mencionada.

Así que los Estados Unidos proclamaron [col. 2] su independencia, empezaron a rivalizar en civilización y en inventos mecánicos con los pueblos de Europa: viéronse los americanos, Fitelo y Rumsey, se vieron aplicando sus empeños a la mejora de los buques de vapor; pero tratados de visionarios por aquellos mismos que debieron alentarles en una empresa que podía dar útiles resultados; cansados de luchar contra un pueblo que se negaba a adoptar una invención que podía acrecentar su poder y riqueza, se expatriaron con el objeto de realizar sus ideas en Europa.

Bell, natural de Heleusbourg, tuvo la gloria de dar a su país en 1811 el primer buque de vapor que se haya empleado ventajosamente. Ya en 1799 había ejecutado el modelo de una máquina aplicable a este objeto; pero tachada por una sociedad de sabios a cuyo juicio la sometió, y seguro por otra parte de que su invento daría buenos resultados, se resintió y pasó a los Estados Unidos en donde se adoptó su sistema, sin que pudiera sin embargo satisfacer a todas las condiciones que exigen las máquinas de esta naturaleza.

En tanto que Bell practicaba en los Estados Unidos sus ensayos, se ocupaba del mismo objeto un norteamericano en la capital de Francia: Napoleón no supo apreciar el ingenio de Fulton ni la utilidad de su invento, y se negó a adoptar el uso de los buques de vapor en

el proyectado desembarco sobre las costas de Inglaterra; y volviendo entonces Fulton sus ojos a la tierra de su nacimiento, y alentado del embajador Livingston que también se había ocupado de esta materia, resolvió llevar a su país la invención inapreciable con que había querido dotar a los franceses. El primer buque de Fulton empezó a navegar en 1807, y su primer viaje fue de 120 millas, que es la distancia que existe entre Nueva York y Albania, y tardó treinta y dos horas en la ida y solo treinta en la vuelta: tan feliz resultado alejó todo género de duda, y tal fue la revolución que ocasionó Fulton en la navegación de los Estados Unidos que en 1821 se contaban 300 buques de vapor en movimiento y otros tantos en los astilleros.

La navegación por medio del vapor estuvo reducida por mucho tiempo a los ríos y a los lagos, hasta que en 1818 ensayaron los ingleses su aplicación en la travesía de 120 millas que hay por mar desde Grenoette hasta Belfast, obteniendo un resultado tan favorable [p. 4, col. 1] como fundamentalmente se esperaba. Otros muchos buques partieron tras este desde las orillas del Clyde hasta los puertos de Grenock, Liverpool, etc. Por último, el viaje de la *Empresa* & la Gran-India hizo desaparecer las dudas que aún podían abrigarse sobre la posibilidad de navegar los mares en buques de vapor. Este buque era del porte de 500 toneladas, su longitud de 45 metros, y contenía dos máquinas de Mandolay de la fuerza de 60 caballos cada una. El 2 de agosto de 1825 salió de Delpport y, a pesar [col. 2] del atraso que tuvo al abordar a varios puertos del tránsito para hacerse de combustible, anduvo con tanta celeridad que, contando el tiempo perdido, se calculó que bastaron de 75 a 80 días para andar 11.200 millas, mientras que los buques de vela echan 5 meses poco más o menos en igual viaje. El buen éxito de esta tentativa demostró que la aplicación del vapor es posible mientras solo haya que vencer los obstáculos de la distancia, y desde entonces se ven buques de vapor ingleses en los puertos principales de Europa.



### APOLOGÍA DEL MATAMBRE

Un extranjero que, ignorando absolutamente el castellano, oyese por primera vez pronunciar, con el énfasis que inspira el hambre, a un gaucho

que va *ayuno de camino*\* la palabra *matambre* diría para sí muy satisfecho de haber acertado: este será el nombre de alguna persona ilustre, o cuando menos el de algún rico hacendado. Otro que presumiese saberlo, pero no atinase con la exacta significación que unidos tienen los vocablos mata y hambre, al oírlos salir rotundos de un gáznate hambriento, creería sin duda que tan sonoro y expresivo nombre era de algún ladrón o asesino famoso. Pero nosotros, acostumbrados desde niños a verlo andar de boca en boca, a chuparlo cuando de teta [*sic*], a saborearlo cuando más grandes, a desmenuzarlo y tragarlo cuando adultos, sabemos quién es, cuáles son sus nutritivas virtudes y el brillante papel que en nuestras mesas representa.

No es por cierto el matambre ni asesino, ni ladrón, lejos de eso, jamás que yo sepa, a nadie ha hecho el más mínimo daño; su nombradía es grande; pero no tan ruidosa como aquellos que haciendo gemir la humanidad se extienden con el estrépito de las armas, o se propagan por medio de la prensa o de las mil bocas de la opinión. Nada de eso; son los estómagos anchos y fuertes el teatro de sus proezas, y cada diente sincero apologista de su blandura y género carácter. Incapaz por temperamento y genio de mas ardua y grave [col. 2] tarea, ocioso por otra parte y aburrido, quiero ser el órgano de *esas* modestas apologías, y así como otros escriben las vidas de los varones ilustres, transmitir si es posible a la mas remota posteridad los histórico-verídicos encomios que sin cesar hacen cada quijada masticando, cada diente crujiendo, cada paladar saboreando, *el juego del ilustrísimo matambre*.

Varón es él como el que más, y si bien su fama no es de aquellas que al oro y al poder prodiga la rastrera adulación, sino recatada y silenciosa como la que el mérito y la virtud, y tributa a veces la justicia; no por eso a mi entender debe dejarse arrinconada en la región epigástrica de las innumerables criaturas a quienes da gusto y robustez, puede decirse, con la sangre de sus propias venas. Además, porteño en todo, ante todo y por todo, quisiera ver conocidas y mentadas nuestras cosas allende de los mares, y que no nos vengan los de extranjis [*sic*] echando en cara nuestro poco gusto en el arte culinario, y ensalzando a vista y paciencia nuestra los indigestos

---

\*. En esta versión original del texto de Echeverría se podrán encontrar algunos giros o frases que han sido cercenadas en su publicación póstuma, y que hemos decidido señalar aquí con cursivas, como por ejemplo “[...un gaucho que va] *ayuno de camino*” en la segunda línea de primer párrafo, o “[...la aguja de una torre gótica] *para servir de cucaña a los arlequines Austriacos*”. Asimismo, lleva una nota al pie que también fue relegada en la edición de Gutiérrez. (*Nota del editor*.)

y empalagosos manjares que brinda sin cesar la gastronomía a su estragado apetito; y esta ráfaga también de espíritu nacional me mueve a ocurrir a la comadrona intelectual, a la prensa *digo*, para que me ayude a parir, si es posible sin el auxilio del *forceps*, este más que discurso apologético.

Griten en buena hora cuanto quieran los taciturnos ingleses *roast-beef*, *plum pading* [p. 5, col. 1], chillen los italianos, *macaroni*, y váyanse quedando tan delgados como una I o la aguja de una torre gótica *para servir de cucaña a los arlequines austríacos*. Vocean los franceses *omelette soufflé*, *omelette ou sucre*, *omelette au diable*, digan los Españoles con sorna, *chorizos*, *olla podrida*, y más podrida y rancia que su ilustración secular. Griten en buena hora todos juntos que nosotros apretándonos los flancos soltaremos zumbando el palabron *matambre*, y taparemos de cabo a rabo su descomedida boca.

Antonio Pérez<sup>2</sup> decía: “Solo los grandes estómagos digieren veneno”, y yo digo: “Solo los grandes estómagos digieren matambre”. No es esto dar a entender que todos los porteños los tengan tales; sino que solo el matambre alimenta y cría los estómagos robustos, que en las entendederas de Pérez eran los corazones magnánimos.

Con matambre se nutren los pechos varoniles avezados a batallar y vencer, y con matambre los vientres que los engendraron: con matambre se alimentan los que en su infancia, de un salto escalaron los Andes, y allá en sus nevadas cumbres entre el ruido de los torrentes y el ruido de las tempestades, con hierro ensangrentado escribieron: independencia, libertad; y matambre comen los que a la edad de veinticinco años llevan todavía babador, se mueven con andaderas y gritan balbucientes, “papá... papá”. Pero, a juventudes tardías, largas y robustas vejeces, dice otro apotegma que puede servir de cola al de Pérez.

Siguiendo, pues, en mi propósito, entraré a averiguar quién es este tan ponderado señor y por qué sendas viene a parar a los estómagos de los carnívoros porteños.

El matambre nace pegado a ambos costillares del ganado vacuno y al cuero que les sirve de vestimenta; así es que, hembras, machos y aun capones tienen sus sendos matambres, cuyas calidades comibles varían según la edad y el sexo del animal; macho por consiguiente es todo matambre, cualquiera sea su origen, y en los costados del toro, vaca o novillo adquiere jugo y robustez. Las recónditas transformaciones nutritivas y digestivas que

---

2. Secretario de Felipe II: escribía en 1590.

experimenta el matambre, hasta llegar a su pleno crecimiento y sazón, no están [col. 2] a mi alcance; naturaleza, en esto como en todo lo demás de su jurisdicción, obra por sí, tan misteriosa y cumplidamente que solo nos es dado tributarle silenciosas alabanzas.

Sábase solo que la dureza del matambre de toro rechaza el más bien engastado y fornido diente, mientras que el de un joven novillo y sobre todo el de vaca, se deja masticar y comer por dientecitos de poca monta y aun por encías octogenarias.

Parecer común es algo que a todas las cosas humanas, por más bellas que sean, se les puede aplicar pero, la perspectiva de un valle o una montaña varía según la distancia o el lugar de donde se mira y la potencia visual del que la observa. El más hermoso rostro mujeril suele tener una mancha que amortigua la eficacia de sus hechizos; la más casta resbala, la más virtuosa cojea: Adán y Eva, las dos criaturas más perfectas que vio jamás la tierra, como que fueron la primera obra en su género del artífice supremo, pecaron; Lili, por flaqueza y vanidad; el otro, porque fue de carne y no de piedra a los incentivos de la hermosura. Pues de la misma mismísima enfermedad de todo lo que entra en la esfera de nuestro poder, adolece también el matambre. Debe haberlos, y los hay, buenos y malos, grandes y chicos, flacos y gordos, duros y blandos; pero queda al arbitrio de cada cual escoger al que mejor *pete* a su paladar, estomago o dentadura, dejando siempre a salvo el buen nombre de la especie matambruna, pues no es de recta ley que paguen justos por pecadores, ni que por una u otra indigestión que hayan causado los gordos, algún que otro sinsabor debido a los flacos, algún que otro aflojamiento de dientes ocasionado por los duros, se lance anatema sobre todos ellos.

Cocida o asada tiene toda carne vacuna un dejo particular o *sui generis*, según los químicos, a cierta materia roja poco conocida y a la cual han dado el raro nombre de *osmazoma* (olor de caldo). Esta substancia pues, que nosotros los profanos llamamos jugo exquisito, sabor delicado, es la misma que con delicias paladecemos cuando cae por fortuna en nuestros dientes un pedazo de tierno y gordiflaco matambre; digo gordiflaco porque considero esencial este requisito para que sea apetitoso; y no estará de más referir una anecdotilla, cuyo recuerdo saboreo yo con tanto [p. 6, col. 1] gusto como una tajada de matambre que chorree.

Era yo niño mimado y una hermosa mañana de primavera, llevome mi madre acompañada por varias amigas suyas a un paseo de campo. Hízose el tránsito a pie, porque entonces eran tan raros los coches como hoy

el metálico; y yo, como era natural, corrí, salté, brinqué con otros que iban de mi edad hasta más no poder. Llegamos a la quinta: la mesa tendida para almorzar nos esperaba. A poco rato cubriéronla de manjares y en medio de todos ellos descollaba, provocando el aguzado apetito de las concurrencias, un hermosísimo matambre. Repuntaron los muchachos que andaban desbandados y despacháronlos a almorzar a la pieza inmediata, mientras yo, en un rincón del comedor, haciéndome el zorrocloco, devoraba con los ojos aquel prodigioso parto vacuno. “Vete, niño, con los otros”, me dijo mi madre, y yo agachando la cabeza sonreía y me acercaba: “Vete, te digo” repitió, y una hermosa mujer, un ángel, contesto: “No, no, déjelo, V., almorzar aquí”, y al lado suyo me planto de pie en una silla. Allí estaba yo en mis glorias: el primero que destrizaron fue el matambre; dieron a cada cual su parte, y mi linda protectora con hechicera amabilidad me preguntó: “¿Quieres Pepito?, ¿gordo o flaco?”. “Yo quiero”, contesté en voz alta, “gordo, flaco y pegado”, y gordo, flaco y pegado repitió con gran ruido y risotadas toda la femenina concurrencia, y dilema un beso tan fuerte y cariñoso aquella preciosa criatura que sus labios me hicieron un moretón en la mejilla y dejaron restos indelebles en mi memoria.

Ahora bien, considerando que este discurso es ya demasiado largo y pudiera dar hartazgo de matambre a los estómagos delicados, considerando también que, como tal, debe acabar con su correspondiente peroración o golpe maestro oratorio, para que con razón palmeen los indigestos lectores, ingenuamente confieso que no es poco el aprieto en que me ha puesto la maldita humorada de hacer apologías de gente que no puede favorecerme con su patrocinio. Agotádose ha mi caudal encomiástico y mi paciencia, y me siento abrumado por el enorme peso que inconsideradamente eché sobre mis débiles hombros. Sin embargo, allá va, y obre Dios que todo lo puede, porque sería [col. 2] reventar de otro modo. Diré solo en descargo mío, que como no hablo *excátedra*, ni *extribuna*, sino que escribo sentado en mi poltrona, saldré como pueda del paso, dejando que los retóricos apliquen a mansalva a este mi discurso su infalible fallo literario.

Incubando estaba mi cerebro una hermosa peroración, y ya iba a escribirla, cuando el interrogante “¿qué haces?” de un amigo que entró de repente, cortó el revesino a mi pluma. “¿Qué haces?”, repitió. Escribo una apología. “¿De quién?”. Del matambre. “¿De qué matambre, hombre?”. De uno que comerás si te quedas, dentro de una hora. “¿Has perdido la cabeza?”. No. No, la he recobrado, y en adelante solo escribiré de cosas

tales, contestando a los impertinentes con “fue humorada, humorada, humorada”. Por tal, puedes tomar lector este largo artículo; si te place por peroración el fin; y todo ello si te desplace por nada. Entretanto, te aconsejo que si cuando lo estuvieses leyendo, alguno te preguntase: ¿qué lee V.?, le respondas como Hamlet a Polonio: “*words, words, words*”; palabras, palabras, palabras, pues son ellas la moneda común y de ley con que llenamos los bolsillos de nuestra avara inteligencia.

E.



## DE LAS MUJERES

Desde que las mujeres se degradan, la sociedad perece; Mesalina es el símbolo de Roma envilecida, y Lucrecia el de Roma virtuosa y libre.

E. JOUY.



Sófocles en el coro de una de sus tragedias hace este retrato ideal de una mujer: ella es fiel como el perro del pastor solitario, delicias de su amo; dócil y constante como el timón que dirige y protege las embarcaciones; firme como la columna que sostiene la alta techumbre; grata y apacible como el hogar y su familia al navegante que vuelve [p. 7, col. 1] de un viaje largo y peligroso; tierna como el niño que acaricia a su madre; bella cual la aurora que luce tras una noche tempestuosa; benéfica como el arroyuelo que encuentra el caminante sin esperarlo...



En todas las regiones del mundo, el corazón de la mujer es una tierra fértil en tiernos sentimientos: las mujeres, como la samaritana, vierten bálsamos y vino para mitigar las penas de la vida.

BYRON (*D. Juan*)

No hay carga más pesada que la mujer liviana.

CERVANTES (*Persiles y Segismunda*)





## LOS NERVIOS

Los nervios han sustituido al flato-histérico que tanta influencia tenía en la vida de nuestros abuelos.

No hay linda petimetra cortejada ni joven a la moda que no se queje de los nervios: es una enfermedad que nos ha llegado junto con el nuevo gusto literario y las patillas hasta debajo de la barba.

Antes, nadie hablaba de sus nervios.

Conozco una señora que está firmemente persuadida de que los nervios no existían y que son de reciente importación como los zapatos de punta cuadrada y las gorras a la Cristina.

Esta misma señora conocía los nervios como yo al Baja de Egipto; pero hallose un día en una reunión de elegantes, todos enfermos de los nervios, y hétemela aquí atacada del mismo mal.

Los nervios son una especie de *bill* para cometer impunemente cualquier desatención delante de personas extrañas; si se bosteza o se hace algo peor, todo se compone con decir: “*¡Estos nervios míos!*”.

La mujer regañona, áspera de genio, arrebatada, dice que los nervios la tienen fuera [col. 2] de sí y no hay más que callar y sufrirla.

Los nervios se extienden día a día en el orden social y toman cuerpo de gigante: es una enfermedad que se trasmite de prójimo a prójimo, y es tanto más peligrosa cuanto que cualquier bobo se cree que tiene *nervios*.



## LA INSTRUCCIÓN Y LA EDUCACIÓN

La educación se compone de los medios que se emplean para formar el carácter y el corazón y es la que constituye la moral del individuo: la instrucción se refiere a la inteligencia, mientras que la educación abraza la dirección de todas nuestras facultades. El hombre instruido sabe mucho; el bien educado se conduce bien, y esta es la gran diferencia que existe entre la instrucción y la educación. Perjudicialísimo es el hombre instruido si es vicioso, porque emplea el talento en refinar sus malas inclinaciones. Mejorar por medio de la instrucción la mente de un hombre que puede hacer

mal uso de sus conocimientos, es lo mismo que adiestrar a un asesino en el manejo de un arma cortante. Siempre deberían tener esto presente los que educan niños; porque no basta con instruirles para ponerles en estado de ocupar un lugar en la sociedad, es necesario también despertar en ellos, por medio de una educación esmerada, los sentimientos nobles para que merezcan ese mismo lugar. Instruidos conseguirán lo que se propongan, y bien educados serán felices.



—Un oficio vale tanto como una finca: de honra y provecho sirve cualquier profesión.

—El hambre podrá asomarse a la puerta del hombre laborioso; pero nunca se atreve a pasar adelante.

—Si estimáis la vida, no pierdas el tiempo, pues este forma la trama en la que ella está tejida.

FRANKLIN



## POESÍA

### **Serenata**

(Inédita)

Al bien que idolatro busco  
Desvelado noche y día,  
Y tras su imagen me lleva  
La esperanza fementida,  
Prometiéndome halagüeña  
Felicidades y dichas:  
Ángel tutelar que guardas  
Su feliz sueño decidla  
Las amorosas endechas  
Que mi guitarra suspira.

Sobre el universo en calma  
Reina la noche sombría  
Y las estrellas flamantes  
En el firmamento brillan:  
Todo reposa en la tierra  
Solo vela el alma mía.  
Ángel tutelar que guardas  
Su feliz sueño decidla  
Las amorosas endechas  
Que mi guitarra suspira.

Como el ciervo enamorado  
Tras la corza se fatiga  
Que de sus halagos huye  
Desapiadada y esquiva;  
Así yo corro afanoso  
En pos del bien de mi vida  
Ángel tutelar que guardas  
Su feliz sueño decidla  
Las amorosas endechas  
Que mi guitarra suspira

El contento me robaste  
Con tu encantadora vista,  
Y sin quererlo te hiciste  
De un inocente, homicida:  
Vuélvele la paz al menos  
Con tu halagüeña sonrisa.  
Ángel tutelar que guardas  
Su feliz sueño decidla  
Las amorosas endechas  
Que mi guitarra suspira.

E. E.

### **La margen del Río**

(Inédita)

Río que lentamente te deslizas,  
Fecundando la tierra y dando vida  
A tristes sauces y álamos crecidos,  
¡Yo quisiera vivir siempre a tu orilla!  
Yo quisiera una choza guarnecida  
De agreste enredadera, y sombreada  
Por los llorosos gajos de aquel árbol  
Que solo inspira pensamientos tristes:  
Al umbral de mi puerta una barquilla  
Sin vela ni timón, que me llevase,  
Al capricho del viento y la corriente.  
También quisiera un alazán fogoso  
Que al verme en sus espaldas relinchara  
Y agitara las crines con orgullo.  
¡Oh! Sobre todo una mujer quisiera  
Insaciable de amor y de caricias;  
Mansa como una tórtola del bosque  
De negros ojos y de tez dorada  
Por los rayos del sol abrasadores,  
Que en el cielo argentino resplandecen.  
Y nada mas... allí la vida, obscuro,  
Pasara yo gozoso sin temores,  
Sin la ambición de ciencia que aniquila  
Sin la ambición de fama que atormenta.

Z.



## Aviso

Todas las personas que reciban este primer número, sin devolverlo en el acto o por el repartidor, serán considerados como suscriptores.

Se avisa de nuevo también que todo suscriptor que no especifique el tiempo por el cual se suscribe será considerado como suscriptor por un año entero, y no podrá dejar la suscripción sin entregar en el acto el importe de todo el año.



Número 2



Lámina N.º 2







## HABITANTES DE LAS LANDAS<sup>1</sup>

(Véase la *Lámina N.º 2*)

La lámina del presente número representa a los habitantes de los páramos de la Gascona, vestidos con el traje singular que les es propio, que en vano se buscaría en algún otro país del mundo y se compone de piel de carnero. Estos hombres, que se empinan en altos zancos, hablan un idioma incomprendible a los demás franceses; son flacos, descoloridos, de menos que mediana estatura y viven en un suelo inculto, cubierto de sombríos y tristes pinales [*sic*] y en donde el ganado es pequeño y mezquino como todo lo demás, sin excepción de las carretas de transporte.

El uso de los zancos es indispensable en un terreno que por la regularidad de su planicie no facilita desagüe a las aguas llovedizas que se estancan, ablandan el piso y forman bañados y cenagales hasta de dos pies de profundidad: sirven igualmente a los pastores para vigilar mejor sus ganados, que se esconden fácilmente entre los matorrales que allí abundan.

Cada zanco tiene una planchuela a manera de estribo en que descansa el pie y se asegura al muslo dejando a la rodilla antera libertad en sus movimientos; para que no se gasten las puntas, suelen embutirlas en un pedazo de hueso. Con estas piernas prolongadas recorren rápidamente largas distancias, y al paso regular dejan muy atrás a un caballo que ande al trote. El bastón largo que llevan en la mano no les es necesario para caminar, pero les sirve cuando quieren descansar o sentarse. Es admirable la destreza con que levantan las cosas desde el suelo; y cuando quieren calzarse los zancos, se sientan en el techo de un establo o en alguna parte elevada, bien que pueden hacerlo igualmente sobre el piso como lo representa la lámina, ayudándose del bastón largo.

El único entretenimiento de estos pastores es hacer calcetas o hilar, para lo que llevan [col. 2] siempre el huso a la cintura: así pasan la vida, mal alimentados, bebiendo aguas cenagosas y abusando del picante y del aguardiente que les acarrea una vejez temprana, y son contados los que llegan a los sesenta años.

---

1. *Les Landes*, que hemos españolizado como se ve arriba, es una porción del territorio francés comprendido entre el río Ardur y la ciudad de Burdeos, y hace parte del departamento al que ha dado su nombre, que es uno de los ochenta y seis en que esta dividida Francia. *Nota del Recop.*

Sus manjares consisten en pan de centeno, y en mijo o maíz recocado y frío, empapado en grasa derretida; se regalan de cuando en cuando con sardinas saladas de Galicia y tocino frito de añadidura. Los trastos de cocina y el arma de fuego con que se defienden del lobo completan sus extravagantes arreos.

De lo que queda dicho, puede inferir el lector que no estarán hechos estos vestidos con mucho esmero ni arte; así acabará de creerlo cuando sepa que los calzones se reducen a solo dos pieles envueltas en las piernas, sujetas con hilo torcido, y que el fraque o la chaqueta consiste en otras dos pieles unidas con una costura y que tienen sus correspondientes agujeros, para ensartar los brazos. La lana va del lado de fuera, y encima de esta vestimenta suelen ponerse en el invierno una especie de ropón blanco, de tejido tosco, llamado por algunos *capas a la usanza de Carlo Magno*. El ropón termina en una capucha puntiaguda a la Robinson de crines de caballo.

Dice M. Thore, en su interesantísimo viaje a las orillas del golfo de Gascona, que los landeses forman, por decirlo así, un pueblo de viajeros, cuya mitad queda por turno en sus hogares al cuidado de los pinos y del cultivo de la tierra, mientras que la otra va tirada [p. 10, col. 1] de sus bueyes a los mercados inmediatos a vender los efectos y productos de su comercio. A pesar de la contextura endeble y delicada que manifiestan exteriormente, resisten con valor la intemperie, duermen sobre paja cuando residen en sus casas, y solo al abrigo de los techos de las carretas cuando viajan.

Los labradores son muy limitados en sus ideas y obstinados como nadie; enemigos de la que ven por primera vez, celosos hasta rayar [col. 2] en crueles, taciturnos, y sin embargo buenos, siempre dispuestos a servir y ser útiles, e incapaces de cometer dolo ni robo alguno. Si sus habitaciones y andrajos repugnan y repelen, no por eso tema nada el viajero que se extravíe en aquel páramo, pues hallara allí más hospitalidad y sincero desinterés que en los demás puntos ricos y civilizados del Departamento.



## UN BRUJO EN EL SIGLO XVIII

A fines del siglo último, llegó a la mejor posada de Wurtzbourg, obscuro lugarejo de Alemania, un viajero que aunque sencillo en su porte y

modestísimo en cuanto a tren y equipaje, despertó la curiosidad de la huéspededa [*sic*] y demás gentes, por su extraña y misteriosa conducta.

No era preciso ser muy avisado para descubrir que este personaje era de buena condición y de merito, a pesar de su desaliñado vestido: tenía largo el cabello a la usanza de los estudiantes de la universidad, pálido y melancólico el rostro y no podía disimular las serias ocupaciones de su espíritu, ni aun con la sonrisa que de cuando en cuando asomaba a sus labios.

Al siguiente día de su llegada, en vez de preguntar a la posadera por las señas de algún individuo para visitarle o entregarle alguna carta, o por las antigüedades y cosas curiosas del lugar, como lo hacía todo viajero, salió de madrugada sin hablar a nadie, y anduvo vagando por los alrededores, a juzgar por el polvo de su calzado, hasta la hora de cenar; hizo lo mismo en los siguientes días, y un pastorcillo declaró que le había visto caminando muy ligero por las orillas del río, pararse pronto, gesticular como un loco, y no hacer caso de unas jóvenes lindas y graciosas que junto a él pasaron.

Es preciso convenir que estas circunstancias eran sobradas para hacer no muy buenos juicios acerca de este extranjero que por otra parte era sobrio, poco descontentadizo y bien avenido con lo que se le servía, según la declaración de la posadera.

[Col. 2] Creció la curiosidad y aumentaron las sospechas. Observose que el desconocido se encerraba en su aposento después de cenar y no se acostaba hasta muy tarde, y no faltó quien hubiese visto luz en su cuarto a una hora muy avanzada de la noche. Una vez que la huéspededa [*sic*] estaba con unas cuantas amigas, bajó asustada una sirvienta protestando y jurando a su patrona que el extranjero conversaba en su cuarto con otra persona, pero que nadie había entrado en él... al menos por la puerta, añadió la simple, haciendo estremecer al auditorio. La huéspededa [*sic*] gruñó a su moza por haber puesto oído a lo que no le importaba; pero no por eso dejó de hacer lo mismo la buena mujer al día siguiente, y aplicando tanta oreja al ojo de la llave del aposento consabido, oyó... No sabemos lo que habrá oído; pero el hecho es que bajó tan turbada y descompuesta como no se le había visto después de la muerte de su marido, y tomando la manta se encaminó a casa del burgomaestre.<sup>2</sup>

El extranjero se retiró a la otra noche muy tranquilo después de su paseo de costumbre, y ya tras su puerta, dos agentes de la policía acompañados

---

2. "Corregidor" en el sistema administrativo de Alemania. (*El Recop.*).

de algunos de los mas atrevidos moradores de Wurtzbourg, y todas las mujeres del lugar en la calle, en la sala y en la escalera de la posada, poseídas de curiosidad y de temor. El auditorio era numeroso; pero solo los que estaban inmediatos podían percibir la voz del [p. 11, col. 1] extranjero, pausada unas veces, alta y acalorada otras, como si conversase con alguna persona; el diálogo que aquellos escucharon fue el siguiente: “¡Maldito engendro de la potencia increada, réprobo ser que tanto ha que te busco, respóndeme! ¡Ea! ¡Transformaos perro! Ya veo que se eriza tu renegrado pelo, que tus ojos encendidos relumbran y que tu cuerpo se hincha. Bueno, bueno, me entiendes: te hinchas, ¿todavía creces más? ¡Basta, bueno! Ya tocas con el techo: ¡Haz el último esfuerzo...! Genio infernal, pues que te sometes a mi voluntad, muéstrate en forma de demonio y hablale a tu señor.

“Amo mío que mandas a tu siervo”, contestó con humildad irónica otra voz que parecía salir del infierno, y que se dejó oír de todos los asistentes. Las mujeres huyeron dando espantosos alaridos, y los hombres desquiciaron la puerta y se apoderaron del viajero, que se hallaba sentado en su poltrona, arrimado a una mesa sobre la cual estaba un cuaderno escrito; el demonio había desaparecido, aunque algunos testigos aseguraron que al entrar tomaron olor a azufre. Conducido ante el juez y acusado por este de magia, de pacto con el diablo y de cosas de encantamiento, se defendió haciendo la explicación siguiente: “He empezado una tragedia cuyo héroe invoca al diablo, y este se le aparece; y como mis amigos me interrumpían con sus visitas en Weymar donde resido, he determinado venir a este pueblecito huyendo del bullicio. Tengo a más la desgraciada costumbre de leer en alta voz a medida que voy escribiendo, y si en esto he ofendido al ilustre pueblo de Wurtzbourg, pídoles humildemente que me perdone. Pero en cuanto a invocar yo mismo el nombre del demonio, es cosa que no puede creerlo la ilustrada razón del burgomaestre ni cabe en mí, que soy cristiano rancio”.

El brujo se llamaba Goethe, autor muy celebre de Alemania, que se ocupaba por entonces de la composición de su drama tituado *Faust*<sup>3</sup>.

---

3. Esta obra, considerada como uno de los prodigios de la literatura moderna, se halla analizada por Madama de Stael, en sus escritos *sobre la Alemania*. (*El Recop.*).

---

  
POESÍA**El Desamor<sup>4</sup>**

(Canción)

Acongojada mi alma  
Día y noche delira  
El corazón suspira  
Por ilusorio bien;  
Mas las horas fugaces  
Pasan en rauda vuelo  
Sin que ningún consuelo,  
A mi congoja den.

Entre mis venas corre  
Sutil, ardiente llama,  
Que sin cesar me inflama  
Y llena de dolor;  
Pero una voz secreta  
Me dice: ¡infortunada!  
Vivirás condenada  
A eterno desamor.

Como muere la antorcha  
Escasa de alimento,  
Así morir me siento  
En mi temprano albor:  
Ningún benigno soplo  
Da vigor a mi vida  
Pues vivo sumergida  
En triste desamor.

---

4. Esta linda canción con otras del mismo poeta han sido puestas en música por D. Juan Pedro Esnaola: solo andan en manos de algunos aficionados, y el público ganaría con que se publicasen.

Como fatuo destello  
Que brilla y se evapora,  
Se obscureció en su aurora  
El astro de mi amor  
Fuese con él mi dicha  
Fuese con él mi calma  
Quedole solo a mi alma  
Perpetuo desamor.

E.



CAPÍTULOS DE UNA OBRA RECIENTEMENTE PUBLICADA  
POR EL ABATE LA MENNAIS

(CAPÍTULO II)

Escucha y dime de dónde proviene ese ruido sordo, vago, nunca oído que se siente por todos lados.

Pon la mano en tierra, y dime por qué se estremece.

Alguna cosa ignorada de nosotros se mueve y remueve en el mundo: en esto hay obra de Dios.

¿Hay alguno que no espere indeciso? ¿Algún corazón que no palpite? Hijo del hombre, sube a las alturas y di lo que veas.

Veo en el horizonte una nube cárdena y un resplandor rojizo, semejante al reflejo de un incendio.

¿Hijo del hombre qué más ves?

Veo que la mar hincha sus ondas y que los montes sacuden sus cimas. Veo que los ríos salen de madre, que bambolean las colinas, y caen a los valles, cegándolos.

Todo se conturba, todo se mueve, todo muda de aspecto.

Veo nubes de polvo que van en todos rumbos, que se encuentran con fragor, se mezclan y confunden: pasan por sobre las ciudades y cuando han pasado, solo se ve la llanura en que fueron.

Veo los pueblos levantarse en tumulto y que empalidecen los reyes coronados.

La guerra anda entre ellos; guerra a muerte.

Veo que se despedaza un trono, y luego otro, y que los pueblos esparcen por tierra sus astillas.

Veo un pueblo que combate como el arcángel Miguel contra Satanás. Es certero y terrible en sus golpes; pero está desnudo, mientras que el otro viste fuerte armadura...

Veo otro pueblo que lucha sin dar tregua y que más y más se alienta en la lucha. Este pueblo tiene el signo de la cruz sobre el corazón.

Veo otro pueblo (y es el tercero) sobre el [col. 2] cual seis reyes han puesto sus plantas, y cada vez que se mueve, seis puñales le atraviesan la garganta.

Veo sobre un vasto edificio y a mucha altura en los aires, una cruz casi imperceptible, porque la cubre un cielo negro.

¿Hijo del hombre qué más ves?

Veo que el Oriente se perturba en sí mismo.

Que sus antiguos palacios, que sus envejecidos templos se desmoronan, y levanta los ojos como en busca de menos precederas grandezas en otro Dios.

Veo al Occidente una mujer de noble mirar y semblante apacible: con mano firme abre un surco, y por doquiera pasa la reja del arado, veo que se levantan generaciones humanas que la invocan en sus oraciones y la bendicen en sus cantos.

Por la parte del Septentrión, veo unos hombres a quienes solo les queda un poco de calor concentrado en sus cabezas, calor que les embriaga; pero tócales Cristo con la cruz, y el corazón les late de nuevo.

Al Mediodía veo ciertas razas agobiadas bajo el peso de no sé qué maldición; pero Cristo les toca con la cruz y se enderezan.

¿Hijo del hombre qué más ves?

No responde: —Volvamos a gritar:

¿Hijo del hombre qué más ves?

Veo a Satanás que huye, y a Cristo rodeado de sus ángeles que viene a reinar.

## (CAPÍTULO X)

Cuando la tierra toda gemía y esperaba la redención, se levantó una voz de la Jadea, voz de aquel que venía a padecer y morir por sus hermanos, y a quien llamaban algunos por escarnio, el hijo del carpintero.

Pues el hijo del carpintero, pobre y desvalido en este mundo, decía: “Venid a mí los que estáis trabajados y cargados y os aliviaré (S. Mat. c. XI)”.

[p. 13, col. 1] Y desde aquel tiempo hasta el presente, ni uno siquiera de los que han creído en él se ha visto sin alivio a sus padecimientos.

Como remedio a los achaques que padecen los hombres, él les predicaba la justicia, que es el principio de la caridad, y la caridad, que es el complemento de la justicia.

Y la justicia nos manda que respetemos el derecho ajeno, y algunas veces exige la caridad, que desatendamos el propio obsequio a la paz o a algún otro interés.

¿Qué sería de la tierra si perdieran el derecho su poder, y las personas, la seguridad y el goce pacífico de lo suyo?

Mejor sería vivir en lo más retirado de los bosques que en una sociedad entregada al latrocinio.

Lo que arrebataís hoy, otro os lo quitará mañana. ¿Serán más infelices los hombres que las aves del cielo, a quienes sus iguales no roban ni el alimento ni el nido?

¿Qué es ser pobre? Carecer de cosas propias.

¿Qué desea el pobre? Dejar de serlo, es decir, adquirir algo que sea suyo.

De suerte que el que arrebatara y roba ¿qué es lo que hace? Destruir según sus fuerzas el mismo derecho de propiedad al que aspira.

Arrebatara, robar es atacar al pobre como al rico; derribar la base en que se asientan todas las sociedades humanas.

El que nada tiene, solo puede llegar a poseer aquello que le den por su trabajo los que ya tienen algo, pues solo estos pueden remunerarle sus tareas.

La equidad produce el bien, y está en los intereses de todos.

No bebáis en el vaso de la iniquidad, porque en el fondo hallaréis escasez, congoja y muerte.

## (CAPÍTULO XV)

De solo un día es vuestro tránsito por la tierra, ved modo de pasarlo en paz.

La paz es fruto del amor; pues para vivir en paz, es preciso saber sobrellevar muchas cosas.



Nadie es perfecto, todos tienen sus debilidades; cada hombre es gravoso a los demás y [col. 2] solo el amor puede aligerar esta carga.

Si no podéis soportar a vuestros hermanos ¿cómo os soportarán ellos?

Del hijo de María está escrito: “como había amado a los suyos en el mundo, así los amó hasta el fin”.

Amad, pues, a vuestros hermanos que están en el mundo, y amadlos hasta el fin.

Infatigable es el amor, nunca se cansa. Inagotable es el amor, vive y renace de sí mismo, y cuanto más se derrama, más superabunda.

El que más que a sus hermanos se quiere a sí mismo no es digno de Cristo que murió por sus hermanos. Si habéis dado vuestros bienes, dad a vuestras vidas, seguros de que el amor todo os lo restituirá.

En verdad os digo: el corazón del que ama es un paraíso en la tierra: tiene a Dios consigo, pues Dios es amor.

El hombre vicioso no ama, sino que envidia: tiene hambre y sed de todo, y sus ojos como los de la serpiente fascinan, y atraen para devorar.

El amor se abriga en las almas puras, como la gota de rocío en el cáliz de una azucena.

¡Oh! ¡Si supieseis lo que es amar!

Decís vosotros que sabéis amar, y muchos de vuestros hermanos carecen de pan para alimentarse, de vestidos para la cubrir la desnudez de sus carnes; de techo para abrigarse contra las intemperies, de un puñado de paja para dormir sobre ella; mientras que vosotros lo tenéis todo en abundancia.

Decís vosotros que sabéis amar, y hay un crecido número de enfermos desvalidos postrados en el lecho del dolor; desgraciados que lloran, sin que nadie lllore con ellos; y niños pequeñuelos que temblando de frío andan de puerta en puerta mendigando desperdicios de la mesa del rico sin poder conseguirlos.

Decís que amáis a vuestros hermanos pues, ¿qué haríais aborreciéndolos?

Y yo os digo, que el que no alivia, pudiendo, los padecimientos de su hermano es su enemigo; y cualquiera que no da de comer, pudiendo, a su hermano hambriento es un asesino.



## LESAGE Y SU HIJO

El autor de *Turcaret* y de *Crispín rival de su maestro* puede considerarse como escritor dramático, porque cultivó este arte muchos años; pero sus tareas como asociado a Fuzelier, Dorneval y Piron, en las piezas que estos dieron al teatro, le habían ocasionado tantas desazones que llegó a tener aversión a los cómicos en los últimos veinte años de su vida. No es de extrañar, pues, que sintiese tan profundamente el ver a su hijo mayor, a quien hacía estudiar para abogado, dedicarse a las tablas bajo el apellido de Montmenil. Desde este momento no quiso verle más, y el hábil pintor de Gil-Blas concentró todo el amor de padre en Julián Francisco Lesage, su hijo segundo, canónigo de la Catedral de Boloña-*sus-mer*, cuyo capítulo era entonces de mucha nombradía. Lesage hacía frecuentes viajes a este pueblo, sin que el canónigo, que amaba mucho a Montmenil, pudiese conseguir el que su padre le personase.

Era comandante de aquel pueblo el conde de Tressan, individuo de la academia francesa, traductor de varias obras y autor de algunos cuentos ingeniosos: este personaje que conocía todo el mérito de Lesage, le visitaba con frecuencia para gozar en la intimidad de amigo, de los dichos conceptuosos [*sic*] y originales anécdotas de que rebozaba el talento de aquel anciano, que aún conservaba la afabilidad y lúcida imaginación de su juventud.

M. de Tressan trató de reconciliar a Montmenil con su padre porque así lo habían pedido tanto él como su hermano canónigo; y al efecto, en uno de los viajes de Lesage a Boloña, aprovechó la circunstancia que vamos a referir. Acostumbraban en aquel tiempo los cómicos que no estaban de asiento en París trasportar de pueblo en pueblo sus vestidos y telones recogiendo aplausos y dinero; entonces, un actor se entregaba con ahínco a estudios serios y no se hacía consistir el efecto escénico en la representación de las obras maestras de Corneille, Moliere y Regnard ni en el ruido y aparato de las decoraciones, ni en la habilidad del maquinista. Montmenil pertenecía a una de estas compañías que desde [col. 2] un mes antes de la llegada de Lesage representaba en el teatro de Boloña.

A pocos días se anuncia la comedia de *Crispín rival de su maestro*, y M. de Tressan logró no sin trabajo que el autor de tan chistosa composición le acompañase a su palco.

¡Cuál no sería la sorpresa de Lesage, al advertir que su hijo representaba el papel de Crispin! —¡Ah! Señor comandante —digo conmovido—, si V. no fuese el mejor de mis amigos, yo le trataría de pérfido, puesto que me trae a este lugar. A pesar de que el bondadoso M. de Tressan consiguió tranquilizar al anciano, no por eso dejaba de leerse en el semblante el abatimiento de su ánimo mediante la primera parte de la representación. Montmenil se desempeñó maestralmente y fue ganando la atención de su padre hasta tal grado que, sin poderse contener, aplaudió a Crispin palmeando con todas sus fuerzas. Cuando Montmenil se vistió de particular, fue llamado por M. de Tressan para felicitarle y le dijo: —Abraze, V., a su padre; la amistad que él le devuelve la ha adquirido V. con su talento. Montmenil, ¡hijo mío! —exclamó Lesage, sollozando y estrechándole contra el corazón—. Hubiera deseado verte abogado, pero estoy contento al ver que has ganado el más intrincado de los pleitos.

Dos años después murió Montmenil, y Lesage postrado de dolor y sentimiento por esta pérdida, se alejó de París para siempre y vino a Boloña en busca de un asilo y de los afectuosos consuelos de su hijo el canónigo. Vivió cuatro años más y falleció el 17 de noviembre de 1787 a la de edad de ochenta años. M. de Tressan asistió a los funerales con toda su oficialidad, considerando como obligación suya el tributar este respeto, a uno de los más esclarecidos escritores de Francia.

Aún se ve en Boloña la modesta habitación de Lesage, distinguida con esta sencilla inscripción:

AQUÍ MURIÓ EL AUTOR DE GIL BLAS  
EN 1787

[p. 15, col. 1] Esta casa despierta el interés más vivo a los extranjeros que pasan por aquella ciudad.



CÓDIGO EPISTOLAR

Piénsese, antes de escribir el primer renglón de una carta, que se está en presencia de la persona ausente: háblesele con la pluma en la mano.

Si es a esa persona de rango o a un protector a quien se le escribe,

no se debe manifestar en la carta más talento o agudeza que la que a este se le considera.

A los ricos no se les escribe largo.

No se debe imitar ningún estilo, sino escribir como uno sepa o pueda.

No llegue el laconismo hasta la aridez.

Las cartas deben escribirse de modo que las entienda el que las reciba.

No se debe hacer provisión anticipada de frases lúcidas ni de pensamientos elevados para copiarlos cuando vengan bien; porque en el estilo epistolar, sobre todo, debe *vivirse con el día*.

Una carta admite todo género de estilos, según la persona que la escribe o el asunto de que se trata. La sublimidad no se opone a la sencillez, antes por el contrario andan unidas.

Si no se pueden evitar estos extremos, sirva de regla, que más excusables son las impropiedades que la pedantería.

No se debe pensar mucho antes de escribir una carta, pero después de escrita debe releerse con cuidado.

No se debe escribir a un amigo que ha obtenido un buen empleo, o una crecida ganancia, hasta que él no comunique su buena fortuna.

Como lo que primero ocurre suele ser lo mejor, deben contestarse las cartas sin demora; pero la contestación no debe enviarse hasta el día siguiente, cuando se versan asuntos de importancia.

Hay cosas que se dan por entendidas, que se dicen algunas ocasiones; pero que nunca se manifiestan por escrito.

Debe ser muy corta la carta dirigida a una [col. 2] persona recargada de atenciones: es preciso tener presente que no le sobra el tiempo para leer lo que se ha escrito despacio ni para contestar detenidamente.

Evítense las citas con tanto cuidado como los yerros gramaticales.

Póngase esmero en firmar con claridad y sencillez; sin olvidar que esos rubricones engarabataados son caduqueces [*sic*] de nuestros abuelos, y grillos que duran toda la vida.

La fecha es indispensable, porque sin ella no tienen ningún sentido las palabras *mañana, el sábado último*, etcétera.

No es indiferente el modo de doblar, cerrar una carta y ponerle el sello; porque la más elegante entre muchas cartas es la que se lee primero.

---

ALGUNOS PENSAMIENTOS Y MÁXIMAS  
DE FRANKLIN

Con la pereza como con el orín, se consumen más las cosas que con el uso: la cerradura que se usa siempre está corriente.

Todas son dificultades para el perezoso: todo lo facilita el trabajo.

El que se levanta tarde, afánase inútilmente todo el día y anochece cuando va a emprender sus tareas. Anda tan lentamente la pereza que con la facilidad le da alcance la indigencia.

El acostarse temprano y madrugar, conserva la salud, y da riquezas y sabiduría.

La diligencia es madre de la prosperidad, y al que trabaja Dios le ayuda.

Si aras tus campos mientras duerme el perezoso, tendrás trigo para vender y guardar.

El agua que cae gota a gota, horada la piedra con el tiempo. Con la paciencia y el trabajo, llega un ratoncillo a cortar un cable, y a golpes repetidos se abaten los árboles más corpulentos.

Los placeres corren tras del que los huye.

Más perjudica el descuido que la ignorancia.

Sírvete a ti mismo y tendrás un criado de vuestra confianza y estima.

La pérdida de un clavo trae la de la herradura; la pérdida de esta, inutiliza al caballo, y entonces puede perecer el jinete, porque el enemigo le da alcance.

---

Viajar es leer; pero desgraciadamente los viajes son libros muy voluminosos y de alto precio para el mayor número de las personas. Los periódicos obvian en el día este inconveniente, pues el litógrafo transporta a sus páginas y a poco costo los pueblos y palacios del orbe y el redactor sirve de guía a los lectores que quieren visitarlos.

*Magasin Pittoresque*



## AVISO

Habiendo recibido varias observaciones respecto al aviso inserto en nuestro último número, debemos decir que no hemos querido negar a ninguno de nuestros suscriptores la facultad de dejar este papel cuando lo juzguen oportuno; pero sí, que en este caso el suscriptor debe pagar la suscripción conforme al tiempo corrido, porque habiendo hecho una disminución considerable para los suscriptores *por año*, no pueden gozar de la misma ventaja los que se suscriben solo por dos o tres meses. Observaremos que dicho aviso no debe ser de efecto alguno para la mayor parte de nuestros suscriptores.

Número 3

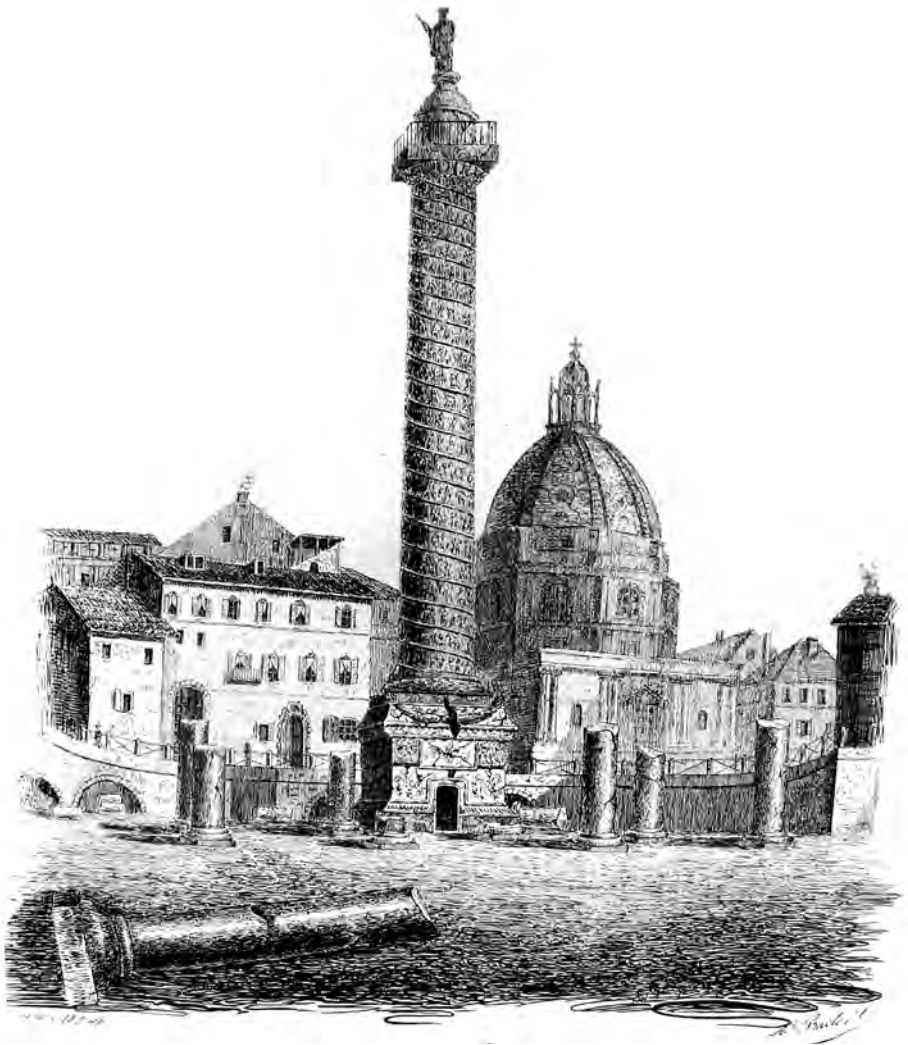


Lámina N.º 3







EL CABALLO,  
EN LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

*A horse! A horse! My kingdom for a horse!*  
SHAKESPEARE (*King Richard III*)

Si nuestros padres y conquistadores no nos hubiesen enseñado las verdades del evangelio, tal vez contaríamos entre nuestros dioses a este arrogante y fogoso animal, que nos proporciona placeres indecibles y es uno de los medios más poderosos de nuestra riqueza: y si abandonados a nosotros mismos, hubiésemos formado como los pastores de Egipto, la nomenclatura de las constelaciones que brillan en el cielo, sin duda que habríamos colocado al caballo entre las estrellas meridionales. Ley hubiera sido impuesta por el agradecimiento, el darle el mismo lugar que dio la mitología a la fabulosa Amaltea. ¿No es para nosotros el caballo, símbolo de abundancia, como el adorno de la frente de aquella?

¿Qué serían las tendidas pampas sin el animal que puso alas al hombre que las habita? Vastos desiertos, abrigo de algunas tribus aisladas, soledades estériles, mares de tierra inútiles para servir de comunicación a unos pueblos con otros pueblos: la piel del gamo, de los leones, del tigre, de la nutria; las plumas del avestruz, la sal mineral, tantas otras producciones de nuestros campos, y sobre todo la ganadería, habrían quedado sin fruto para la industria y el comercio, a no ser por la agilidad, inteligencia y robustez del caballo.

Debemos la adquisición del caballo a la conquista. La raza belicosa que plantaba su toldería donde hoy se asienta Buenos Aires, compró con su sangre el instrumento remoto de sus venganzas; y los nietos de los que perecieron en la Matanza, a merced del caballo que manejaron con mayor destreza, tuvieron largos años reducido al poder español entre los límites del Salado.

Sin duda que instructivo a la par de curioso, sería el examen que se hiciese del influjo que ha podido tener este animal en la condición de nuestros indígenas; cuál sería su suerte y carácter sin este medio de acelerar la huida, de atacar con mayor violencia. Y averiguar también con mayor detención que en este artículo, cuál es la parte de originalidad que debemos nosotros, ya civilizados, al uso hábil y frecuente que sabemos

hacer de las nobles condiciones del caballo. Jóvenes, una mina inagotable de originalidad tenéis bajo las plantas: los que deseáis escribir con independencia de las trabas que imponía un gusto caduco y apocado, buscad en vosotros mismos y en la naturaleza que os rodea los rasgos de nuestra fisonomía y retratadla.

Nuestros caballos descienden de la mejor raza del mundo: los céfiros del Betis, como apellida un historiador americano a los caballos andaluces, son conocidamente árabes o cuando menos berberiscos; y si han podido degenerar algo por el poder del clima, han mejorado mucho por la mano del hombre que les maneja. El caballo europeo es por lo general una máquina, un esclavo que tiembla a la voz de su amo, que pierde su natural fiereza bajo el peso de la vil carga y de los palos con que se le doma: el nuestro, aunque dócil a la voluntad del jinete, conserva, reducido a un alto grado de mansedumbre, su voluntad e independencia: reconoce denuedo y bravura en quien le monta, y cede de sus bríos y se amansa convencido, digámoslo así, de que no puede triunfar en la lucha que sostiene con el hombre. Cualquiera que compare los medios empleados por los Europeos y los nuestros para domar un caballo debe forzosamente deducir que el nuestro le envilece menos, dejándole muchas de las nobles condiciones que le ennoblecían y hermo seaban, cuando en estado de bravío volaba por los campos entregado completamente a su capricho.

Manso ya, sellado por la cruel marca de la propiedad, lejos de la hembra cuya posesión disputaba a su iguales, ante la cual ostentaba sus crines, de que el tuce [*sic*] le ha despojado, empieza una nueva vida bajo el poder de las pujantes piernas de un ganadero: debe ser fiel como el mastín de un pastor del viejo mundo, de buena rienda, o como nos obliga a decir la cultura del estilo, dócil al freno; debe alcanzar al toro y no temerle, adiestrarse en las faenas del rodeo y correr a la par de los avestruces y los ciervos. Cargará los utensilios y armas de su jinete, el trenzado lazo, las bolas silbadoras y certeras: llevará a su amo a la remota laguna si tiene sed, le pondrá a tiro de la gama si tiene hambre; le dará sombra en las ardientes siestas del verano y anunciará con un relincho la proximidad del peligro, al que descansa confiado en su fidelidad. Criatura inapreciable, ¡cuán diferente te nos muestras según la persona que os maneja! Si quieres conservar tu gracia y tu belleza, y despertar ideas y sentimientos poéticos en quien te contempla, no dejes los campos por el estrecho peñe de las ciudades y, sobre todo, no permitas que suba a tus espaldas

el que surca los mares y os maltrata por falta de destreza en gobernar las bridas. Un porteño llora cuando alcanza el significado de estas palabras: *Horses to let*.

No solo ha de ser útil a su dueño, sino que también ha de proporcionarle placeres, ganando premios en la carrera y en otros juegos, especie de torneos en que no se derrama sangre humana; en donde la liza es la llanura; el palenque, el horizonte que la limita, y las gradas para los espectadores, los lomos y las ancas de todos los caballos de un pago entero, enajenado de gozo y vestido con los más lucidos arreos del domingo. En estas escenas verdaderamente nacionales es donde debe estudiarse la índole del caballo y no en la guerra y en la caza, donde únicamente le halló Buffon digno de la poesía y la elocuencia.

Tantos placeres y servicios le son recompensados con un amor sin límites: él y la querida se disputan en viva lucha el corazón de un paisano, y si este como el héroe de Shakespeare poseyera un imperio, lo cambiaría sin trepidar por un caballo.

Si todas las capitales se parecen, no es dentro de Buenos Aires donde ha de examinarse el influjo que ha tenido este animal en nuestro carácter y propensiones: la ilustración borra de la fisonomía de los pueblos todos los rasgos originales, porque su tendencia es la de reducir a los hombres a una sola familia y traerlos a un mismo modo de pensar, de proceder y de vivir: un paquete de la calle Cabildo, un elegante de las Tullerías, un fashionable [*sic*] del parque del Regente, un lechuguino del Prado son todos de la misma familia, como lo son cuatro mariposas aunque en sus alas brillen diferentes tintes y cambiantes; se parecen como cuatro bustos de un mismo personaje, cincelados en cuatro diversas edades de su vida. Pero las modas y las pestes huyen de los campos: allí la ley de la necesidad dictó las formas del traje, y tal cual es y ha sido, permanecerá mientras el hombre identificado con el caballo necesite soltura en los miembros y agilidad en los movimientos. Lo que decimos del vestido, puede aplicarse a los hábitos morales, a las pasiones del ánimo y al desenvolvimiento y cultura de los sentidos y de la inteligencia.

El hombre de nuestra campaña es esencialmente independiente, y reúne todas las buenas condiciones que acompañan al amor de la libertad personal y al aborrecimiento de la sujeción y de la fuerza. Acostumbrado desde la infancia a encontrar en el caballo un medio seguro de evadir la injusticia de los hombres, a no medir nunca las distancias, a no detenerse

ante un río o un precipicio, porque todo lo salvan las alas del animal que monta; llega a creer que su voluntad es prepotente y que si esta no se estrella contra los obstáculos naturales, tampoco debe ceder a la de los demás hombres. Señor de los campos, rey de la llanura, como un cóndor es de los aires y de la cumbre de la Cordillera, ¿quién le sojuzgará si monta *un caballo propio para burlarse de un alcalde?* En esta expresión proverbial está encerrada la idea que hemos intentando analizar y desenvolver.

El movimiento del caballo despierta la meditación e impone silencio al jinete: las ideas se suceden con la rapidez del galope; pero los labios se niegan a expresarlas, tal vez porque la excesiva actividad como el profundo reposo producen iguales efectos. ¿No podrían explicarse por esta observación el carácter silencioso de los hombres de nuestra campaña y la especie de pereza que tienen para expresar lo que piensan y sienten? Agréguese a esto el silencio del desierto y el pasmo que produce su extensión, solo comparable con la de nuestro río o con la inmensidad del cielo...

(Continuará) Z.



LA COLUMNA DE TRAJANO,  
EN ROMA  
(Véase la *Lámina N.º 3*)

La columna de Trajano, uno de los más hermosos monumentos de Roma, sirvió de modelo para construir la que existe en París en la plaza de Vandoma. Fue erigida en honor del emperador Trajano en tiempo en que este sostenía la guerra contra los daicos, y murió sin haber visto esta obra maestra del ingenio humano. Destinada a eternizar la memoria de sus victorias, solo sirvió para encerrar sus restos, como las pirámides de Egipto encierran los cadáveres de sus reyes: las cenizas de Trajano se pusieron en una urna de oro, en lo alto de la columna se colocó su estatua formada del mismo metal, y allí existió hasta que el pontífice Sixto v puso en su lugar la del apóstol San Pedro en 1588.

La altura de la columna, contada desde el suelo hasta el remate, es de ciento treinta y dos pies; su orden es dórico y está formada de treinta y cuatro trozos de mármol blanco unidos entre sí con abrazaderas de bronce: el diámetro interior es de once pies más dos pulgadas, y solo de diez en la

parte cercana al capitel. El pedestal tiene catorce pies, el zócalo, tres; la columna con base y capitel, no venta; la estatua, once y su pedestal, catorce. En lo alto tiene un balcón desde el cual se goza una de las más agradables vistas de Roma.

Se sube a esta columna por una escalera [col. 2] interior de ciento ochenta y dos escalones de dos pies más dos pulgadas de ancho cada uno, abierta en el mármol, que va caracoleando desde abajo hasta arriba y recibe la luz por cuarenta y tres ventanillas. La rodea exteriormente dando veinte y tres vueltas, un bajo relieve en forma de espiral, cuyas figuras que llegan al número de dos mil y quinientas tienen dos pies de altura en general: las más inmediatas al capitel son mayores y resaltan más que las otras.

Las diferentes subdivisiones de este poema escrito en piedra representan diversas escenas de las dos expediciones de Trajano contra los dacios: en unas se ve la mancha de un ejército, y en otras el paso de un río, un campamento, etcétera. Hállanse en estas figuras el retrato más vivo que de sus enemigos nos hayan dejado los romanos; los dacios, sarmatas y germanos están representados exactamente con los trajes que usaban y es de esperar que tarde o temprano se graven estos bajos-relieves para agregarlos al texto de toda historia romana. El pedestal está adornado de encinas trabajadas primorosamente.

El autor de estos bajorrelieves es probablemente el arquitecto Apolodoro de Damasco, que ideó el plan de la columna y dirigió su construcción.



## DIVERSIONES PÚBLICAS Y JUEGOS DE LOS ROMANOS

El objeto que tuvieron en su origen los juegos públicos fue útil y honesto, pues en ellos se adiestraba la juventud para defender la patria en los días de peligro. Los más esclarecidos [col. 2] héroes del mundo entonces civilizado acudían a la Grecia en demanda de los honores acordados a los que triunfaban en la lucha, en la carrera de a pie y de caballo y en el [p. 23, col. 1] manejo del arco; en tanto que los mejores poetas y celebrados artistas consagraban sus talentos a eternizar la gloria de los vencedores, cuyos nombres nunca perecerán en los inmortales versos de Píndaro.

Desde muy al principio de su fundación, adoptó sin duda Roma los usos y costumbres de la nación de que descendía y de los pueblos griegos inmediatos; y los ejercicios gimnásticos, más que ninguna otra diversión, cuadraban bien con su índole guerrera. Estas gloriosas luchas en que la juventud se disputaba el premio destinado al más pujante o al más ágil, fueron dignos de un pueblo amante de la libertad y de la patria, en tanto que Roma conservó sin mancha de austeridad de sus costumbres republicanas; pero cuando señora del mundo llenó la capital con las riquezas de tres continentes, cambiaronse aquellos ejercicios en duelos sanguinosos, opuestos a la humanidad y a la moral.

En su origen se celebraban estos juegos en el mes de marzo, se hacían en el Campo de Marte y estaban consagrados a este Dios.

Los sacerdotes, el senado, las vestales y los emperadores, cuando los hubo, presidían esta fiesta; y en los tiempos de la República, se sentaba en ellos en lugar honorífico en traje de victorioso y con una corona de oro en las sienes, el ciudadano que había dado días de gloria a la patria.

Para ir al circo salían del capitolio atravesando por el foro, los caballeros romanos, tras ellos los atletas divididos por edades: seguíanles los que tocaban las cítaras y flautas y los danzantes vestidos con una túnica de púrpura ceñida con un tahalí, del que pendía una espada, y armados a más con una lanza corta. Tras el coro de hombres armados seguían los sátiros vestidos de velludas pieles y de un ropón tejido con flores: llevaban cuernos en la cabeza y afectaban una formalidad ridícula para hacer reír a los espectadores. Seguían luego unos hombres cargados de vasos de oro y de plata en honor de los Dioses, y las imágenes de estos llevadas en hombres de esclavos cerraban por último la comitiva.

El magistrado que presidía la fiesta iba en un carro; vestía un ropaje teñido de color de púrpura, llevaba en la mano un cetro de marfil que terminaba en una águila, y a sus [col. 2] espaldas un esclavo que mantenía suspendida sobre su cabeza una corona de oro: con este traje y atributos llegaba hasta las primeras metas.<sup>1</sup>

En fin, puestos en sus lugares respectivos todos los actores, empezaban los juegos a una señal del prefecto o en el momento en que el emperador arrojaba a la arena un pedazo de lienzo.

En cada extremo del circo, que podría contener hasta ochenta mil

---

1. Columnas en torno de las cuales debían girar los carros sin tocarlas.

personas, había dos columnas que terminaban en forma de huevo por estar consagradas a Castor y Polux, nacidos de los huevos de Leda<sup>2</sup>: alrededor de estas columnas giraban los carros y de una a otra se extendía una serie de columnas con un obelisco a la mitad.

Dada la señal se abrían cuatro puertas, y otros tantos carros se lanzaban por ellas al circo a disputarse el premio; tenían que dar siete vueltas alrededor de todo él, y la habilidad consistía, en girar por la meta sin tocarla, ni perder la ventaja obtenida sobre los rivales.

Los corredores se dividían en cuatro partidos, vestidos de diverso color, simbolizando las estaciones de este modo: el rojo, al verano; el blanco al invierno; el verde, a la primavera, y el azul, al otoño: con el tiempo se redujeron a solo dos colores, verde y azul. Cada asistente se decidía por un partido y adoptaba su color: las principales ciudades del Imperio, como Roma, Constantinopla, etc. se dividían también en dos partidos que más de una vez se dieron sangrientas batallas.

Los emperadores adoptaron el color verde y de él se vestía Nerón cuando descendía al circo a disputar algún premio: Calígula hacía lo mismo, y llegó este a dejarse dominar a tal punto por la pasión hacia estos juegos que comía en los pesebres donde tenía sus caballos: al que él más estimaba, llamado *Incitatus*, le hizo construir un pesebre de mármol y marfil; lo mandaba convidar a su mesa con toda ceremonia y cumplimiento, y le servían cebada dorada y vino en vasos de oro, después que el emperador le había gustado: por último, Incitatus fue Cónsul.

[p. 24, col. 1] Tal era la destreza de los caballos, que casi nada necesitaban de la inteligencia del cochero, y Plinio refiere que habiendo caído el hombre que gobernaba un cuadriga<sup>3</sup>, siguió este la carrera y se llevó el premio.

Viéronse algunas veces uncidos a los carros, en lugar de caballos, elefantes y dromedarios.

Concluida la carrera de los carros, se presentaban en el circo cuatro corredores de a pie, los cuales daban también siete vueltas: unas veces aparecían armados y vestidos, y otras enteramente desnudos: llamábanse unos Boreas, otros Noto y Aquilon, según el viento, cuya impetuosidad se proponían imitar.

2. Castor y Pollux eran hijos de Leda, reina de Esparta, y de Júpiter transformado en cisne.

3. Carro de dos ruedas tirado por cuatro caballos de frente.

Los atletas del pugilato traían los brazos y las manos ceñidas de una gran porción de tirillas de cuero, de cuyas puntas entre estos no concluían nunca sin que se derramase mucha sangre.

Los combates de los gladiadores tenían más atractivo que ningún otro, para aquel populacho profundamente depravado: los desgraciados condenados a muerte o los que por gusto tomaban parte en juego tan sangriento, lidiaban desafortunadamente dos a dos o muchos contra muchos, y el infortunado a quien su adversario derribaba volvía en vano sus miradas suplicativas [*sic*] al anfiteatro, porque casi siempre los espectadores indicaban que le matasen, dando vuelta el dedo pulgar de la mano.

Las mujeres armadas como gladiadores solían lidiar como ellos en el circo.

Otra lucha no menos atroz que la antecedente, llamaba también la atención de los espectadores; unos atletas denominados *rútianos*, llevaban en una mano un tridente, y una red en la otra con la que trataban de envolver a sus contrarios; y si estos, que tenían para su defensa una espada, un casco y un escudo, no acertaban a escapar con destreza y caían en la red, recibían dentro de ella heridas mortales con los filos de los tridentes.

Terminados estos horrores, bajaba a la arena uno de los jueces de los juegos en traje de Mercurio y, por medio de un hierro ardiendo que aplicaba al cuerpo de los vencidos, se cercioraba de si estos estaban o no muertos del [col. 2] todo: otro en forma de Pluton arrastraba a los que todavía respiraban, a un lugar llamado *spoliare*, en donde los concluía a martillazos, o bien los arrojaba a una caverna donde eran devorados por fieras.

Dábanse también en el anfiteatro batallas formales entre hombres colocados en torreones de madera soportados por elefantes, y jinetes por una parte y, por otra, infantes solamente.

Algunas veces se transformaba el teatro en una mar inmensa poblada de peces monstruosos, y apenas se mostraba un tritón de plata haciendo resonar una bocina, se veían sobre las olas dos escuadras compuestas de reos condenados a muerte, los cuales en hábito de pelea, batallaban de veras y con el mayor encarnizamiento.

El extravagante Heliogábalo hizo una vez llenar el circo de vino, y dos flotillas sostuvieron un combate en esta mar de nueva especie.

Una vez se representó en el anfiteatro la fábula de Orfeo. Viose un bosque cubierto de pájaros y poblado de animales bravíos, que arrastrado



por resortes encubiertos entró en el anfiteatro al son de muchos instrumentos: desgraciadamente, falló una de las tablas del aparato, cayó la persona que hacía de Orfeo, y murió en las uñas de un oso.

Estas cortas noticias dadas acerca de una materia, que necesita muchos volúmenes para tratarse con detención, bastarán al menos para probar que estos juegos, dignos en su origen de los pueblos que los instituyeron, se degeneraron a la par de las costumbres, hasta ofender e irritar a la razón y agraviar a la humanidad.



No nos quejemos del estado actual de las sociedades, porque el pueblo moderno más corrompido es un modelo de templanza y cordura, comparado con las naciones del paganismo.

CHATEAUBRIAND



—  
Número 4  
—



*Lámina N.º 4*





SAN MARIN  
(ITALIA)

(Véase la *Lámina N.º 4*)

San Marin es una republiquitá que está en el Estado Eclesiástico y en un monte que muchas veces se cubre de nieve. No tiene fuentes ni pozos, y la falda de la montaña es de tal calidad que solo a fuerza de un trabajo no interrumpido se ha conseguido que sea fértil. La ciudad, aunque la dan dos leguas de diámetro, tendrá como seis mil habitantes. Esto es lo que llaman la “República de San Marin”, que ya cuenta mil trescientos años de paz y felicidad. Solo esta observación podría suplir por una historia; pero todos querrán saber cómo se fundó y por qué medios se perpetúa este sosiego.

Un albañil, natural de Damalicia, llamado Marin, cansado del trabajo, y deseando ocuparse en el asunto importante de su salvación, buscó un asilo, y le halló en este monte, edificando en él una choza. Esto se dice que sucedió en el tercer siglo. La devota vida del ermitaño llamó la atención de los pueblos vecinos que iban a encomendarse a sus oraciones, y viendo que sanaban algunos enfermos por este medio, lo atribuían a milagro. De este modo se fue extendiendo su reputación de unos en otros, y una princesa que era señora de aquel monte le cedió una propiedad. El concurso, que cuando él vivía ya era grande, aumentó después de muerto venerando su sepulcro. Empezaron a edificar algunas casas, que al principio formaban una aldea, después un lugar, y últimamente una ciudad. Esta se dio a sí misma leyes, y se erigió en República.

Edificaron dos fortalezas pequeñas, en donde principia lo escarpado de la montaña comprando el terreno: la primera fue construida en el año 1000, y la otra, en el 1170. Solo tuvo un momento de ambición cuando quiso extenderse hasta la mitad de otra montaña vecina; pero lo que había conquistado, y podría conservar, lo restituyó sin violencia. [col. 2] Solamente hay una senda para llegar a la ciudad, y está prohibido con rigurosas penas buscar otro camino. Si algún enemigo del reposo de esta ciudad pensara en acometerla, hallaría una juventud bien armada, ejercitada desde la infancia en las maniobras militares, y sobre todo inflamada en el amor a la libertad que le han dejado sus padres.

El Gran Consejo, que solamente se junta para los asuntos extraordinarios, se compone de un representante de cada casa. Todos tienen que

concurrir so pena de una multa, porque allí no se permite indiferencia sobre la suerte de la República. Los puntos regulares y diarios se controvierten en el consejo llamado de los “Sesenta”, aunque no son más que cuarenta, la mitad de nobles y la mitad de plebeyos; porque aún allí se halla esta distinción; bien que estas dos clases, por otra parte opuestas, se hermanan bien en San Marin. El consejo de los Sesenta elige dos magistrados con el nombre de capitanes, y estos son en pequeño lo que los cónsules en la antigua Roma. El tercer oficial es el comisario, y este con los capitanes juzgan las causas civiles y las criminales: debe ser extranjero, doctor en leyes y solo dura por tres años. Igual término se le prescribe al médico: debe tener al menos la edad de treinta y cinco años, y aunque sea excelente y se merezca la confianza de toda la ciudad, concluido el tiempo le despiden sin excepción alguna, porque así se previene en las leyes fundamentales del Estado. La elección de maestro de escuela es negocio de entidad en esta República, y debe ser hombre de buena fama y costumbre, de buen genio y conocimientos. Sin duda estas calidades ventajosas son desde muy antiguo propiedad inseparable de sus doctores, si hemos de formar el juicio por los discípulos, pues por lo general son hombres de justicia, humanidad, hospitalidad y aun generosos.



### MILTON Y M. DE CHATEAUBRIAND

El más ilustre poeta de nuestros días, el maestro de la nueva lengua, el mismo que a pesar de haber llegado tras Voltaire y en un tiempo en que campeaba la influencia de este gran escritor, supo demostrarles a todos que la única fuente de la poesía era el cristianismo. ¡M. de Chateaubriand, el gran autor original, ha descendido a la humilde condición de traductor! La noticia es indudable, no es una invención de los partidos literarios. ¡He aquí el extremo a que ha llegado el hombre de tan profunda inteligencia! Inteligencia que nada produce de suyo, que no se atreve a crear y se esclaviza a creaciones extranjeras. El poeta Chateaubriand, no pretende ser ya el primero de Francia y se unce al arco de un Poeta de Albion. El que con paso firme caminaba al frente de la sociedad de su tiempo viose reducido a seguir una a una las huellas de un extraño; el águila que remontaba el vuelo dejando atrás a sus iguales se ha resignado a abatirle y a no ser la primera

en hendir las nubes altísimas; en una palabra: ¡El autor de los *Mártires*, del *Genio del Cristianismo*, de la *Historia de las Revoluciones*, el viajero, el poeta, el hábil político, el artista eminente, el par de Francia, el hombre de próspera y adversa fortuna se ve obligado para mantenerse a traducir al francés el *Paraíso perdido* de Milton el britano!

¡Qué víctima de los caprichos de la suerte osará quejarse de su mala fortuna a vista de un ejemplo semejante! ¿No vemos a M. de Chateaubriand concluir su carrera por donde la empezó el filósofo Epicteto, sacando agua del pozo para subsistir? ¿No le vemos [col. 2] renunciar voluntariamente a su propia poesía, a sus propias ideas, a su política, para seguir la poesía, las ideas y la política de otro?

¿Y de quién? De Milton, del compañero, amigo y defensor de Cromwell; de Milton, que hizo la apología del asesinato de Carlos Estuardo.

¡Quién hubiera dicho a aquel hombre de genio, pero malhadado y sin vista, que llegaría un día en que había de traducirle una persona de tamaño mérito! ¿Quién le hubiera dicho que si poema del *Paraíso perdido*, por el cual no quiso darle cien escudos ninguno de los libreros de Londres, había de hallar por intérprete al más afamado de los escritores francés? ¡Honor insigne, que ni soñar podía en el seno de su gloriosa desventura!

En estos dos hombres, que tan poco se parecen, pueden hallarse sin embargo muchas analogías: eminentes poetas cristianos fueron ambos, políticos uno y otro; ambos, parto de una revolución; pobres, tanto uno como otro, a pesar de la parte que tuvieron en los negocios de la tierra. Los dos viajaron: M. de Chateaubriand en las selvas primitivas del Nuevo-mundo, prestando atento oído al estruendo de los torrentes, al susurro de los árboles, y a las acciones de gracias que entona perennemente aquella naturaleza que se recobra de su sueño; y Milton, en Italia, en donde visita en su prisión a Galileo, y se engolfa en las delicias que le brinda la patria de las artes, llena de la fama y del glorioso renombre del Tasso. Tanto uno como otro tuvieron que regresar precipitadamente de sus viajes, al ruido de la voz que, en 1640 como en 1789, clamaba desde un extremo al otro del mundo: *¡Los tronos* [p. 27, col. 1] *agonizan!* Al estallido del trono que se desquicia, siente Milton que arde en su alma el casi extinto fuego de su republicanismo inglés: mientras que Chateaubriand en igual caso experimenta los afectos de un hidalgo realista, Milton acude al sonido de aquella voz, para hendir a su vez el puñal en la dignidad regia que agoniza. Mientras que M. de Chateaubriand se recobra aceleradamente de su éxtasis poético, despídese para

siempre de las pacíficas playas de América, y acude dispuesto a perecer si es preciso, bajos los escombros del trono amenazado. Si seguimos los pasos de la carrera de Milton, veremos que obra como un hombre nacido para la revolución, que ayuda a esta con todo el poder de su genio, y que fue el protegido de Cromwell desde el día en que estos dos hombres se encontraron y se admiraron mutuamente; siendo en esta parte más desgraciado que M. de Chateaubriand, que no ha querido ponerse bajo la protección de nadie, negándose aun a la que le ofrecía el Emperador Napoleón.

Ambos han sido fieles a sus primeros compromisos. El hidalgo francés ciñó la espada y pasó a engrosar las filas de los que peleaban en defensa de una causa perdida, cuando vio que subía al patíbulo su rey a quien no podía salvar. El fanatismo de Milton fue tan inflexible como constante el realismo de M. de Chateaubriand: aquel tomó la pluma para acusar a Carlos I, habló con la vehemencia propia del que había estudiado la Biblia al lado de Cromwell, y aplicaba su sentido místico a la manera de este; fue fanático de buena fe y obtuvo triunfos en la política, sin dejar de ser hombre de bien. El servidor de Cromwell debía algún día de abogar en su favor ante la posteridad, en el lenguaje de las musas.

Milton empezó su carrera como político y la terminó como poeta, mientras que en M. de Chateaubriand ha sucedido todo lo contrario. Milton tuvo la desgracia de consumir su estro poético y su juventud en los negocios públicos y de perder también en ellos, la inspiración omnipotente que engendra las altas obras del ingenio humano; pero alcanzó a ser un gran poeta en la vejez, en esa edad de tranquilas pasiones y de meditaciones profundas. Milton fue político en la época de su vida que debió consagrar a la poesía, y por esta razón han de [col. 2] perdonársele al autor de *Paraiso perdido* los instantes en que se dormita.

No así M. de Chateaubriand: venturoso como hombre de estado y como poeta, cantó mientras fue joven. A la edad de veinte años, consideró los negocios humanos por el lado que tienen de poéticos; y es preciso no perder de vista lo que entonces era Francia. ¿Qué voz fue aquella, que levantándose de entre las ruinas, habló de esperanza y caridad? ¿Cuáles aquellas manos que se alzaron al cielo en ademán de súplica desde el seno de la humanidad desesperanzada? ¿Quién el poeta que creía en lo futuro y traía con veneración a su memoria los pasados tiempos? o más bien, ¿quién era aquel cristiano que no temía mostrarse a los hombres como tal? ¿Efecto sublime de la poesía! Ella infundió en M. de Chateaubriand el valor del



guerrero, y el valor civil mucho más fácil de alcanzar; y mostrole las cruentas úlceras de Europa, alzando el velo que las cubría. Francia reconoció en él a un gran poeta, y aquella ilustre víctima crucificada por las revoluciones le dijo: *Mira mis pies y manos, e introduce la tuya en mi costado, para que puedas curarme las heridas conociendo su profundidad, ¡oh, hijo mío!* De este modo y con tal objeto, sí que es sublime la misión del poeta, porque vuela entonces en alas de la fe acompañado de la caridad y de la esperanza, cándidas palomas hijas de los cielos: porque pone a la humanidad extraviada en el sendero recto; vuelve su luz al eclipsado sol, a las nubes su transparencia; al templo casi arruinado, el incienso que antes ardía en él; reestablece el altar de Dios perseguido, y aviva el dulce calor de la Esperanza en el yerto corazón del hombre.

El poeta solitario, sin apoyo, sin bienes de fortuna, acompañado solo de la muchedumbre, se mueve rodeado de gloria, y poderoso: solo él prosigue su camino en tanto que todos retroceden al verle; habla en alta voz, mientras los otros enmudecen; solo él se atreve a ser libre y a orar, en tanto que las naciones gimen en cadenas y hasta de blasfemar se han olvidado. En fin, véase hasta dónde llega el poder del poeta. Óyese un rugido del mediodía al norte, desde las Pirámides hasta el antiguo palacio de los Zares, del oriente al occidente, y el león polvoroso se adelanta acompañado [p. 28, col. 1] del terror y la ira: llega y desaparecen los ejércitos como el humo de la pólvora; hasta los cimientos de las ciudades se derriban, y rásganse los montes como el velo del templo de Jerusalén. ¡Cuidado con encontrarse con el genio de las batallas, cuando oprime los hijares de su bridon [*sic*]! ¡Cuidado! Porque en ello va la vida y la libertad de pensar! Y todos los pueblos se postran en el polvo, para que pase victorioso el que se estrelló contra la roca ruin que azotan las olas del Océano. Pero en medio de la temerosa muchedumbre, un hombre solo permanece sin temblar y de pie, firme: solo un hombre espera impávido al audaz conquistador y, en las ardientes miradas de este, fija las suyas plácidas y tranquilas. Este hombre más poderoso que una revolución, mayor que todos los reyes de la tierra, más animoso que las huestes todas que perecieron de cansancio es el joven poeta recién aparecido, el poeta del siglo décimo nono, M. de Chateaubriand.

Compárese a este si es posible, con ese otro bardo que solo descuella a merced del título de hijo de este siglo; con lord Byron, que se mostró al mundo después de la batalla de Waterloo, es decir, cuando el emperador de los franceses y M. de Chateaubriand habían concluido, el uno la historia,

y el otro el poema de sus vidas, y dígasenos si puede colocarse a Byron al nivel del poeta de Francia. Llegó aquel cuando todas las profecías de M. de Chateaubriand se habían verificado y en su lira resuenan los ecos del desaliento y la incredulidad: mientras que el otro enseña que es preciso creer y esperar, y que en la esperanza y la fe se cifra la felicidad de los pueblos. Muéstrase Byron condecorado ya con el título de par de Inglaterra y renunciado a los deberes civiles que le impone este cargo, para entregarse libremente a las inspiraciones de su imaginación satírica; en los instantes mismos en que M. de Chateaubriand consiente en ser par de su nación, y en ingerirse en los destinos de aquella Francia que se le aparecía próspera y feliz en sus cavilaciones, bajo el mando de la dinastía legítima. Dotado Byron de un ingenio igual al de Milton, hábil como Voltaire en el manejo de la sátira mordaz, fatuo como el mariscal de Richelieu; logró hacer gran ruido en Europa, sucediéndole muy luego un silencio sepulcral: M. de [col. 2] Chateaubriand apoyado solo en su fe, salvó a Francia dos veces: una, sacándola de las garras del despotismo militar; y otra, de las del despotismo de un rey. ¡Ay que no ha estado en sus manos el salvarla por la vez tercera, de la tiranía de una revolución!

Pero no tratábamos de lord Byron, sino de Milton a quien hemos dejado en su derrota política y en medio de la restauración inglesa, próximo a perder del todo la vista del dulce resplandor del día, que equivale según él mismo a *una muerte anticipada*.

¡Pobre Milton! ¿A qué le condujo su afición al republicanismo? A humillarse ante un hipócrita sanguinoso que asesinó a su Señor legítimo para usurparle el trono; ante un hombre al que pudiera llamársele muy bien el Mahoma del Norte, sublime unas veces hasta rayar en el heroísmo, vulgar otras hasta la bajeza; hábil en los negocios públicos, y solemne impostor; denodado en la pelea, y cobarde lejos del campo de batalla; asesino de un rey cuya sombra le amedrentaba en sus ensueños, y que no podía ocultar su plebeyo origen con el brillo de la púrpura regia: he aquí el hombre a quien se vio forzado a servir Milton, y a quien le fue constante, aun cuando Cromwell lanzó su veto omnipotente contra la libertad de prensa, desconociendo que a esta debía su ensalzamiento. No se ha portado así M. de Chateaubriand en igual caso.

Hagámosle justicia, sin embargo, a Milton, y reconozcamos que él, así como M. de Chateaubriand en circunstancias análogas, no cesó un instante en proclamar bajo la dominación de Cromwell que la libertad de la

prensa era la joya más preciosa de la Inglaterra: en esta nación, desde Milton, como en Francia desde M. de Chateaubriand, data la emancipación de la palabra escrita. ¿Qué inglés no ha leído la *Areopagítica* de Milton? ¿Qué francés no sabe de memoria la *Defensa* de M. de Chateaubriand? Ambos comprendieron, a pesar del espacio de dos siglos que les separa, que la libertad de la imprenta es el alma y la vida de un país libre, la que poco a poco levanta al ignorante a la altura del hombre instruido, al pobre al nivel del [p. 29, col. 1] rico, y que es en fin, la centinela que custodia las libertades y las luces de Europa.

Ya en tiempo de Cromwell, dejó traslucir Milton las mismas verdades que posteriormente proclamó el ilustre Chatam, padre de Pitt; y a pesar de que aparecieron mucho después de él los famosos y acalorados defensores de este nuevo poder tan perseguido, Chatam, Erskine, Junius, Foz, Curran, Mac-Kintosh, casi no se remontaron más arriba de la altura a que Milton había llegado en sus primeros pasos. M. de Chateaubriand, en clase de defensor de la prensa en Francia, ha hecho el mismo papel, aunque en circunstancias de mayor peligro, con más severa lógica y elocuencia.

Mas, ¿no podría decirse, en apología del poeta inglés, que Cromwell le había cortado las alas de su ingenio? Porque es indudable que Milton no se atrevió nunca a ver con serenidad el rostro del Protector, mientras que M. de Chateaubriand osó mirar de frente a Napoleón. Y cuando Cromwell bajó a descansar para siempre al sepulcro, que a par del trono usurpó a Carlos Estuardo, vemos que Milton recobró sus ideas republicanas, la inspiración poética de su edad juvenil, y dijo en alta voz: *que había encontrado un medio natural y fácil para constituir una sociedad libre*: desgraciadamente, ya era tarde. La Inglaterra entonces más quería reposo que ser libre, porque las sociedades como los individuos necesitan tranquilidad. El bullicio, el tumulto más buscan luego el silencio, y si bien se empeñan en ser señoras por un día, cifran luego su felicidad en la obediencia a que gustosas se someten.

Cuando la dinastía inglesa volvió del destierro, cuando lo experimentó por segunda vez, fue para siempre; vengó sus ultrajes con la crueldad propia de quien solo cuenta con un día para lavar su ofensa. El republicano Milton fue preso, y padeció como M. de Chateaubriand desde el principio de la revolución; y al mismo tiempo que se familiarizaron ambos con las amenazas y el calabozo, supieron conservar aquella fortaleza de alma que tan necesaria es, en medio de los peligros en que corre riesgo la existencia. En fin, a los cincuenta años cumplidos, a la edad en que M. de

Chateaubriand influía poderosamente [col. 2] en los destinos de Europa; Milton, ciego, enfermo y pobre, trabajaba para recobrar sus títulos de sublime poeta. Qué desventura, ¡oh! ¡Qué soledad! Bien podría decirse en este caso, al considerarle oprimido bajo el peso de la indignación pública, llorando en silencio la pérdida de sus ilusiones: *¡Ay de los vencidos!*

Cuando la casa de Borbón fue desterrada por tercera vez en 1830, el pueblo vencedor, que volvía del Louvre profanado, encontró en una calle a M. de Chateaubriand y deponiendo las armas le condujo en hombros hasta el palacio de los Pares. ¡Qué contraste! Los mismos que acababan de aniquilar a la monarquía, alzaban un triunfo a su más acérrimo defensor, diciendo: *¡Honor a los vencidos!* ¡Cuán diversa es la suerte que cupo a estos dos poetas eminentes que tanta parte tuvieron en las revoluciones de su época!

Creo que estará de más advertir que tanto Milton como M. de Chateaubriand son poetas cristianos, con la sola diferencia de que el primero es discípulo del Dante Alighieri, y el segundo, del evangelio, al que debe sus inspiraciones. Uno y otro escribieron sus poemas después de una revolución que todo lo había destruido; pero conservando en sus obras como en las acciones de la vida la opinión y el carácter que a cada uno de estos grandes hombres distinguía. Parece indudable que M. de Chateaubriand en sus *Mártires* se muestra como un poeta que gime al ver que la antigua Roma desaparece; y que Milton, en su *Paraíso perdido*, se lamenta vengativo, al advertir que de nuevo se acerca una dinastía y un reinado: el arcángel terrible que amenaza el cielo, ¿no será acaso un revolucionado encarnizado, un Cromwell, cuando buscaba los laureles que después consiguió? Léase con atención el *Paraíso perdido* y se verán en él, sembradas las pasiones arraigadas de un republicano vencido, pero no desalentado: hállanse en sus páginas, el fanatismo y la rebelión, victorias y derrotas; el fragor de las guerras civiles, los alaridos de la pelea; esperanzas infundadas, y desesperación interminable. El espíritu de la Biblia campea sobre los demás modelos que ha tenido presente Milton al componer su *Paraíso perdido*: él imitó la gracia de Virgilio, los subidos tintes de los cuadros de [p. 30, col. 1] Homero, los sentidos ayes de Eurípides y el abatimiento de Isaías. M. de Chateaubriand ha nutrido también sus escritos, con la substancia que supo sacar de aquellos mismos y de Bossuet; pero domina sobre todos los la sublimidad poética de los libros sagrados.



La atención sobradamente escrupulosa de las palabras enerva el estilo, extenua y comprime el espíritu, enfría el alma y agota todas las fuentes de una varonil y franca elocuencia. Ese espíritu de crítica minuciosa es el que ha producido el estilo académico, tan distante del estilo de Bossuet y de Pascal. Jóvenes, ¿queréis ser elocuentes? Ocupad largo tiempo vuestro espíritu en el estudio de los grandes modelos; pensad, medita, reunid en silencio un tesoro de hechos, de conocimientos y de reflexiones; después, si vuestro genio os impele a escribir, seguid sus inspiraciones sin violentarlas; este es el único medio de adquirir y poseer la elocuencia. El escritor debe dominar sus ideas, y ser dominado por sus sentimientos.

*La Mennais*

La regla más importante en literatura y sujeta a menos anomalías es lo que se aconseja a todo autor, que se manifieste en sus escritos como en su conducta, justo, humano y animoso. La verdad, la mansedumbre de carácter y la virtud son las fuentes que derraman en el estilo la pureza, el patético y la sublimidad.

DAUNOU, *Lecciones de hist.*



## POESÍA

### **A una Lágrima**

(Canción inédita)

Si la magia del arte  
 Cristalizar pudiera,  
 Esa gota ligera,  
 De origen celestial;  
 De más precio que el oro  
 Sin duda ella sería,  
 Ningún tesoro habría  
 En todo el orbe igual.

Por ella amor se inflama,  
Por ella amor suspira,  
Ella a la par inspira  
Ternura y compasión:  
Su luz es como llama  
Del cielo desprendida,  
Que infunde al mármol vida,  
Penetra el corazón.

Quién mira indiferente  
La lágrima preciosa,  
Que viene generosa,  
¡La sensibilidad!  
Su brillo, transparente  
Del alma el fondo deja,  
Y hasta el matiz refleja  
De la felicidad.

Deja que yo recoja  
Esa preciosa perla;  
Los ángeles al verla  
Mi dicha envidiarán:  
Amor en su congoja,  
Para calmar enojos,  
En tus divinos ojos  
Pues este talismán.

E.

Número 5



Lámina N.º 5





---

POESÍA  
UNA HISTORIA

A fines del otoño de 1832, el asunto favorito de las conversaciones en Florencia era la reciente llegada a esta ciudad de Italia de un joven lord inglés que disfrutaba pingües rentas, tenía una bellísima fisonomía, aire melancólico y mucho talento sobre todo. Veíasele con frecuencia en los veredones del Arno todo vestido de negro, reclinado muellemente en los cojines de su calesa pintada de color azabache, y tirada por cuatro oscuros y poderosos caballos: allí pasaba las horas enteras de la tarde, indiferente a cuanto le rodeaba y admirado de las bellas que por aquellos sitios se paseaban. En los salones de Florencia, era conocido con el nombre de *Tristan el viajero*, y no había puesto en ellos sus plantas a pesar de las invitaciones reiteradas que con este objeto le habían sido dirigidas. ¿Qué pena habrá abatido la lozanía de una flor tan tierna? ¿qué pesadumbre será la que tanta tristeza ha derramado en el corazón de un joven de veitidós años? Tales eran las preguntas que con el interés más vivo se hacían mutuamente las damas y doncellas florentinas, dispuestas a hacer un sacrificio a cambio de la dicha de poder cerrar las ocultas heridas de Tristan.

Llegó una noche en que la famosa Catalani, cuya voz había sido admirada y aplaudida en todas las capitales de Europa, daba un concierto, en la casa de campo en que descansaba del peso de su adquirida gloria, al cual había convidado a las personas más ilustres, a todos los embajadores residentes en Florencia, sin olvidar, por supuesto, al Lord de nuestra historia que, atraído por la celebridad de la cantora, se resolvió por aquella vez a salir de su retiro y a hacer un paréntesis a sus tristes cavilaciones.

Serían como las once de la noche. Noche pura y serena en que brillaban como diamantes las estrellas del cielo, y entre el verdoso [col. 2] musgo las luciérnagas, especie de astros de la tierra: la tranquila luz de la luna se derramaba plácidamente a manera de una red de hilos de plata, en torno de los palacios de Florencia, y las lozas de mármol del pavimento de la mansión Catalani resonaban bajo los pies de innumerables personas que bailaban: la concurrencia era inmensa en los salones, y al fresco de los fragantes naranjos del jardín. Allí había individuos de todas las naciones: veíase a la inglesa de delicado talle y rostro blanco y transparente, al lado de una romana vivaz y morena. Los arrullos del idioma florentino, que parece

propio solamente para las mujeres y los niños, se mezclaban y confundían con los acentos guturales de mil lenguas extranjeras.

Daban las once en el reloj del palacio del Gran Duque, cuando de improviso se sorprendió toda aquella numerosa concurrencia y acudió apresuradamente a una de las salas: *Tristan el viajero*, decían todos; por todas partes resonaba este nombre, y todas las miradas se dirigían a un solo punto. El joven, el bello Tristan, vestido lúgubrementemente como de costumbre, melancólico como siempre, se inclinó ante la señora Catalani, saludándola con atención y cortesanía, y atravesó enseguida con aire de distracción y pesadumbre toda la sala, hasta llegar a colocarse en el hueco de una ventana, desde donde contemplaba a Florencia, que parecía dormir al pie de sus colinas.

—¿Quién es este *Tristan el viajero*?

—Un hombre que tiene veinticinco mil guineas de renta, constató un banquero.

—Es un tonto o un loco, dijo un soltero barrigón, que a pesar de sus buenos años la daba de cortejo favorecido de las damas.

—Un buena suerte para una niña, dijo una viuda que no encontraba novio para su hija a pesar de que la ventilaba noche y día [p. 34, col. 1] en el balcón de su casa y en todos los paseos.

—Es un poeta, dijo una mujer dada a las musas.

—Es Child-Harold, dijo un joven que en todo menos en el ingenio se parecía a lord Byron.

—¿Y por qué está tan triste y caviloso?

—Tal vez padece de una gastritis crónica, dijo un médico.

—Reo que sus bienes de fortuna no han sido bien habidos y teme que le entablen un pleito, dijo un abogado.

—Esta joven ha cometido un crimen horroroso, dijo una mujer aficionada a leer novelas.

—Le ha engañado su querida, dijo otra como de treinta y seis años que debía de ser voto en la materia.

—Tal vez lee los chistes que V. derrama en sus novelas, dijo un poeta elegíaco a un autor que tenía a su lado.

—O no tendrá noticia de las elegías de V., le contestó el novelista.

En tanto que se rezaba esta letanía de tan variados pareceres, la señora Catalani se había llegado al joven melancólico, y este le dijo con la mano en el corazón y contestando a no sé qué pregunta: —Sí señora, ¡desgraciado y triste! En vano busco en mis frecuentes viajes algo que me distraiga y mitigue

mi dolor; en vano porque aquí lo siento agudo y profundo como nunca.

—Pero caballero, en la edad de V., le replicó la Catalani, tomándole la mano, no hay desgracia que pueda llamarse irreparable.

—Los muertos no resucitan, señora, y el sepulcro nunca nos devuelve el tesoro que una vez nos robó.

—Terrible es sin duda la muerte de una persona que estimamos; pero el primer amor no debe durar toda la vida, y estoy segura de que el destino es reserva Catalani asomándosele al rostro una suave sonrisa.

—El destino no nos concede si no una sola madre, y yo llevo la pérdida de la mía, respondió Tristan con seriedad.

La señora Catalani condujo a Tristan a su jardín, y en una de las calles de árboles retirada y silenciosa, le contó el joven inglés, lleno de un profundo sentimiento, el amor que le había tenido desde su niñez a la mujer que le [col. 2] había dado el pecho y la educación que tenía: contole que habiendo quedado viuda a la edad de diecisiete años, y a pesar de ser solicitada por muchos nobles de Inglaterra por su belleza y caudal, renunció a todos los placeres de la vida, por contraerse exclusivamente al cuidado de su hijo, único fruto de su primer amor. Todo esto, y otros muchos pormenores del afecto de su madre hacia él, refirióle Tristan con sentida y acalorada elocuencia, y cuando llegó a contar las circunstancias de la muerte de aquella mujer, se le oprimió el corazón y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Volvían por la sala, cuando la señora Catalani, dejando bruscamente a Tristan se dirigió hacia una dama que se paseaba sola y pensativa: la abrazó cariñosamente y señalándole a Tristan, le dijo:

—Amiga, el señor es vuestro compatriota, el lord N.... a quien tengo el gusto de presentaros; y dirigiéndose a este añadió: “La señora es Milady Lasley”.

Al oír Tristan la voz de su compatriota cuando le saludó, se estremeció, y así que pudo descubrir a la luz de la luna el rostro de la desconocida, dio en grito y cayó desmayado.

Esta inesperada circunstancia, despertó mucho más a los concurrentes a la función, el deseo que ya tenían de penetrar los misterios que encerraba el novelesco personaje; y por más que quiso la señora Catalani probar a sus convidados de que el desmayo provenía de la narración que aquel le había hecho del amor que le profesaba la madre, y del recuerdo de su muerte, quedaron en la creencia de que lady Lasley era la amante despiadada o infiel de Tristan: en lo que no iban muy descaminados, pues

cosas tales, suceden con frecuencia en este pícaro mundo.

Pero lo cierto era que Tristan y lady Lasley se habían visto por primera vez en aquella noche y en aquel sitio.

Pasado un mes, ya no se hablaba en Florencia de otra cosa que del amor correspondido de estas dos personas: más de uno les había visto trepar acompañados las laderas del *Valleumbroso* y sentados una vez bajo los cipreses de *San Minizin*, contemplado al sol que se ponía tras los Apeninos. Asistían juntos al teatro, paseaban en una misma calesa, se presentaban sin disfraz en las diversiones [p. 35, col. 1] publicas, en fin, se amaban sin misterio el desconocido Tristan y la viuda lady Lasley, no menos rica y acaudalada que él, y por cierto que hay muchos que tienen menos poderosas razones para amarse y corresponderse.

[...] [p. 35, col. 2] Al día siguiente, recibió esta una esquelita, concebida en estos términos:

“El día en que os vi (la noche quiso decir) decidió la suerte de mi vida. Voy a morir lejos del objeto de un amor sin esperanza, víctima del ardor de unos deseos que nunca podrán satisfacerse”.

N.\*\*\*

[...] Así recorrió Europa entera el desventurado Tristan, huyendo de una mujer que lo perseguía a donde quiera que se encaminase; así que la encontraba, tenía el gozo más inexplicable, la mayor dicha, y una hora después, [p. 36, col. 1] manifestaba unos temores apenas disculpables en un niño; lloraba, sollozaba... Y luego... largo, duro cochero, que el mundo es grande. El amor es un bicho de tan rara índole, que el de lady Lasley crecía a la par de los gastos de posta.

Llegó Tristan en cierto día a San Petersburgo, ya algo cansado en sus peregrinaciones; le desagradó aquel temperamento y se le puso el humor más negro que de costumbre. Una mañana al rato de haberse levantado, se asomó por un postigo de su ventana y se le helaron las narices, buscó las chinelas y no pudo dar con ellas, quiso afeitarse, y las navajas no daban tajo; en fin, desesperado y sin secarse siquiera la espuma de jabón que blanqueaba en su barba, desesperado y aburrido, al saber que en tan críticos momentos le seguía la pista su perseguidora, tomó la pluma y escribió este billete dentro del cual encerró una miniatura.

“El retrato adjunto es el de la mujer que fue mi madre; el os explicará la causa de mi raro modo de proceder contigo y a su vista alcanzarás cuales no habrán sido los padecimientos de mi alma”.

N.\*\*\*

El retrato era el de una persona idéntico a lady Lasley, a tal punto que cuando llegó a sus manos no pudo contener un grito de sorpresa al ver lo mucho que ella se parecía a la madre de su querido Tristan el viajero.



POESÍA  
EL PRESO DE CHILON (SUIZA)  
(Véase la *Lámina N.º 5*)

Sobre una roca, rodeada de las aguas del lago Lemán o de Ginebra, en Suiza, en una especie de isleta, está el castillo de Chilon, edificado sobre un peñasco por Pedro, Duque de Saboya, en 1238. Tiempo adelante, este Castillo fue destinado a encerrar los presos por delitos políticos, para lo cual se excavaron calabozos en la peña, bajo el nivel del agua. En uno de ellos se ve, hasta el día de hoy, una viga ennegrecida con el tiempo, de la cual colgaban los condenados a muerte en secreto. En las celdas o prisiones, hay columnas con argollas a las que encadenaban a los presos. Aún se descubre en el suelo de peña viva la senda gastada por los pasos de Bonnivard, un caballero que consagró su fortuna, sus talentos, su libertad y su vida al establecimiento de la República de Ginebra, a despecho del Duque de Saboya, que reclamaba soberanía en ella. Bonnivard, aunque no había nacido en Ginebra y era Señor territorial de Luines, se empleaba con todo el ardor posible a favor de la nueva República cuando, en un viaje, que le obligaba a atravesar el monte Jura, cayó en manos de bandidos, quienes deseosos de galardón, lo entregaron al Duque. Seis años estuvo encerrado en este calabozo subterráneo, hasta que la gente del cantón de Berna se apoderó del país de Vaud, y rompieron sus prisiones. El gran poeta inglés, de nuestros días, lord Byron, ha compuesto un poema sobre este asunto, lleno de las bellezas en que abundan todos sus versos.

De un pasaje de este poema, ha tomado materia para uno de sus cuadros un célebre pintor contemporáneo, M. Eugenio Delacroix; y la

lámina que acompaña al presente número de *El Recopilador* da una idea exactísima del talento e intención del artista: ella es una copia fiel del cuadro del que hablamos.

En él se ve representado a Bonnivard, en el momento en que espira el último y más querido de sus hermanos. Pero oigamos al poeta, a cuya sombra pedimos perdón por el atrevimiento de presentar sus versos, traducidos en prosa pobrísima, aunque fiel [...].



“Si las lágrimas son efecto de la sensibilidad del corazón, ¡desdichado de aquel que no es capaz de derramarlas!”.

JOVELLANOS (*Delincuente honrado*, Act. I—Esc. III)



## POESÍA BIOGRAFÍA DE HUERTA<sup>1</sup>

D. Trinitario Huerta y Caturla nació en Orihuela en 1803 de una buena familia española. Desde sus primeros años, manifestó que había nacido para la guitarra: su afición a este árido y estéril instrumento se manifestaba en todas sus acciones y pensamientos. Educado en Salamanca aprendió a muy temprana edad la música en el colegio San Pablo: su imaginación

---

1. En el prospecto de este periódico, hemos contraído el compromiso de publicar biografías de hombres célebres, y creemos que la que damos hoy no desagradará, ni la calidad del talento de la persona, ni por falta de interés en los acontecimientos de su vida. La guitarra es un instrumento nacional entre nosotros, tal vez el más propio para traducir en sonidos los afectos de las pasiones blandas, y para acompañar al canto. Huerta es del número de esos hombres raros, verdaderos cometas de la tierra, que dejan en su tránsito una ráfaga luminosa. Pertenecen a esos seres felices o desventurados a quienes la fogosidad de la imaginación y de las pasiones, y la firmeza de la voluntad, calidades que constituyen el genio de la poesía y de la música, les saca de los senderos del vulgo. El huracán que arrebató a Huerta desde un rincón de la península hasta el continente americano y las regiones del Asia parece un fenómeno que solo ha presentado Europa en nuestros días: él lo ha experimentado con la misma violencia con que sopló en los pechos de Byron, de Lamartine, de Chateaubriand; poetas eminentes los tres, genios inquietos y vagabundos para quienes el mundo conocido es estrecho. (*El Recop.*).

ardiente y su cabeza verdaderamente musical se avenían mal con otros estudios graves y poco poéticos. Saliose del colegio a los quince años y hombre ya en su independencia, halló estrecho para su alma, ansioso de ver, y sobreponerse al vulgo, el círculo de su patria. Llegó a París, donde se vio animado y protegido por el famoso Manuela García; empero no habiendo contado nunca con más recursos que su habilidad, que era ya entonces extraordinaria, y su voz, la guitarra fue su destino, fue su existencia, fue él mismo. Huerta, efectivamente, había llegado a saber lo que todos pueden aprender, y salvaba ya la línea que solo es dado salvar a los hombres de [col. 2] genio. Las melodías nacían a la par entre sus dedos. Su rapidísima ejecución y su manera de arpeggiar le pusieron luego en primera línea. Después de haber dado algún concierto en París, pasó Huerta a los Estados Unidos, recorrió la Martinica y hasta en el Canadá logró triunfos entre los indios estupefactos: si entre los pueblos civilizados debía pasar por el depositario de la lira de Euterpe, entre los hombres de la naturaleza era el mismo Dios de la música. En New York dio varios conciertos que le produjeron momentos de plata y aun cantó en el Barbero con García, durante una enfermedad del bajo de la compañía en aquella ciudad. Parece que la naturaleza se ofendía sin embargo de que quisiese repartir y subdividir el don con que tan pródigamente le había dotado: una enfermedad de pecho le privó de la voz, y quedó desde entonces más identificado que nunca con su guitarra. Provisto de muy lisonjeras recomendaciones del general Lafayette, que le profesaba una amistad, homenaje a su mérito, recorrió los Estados Unidos, recogiendo por todas partes oro y aplausos. De los Estados Unidos pasó a la Habana, y su fiel guitarra le salvó en la travesía del furor de unos piratas que, habiendo saqueado su buque y ahorcado al capitán, maltrataron a todos los pasajeros, menos al moderno Orfeo.

Poco después se embarcó para Europa, y Londres le acogió en su seno. En aquella populosa capital, no fueron menores sus triunfos; la Pasta, Lablache, Donzelli, Dragonetti, Devennis, Curioni, Crammer, Moshelos, los principales artistas filarmónicos allí residentes a la sazón, se apresuraron a cooperar en sus conciertos: grangeose la protección de las primeras personas de la corte: la princesa Victoria, la duquesa de Kent, el duque de Sussex, el de Devonshire, y otros personajes le proveyeron de enérgicas recomendaciones para sus viajes sucesivos.

De Londres pasó a Malta, y fue a hacer resonar la humilde guitarra española dentro de los muros de la antigua Bizancio, capital del decrepito

imperio de Mahmoud: hízola conocer a los habitantes del Egipto, en diversos puntos, y llegó a arrancar de ella sonos de armoniosos y cantos divinos al pie del mismo Gólgota, en la Santa Jerusalén, más gigante [p. 40, col. 1] que los cedros del Líbano, entre los cuales resonaban sus mágicos acentos, hasta donde fue con Mad. Montefiori, hermana de la esposa del famoso Rothschild, banquero de Londres.

De vuelta a París el año 30, se relacionó con Rossini, con Paganini, con las primeras notabilidades músicas de Europa: dio varios conciertos, y algunos de ellos en los teatros, a beneficio de los emigrados liberales de todas las naciones: rasgo que hace tanto honor a sus cualidades privadas como a su talento músico: y mereció en fin verse socio honorario y de número de todas las sociedades filarmónicas de Londres y París.

El año 33 pasó Huerta a San Sebastián con la intención de ver una corrida de toros y renovar las ideas de su patria, si puede tener otra patria que el orbe un talento tan general. Allí tuvo el honor de presentarse al señor Infante D. Francisco de Paula, delante de quien tocó desde las nueve hasta las once de la noche. Volvió enseguida a París, dio su último concierto de despedida, y se puso en camino para España por Tolosa y Perpiñan, trayendo consigo y a sus expensas algunos emigrados desprovistos de recursos. En Barcelona dio tres conciertos, dos en sala y el último en el teatro. Embarcase, y llegó a Valencia, después de haber naufragado en el golfo de San Jorge, y de haberse salvado él con su guitarra, como Luis de Camoens con sus inmortales *Lusiadas*. Oyéronle también los Edetanos, desde cuya ciudad se trasladó a la Alcarria, con el primer objeto de abrazar a su anciano padre después de tantos años de ausencia.

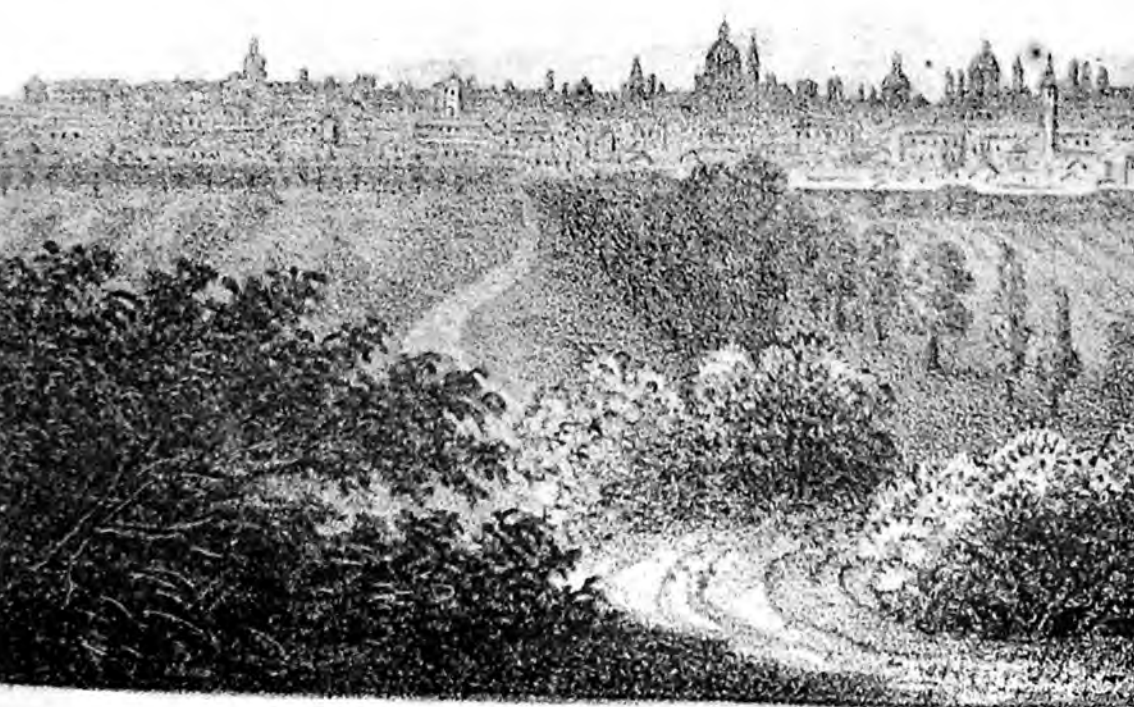
En el día le posee la corte de Madrid, a cuyo Conservatorio de música le recomendó Rossini, como un verdadero artista dramático que con su feliz organización musical y sus efectos mágicos ha hecho la delicia de los ingleses y franceses, de esos dos pueblos adelantados en la civilización.

Lo que más distingue a Huerta del vulgo de los tocadores es su manera de arpeggiar, y la melodía con que hace cantar la cuerda, con que la hace hablar, suspirar, gemir. La guitarra en sus manos es otro instrumento no conocido, nunca oído. Nada podrá dar de esta inexplicable verdad una idea más clara que la traducción de la siguiente carta de Victor Hugo, escrita recientemente a Huerta, y los versos franceses improvisados por la célebre Mad. Girardon (Delphine Gay), después de haberlo oído.

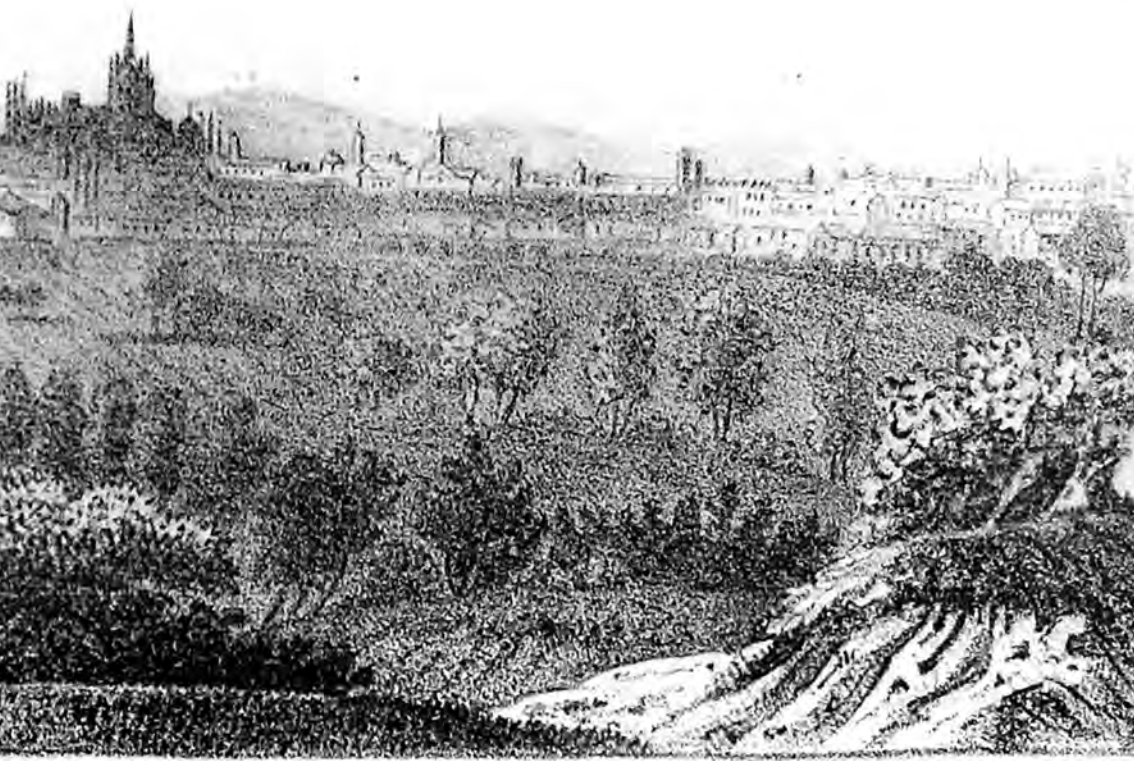


—Puesto que da V. algún valor, señor De Huerta, a una opinión tan poco importante como la mía, me contemplo feliz al explicarle hasta qué punto me ha encantado su habilidad. La guitarra, ese instrumento tan circunscripto, no reconoce límites entre sus manos. V. le hace producir todos los sonidos, los acordes todos, todos los cantos. V. sabe sacar de esas pocas cuerdas las notas más variadas, las que hablan al alma, al entendimiento, al corazón. La guitarra de V. es una orquesta. Gusto mucho de la España y de los Españoles, Sr. De Huerta, y gusto por consiguiente de la guitarra; pero sobre todo en las manos de V.: en ellas no es ya solamente una cuerda que suspira, es una voz, una verdadera voz que canta, que habla y que llora: una de esas voces profundas que hacen pensar los que son dichosos, y que inclinan a la meditación a los que están tristes. Crea V., Sr. De Huerta, que tengo el mayor placer en comunicar mis ideas a V. en este particular, y acepte las seguridades del deseo que tengo de servirle.

VÍCTOR HUGO



—  
Número 6  
—



A. Ferrer pin.

Lámina N.º 6





## MILÁN

(Véase la *Lámina N.º 6*)

Milán ha sido capital del antiguo reino de Lombardía, y lo es del moderno. La posesión de esta grande y floreciente ciudad ha excitado, durante muchos siglos, tan violentas pasiones, tan fieras animosidades y guerras tan sangrientas y destructoras que los italianos dicen que debería demolerse en bien común de la Italia. En efecto, su deseo ha estado muchas veces próximo a realizarse.

La fundación de Milán es poco posterior a la de Roma. Durante el reinado del primero de los Tarquinos, los galos conducidos por Beloveso hicieron una irrupción en el Norte de Italia, y fundaron un establecimiento que llamaron “Mediolanum”. Muy en breve se aumentó considerablemente su población, y llegó a ser capital de un Estado. Hay quien asegure, aunque sin pruebas suficientes, que fue destruida por Breno, y reconstruida por Hannibal: lo cierto es que su población y riqueza llamaron la atención de los romanos, los cuales emplearon los esfuerzos de dos cónsules en su reducción. Este suceso ocurrió después de una resistencia obstinada el año de Roma de 531; bajo el dominio de aquellos conquistadores, Milán gozó muchos años de una no interrumpida prosperidad. Aumentose la población; extendiose su circuito, y las artes y las letras hallaron favorable acogida entre los habitantes. Sus célebres escuelas y excelentes instituciones le merecieron el título de Nueva Atenas. Las guerras civiles de los siglos tercero y cuarto dieron mucho realce a su esplendor, y mientras la Italia entera, y todo el imperio sufrían continuas invasiones y destrozos, Milán se vio libre de tamañas calamidades. Al fin cedió al bárbaro furor de los Hunos y los Godos a cuyos primeros ataques la exponía su situación. Atila la saqueó y redujo a esclavitud [col. 2] a los pocos habitantes que no habían perecido a los filos de su espada. Milán cayó después en manos de Vitiges, rey de los Godos, el cual satisfecho con el juramento de obediencia del pueblo, prometió respetar sus derechos, y el ejercicio de la religión cristiana: pero el arzobispo Darío, movido por un celo indiscreto, imploró los auxilios de Belisario, que no pudo socorrerlo si no con una pequeña división de tropas romanas. Para castigar esta inútil tentativa, Vitiges ordenó una matanza general, cuyos pormenores referidos por Procopio, no pueden leerse sin horror.

Los reyes Lombardos redujeron a Milán a la más triste condición; pero Carlo-Magno, después de fundar el reino de Italia, le restituyó su antigua importancia, que conservó muchos años, hasta que su tenaz oposición a las miras del emperador Barbarroja le atrajo el más severo castigo. Después de una lucha encarnizada y sangrienta, de una paz violada muchas veces, y de repetidos esfuerzos por sacudir un yugo odioso, los milaneses se vieron obligados a rendirse a discreción. Federico tomó de rehenes a cien nobles de la ciudad, la entregó a un saqueo general y mandó demolerla. Los pueblos vecinos, impelidos por una envidia concentrada, compraron a precio muy subido el privilegio de poner en ejecución aquel bárbaro mandato. Hicieron ley con un furor digno de las naciones más incultas. El fuego y el martillo nivelaron todos los edificios. Solo respetaron las iglesias, aunque la catedral sufrió considerable daño, de resultas de haberse desplomado una torre vecina. Ya parecía fijado por siempre el destino de aquella mísera población: pero cinco años después renació de sus cenizas, y en medio de las guerras continuas entre los papas y los emperadores, y de las disputas incesantes entre [p. 42, col. 1] el pueblo y la nobleza, alcanzó un grado de riqueza y felicidad que solo puede atribuirse a las ventajas de su colocación, a la fertilidad de su terreno, y al carácter activo y emprendedor a sus habitantes. Al cabo gozaron la satisfacción de vengarse de su opresor que, vencido por las tropas milanesas, estuvo próximo a caer en sus manos en la batalla de Lugano. Milán llegó a ser rival de Roma en extensión y opulencia. Estas dos grandes metrópolis cedieron la autoridad temporal a sus jefes espirituales.

Por espacio de dos siglos y medio, las familias Visconti y Esforzia gobernaron al Milanesado con el título Ducal, sosteniendo continuas guerras con los estados inmediatos, y engrandeciéndose poco a poco, a pesar de los disturbios intestinos. La batalla de Pavia puso fin a este orden de cosas, y el orgulloso Carlos v tomó posesión de aquel magnífico país, destruyendo al mismo tiempo las fuerzas y las esperanzas de Francisco I. Mas el espíritu de independencia y rebelión estalló de nuevo. Incapaz de desarraigarlo completamente, Carlos, cuyas conquistas solo le atraían el odio de los pueblos, trató el Milanesado como feudo del imperio y confió su gobierno a su hijo Felipe. En 1706 la posesión de aquel estado recayó en el emperador de Alemania, en cuyas manos se mantuvo hasta la invasión de los franceses. Desde entonces Milán fue sucesivamente capital de las repúblicas Cisalpina e Italiana, y del reino de Italia fundado en 1805 por Napoleón.

Bajo el gobierno suave e ilustrado de Eugenio Beauharnais, Milán llegó a ser una de las ciudades más prósperas, más tranquilas y más comerciantes de todos los dominios sometidos al Alejandro de los siglos modernos. Eugenio suavizaba los golpes de despotismo de su padre, y procuró que los pueblos solo conociesen sus intenciones grandiosas y benéficas. Mas este brillante período fue una ráfaga pasajera. El centro de la civilización y de las artes cayó bajo el yugo más ignominioso, y en el día la grosería austríaca es el código que la humilla y degrada. Milán ha conservado su brillo exterior, pero ha perdido su influjo moral, su comercio, su industria, su [col. 2] alegría. El terror, la desconfianza, y quizás una indiferencia estúpida, hija de la paciencia y de la sumisión; tales son los sentimientos que se leen en los rostros de todos los habitantes.

La circunferencia de Milán es de cinco millas, y su población sube todavía a 150.000 habitantes. En tiempo de Eugenio, mereció el nombre de rival de París, por sus magníficas tiendas, sus innumerables casas de diversión, sus hermosos cafés, y la actividad que reinaba en todos sus pobladores. Está dividida en seis cuarteles, llamados *sestieri*, cada uno de los cuales tiene una puerta separada.

La Cátedra, situada en la plaza mayor (véase el N.º 14, pág. 105, Tomo I, *Museo Americano*), construida de mármol y cubierta de estatuas, no es menos notable por su magnificencia que por su singularidad. Deslumbra la prodigalidad de sus adornos, y la inmensidad de su mole le ha merecido el título de segunda maravilla de Italia. El mármol empleado en su construcción se ha sacado de las canteras de Gandolia, a orillas del Lago-Mayor. Empezó la obra, bajo la dirección del célebre arquitecto Campilione, y ha continuado hasta nuestros días. Con la invasión de las tropas francesas, los ricos fondos destinados a proseguirla quedaron reducidos a poco más de \$10.000. Napoleón aumentó considerablemente esta dotación, y si el gobierno actual protege una obra tan grandiosa, tendrá la satisfacción de llevar a cabo una empresa que ha durado cuatro siglos y medio. Es imposible dar una idea exacta de la impresión que hace en el espectador aquella montaña de mármol, coronada de 4.400 estatuas, y hermo-seada con las labores más ricas y exquisitas. La amplitud interior de la iglesia causa maravilla. Después de San Pedro de Roma, es el mayor templo del mundo porque, aunque no es más largo que la catedral de Florencia,

le excede en anchura y en elevación. Su estilo es el que los italianos llaman *Tudesco*, y a que tan impropriamente se ha dado el título de “Gótico” en las otras naciones de Europa.

Sería menester escribir un volumen para indicar tan solo las curiosidades que encierra [p. 43, col. 1] Milán, sus colecciones de pinturas, sus fundaciones piadosas, sus admirables puntos de vista. Los cuarenta y tres sitios que ha sostenido, los grandes sucesos de que ha sido teatro, el tesoro de libros impresos y manuscritos [col. 2] que comprende la librería Ambrosiana, la multitud de hombres instruidos que allí residen son otros tantos alicientes para la curiosidad de los viajeros.

(Correo de Londres).



## ENSAYO HISTÓRICO SOBRE LA POESÍA ESPAÑOLA. DESDE SU ORIGEN HASTA GÓNGORA

La poesía, entre todas las naciones del universo, puede considerarse como la primera expresión de esa superabundancia de vida intelectual que en ellas se engendra, a medida que satisfacen las necesidades más urgentes de su condición física e instinto moral: es la primera voz que arroja el hombre feliz y satisfecho, cuando ha tenido tiempo y oportunidad para penetrarse de las maravillas de la naturaleza, y cuando su imaginación, a la manera de un espejo, ha reflejado las simpatías del corazón. Ella nace en medio de la sociedad, como una flor que solo abre su cáliz virginal cuando ha recibido de la tierra y del aire, los elementos y calidades necesarios para su existencia. De manera que el nacimiento de la poesía supone cierto grado de sazón en el ingenio y en el lenguaje que le sirve de instrumento, porque sin esta madurez, sólo se ocupa el hombre de sus apetitos, pronuncia únicamente sonidos inarticulados, y en tanto que las impresiones no conocen otro móvil que la materia, su razón no puede extenderse más allá del reducido círculo a que le circunscriben sus primeras necesidades.

Pero cuando ha llegado a este estado de madurez, se deja llevar del influjo de una porción de causas reunidas, que obran inmediatamente en su juicio, afectos e imaginación; y entonces se opera un cambio de tanta importancia en la poesía que la hace tomar un carácter propio, cuyos



vestigios se conservan a pesar de las vicisitudes, de los acontecimientos y del transcurso de los siglos. El clima, que afecta todas las partes de la organización, y [col. 2] da más o menos elasticidad a la acción vital; el aspecto de la campaña que presenta continuamente el cuadro de la naturaleza, ya cubierto de las sombras de la noche, ya adornado de los más vistosos colores; aquí variado por los bosques y las montañas, allá sujeto a la monotonía de las llanuras; la religión, que desde el momento en que nacemos, se apodera de nuestras ideas y sensaciones, y las marca con un sello cuya impresión se hace más honda con el deseo de la recompensa y el temor del castigo; las guerras o las pacíficas ocupaciones de la vida pastoril: tales son las circunstancias que forman el carácter dominante de la poesía, y cuyo influjo encontraremos en todas las naciones del globo. Si queremos estudiar la historia poética de cada uno, veremos la poesía en Roma, tosca, desapacible e inculta como los fundadores de la ciudad eterna. La de Arabia, suave, pomposa, monótona como el desierto e impregnada de los perfumes del Oriente: la del Norte, triste, sombría como su atmósfera; la de Grecia, en fin, variable como el carácter de los helenos, heroica como los guerreros que derribaron las murallas de Troya, voluptuosa como los bosques de Páfos; elevada, sublime como el Olimpo.

Se confirman plenamente estos principios, aplicándolos a la poesía española, y debemos observar que no hay un pueblo tan susceptible de las inspiraciones del ingenio creador ni tan fácil de afectarse de las ilusiones de la imaginación como el español: la Península reúne todos los climas, y presenta escenas de todo género. [p.44, col. 1] Las extendidas cadenas de montañas que la atraviesan en todos rumbos presentan con frecuencia aspectos pintorescos; la transparencia de la atmósfera hace que el cielo se manifieste siempre sereno, y los astros, con todo su esplendor; la vegetación es activa y bella; olorosas flores esmaltan las praderas. En fin, todo cuanto rodea al hombre en aquel país amenísimo deleita sus sentidos y hace que despierten en el alma la satisfacción y tranquilidad tan favorables a la meditación y al libre ejercicio de la facultad de pensar.

Pero más que los accidentes físicos, debe la poesía española a los acontecimientos su tipo distintivo y sus primitivas formas. Apenas contenía la Península una porción de hombres, bastantes para merecer el nombre de nación, cuando se vio comprometida en una lucha de las más largas, cruentas y obstinadas entre todas las que mencionan la historia. Desde los confines del África, ávidos y poderosos conquistadores invaden España y

establecen los cimientos de un imperio duradero: el reino todo doblaba la cerviz al yugo de los dominadores: el estandarte de Mahoma flameaba en todas las costas del Mediterráneo y a las orillas del Bidasoa cuando un puñado de hombres, guarnecidos en las montañas de Asturias, concibió el proyecto de libertar a la patria del dominio extranjero, y abrió un camino a las grandes hazañas, que fue andado por el espacio de seis siglos y terminó con la expulsión de los opresores. Esta guerra tuvo un carácter particular, y su influencia se ejerció necesariamente sobre la nación, puesto que toda la nación había tomado parte en ella: se hizo contra un pueblo lejano, diferente en costumbres, usos, idioma, vestido, de cuantos eran conocidos entonces: las acciones eran parciales y sucedían en épocas diferentes, y según las circunstancias, tan pronto en una provincia como en otra; hoy contra ejércitos formidables, mañana contra destacamentos sueltos: guerra que se sostuvo sin combinaciones diplomáticas, sin que ningún gobierno la auxiliase, y por solo el efecto de la opinión y el patriotismo, y sobre todo por espíritu de religión; y este último hecho, al que debieron haber dado los historiadores la mayor importancia, no lo han observado suficientemente. De aquí procede ese colorido religioso que por tantos siglos se ha mostrado en el carácter, [col. 2] instituciones y costumbres de los españoles. ¿Cuál es la causa de que ninguna de las naciones católicas haya seguido un sistema de fanatismo y persecución tan decidido, tan general, tan violento como la española, desde los tiempos de Pelayo hasta nuestros días? Porque ningún pueblo europeo, exceptuando al español, se ha formado y crecido en medio de guerras de religión; porque las que han assolado otros países solo han sido en circunstancias pasajeras, mientras que en España han formado, por decirlo así, la base de la instrucción social, y han sido la atmósfera bajo la cual el cuerpo político se ha nutrido y desarrollado: en fin, porque España ha identificado siempre la patria con la religión, y los enemigos con quienes ha combatido eran tan perjudiciales a la una como a la otra.

De las mismas causas que hemos expuesto, nacen esas extravagantes devociones, que solo fueron en su origen otros tantos medios diferentes de implorar la protección del cielo para lograr el triunfo sobre los enemigos: como también el ciego respeto hacia los ministros de la religión, cuya causa se aunaba con la de los intereses nacionales; y últimamente el establecimiento de la inquisición, considerado como un instrumento de guerra, y como una especie de hostilidad contra el enemigo común. Tales fueron las musas que inspiraron los primeros cantos a la lira castellana y le dieron

nacimiento y robustez. A estas fuentes es a quienes debemos atribuir la índole de la poesía española, su tono heroico, superabundancia de imágenes, y espíritu eminentemente religioso.

A estas causas principales deben el origen las composiciones más antiguas que merezcan el nombre de poéticas, como lo son esos célebres romances, tan admirados todavía, por la elevación de los pensamientos, la intensidad de afectos y la sin igual exactitud con que pintan la verdad y la naturaleza.

Debemos suponer que estas producciones no fueron fruto de una laboriosa aplicación, sino verdaderas inspiraciones de la vehemencia de las pasiones, de la admiración que siempre excitan los hechos magnánimos, de la confianza en la divinidad; en una palabra, de cuanto ennoblece el corazón, eleva el alma y anima el ingenio. Distínguelas cierta [p. 45, col. 1] patética simplicidad, y un estilo que nunca se desvía de la construcción más sencilla: y como son dictados por el corazón, no descubren artificio, estudio ni trabajo, por entre ajenos atavíos. En sus asuntos, que son por lo general la descripción de una batalla, el retrato de un héroe, o una oración a la Virgen, se ve siempre la naturaleza pintada con expresión, y sujeta sin opresión a un ritmo fácil y fluido que no ha costado esfuerzos ni trabajo. La independencia de las reglas, la falta de arte y una analogía íntima entre el pensamiento y la expresión ofrecen un no sé qué de sencillez y de pureza, en nada semejante a las producciones del saber y del ingenio: al leer estos romances vemos al hombre despojado de sentimientos innobles y de ambición de fama; nos creemos trasportados a las edades primitivas, y que el poeta ha sido impelido a expresarse en versos armoniosos, así como canta el ruiseñor llevado de un instinto al que no puede resistir.

No por imperfectos deben despreciarse estos ensayos: ellos han suplido al silencio de la historia, y salvado del olvido nombres ilustres y hechos dignos de admiración y gratitud. Los romances son la crónica de aquellos tiempos tempestuosos, en que todo hombre era soldado, y nadie tenía ni sobrado tiempo ni la instrucción necesaria para emprender la tarea de enviar a la posteridad los acontecimientos dignos de memoria. Cuanto sabemos hoy acerca del famoso Cid, uno de los más cumplidos capitanes que han aparecido en la escena del mundo, solo nos ha sido transmitido por los romances que se componían y cantaban en su época: después se han recolectado, y servido de guía y texto a los escritores laboriosos que han hecho relación de vida de

este héroe<sup>1</sup>. Igual cosa puede decirse de una multitud de otros no menos ilustres. Tales monumentos son menos equívocos que las estatuas y los elogios académicos: puede [col. 2] muy bien el entusiasmo haber agigantado los objetos; pero al menos la miel de las alabanzas no está mezclada con el veneno de la lisonja. Hay en el carácter español una particular disposición hacia esta especie de poesía, la más noble de todas, si solo se atiende al interés de la verdad y a las bellezas originales del espíritu humano. El español es naturalmente inclinado a cantar; pero no lo hace como el francés, en medio de la alegría tumultuosa de un banquete; canta a sus solas, y en aquellas ocasiones en que se siente agitado por la vehemencia de alguna pasión o arrebatado de esa vaga y deleitable melancolía que inspiran las impresiones religiosas y las apacibles noches de un país cálido. Tal vez esta disposición sea solamente una especie de laxitud mental, resultado del calor y la falta de alimento para el espíritu; porque cuando la razón no está provista de los materiales que le son necesarios, todo su poderío se trasporta naturalmente a los sueños de la imaginación: el español lleno de fantasía, cavila y canta, en vez de reflexionar y de hablar. Su estado presente le afecta poco: la indiferencia y sobriedad son su filosofía: no vive de las realidades que le rodean, sino de fantásticas ilusiones. Tal vez no existe un solo suceso desde D. Pelayo hasta Mina, que no proporcione una prueba de este rasgo característico de la índole nacional. Así se multiplicaron los romances, fueron el sostén del espíritu público y la historia tradicional de los individuos, lugares y acontecimientos.

Este período concluyó con la caída del imperio Árabe, y el romance semejante al cisne arrojó sus más armoniosos acentos en la proximidad de la muerte. Efectivamente, entre todos los romances españoles, los más bellos por las imágenes y colorido poético son aquellos en que se celebra la conquista de Granada, las guerras civiles de los moros, las virtudes y la magnanimidad de Isabel, mujer inmortal que reasumió sobre su cabeza todas las coronas de la Península: desde esta época España se convirtió en un solo estado, y dejó de ser poética.

Garcilaso de la Vega, uno de los más famosos capitanes de aquellos tiempos heroicos, fue a la guerra de Italia, y volvió de este país con la

---

1. Las vidas del Cid mejores y más célebres, que han aparecido en estos últimos tiempos, son las de D. Manuel José Quintana, y la de Juan de Muller, escritor alemán: la que este escribió se halla al frente de la colección de romances del Cid, publicada en Francfort en 1829 (*El Recopilador*).

cabeza llena de reformas: introdujo el verso endecasílabo, el gusto por la canción, [p. 46, col. 1] los sentimientos afectados, y la ingeniosa verbosidad que reduce la poesía italiana a una especie de música grata para el oído, pero vacía de naturalidad y sensatez. La paz que se gozaba entonces favorecía el cultivo del espíritu: las invenciones de Garcilaso se propagaron con admirable rapidez, se hicieron de moda, se abrazaron con frenesí, y la simplicidad de la antigua poesía se consideró como un estilo vulgar.

El mal gusto que reinaba en muchos ramos de la literatura contribuyó a fertilizar las simientes de la corrupción: el uso que se hacía en las escuelas de la lengua latina comunicó a la poesía locuciones bárbaras, construcciones forzadas y adornos de falso brillo. Por otra parte la pompa y la etiqueta que introdujo Carlos v en la corte y las costumbres de la nación dieron al lenguaje, y muy particularmente a la expresión poética, el giro ampuloso de las frases, la exageración y el gusto por lo gigantesco que censuran las naciones cultas a los Españoles, como un extravío que les hace ridículos. Las disputas escolásticas, el abuso del silogismo, y la jerigonza aristotélica, pasaron de las aulas al Parnaso, y la poesía se hizo pedantesca e ininteligible; últimamente, la devoción, tierna y sincera, se convirtió en aséptica y sutil, y los poemas sobre asuntos religiosos, aparecieron sobrecargados de locuciones afectadas, desnaturalizando de este modo su esencia primitiva.

Tal fue el estado de la poesía bajo los reinados de Carlos v y de los tres primeros Felipes. Los Españoles escribían mucho en verso, porque no encontraban asunto que tratar en prosa, en aquella época en que eran, como lo son en todas partes, los esclavos del poder absoluto, niños grandes que se divierten con bagatelas, porque les está prohibido el acercarse a los objetos preciosos: no obstante, de esta actividad poética nacieron talentos señalados que, perfeccionándose en el estudio de los clásicos antiguos, osaron escribir con gusto, moderación y pureza. Muchos figuran con honor en esta empresa, y forman la brillante constelación que los Españoles apellidan con orgullo “siglo de oro de la literatura”.

Hablando de este corto número de hombres privilegiados, no podemos menos que hacer una mención particular del sublime Luis de León. Solo la lectura de sus inmortales obras puede darnos algún consuelo de la decadencia [col. 2] de la poesía española en una época en que las innovaciones extranjeras han venido a despojarla de sus naturales bellezas: en ellas advertimos cuán capaz es la lengua castellana para expresar las más

profundas meditaciones filosóficas, lo patético de las inspiraciones líricas. Embebido en las bellezas clásicas de Homero y de Horacio, y aún más profundamente penetrado de las grandiosas imágenes y de la unción mística de la Biblia; nutrido con la lectura de los mejores autores de los siglos precedentes, versando en las lenguas orientales; manejó León a la poesía española como un prisma que le sirvió para reflejar las brillantes creaciones de su imaginación, y dará luz los tesoros con que había enriquecido su espíritu. Las traducciones que ha hecho de Horacio, de Job y de David son modelos de perfección: en ellas ha sabido conservar con la mayor fidelidad los colores originales de sus prototipos. Términos, frases, estilo se adaptan de igual modo a la elegante facilidad del poeta Mecenas, como a la lúgubre sublimidad del rey-profeta, y agreste melancolía de las más antiguas elegías del mundo. Él fue quien descubrió en la lengua española la facilidad con que se presta a todas las combinaciones armoniosas de que es susceptible el órgano de la voz, y el que dio rotundidad al período, variedad al ritmo y soltura a las inversiones. Este trabajo meramente mecánico se oculta sin embargo en sus escritos, bajo la apariencia de la sencillez más natural: no puede decirse que esto sea una penosa coordinación de palabras y sílabas, sino la creación de un nuevo idioma.

En las composiciones originales, es donde despliega toda la elevación de su alma, toda la grandeza de su pensamiento y sensibilidad de su corazón. Nada más majestuoso y sencillo que la *Profecía del Tajo*. Este río personificado se alza para pronosticar al rey Rodrigo, que descansa en brazos de la Cava, las desgracias que amenazan de cerca a España, resultado de su pasión y desórdenes: le pinta las legiones africanas que, aprovechándose de su letargo, van a inundar sus dominios; ya ve las ciudades incendiadas, violadas las vírgenes, profanados los templos, y los ríos llevando hacia el mar los cadáveres ensangrentados de los guerreros españoles; y termina su [p. 47, col. 1] terrible imprecación, prediciendo la duradera esclavitud que va a experimentar su cara patria. Esta admirable composición está llena del fuego del sagrado *qui valum pectora nutrit*. En ella la cólera es fulminante, pero majestuosa, y el lenguaje tan puro como las linfas del río que personifica. Puede decirse con propiedad que el estilo de este poema tiene algo de la terrible calma del océano, un momento antes de la tempestad que va a sumergir víctimas sin cuento.

En la magnífica oda titulada *Noche serena*, no es ya quien habla el irritado profeta, sino el filósofo contemplativo, exhalando su alma en una

atmósfera perfumada y transparente; vagando con la imaginación entre los astros que platean el firmamento, y llevado por un esfuerzo irresistible hasta las puertas del tabernáculo del Dios que reverencia.

León tuvo imitadores, pero no rivales: en tanto que los poetas de su tiempo se internaban en los floridos bosquecillos, cantaban las penas del amor, las rivalidades de los pastores, elogios a los reyes y milagros de santos; él se levantaba con el atrevimiento del águila a las regiones más altas, se familiarizaba con los misterios de la contemplación, desdeñando cuanto adula el oído sin enaltecer el espíritu.

Hablaremos ahora de la poesía pastoril que se cultivó ventajosamente en España a imitación de los italianos, en la época a que nos referimos. Jaureguí tradujo con rara perfección la *Aminta* del Tasso y el *Pastor fido* de Guarini; y aún hoy leemos con placer muchas églogas originales de aquel tiempo, porque en ellas encontramos naturalidad, correcto estilo, imágenes graciosas, y sobre todo un lenguaje esmerado, enriquecido con nuevos adornos, y fijo en la sintaxis. Pero este mesquino y artificial género de poesía manifiesta la esclavitud del pensamiento y falta absoluta del ingenio creador, que solo busca a la naturaleza en sí misma y no en las hipótesis dramáticas y personajes fabulosos. Se ha observado varias veces que esta poesía convencional acompaña siempre la decadencia de las naciones y su nulidad moral y política. Me complazco en la creencia de que los pastores de Teócrito son verdaderos habitantes de la Arcadia, porque se expresan con la inocencia, candor y sencillez de los primeros tiempos de la sociedad; pero en los de Virgilio solo veo [col. 2] *les beaux esprits* de la corte de Augusto.

¿Cuál es el cuadro que presente la poesía española desde que un monarca Austríaco ocupó el trono de Castilla? El temor de ofender al ídolo, la manía de la adulación hiperbólica y oriental, el deseo de agradar a un rey extranjero, remedando ajenos hábitos fueron las causas de la corrupción del gusto en las artes, de las costumbres en todas las clases de la sociedad, y del extravío del entendimiento a cualquier ciencia que se contrajera o aplicara.

El último Felipe de la casa de Austurgo fue poeta, y con este motivo extendió la poesía por toda la nación, a manera de enfermedad contagiosa, y como medio único de alcanzar empleos y renombre. Solo se querían versos, todos los hacían; y como la lengua española abunda en frases rítmicas, se confundió la frivolidad con la verdadera inspiración. Las acciones más

insignificantes y los hombres más oscuros sugerían asuntos para entonar himnos y ditirambos en su alabanza; y el *rebaño de los imitadores* (según el dicho de Horacio) se apoderó de las academias y de los destinos públicos. La poesía, o digamos más bien, el hacer versos, se convirtió en única y diaria ocupación de todos; y en el diluvio de composiciones de todo género y estilo que abortaba este empeño, perecieron las bellezas clásicas; descuidose el estudio de las buenas letras, y se olvidó completamente que la poesía es un arte, y lo bello, el único modelo que se debe imitar. No pudieron escapar de esa manía ni los hombres de más señalados talentos, causando compasión el ver confundidos entre la turba de copleros a un ingenio de primera jerarquía. Tal fue la suerte que cupo a Lope de Vega; hombre que, dotado por la naturaleza del talento más dócil, mostró en su carrera culpable desaliño, siendo así que podía escoger los acertados rumbos que le abrían las sublimes concepciones de Shakespeare, o la virgínea regularidad del teatro griego. Poseía en alto grado el conocimiento del corazón humano y las reglas del arte; y mientras que en la práctica las relajaba, las explicaba y comentaba en un poema didáctico en que confiesa candorosamente que si desprecia los preceptos cuya aplicación no ignora, es porque debe hablar en el lenguaje del vulgo que es quien le paga y para quien escribe. Y [p. 48, col. 1] así es; Lope de Vega no se propuso la mejora del arte ni la adquisición de fama, sino el agrandar y divertir. Muchas de sus innumerables comedias fueron escritas, ensayadas y representadas en el espacio de 24 horas. ¡Júzguese por estos datos de la dignidad de las musas de entonces! Más de cuarenta autores de la misma escuela trabajaban a la par de Lope; de manera que ningún hecho histórico, ninguna fábula mitológica, ningún milagro dejó de ser puesto en la escena por aquellos ganapanes dramáticos. Sin embargo, es de admirar en las comedias de aquel poeta, la unidad de la trama, la maestría de los retratos y el chiste y agudeza de algunos diálogos. Estas bellezas aumentan el sentimiento que causa el ver la corrupción a que llego por aquellos tiempos, el gusto público en todos los ramos de la literatura.

El genio español se vio constreñido en su carrera poética a seguir un rumbo no solo trilladísimo, sino sembrado de los precipicios del mal gusto, e intrincado por los sombríos laberintos del oscurantismo. Un hombre que gozaba de bien merecida fama, como autor de romances tiernos e interesantes y de sátiras punzantes y discretas, avergonzado de hablar como los demás poetas, fraguó a su antojo un lenguaje particular cuyo único mérito



consistía en ataviar con frases ininteligibles las ideas más sencillas. Este hombre fundador de una secta que despotizó mediante un siglo entero a la república literaria, y digno por lo tanto que nos detengamos en explicar su sistema y en examinar la influencia que ejerció sobre el espíritu público, se llamaba Góngora.

No solo conocía Góngora los idiomas muertos, la filosofía aristotélica y la teología escolástica, sino que a más era versadísimo en la mitología y en la historia; y a pesar de la jocosidad de que rebozan las producciones de su juventud, era melancólico y abrigaba en su corazón pasiones vehementes. El estilo que inventó participa de estas dotes y disposiciones. Contra todas las reglas de la sintaxis, se alejó de la construcción sencilla y natural, y separó con paréntesis y períodos interminables las palabras que tienen entera dependencia entre sí, como si escribiese en la lengua latina con voces de la española: las metáforas de su predilección son aquellas que más distan de los objetos que quiere representar; [col. 2] sus alegorías son verdaderos enigmas de difícil o imposible solución, y sus hipérbolos se pierden en las nubes. Busca siempre para explicar las cosas, las relaciones más misteriosas que tienen entre sí; y agregando a esta la extravagancia de los epítetos, el uso afectado de palabras largas y guturales, la exaltación en la pintura de los afectos del ánimo, y la más descabellada elección de expresiones; se tendrá una idea cabal del estilo, que para distinguirlo del natural y propio, fue decorado con el pomposo título de “culto”. El culteranismo agotó todos los ramos de la literatura, invadiendo los tribunales, los escritos de todo género y aun las conversaciones familiares; y fue tal el progreso que hizo en el púlpito que después de un siglo de existencia se creyó necesario y se trabajó en cortar un abuso no menos perjudicial al buen gusto, que a la santidad y decoro de la religión. Con este objeto concibió el chistoso padre Isla la idea de su inmortal Gerundio, que ha merecido llamarse con justicia, el Quijote de la literatura...

(*Revue Européenne*, N.º 8)

J. J. DE MORA

Z.



**AVISO**  
**A LOS Ss. SUSCRIPTORES**

Desde el 15 del corriente, empieza la cobranza del primer trimestre, que se hará en virtud de un recibo impreso, firmado por el editor.

Se previene también a las personas que quieran hacer encuadernar sus Números, sea por mes, sea por trimestre, que en esta imprenta se les reparte gratis a los Sres. Suscriptores una tapa en papel de color, apropiada para este fin.

Número 7



Lámina N.º 7





## MUERTE DE COOK

(Véase la *Lámina N.º 7*)

El capitán Cook, uno de los más famosos marinos que cuenta nuestra edad, nació de padres labradores el 27 de octubre de 1728, en el condado de York, en Inglaterra. A los 28 años de edad, se embarcó en clase de simple marinero a bordo del buque mandado por Sir Hugh Palliser, armado en corso contra los franceses en la guerra que por los años de 1755 les había declarado Inglaterra. Llevado Cook del deseo de distinguirse, tan natural en los hombres de mérito eminente, hizo cuanto pudo para desempeñar el reconocimiento y sonda del canal que se halla situado al norte de la isla de Orleans, y logró no tan solo complacer a sus jefes con la exactitud de sus trabajos, sino también echar la base de su reputación futura, mostrando hasta donde alcanzaba la excelencia de su talento. Se le comisionó en seguida, para levantar el plano de una dilatada porción del río San Lorenzo, cuya operación merece aún en el día todo el aprecio que entonces se le dio. Habiendo llegado al grado de capitán, partió con los sabios, Banks y Solander, en 1768, a dar la vuelta al mundo a bordo del navío *Endeavour*, en cuyo viaje descubrió las costas de la Nueva Zelandia, y el estrecho que separa la Nueva Holanda de la tierra de Van Diemen. A su regreso a Inglaterra, fue premiado Cook con el grado de Comandante de navío, en junio de 1771, y partió de nuevo el año siguiente [col. 2] con el objeto de emprender nuevos descubrimientos al mando de los buques *Resolución* y *Aventura*. En este viaje se acercó cuanto le fue posible al Polo Sur, descubrió la Nueva Caledonia, y volvió al puerto de Portsmouth el 3 de julio de 1775.

El rey de Inglaterra recompensó generosamente los gloriosos trabajos de Cook, y la Sociedad Real de Londres le nombró miembro de su seno por unanimidad de votos, dándole al mismo tiempo el premio fundado por Sir Godfrey Copley, a favor de aquellos que hagan descubrimientos señalados en beneficio de la humanidad. El 12 de julio de 1776, dio nuevamente la vela, desde el puerto de Plymouth; llegó el 7 de marzo de 1778 a la costa NO de América, y después de haber luchado en vano contra los hielos, con el objeto de pasar hacia el Norte, dio la proa con dirección a las islas Sandwich.

La providencia había decretado que quedasen los restos mortales de tan intrépido descubridor en las playas de una isla pequeña e inculta del

Océano Pacífico. Las trágicas circunstancias de su muerte, representadas en la lámina que acompaña al presente número de *El Recopilador*, son dignas de copiarse, cuales las han referido los compañeros de su último viaje.

“La tripulación del buque mandado por Cook, y fondeado en un punto de la isla de Owhyhéé, descendió un día a tierra para tomar los víveres que les eran necesarios, y emprendieron una acalorada riña con los habitantes. Viendo el capitán que los suyos estaban en peligro, se arrojó inconsideradamente a la isla, acompañado solamente de algunos marineros, logrando con su arrojo poner miedo a los salvajes: pero, recobrados estos, lanzaron un alarido que es señal de guerra entre ellos, y atacaron a Cook y a su gente, que se llevaban prisionero al rey de la isla”.



#### VARIEDAD EN LAS CEREMONIAS DEL MATRIMONIO

La institución del matrimonio es una de las que más variaciones ha experimentado en los diversos pueblos de la tierra.

En los primeros siglos del mundo, señalaba el hombre, sin más que una piedra, la extensión de terreno que se proponía cultivar; apropiábase de una mujer, la conducía a su choza exigiéndole la promesa de que le ayudaría a criar sus hijos; y a esto estaban reducidas las ceremonias del matrimonio.

El hombre y la mujer, entre los primeros romanos, vivían unidos sin que les ligase pacto alguno.

Los kalmucos se casan por un año; pero si la mujer se hace embarazada, continúa la unión por un año más.

Casi no hay pueblo que no haya adoptado en las ceremonias nupciales el uso de las monedas, que se daban primitivamente a la casada, como en prenda de la especie de contrato que se estipulaba al vender una doncella a otra familia extraña.

Los egipcios atribuían la invención del matrimonio a su primer soberano Mínos.

Los asirios reunían una vez al año todas las doncellas núbiles y las ponían a remate. Las posturas de los opulentos hacían subir muy alto el precio de las hermosas y de estas cantidades se formaba un fondo, para

dotar a las menos pretendidas: cuanto más fea era la doncella, mayor dote se le asignaba para tentar a los codiciosos. El esposo reunía a sus amigos en un convite y los tomaba como testigos de haber llenado por su parte todas las condiciones del contrato; y esta era la única ceremonia con que se celebraba el matrimonio. Créese, sin embargo, que los asirios instituyeron un tribunal destinado a entender en el arreglo de los casamientos y a hacer guardar el orden y las condiciones de ellos.

Los pueblos de la Antigüedad no nos han dejado vestigios de otras ceremonias nupciales, más que los festines y las diversiones.

Algunos autores refieren que los antiguos [p. 55, col. 1] presentaban a las recién casadas, una cesta llena de bellotas, en recuerdo de aquella edad en que la tierra producía sin cultivo.

Probablemente los romanos, en representación de la misma idea, derramaban avellanas sobre la mesa de los esposos.

Cuando las doncellas atenienses llegaban a edad de poderse casar, iban a un pueblecito inmediato a pedir perdón a la estatua de Diana por los deseos que sentían de contraer matrimonio, y a solicitar permiso de la misma, para enajenar su virginidad. Comúnmente se sacrificaban víctimas en los matrimonios, teniendo cuidado de arrojar la hiel de los animales, detrás del altar, para significar que nunca debía mezclarse esta, en las dulzuras de la unión conyugal.

Los antiguos, que fueron tan supersticiosos, nunca vieron tranquilamente que un cuervo arrebatase del altar mediante el sacrificio, parte de la carne de las víctimas, que consideraban sagrada: si tal accidente acaecía, se postergaba el matrimonio, y muchas veces se anulaba. El más feliz de los presagios era la repentina aparición de dos tórtolas; pero si una sola se mostraba, todas creían que aquel matrimonio no tendría buenos resultados. Estas creencias daban lugar a mil supercherías entre los griegos; porque el interesado en deshacer un matrimonio llevaba una tórtola bajo el manto, y la soltaba en el instante del matrimonio. ¡Tan absurdos presagios influían sobre famosos guerreros y célebres filósofos!

Los atenienses conducían a la novia a casa del marido en un carro, cuyo eje quemaban después de que aquella descendía, para manifestar que aunque quisiese no podía volverse a la casa paterna: el padre lavaba los pies a la novia con agua de la fuente Caliroé, y después de esta ceremonia la conducían al lecho nupcial, encendiendo en el dormitorio más o menos antorchas, según su clase o condición. La madre anudaba a una de estas la

cinta del cabello de la hija, y se retiraban todos, dejando a los muchachos el cuidado de meter ruido a la puerta, para que no se oyese fuera la voz de los que quedaban encerrados. Así se casaban los griegos.

Entre los romanos, había tres especies de matrimonio que se contraían diferentemente, [col. 2] y eran: la *conferration*, la *coemption*, y el *service*. El casamiento de los sacerdotes y pontífices, llamábase *conferration*: sus ceremonias consistían en dar a comer a los novios unos panecillos amasados con harina de trigo, agua y sal, cuyos restos se ofrecían a las divinidades propicias al matrimonio.

Los esposos por sí mismos, y sin ninguna intervención, celebraban el matrimonio de la segunda especie, llamado *coemption* y consistía en prometerse fidelidad bajo la garantía del don recíproco de una moneda.

La tercera especie, llamada *service*, tenía lugar cuando del comercio de dos personas nacía un hijo y convenían en vivir juntas, para lo que bastaba el libre consentimiento de ambos.

Según algunos autores, sucede que el hombre que se casa al tiempo de morir legitima todos los hijos sin que sea necesaria otra formalidad. Y según otros, en Holanda y en algunas partes de la Alemania, se sigue la misma costumbre, con solo la diferencia de que es necesaria al acto la presencia de todos los hijos.

Luego que estaba convenido el matrimonio por *coemption* o *conferration*, se consultaba a los agoreros o adivinos, para que se declarasen la voluntad de los dioses y señalasen el día más propicio para su celebración. Firmado el contrato, lo sellaban los deudos y depositaban la dote de la doncella en manos de uno de los adivinos: su futuro esposo le envidiaba un anillo de hierro. Era de costumbre, el día de la celebración del matrimonio, al peinar a la novia, dividirle el cabello con la punta de una lanza, como le usaban las vestales: esto daba a entender a la novia que debía conducirse con respecto a todo hombre que no fuese su marido, como lo hacían aquellas vírgenes. Adornábase con una corona de vervena y otras yerbas cortadas por ella misma: solía llevar algunas veces un velo por sobre la corona, y zapatos de taco alto, del mismo color del velo.

En la antigua Roma, se ponían los esposos al tiempo de casar un junco sobre el cuello, al cual llamaban *conjugium*, de donde deriva nuestra voz “conyugal”. Aún no se ha inventado otro emblema del estado del matrimonio, [p. 56, col. 1] más significativo. También era de costumbre el que las doncellas manifestasen una fingida repugnancia a la pérdida de



su virginidad, y aparentasen serles difícil el dejar los brazos a la madre.

Cinco niños lavados y sahumados llevaban otras tantas antorchas encendidas, en honor a las cinco divinidades del matrimonio: Júpiter, Juno, Venus, Diana y Suada, diosa de la persuasión. Dos niños conducían a la casada hasta la puerta del esposo, y detrás de ellos, traían una rueca, un huso y un cofre que encerraba sus alhajas y adornos. Al llegar a la puerta que estaba decorada con flores y guirnaldas, le presentaban fuego y agua, y ella contestaba *Caía*: es decir, prometía imitar a Caía Cecilia, célebre por sus virtudes domésticas y conyugales. Antes de entrar, la salpicaban con agua lustral, para que llegase pura a los brazos de su marido. Colocaba a la puerta un pedazo de tejido de lana y la frotaba con grasa o aceite de animales, enseguida entraba a la casa sin tocar el umbral, porque en caso contrario podría venirle una desgracia en el sentir de los agoreros. Luego le daban todas las llaves de las puertas y le ponían una piel de carnero por asiento, a fin de recordarle que, de aquella materia, se había de servir en adelante para vestir a su familia. Así que entraban los consortes a su habitación y antes que se retirase la comitiva, el esposo repartía nueces a los niños, y los hombres hechos cantaban ciertos versos a quienes se atribuían la virtud de cortar los malos efectos de las hechicerías y sortilegios.

Para no ofender la modestia de la novia, quedaba a obscuras el cuarto nupcial: precaución que podía servir a la vez para que el marido no notase los defectos corporales de su esposa, si los tenía. Al día siguiente daba el marido un convite, en el cual se presentaba con su mujer en el lecho nupcial: esta le trataba con mucha desenvoltura y familiaridad, y su conversación era poco medida y recatada, tanto que cuando en Roma se quería manifestar el hablar licencioso de una mujer, se decía: *habla como una recién casada*.

Un romano podía matar a su mujer si la sorprendía en adulterio; y por otra parte, si la madre quería legitimar a un póstumo de [col. 2] diez meses, podía hacerlo. El emperador Adriano extendió hasta los once meses tan extraña condescendencia.

Es digno de observarse que los Bárbaros, destructores del Imperio Romano, tenían iguales costumbres con respecto a sus mujeres: casaban a las vírgenes bajo techo, por respeto a su recato, y a las viudas al aire libre.

Por mucho tiempo no intervino el sacerdocio en los matrimonios, los cuales se hacían en los tribunales a presencia de los magistrados y de los parientes de ambos cónyuges. El pontífice Sestor, en el segundo siglo de la iglesia, ordenó que ningún matrimonio se considerara válido, si no había

tenido lugar ante un sacerdote, e intervenido en él la bendición de este.

En sentir de varios autores, los jueces de paz en Inglaterra tenían autoridad para casar, mediante el protectorado de Cromwell; pero cuando sobrevino la restauración y subió al trono Carlos II, recobró el sacerdocio el derecho de celebrar este vínculo.

Dice un escritor del siglo pasado que cuando el Gran Señor da una hermana o una hija suya en matrimonio, le dirige este discurso: “Os doy ese hombre para que sea tu esclavo en adelante; y si te falta al respeto o te desobedece, divídele la cabeza con esta cimitarra”. Y añade el autor que la princesa trae siempre esta arma al cinto, como símbolo de su autoridad. Cuando aquel mismo soberano tiene alguna sospecha de que le es infiel una de sus mujeres o de sus concubinas, la encierra en un saco y la hace arrojar al mar. Los chinos venden con mucha flema a sus mujeres, cuando les son infieles. En la Luisiana, en Siam y en el Pegú, no se considera el adulterio como un deshonor para el esposo; por el contrario, estos presentan sus mujeres a los huéspedes, y se dan por resentidos sin son aquellas desairadas.

En Suecia y en Dinamarca, estaban los maridos autorizados por la ley, para castigar la infidelidad de sus mujeres, matándolas. El código de las Partidas, permite al esposo el que mate al *home vil* que le robe el honor, yaciendo con su mujer legítima.

(C. NODIER)

—  
Número 8  
—



*Lámina N.º 8*





## LAS CORRIDAS DE TOROS (CAPÍTULO DE UNA OBRA ESPAÑOLA)

Pan y toros pide el pueblo español, y pan y toros se le ha de dar, particularmente al de Madrid, que teniendo estas dos cosas, se cura poco de lo demás que interesa a otros pueblos cultos de Europa. Por esta razón tiene mucho cuidado el gobierno de satisfacer ampliamente este desordenado apetito toruno, proporcionándole veinticinco o treinta corridas al año, en la estación en que Febo recorre las cuatro casas más ardorosas del Zodíaco, que es justamente cuando las cornudas fieras están más pujantes y rabiosas. Mucho es lo que sobre este punto se ha dicho y escrito dentro y fuera del reino, y no es fácil determinar satisfactoriamente la famosa cuestión que se ha agitado desde muchos años a esta parte, sobre si esta diversión nacional es tan útil como algunos dicen, o tan perjudicial como otros quieren que sea. Créese generalmente que ella nos fue traída por los árabes, los cuales la heredaron a su vez de los orientales como les sucedió a los griegos, que también la conocieron y usaron, si hemos de dar crédito a un bajorrelieve antiguo, que dicen existe en la célebre colección de mármoles de Arundel de Oxford, en Inglaterra. Más sea de eso lo que fuere, la tradición nacional se pierde en la obscuridad de los tiempos, y se sabe que antiguamente eran los nobles los que toreaban, y que aún ha habido príncipes que no se han desdeñado de echar su cuarta de espada en la plaza, no siendo en aquellos tiempos tenido por hombre de pro ni buen caballero el que no sabía poner un rejón y sacar el caballo a tiempo. Hoy, que todo se ha cambiado en el mundo, solo torea hombres de menos valer, como vaqueros, guiferos [*sic*] y gitanos, excepto en Andalucía, donde los condes y marqueses entienden mucho más de este arte que del de Nebrija, siendo algunos tan maestros, [col. 2] que no parece sino que han cursado en los mataderos con los Cándidos, Costillares, Pepechillos, Ximenez, Padillas, Laureanos, y otros héroes del rastro...

La función de toros empieza desde la víspera. Vence infinitas gentes correr a pie, a caballo, en calesín y en coche, hacia el arroyo del Briñigal, que de ordinario apenas tiene en esta estación bastante agua para satisfacer la sed de un perro, a ver pasar la torada que se ha de lidiar con los picadores y chulitos de a pie, con objeto de examinar el ganado, y formar una idea anticipada de lo que podrá dar de sí en la plaza. Con este motivo

hay sus meriendas, y a la mañana siguiente ya está en campaña desde el amanecer todo el ejército de chisperos y manolos de ambos sexos para ver el encierro; y desde esta hora no abandona la plaza hasta la noche, en que se da fin a la función con los fuegos de artificio, cuando los hay. Así como los aficionados a la música vocal están divididos en opinión, unos a favor de Mozart, otros de Cimarosa, Rossini, etc., así también los aficionados a la tauromaquia se dividen en cuatro sectas como son: *Jaramistas*, *Muñezinos*, *Utrereños*, y *Navarrines*. Toda la reputación y autoridad del conde de la Estrella, historiador toruno, no ha bastado para ponerlos de acuerdo, por cuya razón sigue cada loco con su tema. Como el ritual de la iglesia española se opone a lo que dicen, a que las corridas de toro se celebren en días feriados, por no quebrantar el quinto precepto, nuestros trabajadores tienen en esta temporada dos días más de solaz a la semana, extra el domingo y demás días de guardar, que celebran guapamente en el Canal, las Delicias, Venta del Espíritu-Santo, y Ventorillos adyacentes a las tapias de la corte, donde encuentran el vino mucho menos caro y más [p. 58, col. 1] moro que *intramuros*. Además de esto, no les dejan allá dentro bailar, cantar ni retozar; la chusma de los alguaciles y esbirros, en vez de que afuera hacen lo que les da la gana, sin que nadie les vaya a la mano. Esta libertad, la única que ama la chispomanolería [*sic*] de la muy heroica, imperial y coronada villa, es omnímoda en la plaza de los toros, donde le es permitido gritar, decir insolencias y obscenidades, insultar a cualquiera, tirar naranjas y tronchos de coles, y dirigir la función a todo su capricho, disponiendo que a este toro se le pongan banderillas, se suspenda la ejecución de aquel, se le echen perros al otro, y se le desjarrete enseguida. Es como se dicho el único acto en que la gente honrada de los famosos barrios del Abadís y el Barquillo, ejerce una especie de soberanía absoluta que no reconoce superioridad en la tierra. Consiguiente a esto, es cuando más contenta está, como sucede a todo el que hace su regalado gusto sin que nadie se lo estorbe. De aquí es que nada hay en el mundo que se parezca a la alegría que reina en una corrida de toros, si es que no nos trasladamos, por una ficción poética, a los bellos tiempos de Roma, y a sus famosos circos y anfiteatros. A esta alegría hay que agregar lo imponente de aquel espectáculo cruento, que no tiene semejante en toda Europa. Digan lo que quieran los extranjeros, ¿hay situación más bizarra que la de un hombre que se presenta cuerpo a cuerpo a luchar con una fiera tan poderosa, sin más defensa que un pedazo de tafetán en una

mano y una espada desnuda de dos filos en la otra? ¿A quién no encanta ver la gallardía con que un chulito de estos, se burla de un animal tan temible, oponiendo a su furia y pujanza irresistible, el valor, la serenidad y la destreza? Digan en horabuena nuestros detractores..., pero quisiera que se acordasen los ingleses, cuando hablan de esto, de las peleas de hombres con que especulan y se divierten, apostando a sangre fría a favor de este o aquel de los contendientes, guineas como agua, y azuzando cada partido a su héroe pugilista, como nosotros acostumbramos hacer con los perros de presa. No es ciertamente un objeto tan agradable como los toros, ver que dos hombres, desnudos de medio cuerpo arriba, se hacen astillas artísticamente a fuerza de furibundos cachetes, [col. 2] y que al primer *round* o pasada, el llamado “Pollonegro” le salta un ojo a su adversario el “Jayán”, y que este, a la segunda vuelta, le aplasta a aquel en correspondencia las narices, o le deja la boca desempedrada de dientes y muelas. Por ninguna de estas frioleras cesa el furioso combate, que tanto divierte a las sensibilísimas *ladys*, y hace reír y refocilarse al humano y generoso John Bull. Suspéndese solo por un momento, mientras el descalabrado recobra aliento y se levanta del suelo en donde un *lord*. Par del Reino Unido de la Gran Bretaña, se digna darle un cordial, y limpiarle con su pañuelo el rostro que tiene como un *ecce-homo*. Luego que “Pollonegro” vuelve a respirar con libertad, se le acaricia y halaga como a un mastín, y se le anima y alienta para que vuelva con nuevo brío a la lucha. Ya el “Jayán”, que también ha descansado un poco, espera a pie firme su tremenda acometida, con la cara hecha un tomate a fuerza de chichones y cardenales. Aquí crece el interés de los espectadores, agitados del temor y la esperanza. Redóblanse las apuestas con el incentivo del interés y del amor propio, y un murmullo confuso anuncia que los campeones van a envestirse. Danse uno a otro terribles golpes, que paran con gran maestría: vuélvense a acometer y el “Pollonegro”, como más ágil y perito, da un paso hacia atrás, y un salto de atún hacia delante, y de una cabezada feliz y bien calculada en la tabla del pecho, junta al “Jayán” el esternón con la columna vertebral, de cuyas resultas cae a sus pies muerto en cuanto hombre, pero no vencido:

*De polvo, y sangre, y de sudor teñido.*

Hay también en la ilustradísima capital de las Galias una cierta función bacanal, que si se contara como costumbre española, daría materia a los *monsieurs* nuestros favorecedores, para componer seis tomos en folio de

declamaciones e invectivas contra los moros con peluca del Ebro... Hablo de las saturnales conocidas con el nombre de “distribuciones populares”.

...Redúcese la función que nos ocupa, a formar en los Campos-Elíseos<sup>1</sup> con muchos días de anticipación, unos miserables [p. 59, col. 1] tablados de pino bruto, desde los cuales, unos cuantos marmitones y pícaros de cocina, protegidos por la fuerza armada, apedrean impunemente a la turba multa parisiena que se presenta gustosa al sacrificio, con panes trasnochados, chorizos de carne de caballo, longanizas de perro, salchichas de burro, pedazos de tocino rancio, morcillas de tarán-gana y demás metralla figonera. Al mismo tiempo se destinan dos o tres tablados, a los que por mal nombre se llaman “fuentes de vino”, para la distribución de este licor, que nunca pasa de media docena de barriles, conteniendo una poción morada que no acertaría a conocerla el mismo dios de los beodos... ¡Qué baraúnda, confusión y tropelía, Dios mío! No parece sino que habíán sacado con un gancho de muladar las figuras más innobles y zafias del mundo. Era cosa de ver, a unos cuantos de estos miserables hambrientos, bucear en el fango un pedazo de salchichón que había caído por yerro de cuenta, mientras otros galopaban sobre sus costillas. [col.2] Aquí un pelotón furibundo gritando mil obscenidades, asaltaban en masa sólida un barril de vino que defendían unos cuantos gendarmes, distribuyendo sin piedad sobre aquellos famélicos bulliciosos, sendos sablazos y culatazos sin cuento, con aquella gracia, pulidez y cortesanía con que suelen hacerlo de ordinario. Más allá, otra cuadrilla soez y atrevida se daba una batalla de coses, patadas y mojicones [*sic*] por defender el terreno en que caían los proyectiles gastronómicos, que disparaban de cuando en cuando contra sus cabezas. Risa daba el ver a uno de estos gladiadores, con media chaqueta de menos, descubriendo una camisa jironeada [*sic*] por mil partes en lo recio de la pelea: y todos agitados y chorreando pringue, fango, y sangre y vino. Los resultados de una función tal culta son por lo ordinario, heridas, fracturas, contusiones y pérdida de prendas tras las que van en este río revuelto unos cuantos cicateruelos corta bolsas...<sup>2</sup>

---

1. Paseo público en París, muy agradable y frecuentado. (*El Recopilador*).

2. Desde 1830, estas distribuciones han sido abolidas.





## LAS RUINAS DE PALMIRA

(Véase la *Lámina N.º 8*)

Mucho tiempo hacía que había caído en olvido el nombre de la célebre Palmira, ciudad de la antigua Siria, y aún la memoria de sus vestigios, cuando el año 1678, unos negociantes ingleses de Alepo resolvieron visitar aquellas ruinas tan encarecidas y afamadas entre los Beduinos. Poco venturosos en su primera empresa, en que fueron saqueados en el camino por los árabes, y obligados a volverse con este motivo, cobraron nuevo ánimo en 1691 y lograron por esta vez llegar al cabo de su propósito. La relación que publicaron en Europa de sus exploraciones halló muchos incrédulos y avivó la curiosidad de los viajeros, de entre los cuales salieron Dawkins y [col. 2] Wood, ingleses, con el designio de visitar las ruinas, como efectivamente lo hicieron, dando en 1753 una descripción ilustrada que hasta ahora se conoce.

“Después de un camino penoso por el desierto, dice M. Wood, llegamos a un valle estrecho, en el cual se ven todavía los escombros de un acueducto que suministraba agua a Palmira, y a derecha e izquierda del mismo valle, unos edificios a manera de torres, que examinados de cerca no dejan duda de que son sepulcros. A poco andarse ensancha el valle, que en este lugar es muy reducido, y descubrimos las [p. 64, col. 1] más espaciosa ruinas que habíamos visto hasta entonces (los viajeros conocían Grecia e Italia), y tras ellas en dirección al Eufrates, una llanura árida y despoblada. Nadie puede fraguar en su imaginación un cuadro tan extraordinario y novelesco como el que presentan en realidad, tantas columnas de orden corintio, sin que soporten techo alguno, sin edificios ni paredes”.

Y en verdad que no pueden transmitirse las sensaciones que experimenta el alma, ante una escena de tal naturaleza, y no serán bastante poderosas para producirlas ni las descripciones minuciosas, ni los dibujos explicativos del texto: ellas nacen y dependen del color natural de los objetos, del cuadro visto en su totalidad y de los recuerdos que asaltan la memoria enajenada del viajero, acalorada con la influencia de un cielo resplandeciente, y de un clima abrazador.

Estrabon no menciona a esta ciudad, y Plinio la describe así: “Palmira es notable por su situación, la fertilidad del terreno y lo ameno de los arroyos

que en él corren: un desierto vastísimo la rodea, separándola del resto de la tierra, y se ha mantenido independiente del Imperio de los Partos y del Romano, no menos poderoso, los cuales tratan siempre de traerla a su partido cuando estalla la guerra entre ambos”. Palmira debió su engrandecimiento a la circunstancia de hallarse situada a solo tres días de camino de las orillas del Eufratas, y en la ruta más frecuentada por los traficantes en el comercio que siempre ha existido entre la Europa y la India: Salomón, sin duda, había previsto esto mismo, cuando según el testimonio de la escritura, la fundó en el seno del desierto. Llamose al principio Thadmor, “sitio de Palmeras”, y los Árabes la llaman en el día Tedmor. El período verdaderamente histórico de esta ciudad data desde la muerte de Alejandro, así como la importancia que recobró bajo el reinado de Seleuco y sus sucesores.

Esta metrópoli, rica con el comercio, y embellecida por las artes que nacen a la sombra de la paz y de la prosperidad que por tantos siglos disfrutó, perdió su independencia bajo el poder de los romanos, fue triste juguete de la fortuna, y el emperador Galieno, poniendo bajo sus órdenes a Odenet, último príncipe [col. 2] poderoso de aquel estado, alcanzó con su auxilio muchas victorias contra los persas. Sucedióle su viuda Zenobia, discípula del filósofo Longino, su ministro de estado: esclarecida heroína a la par de prudente princesa, no obstante, que en el sentir de algunos, no guardaba mucha templanza en el uso de los manjares y el vino. Aureliano la venció el año 270 de nuestra era, y condenó a muerte a Longino, por haber dictado la respuesta en que aquella reina se negaba a someterse al emperador. Poco después, habiendo muerto los de Palmira a toda la guarnición romana que custodiaba a esta ciudad, volvió Aureliano y destruyó en parte sus edificios; pero hizo luego levantar otros más espléndidos y edificar un templo al Sol. Diocleciano construyó otros y por último, Justiniano reedificó lo abatido y dio aguas a la ciudad; aunque en verdad la fortificaban so pretexto de mejorarla y embellecerla.

El cristianismo no echó profundas raíces en Palmira, y después de Mahoma sirvió como de plaza fuerte: los turcos edificaron castillos entre sus ruinas y levantaron almenas sobre el templo dedicado al sol y las serranías inmediatas.

Los vestigios de Palmira ocupan una llanura extensa, atravesada longitudinalmente por una fila de columnas que tiene 1.300 toesas de largo. “Aquí, dice Volney, forman estas columnas grupos cuya simetría ha desaparecido a causa de la caída de algunas de ellas; allí, se encuentran colocadas

en hileras paralelas a manera de calles de árboles, tan prolongadas que a lo lejos parecen dos líneas que se juntan”. A un lado y otro de esta calle de columnas, hállase gran número de otras de todas dimensiones, derribadas y destruidas, templos, peristilos, sepulcros derruidos, del gusto arquitectónico más puro y del trabajo más pulido, en contraste con otras ruinas de templos cristianos, con mezquitas y edificios turcos, formando el todo un espectáculo digno del asombro de los viajeros y de la inspirada elocuencia de uno de los más ilustres escritores de Francia.



Número 9



A. Fernepin

Lámina N.º 9





LA GITANA  
(NOVELA CATALANA)

No hay en el mundo un país más bello que la Cataluña: la Cataluña con sus Pirineos que levantan hasta las nubes sus cimas blancas de nieve y sembradas de precipicios: la Cataluña sobre cuyas rocas vienen a estrellarse gimiendo las olas del Mediterráneo.

Sus valles se ven cubiertos de trigo; sus pantanos de arroz; sus colinas de viñas, de olivos y de naranjos, y sus minas ocultan el mármol y el hierro. Que os hable el atrevido buzo del rico coral, que baña las riberas de la Cataluña.

¡Oh! No respiréis jamás al aire voluptuoso de estas campiñas: no levantéis vuestras miradas hacia el limpio azul de su hermoso cielo: muellemente recostado en una barca que se deja ir con lentitud arrastrada por la corriente insensible de un río, no contempléis sobre la una y la otra orilla esos grupos de jóvenes doncellas con sus lindos ojos negros, su talla esbelta y su ropa estrecha y corta que designa formas encantadoras: no escuchéis sus canciones: volved los ojos cuando ellas forman esas danzas alegres que hacen temblar de amor y de deseos... ¡Oh! Creedme, porque sino un recuerdo lleno de pesar, un mal triste y lánguido, como el mal del país, os afligirá toda vuestra vida, comprimirá vuestro corazón, y llenará vuestros ojos de lágrimas.

¡Desdichado de mí que no veo lejos, bien lejos de la bella Cataluña, de las montañas en que nací, donde murió mi padre y donde mi hija... ¡Mi hija!... Mi puñal la ha vengado... Tres días con sus tres noches, acostado sobre una roca solitaria, el ojo atento, el dedo en el gatillo de mi carabina, esperé a su asesino... El bárbaro llegó, cayó, se arrastró en el polvo, sus manos [col. 2] convulsivas arañaron la arena, y la sangre brotó a torrentes de su infame pecho...

Una hora mortal que duró su agonía, permanecí allí inmóvil, contemplando mi venganza... Después, me fue preciso ir, y huir como un miserable espadachín, como un cobarde matador del pasajero: porque las leyes o la justicia, como dicen los hombres, ofrecen por la cabeza de un padre vengador de su hija el mismo precio que dan por la de un facineroso.

Si se supieran los bienes que un miserable andaluz me ha robado con su execrable astucia; si se conociesen todos los males que pesan sobre los

pobres gitanos, en vez de mirar con curiosidad mis vestidos desconocidos y mi frente bronceada, en lugar de señalarme con el dedo, murmurando: “Este es un refugiado, un asesino”. Puede que vinieran a tenderme una mano amiga, diciendo con compasión: “Hijo de una gitana, tú eres bien digno de lástima”.

¡Oh! Sí: yo merezco que todos se conduelan de mi suerte... Y últimamente era dichoso, cuando después de haber desatado el velo blanco, cuyos pliegues envolvían su cabeza, mi hija, mi Pepa dejaba caer sobre las espaldas sus largos cabellos negros y lucientes. Después de esto se arrodillaba a mis pies; cubría sus dos manos con las mías; fijaba con atención en mis preciosos ojos; y luego riéndose de mis palabras serias, huía de improviso para ir a trepar pos una roca bien alta.

Desde la puerta de mi cabaña, la llamaba agitado por no sé qué júbilo temeroso: me embriagaba de contento al ver la presteza y la gracia que empleaba en aquellos peligrosos placeres, y temblaba a la vez temiendo una [p. 66, col. 1] desdicha. Pero la cuitada, sin escucharme, reía, me enviaba sus besos filiales, saltaba por las rocas, y cantaba y bailaba sin medida. A cada uno de los saltos de Pepa, se veía en torno de ella el reflejo fugitivo de una luz pálida: y era la luna que venía a relucir sobre los largos anillos de plata de que estaban cargadas sus piernas y sus desnudos brazos, a la moda de los gitanos.

Mientras que la contemplaba en estos trances, lleno de terror, ella se lanzaba de repente, y apenas tenía yo el tiempo de temer que su pie resbalase al ponerle en la punta de una roca, cuando su mano alcanzaba más el débil arbusto que la suspendía en los aires... y ya mi hija me estrechaba en sus brazos y ofrecía a mis besos sus mejillas frescas y trigueñas.

Tales habían sido sus juegos en una hermosa noche de otoño. Apenas entró en mi cabaña y se sentó a mi lado y me dijo: “¿Sabes tú, padre, que D. Fernando de Gemellos, el novio de Doña Blanca, acaba de llegar a la quinta de Melposo? Viene de Sevilla, y enamora ver sus equipajes, sus mulas y sus innumerables criados. Estos no están como nuestros catalanes, vestidos de una simple chaqueta rayada y de un calzón corto, que presenta sus piernas desnudas, y medio calzados con el alpargate: una redecilla de seda envuelve sus cabellos, lo que es sin duda mucho más gracioso que el gorro de lana colorado de los paisanos de nuestra Cataluña. Su rica chaqueta de terciopelo está cargada de galones: tienen hermosas fajas de un color vivo, un calzado elegante y capas riquísimas”.



“¡Pero si hubieras visto, padre, la fisonomía majestuosa de ese señor! Este saludó con aire triste y pensativo a su prometida... ¡Bah! Yo comprendo bien porque este joven está triste: nunca ha visto a su novia: este es un casamiento contratado por los parientes: padre, ¿crees tú que se puede estar contento casándose con una mujer que no se ha visto en la vida, por más que sea una gran señora, propietaria de diez quintas como la de Melposo, y más bella que Doña Blanca, que ciertamente no tiene nada de hermosa?”

Toda la noche me estuvo hablando de D. Fernando. Al día siguiente salió desde muy temprano para ir a la quinta. Pepa estaba segura de ser bien recibida, porque todos [col. 2] querían a la gitanilla, tan linda y tan graciosa.

“Adiós, me dijo: no puedo contenerme, es preciso que vaya a ver todo el lujo de D. Fernando”. Yo me sonreía de su candidez. ¡Dichosa edad de la vida, decía entre mí, en que la vista de un poco de esplendor causa júbilos tan vivos e inocentes!

¡Insensato! ¿Por qué no la obligué a que se quedase conmigo? ¿Por qué no la encerré en mi cabaña, cuya entrada hubiera yo defendido con la carabina en la mano? Un criado de D. Fernando, un “Pedrillo” no hubiera enlazado con sus brazos impúdicos su talla virginal, ni se hubiera atrevido a decirle: “Sé la concubina de un sirviente”.

¡Pobre y débil niña! ¿Qué podría ella contra el malvado, sino proferir quejas impotentes? ¡Ay! ¡Y yo descansado lejos de allí, en mi cabaña, durmiendo en un sueño profundo! ¡Y otro que su padre acudió a protegerla!

Este fue D. Fernando: él corrió al galope de su caballo. A la vista de Pedrillo, que emprendió bruscamente la fuga, se espantó el animal y arrojó de la silla a su amo, que fue a dar de cabeza contra la punta de una roca.

Cuando los criados, que seguían de lejos a su señor, llegaron a su lado, Pepa había ya vendado la herida de su protector, cuya cabeza descansaba sobre sus rodillas: había hecho pedazos su velo para contener la sangre y sujetar con una banda de frente de D. Fernando. Cuando este recobró sus sentidos, asió dulcemente la mano de Pepa para darle gracias por sus servicios, y sus gentes le llevaron a la quinta.

Al otro día Pedrillo se presentó a la puerta de mi cabaña: yo apelé a mi carabina para dejarlo muerto a mis pies. ¡Pluguiera a Dios que Pepa no hubiera apartado el arma, haciendo que la bala fuese a enterrarse silbando en el trono de un olivo! ¡Mi Pepa viviría aún! ¡Y yo no me encontraría solo en el mundo sin un mortal que me ame!

Pedrillo venía por orden de su amo a implorar perdón de aquella a quien había ultrajado tan bajamente. Pepa le recibió con desdén, y él se alejó en el momento.

Quince días se pasaron, y en ellos se efectuó un cambio extraño en el carácter de mi hija: toda su alegría se cambió en una súbita tristeza; y la que siempre me buscaba como [p. 67, col. 1] al único objeto que causaba todos sus contentos, parecía entonces temer mi presencia.

No podía engañarme sobre estos síntomas: Pepa amaba. Rara vez una joven confía secretos de amor a su padre, aun cuando le quiera como Pepa me quería. Resolví pues espiarla secretamente y descubrir por este medio cuál era el objeto de su ternura, y si era digno de tanta virtud.

Si no la merece, me decía a mis solas, dejaremos mi pacífica cabaña, abrazaré si es preciso, la vida errante de los gitanos, aunque me viera como los más de ellos, sin otro recurso que el de trasquilar las mulas.

Pero no me veré reducido a esta miseria: he enterrado en mi cabaña una suma de seis ducados; y con ella y la venta de mi pobre albergue, podremos vivir algunos años. Dios hará lo demás.

Viajaremos juntos por algún tiempo: después nos iremos a establecer a algún otro punto de la Cataluña. Mi Pepa no tardará en recobrar su tranquilidad y su natural alegría, porque a los quince años no hay amor que se resista a la ausencia y a las distracciones.

Mi sorpresa fue igual a mi desesperación cuando descubrí que Pepa tenía frecuentes entrevistas con Pedrillo; toda mi sangre hervía de indignación. ¿Cómo una gitana podía enamorarse de un criado andaluz, de un cobarde que no tenía valor más que para insultar a débiles mujeres?

Me oculté en la maleza, y presté un atento odio a su conversación. Pedrillo hablaba en un tono respetuoso; pero no hablaba por sí mismo.

D. Fernando no puede veros aún (decía él), está enfermo; y por otra parte, salir de su aposento sería comprometer vuestro secreto. En cuanto a recibiros en la quinta, es todavía más imposible. Doña Blanca tiene ya demasiadas sospechas de su prometido.

Tomad esta carta, señora, ella abogará mejor a favor de mi amo que no un pobre criado: esas letras os harán también conocer el proyecto que ha formado para ser eternamente su idolatrada Pepa. Dichas estas palabras arrojó la carta a los pies de mi hija, y desapareció.

Se oyó un ligero ruido: Pepa tomó su [col. 2] billete, le ocultó en el pecho, y la vi marchar precipitadamente hacia mi cabaña.

Cuando volví más tarde, ya dormía en un sueño profundo: no tuve valor de despertarla, y dejé para el día siguiente el decirle que el amor de un gran señor era fatal para una pobre criatura como ella, y que era preciso renunciar a estas dulces ilusiones de la juventud. ¡Que aún sea dichosa esta noche, decía entre mí, y que su desesperación y sus lágrimas no comiencen hasta mañana!

Hasta muy avanzada la noche, no pude dormir.

De repente me desperté sobresaltado: oprimido por un espantoso sentimiento, corrí al lecho de mi hija... ¡Oh, Dios mío! La mísera había desaparecido.

Un billete que había dejado sobre su almohada me descubría la ruta de su fuga: en él me suplicaba que la perdonase...

D. Fernando (me escribía ella) se casa conmigo en secreto esta noche misma, y sin dilación quiere que marchemos a la Andalucía. Allí, queridísimo padre, cuando se apacigüe la ira de una familia poderosa, vendrás a reunirme con tu Pepa para ser testigo de su felicidad.

Corrí hacia la quinta para arrancar, si aún era tiempo, a mi hija de las garras de su seductor; ¿por qué un orgulloso caballero andaluz ¿se casaría con una infeliz gitana? No: su único objeto era seducirla.

Aún no me hallaba a la mitad del camino, cuando creí escuchar la voz de mi hija: me dirigí por el lado de donde salían los gritos, a la claridad de la luna vi a Pepa que estaba medio desnuda, el cabello suelto, las mejillas brotando sangre y los ojos desencajados. La infeliz no me reconoció: estúpida y dolorosa, cayó en los brazos de su padre.

Sus discursos sin orden y sus palabras insensatas me revelaron al fin el horrible misterio de que había sido víctima. Las cartas de D. Fernando eran supuestas: Pedrillo las había inventado; ella había creído estrechar en sus brazos a un esposo adorado, a D. Fernando, y era el miserable Pedrillo a quien había entregado las primicias de su amor; ¡desgraciada criatura!

Aún vivió dos días, siempre consumida de una fiebre ardiente y siempre delirando y al [p. 68, col. 1] cabo de ellos, espiró sin haber recobrado un instante su razón, y sin haber dirigido ni una palabra a su angustiado padre, que lloraba sin consuelo al lado de ella.

Corté su negra cabellera y la guardé en mi seno: en seguida confié su cuerpo a la tierra con las ceremonias usadas por los gitanos. [Col. 2] Cuando cumplí con estos religiosos y tristes deberes, tomé mi carabina.

Ya sabéis lo demás.

He aquí la causa que me ha hecho abandonar la Cataluña, el más bello país del mundo, y en el que hubiera querido pasar toda la vida.



## ESTADO DE LA LITERATURA RUSA

Poco tiempo hace que los poetas y escritores rusos, se mencionan en la literatura Europea. Después del impulso que Pedro el Grande, de eterna ceremonia, dio a su pueblo, la Rusia ha tenido que emplear muchos años en establecer un orden social que estuviese en armonía con el progreso universal de las luces: largo tiempo ha contraído sus fuerzas y recursos a la organización política; pero hoy, terminado ya este trabajo, la literatura se colocará en el puesto eminente que le corresponde y acabará de perfeccionar con su influjo a la sociedad rusa. La literatura nacional, bajo los auspicios del gobierno, derrama ya sus beneficios sobre aquel pueblo, y en él como en todos los demás. Pulirá, refinará a los hombres que son tan civilizados actualmente en las ciudades más populosas del Imperio, como en las más cultas del resto de la Europa.

La lengua rusa es adecuada para todos los ramos de la literatura y especialmente para la poesía, porque es dulce y no tiene sonidos aspirados: ha heredado de la griega muchos graciosos giros, y de las lenguas orientales, introducidas con la invasión de los Tártaros, un crecido número de imágenes y locuciones asiáticas. Por esta razón abundan más en Rusia los escritos en verso. Al frente de los hombres célebres que la han ilustrado con sus obras, marcha el padre de la literatura rusa, Miguel Lemonosof, que a la manera de [col. 2] Corneille en la dramática francesa, no ha dado reglas ni preceptos, pero ha adoctrinado con el ejemplo. Nació de un humilde marinero en 1711, y sus talentos, siempre compensados en su patria, le han alzado hasta el puesto de director de la academia de Petersburgo. Pueden citarse, como pruebas irrecusables de su lúcida imaginación y exquisito gusto, una oda titulada la “Aurora boreal”, y un apólogo, los “Dioses de la tierra”.

Gabriel Derschewin merece citarse como modelo inmediatamente después de Lemonosof: la oda a “Dios” de este poeta es tan noble y majestuosa como su asunto, y de tan señalada belleza que el emperador de la China la hizo imprimir en una tela de seda con caracteres dorados y colgarla en las paredes de su palacio. La “Cascada”, otra composición suya,

rebosa en pensamientos altos y atrevidos y encierra una filosofía sana y consoladora: la musa de este poeta es algo agreste, majestuosa y elegante, y los colores de sus imágenes, tomados todos de la naturaleza que le rodea. Cottroff, Jonkouski, Meletzki y Bogdanowicht, a quien llaman el *Anacreon de Rusia*, contemporáneos todos y casi todos vivos, gozan de una reputación que han merecido con justicia. Uno de los poetas más estimados en Rusia, Batuschkof, cuyos versos son más armoniosos que su apellido, ha compuesto una epístola a los “Penales” que honraría la literatura de la nación más culta: nadie [p. 69, col. 1] como él puede ser misántropo con tanta gracia.

El apólogo es muy tratado por los poetas rusos, y los fabulistas son en Rusia los más numerosos y célebres. Sin hablar de Soumarokof, creador de este género, las fábulas de Khemnitzer son notables por lo bello de su poesía, lo ingenioso de las ideas y particularmente, por el bondoso candor que reina en ellas y las acerca a las de La Fontaine. Tan entusiasta era este autor por todo lo que es digno de admiración que, asistiendo en París por primera vez a la representación de Tancredo, se conmovió tanto al oír el primer verso que pronunció Lekain, que se levantó y saludó rendidamente al actor. Murió de consul general en Esmirna en 1784.

Entre los escritores en prosa más célebres en nuestros días, pueden contarse a Laramsin, conocido como autor de una historia de Rusia traducida al francés por M. Alejandro Jauffret; al conde Romanzow, que ha publicado documentos relativos a la misma historia, y al conde Gregorio Orlof.

Tal vez de un solo defecto puede tacharse a la literatura rusa, y consiste en que no es suficientemente nacional: es muy notable la semejanza que hay entre sus composiciones y algunas de la literatura inglesa; y aunque es verdad que la naturaleza fría del Norte debe dar a ambas el mismo carácter sombrío y terrible, quisiéramos sin embargo que la rusa tuviera más originalidad y perteneciese más a su país. Pero nadie podrá dejar de confesar que el gusto de estas producciones es juicioso y castigado: los escritores rusos reconocen como una verdad inmutable, que no hay cosa más antipoética que el análisis de los sentimientos, y que el querer iluminar las ideas metafísicas con los colores de la imaginación es una empresa sumamente ridícula.

Pocos años hace que la Rusia contaba 350 autores vivos, y hoy sube a 8.000 el número de obras publicadas en ruso. En las ciudades principales del Imperio, se publican diarios y revistas en ruso, en alemán, y en Wilna una en polaco. En Moscú hay 9 bibliotecas y 10 imprentas; en San

Petersburgo, 7 bibliotecas y 15 imprentas, y en Revel, Doprat y Kharkow hay 1 biblioteca y 2 imprentas.

Se han formado muchas academias, y llega [col. 2] a 16 el número de sociedades literarias fundadas en las ciudades siguientes: Petersburgo, Moscú, Riga, Casan, Carkow, Vilna, Odessa, y en las demás principales de Rusia. Estas sociedades se componen de individuos que han adquirido nombradía como historiadores y poetas, y entre ellos resplandecen los nombres de Caramsin, Kirlof, Godlieb-Fischer, y muchos otros esclarecidos por sus obras.

La instrucción se difunde rápidamente por medio de la instrucción mutua, y es de esperar que las escuelas normales, fundadas recientemente bajo los auspicios del Emperador, produzcan en ventaja del pueblo, los benéficos resultados que fundadamente se esperan. Se ha visto salir de estas escuelas a los 6 meses de estudios, leyendo y escribiendo correctamente a soldados de más de 40 años de edad, que no conocían anteriormente ni las letras del alfabeto: a la vista de tales resultados, se ha establecido una escuela bajo el mismo método de enseñanza, en cada uno de los regimientos del ejército.

Muchos viajes y expediciones científicas se han emprendido simultáneamente, con dirección a países remotos, o a las regiones del imperio menos conocidas. El emperador protege las ciencias y cuanto puede, ensancha la esfera de los conocimientos humanos e ilustra a sus súbditos. Sieber, que ya había recorrido el Egipto y la Siria, acaba de explorar la Abisinia, y el profesor Basck de Copenhague ha ido hasta el imperio de los Birmanes, con el objeto de estudiar la lengua páli y los libros sagrados de los budistas. Pero no solo el gobierno protege estas empresas, sino que los particulares se glorían también en alentar a los viajeros que arrostran los peligros en demanda de conocimientos científicos. Entre estos hombres benéficos, debe mencionarse al conde Romanzow, que ha costeadado el viaje alrededor del mundo que emprendieron Otton y Kotzbue, y el que se hizo por entre las nieves desde las costas asiáticas hasta las de América. Este mismo conde ha fundado en las habitaciones de su palacio una escuela primaria para la instrucción de sus paisanos.

La situación del Imperio Ruso es cual ninguna favorable al estudio de los idiomas por hallarse en contacto con los confines de Europa y de Asia, y en relación frecuente con [p. 70, col. 1] las regiones en que se habla el árabe, el chino, el turco y el persa. Así es que no hay museo de antigüedades escritas superior al de San Petersburgo, particularmente en manuscritos orientales. Las riquezas de este establecimiento se acrecentaron mucho ahora pocos

años, con la adquisición que hizo de los manuscritos que M. Rousseau, cónsul francés en Bagdad, había colectado en Siria, Mesopotamia y Persia.

Las artes progresan a la par de la literatura, y la arquitectura ha mostrado un prodigio en la construcción de la iglesia gigantesca de Isaac, que cuenta 30 columnas altísimas, pulidas por medio del vapor. Muchos artistas rusos viajan en Italia a expensas de su gobierno, y la litografía recientemente introducida en el imperio ha producido ya láminas finas y acabadas, entre las cuales se distinguen las que forman dos colecciones tituladas: *Vistas de San Petersburgo y sus cercanías*, y *Viaje pintoresco de Moscou a las fronteras de las China*, por M. Martinof.

De esta rápida ojeada, se deduce que de pocos años a esta parte, anda la Rusia a pasos de gigante en los senderos de la literatura y las artes: cualquiera que hubiera visitado el imperio moscovita hace 50 años no lo conocería hoy, por la velocidad con que ha adelantado desde los últimos años del siglo pasado. ¿Pero de dónde nace este vuelo vigoroso que ha tomado la nación rusa en busca de los deleites intelectuales?, ¿a qué podrán atribuirse tan rápidos adelantamientos? La razón es, en nuestro concepto, que este país se halla en iguales circunstancias que la Francia en los dos últimos siglos, época en que el gobierno y las clases altas del estado patrocinaban las ciencias y las bellas artes. Allí se estimulan y recompensan las tareas del sabio y del artista por los dueños acaudalados de palacios magníficos y suntuosos, donde se hospedan reunidos el amor a las luces, la cultura europea y el lujo refinado del oriente.

*Miroir de Paris*



## PENSAMIENTOS

☛ El reconocimiento no debe dejar que envejezca la memoria del beneficio.

CHARRON

☛ En otro tiempo tu alma era grande, ardiente, inmensa, y el círculo entero del universo hallaba cabida en tu corazón... ¡Oh Carlos! ¡Cuán apocado te nos muestras, cuán miserable, desde que solo te quieres a ti mismo!

SCHILLER



## ODA A NAPOLEÓN

Compuesta por un Inglés en el puerto de Santa Helena,  
yendo para las Indias Orientales

¡Salud, oh valle triste y silencioso, en donde reposa para siempre, solo y apartado del vulgo de los muertos, un hombre temible!

¡Oh, isla espantosa! Tú fuisteis creada para servir de sepultura al guerrero, pues que las tempestades te azotan, estás cubierta de rocas erizadas y naciste de la erupción de un volcán.

Él, como tú, se alzó de improviso a impulso del fuego de la naturaleza; y así como tú te enseñas del espacio de los mares, así dominará su memoria en el espacio de los tiempos.

Este meteoro pavoroso anduvo su rápida carrera y se extinguió en los abismos; pero nadie podrá borrar el rastro de su tránsito.

Como madre precavida, alzó la naturaleza esta inmensa roca, para que sirviese de mausoleo al más extraordinario de sus hijos.

Apenas se muestra Santa Helena en los confines del horizonte, cuando ya el viajero que viene de los remotos mares de la India o de la China fija en ella sus ojos entristecidos.

Nunca perecerá la memoria de la isla en que cavaron los ingleses el sepulcro de Napoleón; y si un día desapareciere bajos las olas que desmoronan sus cimientos, las estrellas que brillan en el cielo señalarían el lugar en que fue.

¡Adiós triste y silencioso valle, en donde reposa, para siempre apartado del vulgo de los muertos y de las márgenes del Sena, un hombre temible!



## CUERPO DE GUARDIA TURCO EN ESMIRNA

(Véase la *Lámina N.º 9*)

En la luz que domina en el cuerpo de guardia, y le aclara, sobresale el colorido pálido y amarillo: los soldados descansan al abrigo de una especie de barraca, y por la parte de afuera se ven bajo la luz del sol varios caminantes y pasajeros montados en camellos, que levantan nubes de polvo en su tránsito. Varias armas, vasos de tierra, pipas de fumar se ven desparramados en el suelo, y un brasero de cobre en vez de la chimenea



que calienta los cuerpos de guardia europeos. Una vivandera vende a los turcos que se hallan allí reunidos, algunos refrescos; unos duermen, otros fuman o conversan, mientras uno solo, sentado en el suelo, y que tiene algo en el traje de un soldado disciplinado, rasca tristemente un bandolín. Tal es poco más o menos la disposición de la luz y figuras que forman el cuadro que representa la lámina adjunta al presente N.º de *El Recopilador*, y esta tomada de un cuadro original pintado por M. Deschamps. La idea primera de esta composición fue tomada en el Oriente mismo, en el camino que va a Esmirna. Nada mejor que una serie de cuadros de esta especie, para dar una idea exacta de las costumbres de un país: representadas por un medio que tanto se acerca a la naturaleza, y hace tan viva impresión en los sentidos, se recibe una instrucción mas exacta y duradera, que con la lectura de las descripciones de los viajeros, por muy prolijas que estas sean.

Más no por esto queremos decir que se juzgue del estado de la disciplina militar en Turquía por la representación de esta lámina: si tal aconsejásemos, seríamos injustos con Mahmoud, el actual emperador, que en este ramo ha introducido mejoras, dignas de un gobierno más ilustrado que el que generalmente ha tenido aquella parte del mundo. El ejército turco tiene en el día un traje uniforme de color azul y una chaqueta larga como la que usan los marineros italianos; el pantalón es ancho hasta la rodilla, y angosto hasta el tobillo, de donde se ajusta con una faja. En vez del turbante oriental, se cubren la cabeza con un gorro colorado y ancho que [col. 2] les llega hasta las orejas y de cuya punta cuelga una borla de seda azul.

Los oficiales se cuelgan al pecho una media luna de plata o de puntas de diamantes, según el grado que tienen; gastan botas de marroquín o zapatos con medias, y una capa colorada que les llega hasta los talones y pende del cuello asegurada con un broche de plata.

M. Mac-Farlane, que visitó la Turquía asiática el año 1828, da interesantes pormenores acerca de los progresos que allí se han introducido con respecto a la parte militar. He aquí cómo él describe un cuartel, y el ejercicio de las tropas regladas en Esmirna.

“Saliendo de los bazares<sup>1</sup> atravesamos la extremidad de la ciudad baja de los turcos, habitada toda ella por fabricantes de gavetas que sirven

---

1. Lugares de las ciudades turcas en donde se trafica y vende todo género de efectos, y en donde también los comerciantes se reúnen a tratar de sus negocios como en las lonjas europeas.

para acondicionar los higos secos, y llegamos al frente de un edificio vasto, constituido en su mayor parte de madera, y a cuya puerta servía de adorno una inscripción árabe en letras de oro; las paredes tenían también, a manera de cartelones, otros escritos en el lenguaje vulgar. Este edificio daba a una plaza, y en ella vimos a tres o cuatro turcos ya de edad y barba encanecida, instruyendo en algunas partes del arte militar a algunos reclutas, como el sacar los pies hacia fuera, el mantener la cabeza recta y marchar al paso, operación que hacen los turcos con mucha dificultad, como todos los Orientales.

Nos acercamos a una puerta semidestruida, y dos personas que al parecer eran del grado de nuestros sargentos, nos invitaron a entrar, y las centinelas nos presentaron las armas. El interior del edificio se hallaba más destruido que la parte exterior, las paredes agujereadas, el enmaderado podrido etc.; en una sala espaciosa del segundo piso, encontramos como unos treinta soldados presentando y descansando armas con tan buena gana que temí algunos instantes el que descendieran verticalmente por entre las tablas del piso, incapaces por su mal estado de resistir los continuados culatazos. Todos nos trataron bien y aun con política: llevaban ya un año de ejercicio, conocían perfectamente el manejo de las armas, pero aún no podían marchar militarmente.

[p. 72, col. 1] Los turcos aprenden con mucha dificultad a llevar el paso, lo que debe atribuirse al modo de andar que contraen con el uso de sus anchas y pesadas bombachas. El ejercicio lo hacen a la francesa, porque oficiales de esta nación y de los que sirvieron bajo Napoleón han sido buscados por el emperador Mahmoud, para disciplinar sus tropas.

Las mujeres turcas, que contra la creencia generalmente admitida vagan de un lado a otro, toman mucho interés, y manifiestan [col. 2] mucho gusto en presenciar los ejercicios de la nueva táctica, aun cuando ella es tomada de los infieles. Los turcos jóvenes admiran igualmente las modificaciones introducidas en el ejército; pero no sucede así con los ancianos y partidarios de los Jenízaros. Hay muchos que lloran en Esmirna y aun en Constantinopla, la pérdida de la táctica y de las armas de los Osmanlines: sentimiento superfluo, porque el movimiento de imitación tiene a favor suyo la novedad, y nadie podrá detenerlo.

---

 POESÍA

**La Diamela**  
 (Inédita)

¿Por qué entre todas las flores,  
 De colores  
 Cual los del Iris vistoso,  
 A la Diamela prefiero  
 Y la quiero,  
 Con cariño voluptuoso?

Porque blanca era como ella  
 La doncella  
 A quien mi alma idolatraba;  
 Ángel que mi triste vida  
 Desabrida,  
 Con sus besos endulzaba.

Porque en la noche callada,  
 Desmayada  
 Sobre el trébol oloroso,  
 Me recuerda a mi querida  
 Adormida,  
 Contra mi pecho amoroso.

Si siento el ámbar que exhala,  
 Cuando el ala,  
 De algún Silfo la acaricia;  
 Créome entonces que aspiro  
 Un suspiro  
 De aquel seno sin malicia.

Seno candido, ardoroso,  
 Delicioso  
 Cual diamela nacarada  
 Seno que ya no se agita  
 Ni palpita  
 A mi voz apasionada.

Seno do tuvo su asiento  
 Y alimento,  
 Un alma sensible, pura  
 Como la naciente aurora  
 Precursora,  
 De la luz y la ventura.

Z...



Número 10

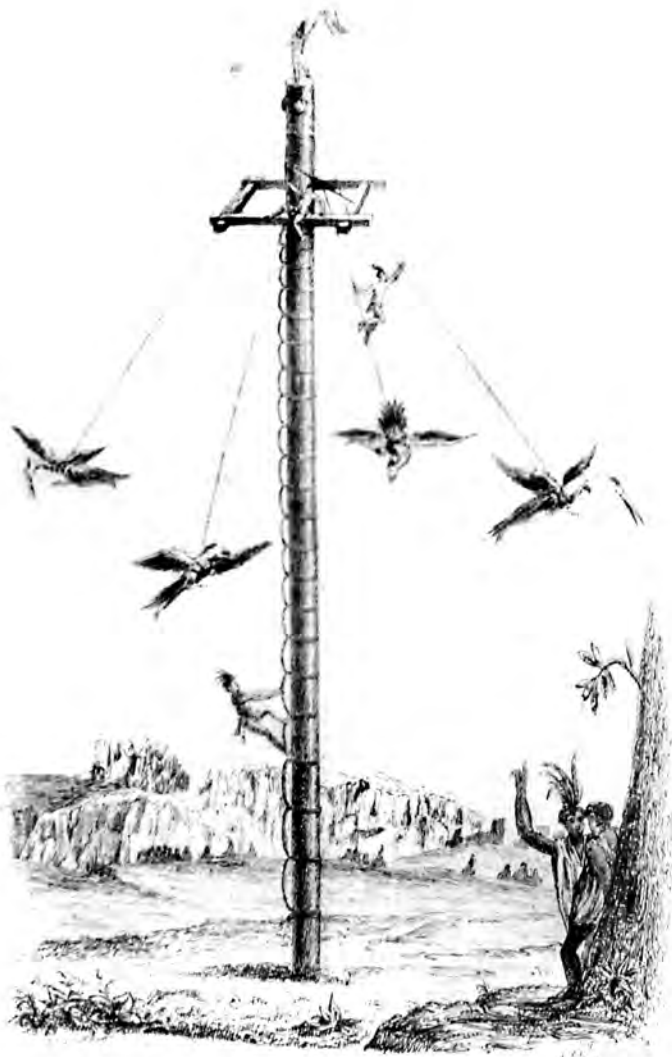


Lámina N.º 10





## JUEGOS DE LOS ANTIGUOS MEXICANOS

(Véase la *Lámina N.º 10*)

El teatro y el baile no eran las únicas diversiones de los mexicanos. Tenían también juegos públicos, para ciertas solemnidades, y privados para recreo doméstico. A la primera clase pertenecía la carrera, en que empezaban a adiestrarse desde niños. En el segundo mes, y quizás en otros del año, había juegos militares, en que las tropas representaban al pueblo una batalla campal: recreos ciertamente útiles al estado, pues además del inocente placer que daban a los espectadores, ofrecían a los defensores de la patria los medios más oportunos de agilitarse, y acostumbrarse a los peligros que los aguardaban.

Menos útil, pero mucho más célebre que los otros, era el juego de los voladores, que se hacía en algunas fiestas, y particularmente en las seculares (véase la Lámina). Buscaban en los bosques un árbol altísimo, fuerte y derecho, y después de haberle quitado las ramas y la corteza, lo llevaban a la ciudad y lo fijaban en medio de una gran plaza. En la extremidad superior metían un gran cilindro de madera, que los españoles llamaron “mortero”, por su semejanza con este utensilio. De esta pieza pendían cuatro cuerdas fuertes, que servían para sostener un bastidor cuadrado, también de madera. En el intervalo entre el cilindro y el bastidor, ataban otras cuatro cuerdas y les daban tantas vueltas alrededor del árbol, cuantas debían dar los voladores. Estas cuerdas se enfilaban por cuatro agujeros hechos en el medio de los cuatro pedazos de que constaba el bastidor. Los cuatro principales voladores, vestidos de águilas o de otras clases de pájaros, subían con extraordinaria agilidad al árbol, por una cuerda que lo rodeaba hasta el bastidor. De este subían uno a uno sobre el cilindro, y después [col. 2] de haber bailado un poco, divirtiéndose a la muchedumbre de espectadores, se ataban con la extremidad de las cuerdas enfiladas en el bastidor, y arrojándose con ímpetu, empezaban su vuelo con las alas extendidas. El impulso de sus cuerpos ponía en movimiento al bastidor y al cilindro; el primero con sus giros desenvolvía las cuerdas de que pendían los voladores, así que mientras más se alargaban, mayores eran los círculos que ellos describían. Mientras estos cuatro giraban, otro bailaba sobre el cilindro, tocando un tamboril o tremolando una bandera, sin que lo amedrentase el peligro en que estaba de precipitarse desde tan gran altura.

Los otros que estaban en el bastidor, pues solían subir diez o doce, cuando veían que los voladores daban la última vuelta, se lanzaban agarrados a las cuerdas, para llegar al mismo tiempo que ellos al suelo, entre los aplausos de la muchedumbre. Los que bajaban por las cuerdas solían, para dar mayor muestra de habilidad, pasar de una a otra, en aquella parte en que, por estar más próximas, podían hacerlo con seguridad.

Lo esencial de este juego consistía en proporcionar de tal modo la elevación del árbol y la longitud de las cuerdas que con trece vueltas exactas llegasen a tierra los cuatro voladores, para representar con aquel número el siglo de cincuenta y dos años, compuesto de cuatro períodos de trece años cada uno. Todavía se usa esta diversión en aquellos países, pero sin atención al número de vueltas y sin arreglarse en otras circunstancias a la forma antigua, pues el bastidor suele tener seis u ocho ángulos, según el número de los voladores. En algunos pueblos ponen ciertos resguardos en el bastidor, para evitar las desgracias que han ocurrido con frecuencia después de la Conquista: porque siendo [p. 79, col. 1] tan común en los indios la embriaguez, subían privados de razón al árbol y perdían fácilmente el equilibrio de aquella altura, que, por lo común, es de sesenta pies.

Entre los juegos peculiares de los mexicanos, el más común y el que más los divertía era el del balón. El sitio en que se jugaba, que se llamaba “tlacheo”, era, según la descripción de Torquemada, un espacio llano y cuadrilongo, de cerca de diez y ocho toesas de largo, y una anchura proporcionada, encerrado entre cuatro muros, más gruesos en la parte inferior que en la superior, y más bajos los laterales que los dos de los frentes. Estos muros estaban blanqueados y eran muy lisos. Su coronación se componía de merlones, y sobre los dos bajos había dos ídolos, que se colocaban a medianoche, en la que precedía a la inauguración del juego, con muchas ceremonias supersticiosas, mientras los sacerdotes bendecían el edificio con otras del mismo género.

Así lo describe Torquemada; pero en algunas pinturas mexicanas se representa la planta del juego, muy diferente de la que indica aquel autor: quizá habría diversas formas de edificios para jugarlos. Los ídolos colocados sobre los muros eran los de los dioses protectores del juego, cuyos nombres ignoro, pero sospecho que uno de ellos sería “Omacatl”, dios de la alegría. El balón era de hule o resina elástica, de tres o cuatro pulgadas de diámetro, y aunque pesado, botaba más que el de aire, que se usa en Europa. Jugaban partidas de dos contra dos y de tres contra tres. Los jugadores estaban



desnudos y solo llevaban la cintura o *majtlatl*, que la decencia requería. Era condición esencial del juego no tocar el balón sino con la rodilla, con la coyuntura de la muñeca o con el codo; y el que lo tocaba con la mano, con el pie o con otra parte del cuerpo perdía un punto. El jugador que lanzaba el balón al muro opuesto o lo hacía botar en él, ganaba otro punto. Los pobres jugaban mazorcas de maíz, y aun a veces la libertad; otros jugaban cierto número de trajes de algodón, y los ricos, alhajas de oro, joyas y plumas preciosas. En el espacio que mediaba entre los jugadores, había dos grandes piedras, como las de nuestros molinos, cada una con un agujero en medio, algo mayor que el balón. El que hacía pasar el [col. 2] balón por el agujero, lo que raras veces sucedía, no solamente ganaba la partida, sino que, por ley del juego, se apoderaba de los vestidos de todos los presentes, y aquel golpe se celebraba como proeza inmortal.

Este juego era muy apreciado por los mexicanos y por todos los pueblos de aquel país, y tan común cuanto se puede inferir del número extraordinario de balones que pagaban anualmente, como tributo a la corona de México, Tochtepec, Otatitlán y otros pueblos, que solían enviar hasta dieciseis mil. Los reyes jugaban con frecuencia y se desafiaban unos a otros, como hicieron Moctezuma II y Nezahualpilli. Hoy no está en práctica en las naciones del imperio mexicano, pero lo han conservado los nayarites, los opates, los teraumaenses y otros pueblos del norte. Cuantos españoles han visto este juego en aquellas regiones, se han maravillado de la prodigiosa agilidad con que lo ejecutaban.

CLAVIGERO  
(*Historia Antigua de México*)



## PENSAMIENTOS

☛ La mujer legítima de un carbonero es más digna de consideración y respeto, que la concubina de un príncipe.

J. J. ROUSSEAU

☛ Consiste nuestra felicidad en ser virtuosos y en vivir sumisos a las leyes de la naturaleza.

B. DE SAINT-PIERRE

☞ El que da rienda suelta a la cólera castiga las más veces en sí mismo, las faltas que otro ha cometido.

SWIFT

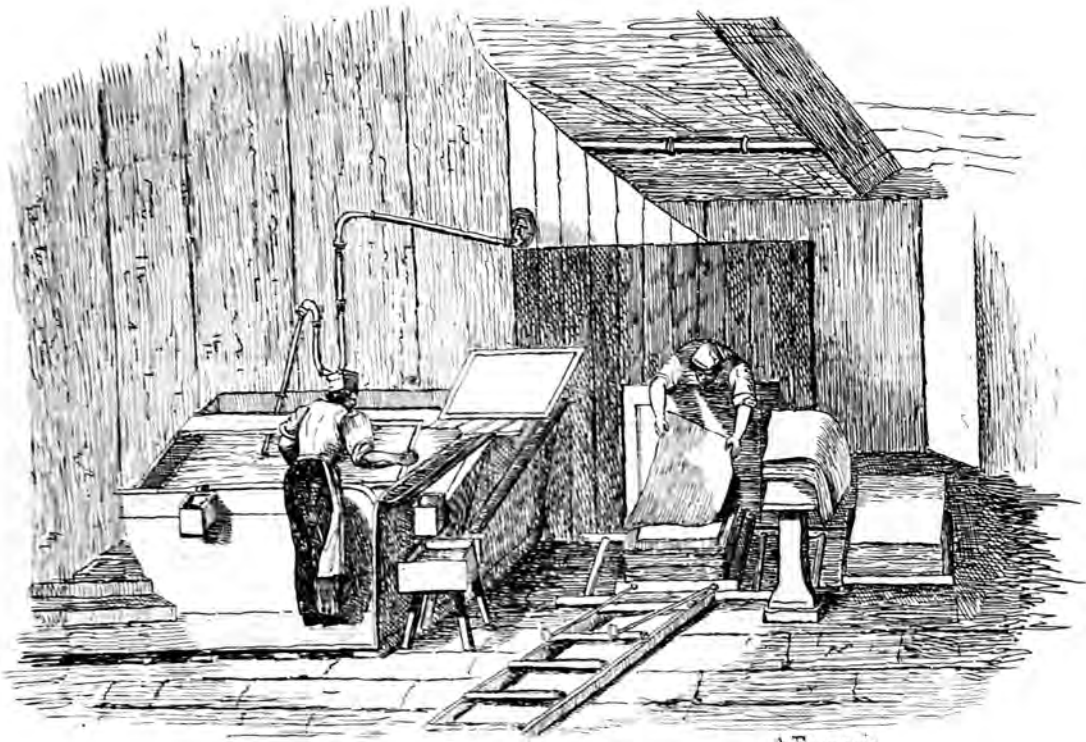
☞ En tanto que los huracanes quebrantan los cedros que crecen en las cimas de las montañas, la humilde hierba florece en paz en lo hondo de los valles.

B. DE SAINT-PIERRE

☞ Las sentencias son como clavos agudos que fijan la verdad en nuestra memoria.

DIDEROT

Número 11



A. Fernopix





## LA MUJER

Más de una vez he tenido motivo de notar la valentía con que soportan las mujeres aquellos reveses de la fortuna que más disgustos ocasionan. Las desgracias que abaten al hombre aumentan la energía del débil sexo y comunican a la mujer un atrevimiento tal que suele rayar en heroísmo: y no hay cosa que tanto nos interese como el ver a una criatura pacífica y tierna, que en el camino de la prosperidad se mostró siempre débil, tímida y sensible a cualquiera resistencia que se le hiciera en sus deseos, recobrar de pronto un grado elevado de fuerza moral y convertirse en apoyo de las desgracias de su marido. La constancia con que sobrelleva los golpes de la suerte presenta un espectáculo sublime; y así como la viña que rodeaba con sus graciosos pámpanos a la encina herida por el rayo se entrelaza a los decaídos gajos como si quisiera sostenerlos, del mismo modo la mujer dependiente del hombre, a quien solo sirve de ornamento en los momentos prósperos, le da aliento y fuerza y es su único consuelo, en medio de las adversidades que le manda el cielo: entonces ella sabe buscar y descubrir las heridas del alma de su compañero, y curarlas eficazmente.

Felicitando una vez a un amigo, padre de una familia unida por los vínculos del más encendido afecto: —No puedo —me contestó con entusiasmo— desear a V. una suerte más venturosa, que la de tener una esposa e hijos que le amen—. Y con efecto, he advertido que el hombre casado sufre y repara las desgracias más fácilmente que el que no lo es, y esto proviene de que aquel se va estimulado en sus esfuerzos, por el deseo de llenar las necesidades de los seres queridos que solo de él esperan sus subsistencias; las penas del corazón, por otra parte, encuentran alivio en el [col. 2] goce de los placeres domésticos, y si el amor propio del que se halla desvalido padece por la soberbia de los ricos o por la injusticia de los demás hombres, se consuela al recordar que le espera en su casa una sociedad en pequeño que le tributará consideraciones, amor y respeto.

El célibe, por el contrario, prodiga sus bienes y descuida sus obligaciones y negocios; se cree solo y abandonado en la tierra, y los afectos de su corazón vanse desapareciendo uno a uno, como los materiales de un edificio aislado y solitario.

Estas observaciones me traen a la memoria un suceso de que fui testigo. Mi íntimo amigo Leslie se había casado con una joven bondadosa,

llena de atractivos y educada con el mayor esmero: sus bienes de fortuna eran ningunos; pero mi amigo era sobradamente rico y cifraba su felicidad en el placer de contribuir a la de su esposa, y decía a menudo que haría de su parte todo lo posible, afín de que la vida de esta fuese una serie no interrumpida de satisfacciones y dichas. La diferencia de índole que existía entre uno y otro, solo contribuía a apretar más y más el lazo que los unía. Mi amigo era de carácter serio, y el de su mujer, vivo y alegre. Más de una vez observé la muda admiración con que Leslie contemplaba las discretas gracias con que sabía su compañera agradar en las reuniones y visitas, y la humildad con que esta se volvía a su esposo, en medio de los aplausos de que la colmaban, como si solo pretendiese la aprobación y aceptación de su marido. Cuando ella caminaba asida del brazo de Leslie, la delicadeza y finura de su talle hacía un contraste agradable con la alta estatura y virilidad de las formas de aquel; y el aire de confianza con que ella le [p. 82, col. 1] miraba despertaba en él una especie de orgullo y de ternura que contribuía poderosamente a aumentar el amor que tenía su mujer.

Nunca entraron en el camino del amor conyugal, dos seres que tuviesen ante sí una perspectiva más halagüeña de felicidad; y sin embargo, quiso la suerte que la fortuna de mi amigo se viese comprometida en el mal éxito de ciertas atrevidas especulaciones mercantiles: a muy pocos meses de casado, se halló sumido en la indigencia, cuando menos motivos tenía de esperarlo; y aunque mediante algún tiempo guardó silencio acerca de su desgracia, no pudo al fin quedar oculta, pues la dejaba traslucir a pesar suyo, el desaliento de su ánimo, pintado de su decaída y triste fisonomía. La vista perspicaz del amor descubrió muy luego que alguna pena secreta lastimaba el corazón de Leslie, cuyos suspiros reprimidos y miradas de turbación eran testigos irrecusables. Conociolo su tierna compañera, y empenó desde entonces todos sus esfuerzos en restablecer la alterada paz de su esposo, sin atinar con la causa que de tal mudanza era ocasión. Él, entretanto, considerando cuánto más digna se hacía diariamente de su amor la mujer que le había dado el cielo, más se entristecía con la idea de que muy pronto la vería desgraciada: —De aquí a pocos días —decía mi amigo acongojado—, la sonrisa se ahuyentará de sus labios; se marchitarán el brillo y la lozanía de sus ojos, y aquel corazón angelical, cederá como el mío bajo el peso de los cuidados atormentadores y de la miseria.

Un día vino a verme y me refirió sus desgracias con el tono del más profundo desaliento; y habiéndole preguntado si su esposa tenía noticia de

lo que pasaba, se deshizo en lágrimas diciéndome: —Por el amor de Dios, no me hables de ella, porque su recuerdo me trastorna el juicio, ¡tenme lástima! —¿Y por qué? —Le repliqué, suspenso—. Debe saberlo tarde o temprano, mejor es que lo sepa de vuestra propia boca, porque las palabras de la persona bien querida, saben mitigar las penas que nos dan a conocer... —Pero cual no será su sorpresa —me contestó—, si le noticio que su esposo se halla en la mayor miseria, que debe renunciar a los placeres de una vida cómoda, a las dulzuras del trato con sus amigos, para vegetar a mi lado en una oscura [col. 2] indigencia? ¡Su corazón no podrá resistir este golpe...!

Noté que necesitaba, mi amigo, dar libre curso a su dolor, y di espera para que derramase lágrimas, porque estas alivian los pesares del pecho; guardó en seguida largo y triste silencio. —Es preciso que lo sepa vuestra esposa —continué—, para poder tomar las medidas necesarias al cambio de fortuna; y puesto que nunca habéis cifrado vuestra felicidad en vanas apariencias, y que tenéis aún amigos que lo mismo os estimarán siendo pobre que cuando fuisteis rico, no hay que desesperarse. Sobre todo, no se necesita un palacio para vivir feliz al lado de la mujer a quien se adora. En una choza sería yo feliz a su lado —me contestó—; a su lado podría soportar el vivir desconocido y pobre...; ¡pero ella...! —Creedme —le dije, apretándole la mano—, vuestra esposa no tendrá menos ánimo y entereza: ella no conoce otra aventura que la de vivir en vuestra compañía y considerará como un triunfo sobre la fragilidad de su sexo, y se envanecerá con justicia, al sentirse capaz de soportar la desgracia que más mortifica a la generalidad de las mujeres. Antes de haber experimentado a la par de su compañera, las penas de la vida, ignora el hombre todo el mérito que ella tiene; tampoco sabe que a su lado vela un ángel de consuelo, bajo la forma de una débil mujer.

La vehemencia con que pronuncié estas palabras hirió la imaginación de Leslie, y aprovechándome de la impresión que había cansado en su ánimo, traté de persuadirle que abriese su corazón a su mujer; pero confieso que a pesar de esto, no podía alejar de mí cierta inquietud y duda sobre el buen éxito de mis observaciones: ¿por qué, quién podrá confiar en la fortaleza de alma de aquella cuya vida ha sido una cadena interrumpida de placeres? ¿No podría suceder muy bien que su genio alegre y festivo se conturbase a la vista del lóbrego camino que la pobreza le mostraba repentina e inesperadamente? Al día siguiente, no pude acercarme a Leslie sin temblar: todo lo sabía ya su esposa.

¿Cómo o ha escuchado?

Con la afabilidad de un ángel, me contestó mi amigo sonriéndose: me preguntó si aquel era el motivo que me había tenido disgustado tanto tiempo, y me abrazó manifestándose [p. 83, col. 1] como aliviada de un grave peso. Pero, ¡ay!, ella solo conoce la pobreza tal cual nos la pintan los poetas, siempre unida al amor; desconoce el poder de las privaciones y no experimenta todavía la pérdida de los goces que proporciona el lujo a que se había habituado; quién sabe lo que será cuando vea de cerca las humillaciones a que arrastra la pobreza y las incomodidades del ahorro y la estrechez.

Pasado algún tiempo volvió a verme; ya había vendido su hermosa casa y tomado una casita de campo en las cercanías de Londres: de todos los muebles lujosos que poseía, solo había conservado el harpa de su esposa, porque este instrumento, según decía el mismo Leslie, estaba identificado con ella y tenía una parte muy principal en la historia de los amores de ambos: reclinado en aquella harpa, había pasado muchos felices momentos, escuchando los dulces acentos de la voz de su amada. Yo no pude menos que reír, al oír esta prueba de la galantería de su marido apasionado.

Leslie se dirigía a la nueva habitación en cuyo acomodo había pasado su mujer todo el día, y como la tarde estaba hermosa le dije que le acompañaría. —Oh, amigo mío —me dijo en el camino—, cuando pase el primer momento de nuestro encuentro en esta cabaña, sentiré algún alivio: hoy es el día de experimentarla, es el primero de su vida que pone los pies en una habitación humilde, que se ocupa de los quehaceres y faenas domésticas... y tal vez esta es la hora en que acongojada, triste y abatida, medita en el amargo porvenir que solo promete la pobreza.

No bien nos separamos del camino real y tomamos un sendero sombreado de corpulentos árboles, cuando ya descubrimos la nueva mansión, cuyo aspecto hubiera parecido ruin al más modesto de los poetas que se derriban en idilios. Su situación era agradable sin embargo, y al llegar, oímos los sonidos de una música melodiosa. Leslie me tomó el brazo, y deteniéndonos prestando el oído, conocimos que era la voz de María, cantando con la más agradable sencillez, una tonada que entre todas prefería su esposo. Sentí que Leslie se estremecía, y al querer adelantarse para escuchar mejor, hizo ruido, y se mostró una mujer hermosa por una ventana, y desapareció en el [col. 2] momento. Dimos unos leves pasos, y llegó María a nuestro encuentro, mostrando tanta serenidad y contento en la fisonomía, que me pareció hermosa como nunca.



—Amigo mío —exclamó—, ¡cuán feliz soy al veros! He preparado la mesa bajo un árbol frondoso a espaldas de la cabaña y he cortado las frutas que más te agradan. En estos sitios todo es tranquilidad y contento. ¡Oh, en ellos vamos a ser felicísimos!

El pobre Leslie estaba fuera de sí: estrechó a su esposa contra su corazón, la llenó de castos y encendidos besos, y no pudo contestarle por lo muy conmovido que se hallaba.

Andando el tiempo, recobró los bienes de fortuna que había perdido y cuando la suerte fue próspera, me aseguró más de una vez que el mejor día de su vida había sido el de su llegada a la cabaña.

J. W.  
(*The Teller*)



## PENSAMIENTOS

☛ Dios ha hecho dos partes de la herencia que ha legado a los hombres: en la una, puso fortuna y peligros, gloria y envidia; en la otra, medianía y felicidad, oscuridad y paz.

B. DE SAINT-PIERRE

☛ Las pasiones jamás prevén cosa alguna, aun cuando parecen que raciocinan.

LA MENNAIS

☛ El que se conoce se desprecia a sí mismo, y el que se desprecia es libre, porque se desprende del dominio de la opinión. El yugo mas pesado es sin duda el que nos impone el orgullo.

(ÍD.)

☛ La moral es un árbol cuya raíz está en el cielo, y cuyas flores y frutos perfuman y embellecen la tierra.

(ÍD.)



## FABRICACIÓN DEL PAPEL

(Véase la *Lámina N.º 11*)

Con muchas materias diferentes se ha logrado el fabricar papel de escribir; pero solo trataremos en este artículo del que se hace con trapos viejos de cáñamo, lino o algodón. Por mucho tiempo no faltó la materia primera a los fabricantes de papel; pero en el día ha empezado a escasear, por el gran consumo de que de él se hace en todas partes del mundo, y a causa de la exportación de andrajos que se hace al extranjero. Así es que, aunque se han adelantado mucho los procederes de la fabricación, que en el día es muy económica, no por eso ha disminuido su precio como era de esperarse.

Así que llegan los andrajos a la fábrica de papel, empiezan, ciertas mujeres empleadas al efecto, a separarlos en montones, según el grado de blancura o fineza, el uso o la calidad: condiciones que son muy necesarias para que el papel resulte igual y presente una superficie sin asperezas. Luego colocan los andrajos en una mesa cubierta de una lámina metálica agujereada y allí los sacuden para quitarles el polvo, y los cortan en pedazos menores con el auxilio de una cuchilla parecida a la de los picadores de tabaco.

En algunas fábricas se conserva aún la mala práctica de poner a pudrir los trapos en unas cubas, a propósito; pero este proceder es muy nocivo a la salud de los operarios. En las que se han establecido recientemente, se usan unos cilindros, por medio de los cuales y por un proceder tan expeditivo como sencillo, se reducen los trapos a una pasta que conserva, a pesar de esta operación, un color amarillento a causa de la suciedad de los trapos de que se han hecho, y para blanquearla se hace del modo siguiente: esta pasta o masa se pone en prensa, para escurrirle el agua que contiene en cuanto es posible, y luego se coloca en un receptáculo, al cual se hace que fluya por medio de tubos una corriente de cloro gaseoso. Pasadas algunas [col. 2] horas, la acción del cloro ha descolorido completamente a la pasta, la cual se vuelve a pasar varias veces por los cilindros, tanto para separar el cloro como para batirla más.

En la litografía adjunta a este número, se ve un hombre que introduce una especie de cuadro en una pileta llena de pasta de la que hablamos anteriormente, y de cuyo grado de más o menos fluidez depende el espesor del papel. El cuadro que tiene el operario se compone de un marco de madera que sujeta un tejido de alambres finísimos que dejan

en el papel esas señales longitudinales que se ven contra la luz, y la marca del fabricante se halla figurada con hilos de cobre. Sobre el borde de la forma se aplica otro cuadro movable de latón, cuyo grueso, a la par de la mayor o menor liquidez, determina el grueso de la hoja de papel. Puesto este cuadro sobre la forma, se sumerge de nuevo en la pileta horizontalmente, y se saca de ella de modo que guarde la misma posición, y el obrero sacude para que caiga la parte de pasta que sobresale de la forma. Enseguida se pone la forma en un plano inclinado que se halla al borde de la pileta; otro trabajador vuelca la forma sobre un pedazo de paño y se le pone otro encima para recibir la nueva hoja. Puestas de este modo muchas hojas unas sobre otras, se ponen todas en una prensa para sacarles el agua, y las mujeres empleadas al efecto separan los paños de las hojas y las ponen a secar colgadas de unos hilos. Si el papel es para escribir, se le engoma después de seco y se vuelve a la prensa para que tome la goma por igual y se penetre de ella.



## LOS DOS ARTISTAS O EL PINTOR Y EL POETA

### I

En una callejuela sucia y oscura de Sevilla, había una casa cuyas fachada y distribución, desde los cimientos a las tejas, han sido alteradas por adicciones, subtracciones y composturas sucesivas hasta mudar completamente su forma y cambiarla en otra tan distinta y diversa de la que hablamos que no la hubiera conocido el pobre albañil que con orgullo de arquitecto la concibió y puso su primera piedra, muchos años antes del de gracia 1616, en que la presentamos a nuestros lectores.

En aquel tiempo consistía la tal casa en dos pisos, si se puede contar con tal, una especie de camaranchón de suelo terrizo y de techo bajo que cubría las tres cuartas partes de la sala y al que se subía por una escalera de mano. Este sobrado o zaquizamí es el que nos interesa conocer.

Un joven, al parecer de dieciocho años a veinte años, de cara grave y silenciosa, de color moreno, de ojos vivos y mirada fija, estaba delante del bastidor, la paleta en una mano, el pincel en la otra, copiando al parecer la extravagante y fingida risa de un aldeanillo. Y no debía de estar muy contento de su obra, porque sus cejas juntas, sus labios apretados y

sus movimientos prontos, bruscos y convulsivos de despecho, no dejaban duda de que estaba incómodo y fastidiado.

Dos o tres veces se apartó un tanto para considerar su obra: sus ojos se dirigían rápidos del modelo a la copia, después tocaba, defumaba [*sic*], volvía a tocar, a retirarse, a comparar, y el resultado y desenlace de aquella maniobra fue exclamar con rabia: Votó a... y aquí se detuvo como buen cristiano, pensando a quién votaría; al cabo se enmendó, ¡válgame Dios! ¡y quién podrá imitar tales tintas! Y por mucho que quiso contenerse, [col. 2] después de un rato de combate, de titubear y de esfuerzos para contener su cólera, levantó la mano, tiró el pincel sobre el lienzo que se deslizó arrollando las tintas que encontró al paso y trazando una curva de todos los colores del arco iris, y no contento con eso, arrojó tiento y paleta y pinceles, descargó sobre el lienzo un fuerte puñetazo y exclamó ya sin consideración ni comedimiento. Voto a... Dios, ¡que hace tintas que no puede imitar un hombre! Y se arrojó desesperado sobre el sillón, y con la mano en la frente cayó en un abatimiento cual si estuviese amortecido. Era el abatimiento, la desesperación del genio que ve el cielo y no puede subir a él.

Así permaneció abatido, pensativo, dando señales de estar en vela por alguna contracción convulsiva. Una vez alzó la cabeza, miró al derredor, y se cubrió los ojos, apretando los puños y golpeándose la frente con fuerza. Así pasaron las horas y no comió; así le encontró la noche y no durmió: y solo a la mañana siguiente, al amanecer, salió del cuarto, abatido: por un movimiento natural e irreflexivo torció y levantó el mostacho naciente; y llevando aún señales de la tormenta pasada en los ojos hundidos y la color cetrina, bajó por la escalera y, después de santiguarse devotamente, salió a la calle.

## II

Era buen cristiano, y cristiano del siglo XVI, pues el XVII empezaba entonces: así su primer cuidado fue dirigirse a la iglesia vecina. Oyó misa, y ya más tranquilo salía por la puerta cuando una mano le tocó ligeramente en el hombro, y una voz conocida le dijo: vaya con Dios, señor Diego.

El que así le hablaba era un hombre de mucho más de sesenta años, alto, bien hecho [p. 86, col. 1] y con la cara agraciada de color trigüeño, que daba señas de haber sido de buen parecer, ojos vivos y negros, ojos de genio, que hablaban de guerras y artes con todo el ardor de un soldado y el entusiasmo de un artista. La boca pequeña y despoblada, con solo dos o tres dientes

descarriados, pero el cuerpo airoso, la presencia gallarda y de gentil ánimo. Llevaba un ferreruero de camelote negro, usado y raído, el jabón era de lo mismo con follajes y cuchilladas primorosas, pero no en mejor estado que su compañero: llevaba calzas escuderiles o “pedorreras”, como llamaban en aquel tiempo, con lazo de color, espada larga y brillante, gorra calada al lado, con aire soldadesco y marcial, todo maltratado, raído y diciendo pobreza a tiro de ballesta; pero limpio y acepillado con cuidado y minuciosidad.

¡Oh!, era ciertamente un espectáculo digno de ser mirado, la reunión de aquellos dos hombres, el uno entrando en la vida, el otro saliendo de ella; el uno todo esperanzas, el otro todo memorias, y ambos combatiendo con el destino, ambos mirándose con ojos que dejaban ver una alma ardiente, un genio de fuego, una imaginación volcánica, una vida que el entusiasmo gasta como una lima de acero; y esto a través del prisma del porvenir de la juventud y el velo de lo pasado de la vejez. ¡Ah!, quien los hubiera visto no los hubiera equivocado con almas vulgares y hubiera dicho: “o hay mucho bien o mucho mal dentro de esas cortezas de carne; o hay un cielo o un infierno”. Al uno le esperaba el suicidio o la gloria, al otro... El otro había arrostrado y sobrepujado cien combates de la vida contra un destino duro e intratable.

Y era así, el anciano era un gran poeta, pero ignorado, oscuro, solo conocido y tratado por algunos artistas de genio ameno y entusiasta, que en aquella época podían solos apreciar la imaginación florida y ardiente del anciano.

Nuestro joven pintor le conocía, le quería y respetaba como profundo filósofo, humanista y valiente soldado, sabía de memoria sus trovas, y los jóvenes eruditos de Sevilla repetían con entusiasmo algún soneto con que se dio a conocer.

En aquel momento decía: “pero esa palidez, esos ojos encarnados, cansados y hundidos [col. 2]... No gastes tu vida que puede ser tan gloriosa... no gastes tu corazón, niño... eso...”.

—Eso significa —dijo el pintor interrumpiéndole con despecho— una noche de vigilia, de llanto, de tormento, rabia y desesperación—. Y apretó con fuerza el brazo de su compañero, y ahogó un suspiro convulsivo.

—¿Y qué? ¿Amores de la edad primera? —dijo el viejo con interés—. Pero, no, no puede ser... joven, dime, ¿qué te ha sucedido?... —¿Qué me ha sucedido? Perder mis esperanzas de gloria, quemarme las alas... ¡Caer!

—¡Habrás emprendido más de lo que debes, no habrás escogido el momento de la inspiración!

—No he podido pasar de una línea, de un punto: y allí me quedaré; allí me confundiré con otros...!

—No, joven, tú no has nacido para confundirte, no... alza la cabeza... álzala pensando en la gloria.

—¡La gloria!... Sí: yo soñé en la gloria, y a vos debo esos sueños que me desesperan: yo quise o vivir admirado o morir... no una existencia media, de esas que encenagan la vida... y ahora ¿cómo volar?

—¡Si yo tuviese tu mano, tu pincel y mi imaginación! —le dijo el otro con una mirada de entusiasmo poniéndole la mano sobre el hombro y chispeando de genio y poesía—. Tú no sabes el tesoro que posees, trabaja, y yo te prometo la fama...

—¡Es en vano! ¡Ya perdió para mí su prestigio! ¡Yo me gastaré antes de salir de la nube! —respondió el joven con aparente indiferencia... Y se quedó un momento silencioso. Después dijo: —Vuestra merced también ha soñado con esa gloria. Vuestra merced también ha compuesto trovas, comedias... ¿y qué?, ¿qué ha conseguido? Está su gloria en ese ferreruero, en ese jubón...

—¡Verdad! —dijo el anciano con tristeza—. Verdad, estoy pobre, olvidado, enfermo, perseguido... ¡Ved mi gloria! ¡Qué pago! ¡Oh Dios! —y bajó la cabeza, pero por solo un momento—. Soy pobre, es verdad —dijo en seguida con aire fiero y marcial—, soy pobre, pero honrado. Y los sueños de amor y felicidad, y los personajes que yo he creado como un Dios, con sus virtudes, sus caracteres, sus pasiones, buenos o malos, a mi antojo; esos [p. 87, col. 1] personajes que amo como a mis criaturas, esas obras que son mis hijas, esos ratos de ilusión y delirio, esas delicias celestes, ese vuelo delicioso, vago, libre como el aire, esos mundos donde vivo; dime: ¿no compensan todas las penas, todas las desgracias de la vida? Dime: ¿quién me los quitará? ¡Qué vale la gloria de los hombres junto a las creaciones, a los placeres de un Dios?

Las arrugas profundas de su frente se habían desplegado, sus ojos brillaban con el doble fuego de juventud y entusiasmo, su cabeza noble, erguida, su mirada desdeñosa, que parecía medir la tierra con el cetro del cielo. No era un hombre, no: era un genio, un dios, ¡más que eso, era el poeta, el verdadero poeta inspirado!

El joven pintor se encontró dominado por la mirada de águila y la elocuencia fascinadora del anciano. Bajó los ojos avergonzado de su debilidad, y cuando el viejo le dijo “vamos a tu casa, vamos”, se dejó conducir como un cordero.

### III

El taller estaba en el mismo estado que le dejamos.

—¿Dónde está el lienzo? —dijo el viejo. —Aquí —respondió el joven, y lo alzó del suelo, borroso, empolvado, roto y sucio de la tierra que se había pegado...

—¡Qué vergüenza! ¿No estabas contento de tu obra?, ¿qué es pues lo que te contaría? Has destruido un prodigio —y le decía esto considerando atentamente la pintura—. Buena expresión... Esta cara se ríe. Buen colorido, viveza de concepto, extraño ¡valiente toque!... ¡Esta media tinta! Esta sola es el lunar de la obra, ¿por qué difumarla y lamerla tanto?

—Esa, esa —dijo el pintor con viveza—, esa sola me desespera. ¡Yo he visto ese azulado, esa tinta, vagar en derredor del labio del modelo y unirse sin confusión con el oscuro! Yo la he visto, la he concebido, y no he podido ejecutarla —dijo lloroso—. Decíme, ¿no es motivo para desesperarme?

—No, valor lo primero, pintar y salir del vulgo. Sigue la inspiración, no imites.

—¿Y qué haré? ¿Qué puedo inventar? ¿Qué colorido puedo yo imaginar que no me haya robado el Ticiano con tanta hermosura [col. 2] y valentía de dibujo y suavidad! ¡Ay, ya vino el Correggio con su pincel de gracia, con su gusto exquisito, con su colorido encantador, su redondez, su relieve... y sus vírgenes! Y mi imaginación, que vuestra merced pondera, ¿de qué sirve? ¡Ya vino Rafael con su expresión, su gracia y su imaginación fecunda! ¡Por qué haber nacido tan grande! ¡Qué puedo hacer ya!

—Imitar a la naturaleza: todos la han alterado; unos para embellecerla, otros para degradarla. Píntala tú como es, con su divina hermosura, con su malestar respetable que recibió del Altísimo, con sus caprichosos defectos, con sus tintas fuertes y decididas, como es, sin quitarle, sin añadirle nada... y tu imaginación, tu pincel, hará el resto. Y después, después te espera la gloria: pero no te alucines: ¡La felicidad, no! Si titubeas, si temes la envidia y sus persecuciones, si temes, si dudas cambiar la felicidad por la gloria, no naciste para artista: rompe el pincel.

—No —dijo el joven con entusiasmo, agitado como en un torbellino por las palabras del anciano—. No... no titubeo... venga la fama, gane yo la inmortalidad, y después no temo ni desgracias ni males: vengan, yo los desafío —y alzó la cabeza con orgullo y pareció que los esperaba, como si su voz hubiese sido un talismán, como si sus palabras hubiesen sido sortilegio que los evocase.

—Así te quiero, y esperaba verte, hijo mío —dijo el anciano enternecido—. Tú eres digno del don que te concedió el cielo. ¡Ay!, ¡si yo hubiese tenido tu pincel soberano, tu arte encantador!... El orbe hablaría de mí y hubiera sido menos desgraciado. Mira mi frente, ¿no hay mil desgracias escritas en ella? Yo viví en un mundo que no podía comprenderme. ¡Fui infeliz, tuve que devorar mi alma, mi genio, porque no podía trasladarlo a un lienzo, ni cincelarlo en un mármol! Tuve necesidad de comer, y serví; pero mi alma de fuego era preciso que respirase o se consumiera. El ardor militar sonrío a la juventud, también promete palmas de gloria sin fin —dijo con alguna sonrisa fiera y marcial—. Yo fui soldado y juro a Dios que no tengo de qué avergonzarme. Pero Dios quiso cerrarme aquel camino, aquella vida que templaba el [p. 88, col. 1] fuego de mi alma y la dilataba. Mira —y enseñó al joven una grande herida y un tronco mutilado—. ¿Ves? Fue preciso dejar la espada. Pero podía escribir; mi pluma fue mi pincel, y pinté cuadros con su colorido tan fuerte como el tuyo, y su dibujo tan correcto... ¡dibujo moral y muy difícil!

—Y ¡cuán buenos cuadros! —dijo el joven con admiración.

—Pero no has visto mi obra maestra —continuó el viejo—. Mira, aquí está, sobre mi corazón, y se enterrará conmigo. Han creído ver un libelo, me han perseguido, ella es causa de todas mis desgracias. Pues mira: la quiero más por eso, por las penas y trabajos que me cuesta.

Entonces sacó con cuidado un grueso cuaderno de letra incorrecta y borrosa, y empezó a desplegar a los ojos del pintor aquel inmenso cuadro. Especie de tela matizada como un tapiz, del brillante bordado de historias frescas, raras, aéreas, fragantes como las flores de un jardín. Mil extravagancias, mil locuras con todos sus atributos de gracias y chistes mezclados, que se pierde en mil arabescos fantásticos con las más filosóficas y profundas sentencias del juicio y la razón sana, con los amores imaginarios y ridículos, con visiones de alucinaciones vaporosas; y alternando con ellos, la candidez y la ternura con sus episodios de amores inocentes o tiernos, desgraciados o felices; con lágrimas y suspiros, o con la sonrisa del placer y el rubor del pudor, anacreónticas o elegías; la vida entera con sus fantasmas y visiones, con su risa y su llanto, con su placer y sus penas... con mil caracteres que cambian como los días. Tela florida que desenrolla una existencia fantástica, pero verdadera. Cuadro nuevo, sublime y nunca imaginado. Una profusión de chistes y extravagancias, capaces de hacer sonreír a un sepulcro.



Ya el pintor había olvidado su desesperación, su abatimiento, su entusiasmo, y todavía escuchaba cuando concluyó el capítulo.

—Ahora —dijo el viejo, sonriendo y gozando más de las sensaciones que se pintaban en los ojos del joven que en los aplausos de una multitud—, ahora pinta.

—¡Y qué pintaré después de lo que he oído... y esa media tinta!

—Pinta la naturaleza virgen, sin alteración, y serás original, y te citará el mundo... [col. 2] La media tinta tan lamida y borrosa —dijo considerando la tela rota y sucia—. Ya comprendo, sí, yo te prometo por Dios que harás lo que te diga.

—Lo juro —respondió el joven arrastrado por la superioridad del genio.

Abrió la ventana, preparó la paleta, puso un nuevo lienzo en el caballete, tomó el tiento, los pinceles, se colocó ante la tela, y sólo entonces le ocurrió preguntar “¿y qué pinto?”.

El viejo estaba junto a la ventana que daba a la calle, echó una mirada al oír aquella pregunta, y sin titubear respondió: “aquel viejo”, y señaló un viejo aguador de pellejo curtido, que en aquel momento despachaba agua a dos o tres sedientos.

El joven titubeaba.

—Joven, no titubees: píntalo, créalo vivo, mirando con esos ojos duros, con esa alma ruda, ponme todo sobre un lienzo y después yo te diré: eres un Dios, y te adoraré.

En un momento se penetró del asunto la joven imaginación del pintor, y lo dibujó de prisa, informe, pero ardiente como un volcán. El soldado registró minuciosamente su bolsillo y sacó, después de exprimirlo, algunas pocas monedas de cobre: su comida de aquel día, que dio sin titubear al rapaz Andrés, el mismo que sirvió de modelo al desgraciado lienzo del día antes. Le hizo una seña, y el chiquillo, inteligente y vivo, dio un salto y volvió ufano con el aguador que se colocó sin hablar palabra delante del pintor. Este, sumergido en el fondo de su pensamiento y su obra, no dio las gracias al anciano sino con una sonrisa. ¿Pero para qué más? Ya él le había prometido.

Ambos callaron: ni una sola palabra se habló de una parte ni de otra. ¡Ay! ¡Cómo volaba el pincel sobre el lienzo! ¡Cómo se mezclaban rápidas sobre la paleta las tintas más caprichosas que se unían en el lienzo y figuraban todas las alteraciones de la luz! Mientras más se acercaba el término del cuadro, más se agitaba y se movía, y más atención prestaba el viejo soldado.

¡Ay! ¡Cómo se reproducían! ¡Con qué verdad! Las formas angulosas, las tintas verdosas, las sombras cortadas de aquella cara ruda. ¡Cómo nacían sobre la tela las manos encallecidas, el cutis tostado del villano!

Número 12

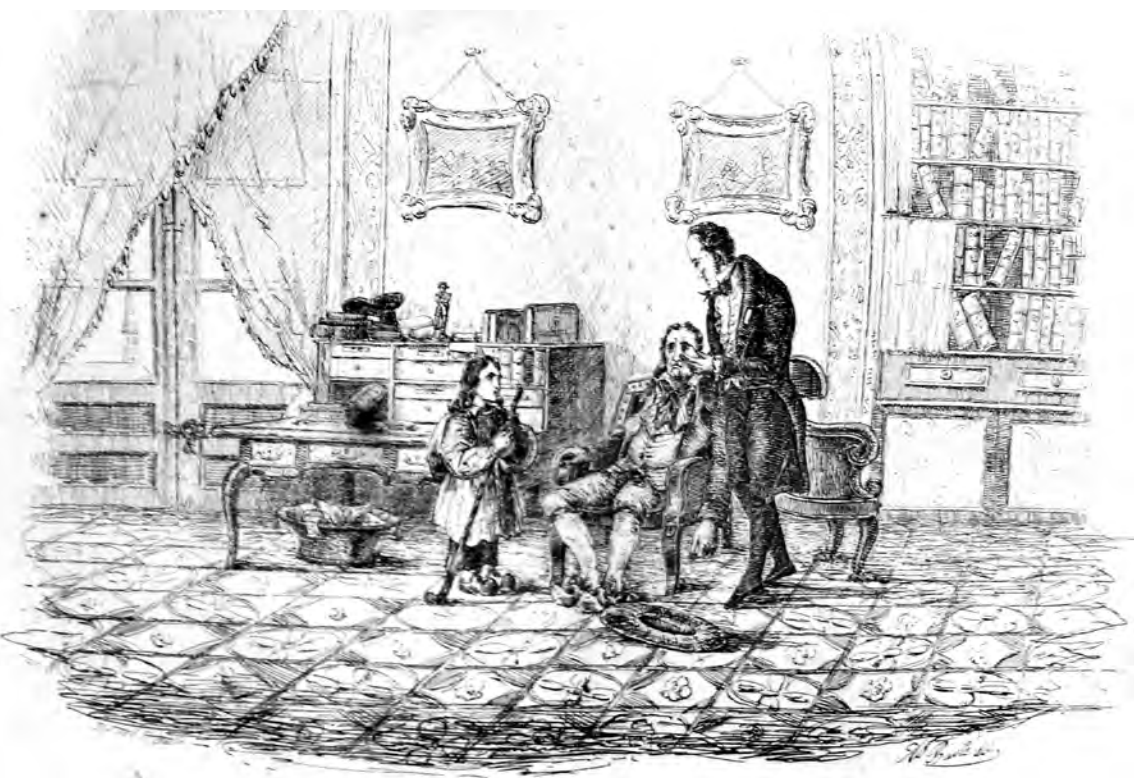


Lámina N.º 12





## EL CIEGO DE CLERMONT

(Véase la *Lámina N.º 12*)

### I

A corta distancia de Clermont (Francia), hay una aldea de cuyo nombre me he olvidado: los habitantes son pobres; el número de sus cabañas, muy poco; y en la más miserable de todas ellas, vivía un hombre con su mujer y ocho hijos. Este hombre se llamaba Chassagne, estaba en buena edad, disfrutaba salud y [col. 2] robustez; sin embargo, su familia parecía de hambre y de necesidad: el pobre paisano era ciego y no podía arar la tierra, cegar la maleza, podar las viñas, ni ir al bosque en busca de las ramas secas caídas de los árboles; en fin, su estado no le permitía hacer ninguno de aquellos oficios que dan para vivir en la campaña.

Un día al caer la tarde, cuando su mujer [p. 92, col. 1] acababa de acomodar un poco de paja seca, en un rincón de la cabaña para acostar en ella a sus hijuelos, le dijo su marido en voz baja y misteriosa:

—Juana, cuando se duerman los muchachos, me lo avisarás, porque tengo algo que decirte.

La mujer contestó que sí; pero Pedro el mayor de los hijos, de edad de diez años, oyó estas palabras e hizo propósito de no dormirse, aunque lo aparentaba.

Cuando la pobre madre creyó que dormía su familia, vino a sentarse al lado de su marido, en un banquito maltratado, teniendo en las faldas al último de sus hijos que aún mamaba; y con un acento de mal humor, no nacido de cólera sino más bien de resignación y tristeza, le dijo:

—¿Qué proyecto se te ha ocurrido, mi buen hombre?

—Juana —le contestó el marido—, conozco que os soy una carga bien pesada, que te matas trabajando y que si no moderase mi apetito yo solo me comería cuanto ganas. Oye, mujer, dame uno de los chicos para que sirva de lazarillo, y mañana al rayar el día me voy.

—¿Y a dónde?

—Dios lo sabe.

—¿Y crees que yo te dejaré salir, en el estado en que te hallas, para que te suceda alguna desgracia en el camino?

—Yo le acompañaré a V. mi padre —dijo uno de los chicos.

Volvió la madre la cabeza y vio a Pedro, en pie e inmediato al ciego.

—Quieres irte a acostar, perro muchacho —le dijo Juana, señalándole el rincón en que dormía.

—Creía que los chicos dormían —dijo Chassagne suspirando.

—No, mi padre, yo no dormía —contestó Pedro, abrazándosele del pescuezo, para que la madre no le hiciera acostar a la fuerza—, no, y si V. quiere escucharme y mi madre también, yo les diré una cosa que les agradará.

—Déjalo decir, mujer —dijo Chassagne.

—Mi padre, V. sabe que Ricardo, que se fue de nuestra tierra muy chiquito y volvió el año pasado rico, tan rico como el médico M. Mathicu que tiene este tan hermoso caballo [col. 2] cojo; Ricardo el que me enseña a leer... Sí, mi padre, ya conozco todas las letras del alfabeto, mañana lo verá V.... pues Ricardo ha ganado todo eso, deshollinando chimeneas, haciendo mandados, llevando cartas, acarreando muebles... ¡Dios mío, qué oficio tan bueno!... ¡mi padre, yo quiero tomar el mismo oficio! Es verdad que Ricardo, todas las noches al acostarse, se ponía de rodillas y decía: “Dios mío, nunca me abandonéis”.

—Acaba tu historia primero —le dijo Chassagne, sonriendo tristemente.

—Pues, señor, Ricardo me ha contado muchas historias largas, tan largas que me dormía siempre, oyéndolas, tanto me gustaban; pero la otra noche me ha contado una, ¡oh!, una que no he podido cerrar los ojos... imagínese V. mi padre, pero antes es preciso que V. sepa que Ricardo, haciendo no sé que cosa en París, se rompió un brazo, y lo pusieron en una casa grande, toda llena de camas y de gente. Allí había, me dijo Ricardo, dos camas para cada persona... no, dos personas en cada cama... en fin, no me acuerdo bien; pero no importa, porque esta no es la parte linda del cuento. Esto es lo bueno. Imagínese V. mi padre, que todas las mañanas iba un hombre a aquella casa y hacía cosas extraordinarias: le compuso el brazo a Ricardo de modo que le sirve lo mismo que el otro; y no es cosa muy fácil de componer un brazo, ¿no es verdad, mi padre? Él curaba todas las enfermedades, todas, padre, le aseguró a V. que Ricardo me lo ha dicho. Mi madre, déjeme V. concluir el cuento, después me iré a acostar. ¿No es verdad, que V. me escucha mi padre?

—Sí, hijo, continúa.

—Es que V. tiene los ojos tan quietos, que no sabe uno si escucha o no.

—Es porque soy ciego, pobre hijo mío.

—Bien lo sé que V. es ciego, y cabalmente por eso es interesante la historia que estoy refiriendo: yo he preguntado a Ricardo si aquel hombre

curaba también a los ciegos, y me ha dicho que cabalmente uno de sus compañeros de cama era ciego, de modo que no podía ver ni de día ni de noche, y que le curó de manera que distinguía a todas horas, y podía limpiar las chimeneas como antes y trabajar en todo.

[p. 93, col. 1] —Vaya, está bueno, mejor para el compañero de Ricardo, vete a dormir.

—Y mejor para V. también, señor —dijo Pedro con impaciencia—, pues si ha sanado a uno podrá sanar a doscientos y a V. entre ellos.

—Pero ese hombre está en París, Pedro.

—Qué importa, padre, allá iremos.

—¿Y cómo?

—A pie; ¿no tiene V. piernas y yo también?

—¿Y sin dinero?

—¡Bah! Eso nos detendrá: mientras dure el camino V. se apoyará en mi hombro, y yo diré a los que pasen: “una limosna por el amor de Dios para un pobre chiquillo que conduce a su padre que no ve nada y va a curarse a París”. Nadie me negará un cuartillo, porque no soy feo y tengo buenos ojos, como lo ha dicho la señora del castillo. Y a más yo diré como Ricardo todas las noches: “Dios mío, no me desamparéis a mí ni a mi padre”.

—Pero, Pedro, será preciso pagar a ese hombre, y nosotros no tenemos plata.

—No se le da nada, Ricardo me lo ha dicho: los ricos le pagan bien y los pobres absolutamente nada.

—¿Qué disparates me cuentas?

—Así me lo ha referido Ricardo; y tal vez este es el modo con que se manejan allá en ese país que llaman París. Vamos allá, mi padre, mañana mismo.

—Oye, marido —dijo Juana—, tal vez el chico acierte en lo que dice, y pues que ya tenías intención de partir...

—Bravo, iremos a París —dijo Pedro, batiendo las palmas de contento—; iremos a París, y cuando estemos allí, yo limpiaré chimeneas, y V. se curará la vista. ¡Qué felicidad, Dios mío, qué felicidad! Por ahora, buenas noches.

Diciendo esto, Pedro se arrojó en medio de sus hermanos, y puesto de rodillas exclamó: “¡Dios mío, no me abandonéis a mí ni a mi buen padre!”. Después se estiró bien, cerró los ojos y quedó en un instante profundamente dormido.

Al día siguiente, el pobre ciego, con un bastón en una mano y

apoyando la otra en el hombro de su hijo, salió de la cabaña en que había nacido y vivido hasta entonces, en la cual se había casado, bajo cuyo techo había [col. 2] recibido el dulce título de padre; y derramando lágrimas, al traer a la memoria tantos recuerdos, se dirigió a la habitación de Ricardo.

Este ya se había levantado y se encaminaba con la azada al hombro a sembrar un terrenito que había comprado con sus ahorros.

—¿A dónde va V. así Sr. Chassagne? —le dijo al ciego, desde el momento en que lo distinguió.

—A París, vecino.

—A buscar la fortuna para su hijo; está muy bien, Sr. Chassagne.

—Yo también voy a que me curen de los ojos, vecino.

—No hace V. mal, ciertamente no.

—A este fin, quiero saber cómo se llama ese hombre que le compuso a V. el brazo... ¿Se acordará V.?

—Primero olvidaría mi nombre, el de mi madre y el del país en que nací, que el de ese hombre generoso y honrado... Espéreme un poco, Sr. Chassagne, pronto vuelvo —dijo Ricardo entrando a su cabaña de donde salió al instante con un papel y una bolsita de cuero—. Aquí tiene V. el nombre que deseen —dijo poniéndole el papel en la mano al ciego—, y a más esta friolera para que tome V. alguna cosa en el camino. Nada me volverá a la vuelta. Buen viaje, adiós Pedro.

Entonó una tonada del país, y se internó apresuradamente en una calle de castaños.

Chassagne y su hijo tomaron el camino de París.

## II. La llegada

El primero de julio de 1829, al anochecer, llegó a una de las puertas de París un ciego conducido por un niño. El primero cubría sus robustos miembros con un fraque y un pantalón de paño azul muy ordinario y usado, el segundo llevaba un vestido de paño oscuro, y un bonete de lana del mismo color ocultaba en parte su cabello renegrido y rizado. Uno y otro estaban descalzos y arrimados [p. 94, col. 1] a la puerta de una taberna, en donde algunos albañiles reían y conversaban tomando un trago. El muchacho tomó su gorro en la mano y, con una voz decaída por el cansancio o tal vez por el hambre, dijo a los trabajadores: “hagan la caridad de una corta limosna, por el amor de Dios, a una pobre criatura que trae a su padre a París, para que se cure de la ceguera”.



—Sigue tu camino, mandria —le contestó el más viejo.

—Porque tratas mal a ese pobre niño —le dijo el más joven, el cual le dio un sueldo que sacó de la faltriquera del chaleco.

—¡Dios se lo pague! —dijo el chico, contento al ver aquella moneda tan abultada.

—¿Estamos muy lejos de París, señores? —preguntó el ciego.

—Está V. en él, amigo —le contestaron los albañiles.

—¡Alabado sea Dios! —dijo el ciego, porque no hubiera podido andar más; ¿y tú, Pedro?

—Yo, padre, no sé.

—¿Cómo que no sabes? —le preguntó el joven albañil que le había dado limosna.

—No, señor, porque sucede que desde que salimos de nuestra tierra, me he hallado algunas veces tan cansado, que me parecía que iba a caerme; pues no, señor, así que mi padre me decía: “Andemos, hijo”, se me quitaba el cansancio.

—¡Pobre niño! —dijeron los albañiles, rodeando a los dos viajeros—. ¿Vienes de muy lejos?

—De mi tierra —contestó Pedro.

—De Clermont, señores —dijo prontamente el ciego, al oír la risa que había causado la inocente contestación de su hijo.

—No hay por qué enojarse, amigo —dijo uno de los trabajadores—; si nos hemos reído, no ha sido por burlaros, y si queréis tomar un trago y comer un bocado, no hay más que venir con nosotros.

Las lágrimas del ciego corrían de agradecimiento al entrar con los albañiles en el interior de la taberna, en donde les esperaba una mesa puesta, a la cual se sentaron todos menos Pedro que no sabía si había de hacer lo mismo o quedar en pie.

—¿Niño, no tenéis hambre? —le dijo uno de los albañiles.

—¡Oh!, sí, señor, y mucha.

[col. 2] —Entonces, siéntate aquí.

En dos trancos se puso Pedro al lado de su padre.

—¿Qué os trae a París? —fue la primera pregunta que le dirigieron al viajero, cuando advirtieron que estaba satisfecho.

—Soy ciego —contestó sencillamente—, tengo una familia numerosa que se muere de hambre; y como me han dicho en mi tierra que hay aquí un hombre que puede curarme, he venido a buscarlo.

—¿Y cómo se llama ese hombre?

El ciego sacó un papel de su seno y lo pasó a su vecino más inmediato.

El albañil abrió el papel y leyó:

—DUPUYTREN.

—Sí, por cierto —añadió el albañil—, este puede curaros si se le antoja, y no sería el primero.

—¿Entonces le conocéis, vos? —preguntó el ciego todo embargado y conmovido.

—Quién no conoce a ese hombre, particularmente entre nosotros, que como albañiles, solemos bajar dando vueltas desde un quinto o sexto piso, sin decir cuidado, ni pedir al vecino la escalera; muchas veces le he visto a ese hombre hacer operaciones, y os aseguro que tiene un pulso famoso; no le tiembla la mano, no; caramba, corta una pierna o un brazo como mi mujer una lonja de tocino.

—Decidme dónde vive, buenos amigos, para ir a buscarle inmediatamente —dijo el ciego.

—Por ahora no hay que pensar en eso, porque a la noche no recibe a nadie; pero mañana yo mismo os llevaré. Él me conoce, sí; a él le debo el tener dos brazos, mientras que mis padres solo me habían dado uno.

—Como te chanceas, hombre —le dijeron los compañeros.

—No es chanza, no; tenía seis años, y no podía mover uno de los brazos que parecía muerto, cuando un día, vino a visitar un enfermo en una casa de que mi madre era portera, y yo le tuve el caballo. Al darme una moneda cuando salió, advirtió que yo no podía mover el brazo izquierdo, me hizo desnudar y no sé qué cosa hizo, que ahora no tengo presente; lo cierto es que me restituyó su uso, y ahora tengo los dos a su servicio, como se lo digo cada vez que le encuentro en alguna parte.

—Iremos mañana, pues —dijo el ciego—; ¿pero mientras tanto dónde lo pasaré?

[p. 95, col. 1] —Aquí mismo —contestó el albañil—: la señora Goriot os dará hospedaje por esta noche, y preparaos para mañana al mediodía.

A la hora convenida, vino exactamente el albañil, tomó al ciego del brazo, dio la mano al niño, y los condujo hasta la plaza del Lavre, frente a la columnata que adorna aquel magnífico edificio, en donde tenía su casa M. Dupuytren. Los dejó a la puerta, les deseó un buen resultado y se volvió a su trabajo.

El ciego y su hijo subieron al primer piso, llamaron con la campanilla,

conforme a las instrucciones del albañil, y un criado de librea vino a abrirles: el niño dijo el nombre del facultativo, y el sirviente los introdujo cortesmente a una sala donde esperaban otras muchas personas.

El ciego se sentó en un ancho sillón y dijo en voz baja: “haz de modo, por Dios, que ese buen hombre se conduela de mi estado y me cure, para poder ver a todos mis hijos y a mi Juana, y pueda trabajar para sustentarlos a todos”.

—Valor, mi padre, le replicó el chico, aquí no hay más ciego que V.

—¿Y qué prueba eso? —le dijo el padre.

—Que los ha curado a todos.

El ciego se sonrió.

—¿Hay muchas personas? le preguntó a su hijo.

—Muchas, padre.

—¿Qué traje tienen?

—Unos parecen príncipes, y otros, más pobres que nosotros.

En el mismo instante, se abrió la puerta de una habitación contigua, y apareció un hombre, seguido de una mujer anciana y su hijo. Este hombre era alto, de alguna edad, de aire noble y maneras agradables; al verle, latió fuertemente el corazón de Pedro, y poniendo la mano en la boca del padre, fijó sus renegridos ojos en el médico que atravesaba la sala en conversación con la anciana, con la franca curiosidad de un niño.

—Yo iré mañana a casa de V. —le decía el médico—, V. no debe molestar en la edad que tiene, y si se siguen mis consejos, la mejoría irá adelante.

La señora anciana salió, el médico atravesó la sala, y una persona de las que allí estaban se levantó y entró con él en el gabinete, cuya puerta se cerró tras ellos.

[col. 2]—Qué aire de bondad tiene este hombre, padre, estoy seguro que le curará a V.

—No sé por qué tiemblo, me parece que no podré hablarle una palabra.

—¡Vaya! Señor: le digo a V. que tiene un aire muy bondoso.

—Sí hijo, será bueno para los que le pagan, como el doctor Mathieu, de allá de Clermont.

—Pero mi padre, ¿no ha oído V. lo que le ha referido el albañil, ayer y esta mañana... a más de lo que nos dijo Ricardo?

—A pesar de eso, hijo mío, tengo un temor de que no puedo prescindir.

En tanto que pasaba este coloquio entre padre e hijo, habían entrado y salido al gabinete muchas personas, y ya iba quedando la sala vacía.

—Mi padre, noto una cosa —dijo Pedro—, y es que no son los

primeros en entrar, ni los ricos, ni las damas más hermosas y bien puestas; sino que van alternando, y he visto entrar a muchos pobres...

—Puede ser así, hijo mío, pero tal vez todos pagan.

—V. también pagará.

—¡Es tan poco mi caudal para recompensar a un médico de París!

—Espere, V. señor, voy a informarme.

Y Pedro sin esperar la contestación de su padre, se acercó a una señora joven que entraba en aquel momento.

—Señora —le dijo, sin más introducción y ceremonia— ¿tiene V. que dar mucha plata a este médico para que la cure?

—Más de la que tú posees, chico —le contestó la señora sonriendo.

Desalentado con esta noticia, no quiso llevar más adelante sus investigaciones el muchacho y volvió con la cabeza gacha al lado de su padre.

—A V. le toca ahora, amigo mío —le dijo un señor al ciego.

—¿Me llama el doctor? —contestó el ciego conmovido.

—No, pero como uno entra por el orden en que llega, V. vino antes que yo y a V. le toca.

—Me faltan las fuerzas —dijo el ciego levantándose.

—Venga V., padre —le dijo Pedro, conduciéndole hacia el gabinete—, el doctor nos espera.

[p. 96, col. 1] Entró el ciego, y la puerta se cerró tras él: el ciego y su hijo puestos en pie y descubiertos permanecieron ante M. Dupuytren que guardaba la misma posición.

—¿En qué puedo serle a V. útil, amigo? —le preguntó aquel hombre ilustre con la mayor bondad; y como no contestase el ciego de cortedad y de temor, le dijo con tono aún más afable—. Hable V. mi amigo, ¿puedo serle útil en algo?

El pobre ciego, los ojos bajos y dando mil vueltas al sombrero que tenía en las manos, apenas pudo pronunciar estas palabras: “mi buen señor...”.

—Mi buen señor —dijo el chico, apresurándose a continuar la frase empezada por el ciego—, mi padre no ve, y como nos dijese en nuestra tierra que solo V. podía curarle, nos hemos resuelto a venir a París, a pie, y en busca de V.

—¡Pobre hombre! —dijo el médico, fijándose en el ciego, estrechando entre las suyas las manitas del niño—. Haber venido a pie de tan lejos en busca mía! Siéntese V., mi amigo, bien así, mire, V., arriba, para que yo vea sus ojos; mire, V., del lado de la luz; así, muy bien; quédese, V., así un rato.

—¿Cree, V., señor, poderme volver la vista que he perdido? —preguntó el ciego, que apenas podía respirar (véase la *lámina*).

—Así lo espero, mi amigo, y aun creo poder asegurárselo.

—Señor —replicó el ciego con empeño—, he mendigado en todo el camino, para poder juntar algún dinero que ofrecer a V.; estos 16 pesos es lo que tengo, cuanto poseo; tómelos V., cúreme y deberé a V. más que la vida.

—V. me pagará cuando esté sano —dijo M. Dupuytren, apartando bondadosamente la mano del ciego que le ofrecía su tesoro, y en seguida le preguntó—: ¿dónde para V.?

—En la posada del Astillero, cerca de la barrera d'Enfer.

—Es preciso que V. vaya al hospital mi amigo, allí estará V. mejo y más cómodo, y a mí, me será más fácil el atenderle. Con este papel le recibirán a V. sin resistencia, vaya V. ahora mismo... Pero me ocurre actualmente ¿qué va hacer, V., con este niño?

—Yo cuidaré de mi padre —contestó Pedro.

—Para eso no harás falta allí, amiguito —le dijo el médico sentándole sobre sus rodillas, [col. 2] con aquella amabilidad angélica, con que sabía ganarse el corazón de los niños: y pasando su mano por el cabello renegrido de Pedro, añadió—: Allí encontrará tu padre a unas buenas mujeres<sup>1</sup>, amables y compasivas, que le cuidarán; tú te aburrirías en el momento, hijo mío.

—Yo no puedo volverme a mi tierra solo, señor —dijo Pedro sollozando.

—Ni tampoco es mi intención el hacerte irte así.

—¿Y entonces qué haré sin mi padre? —dijo el chico, derramando ya una lágrima.

—¿Quieres quedarte en mi casa?

—¿Con V.? —contestó Pedro, mirando a M. Dupuytren con admiración.

—Sí, en mi casa, ¿y te portarás con juicio?

—¡Ah, señor! Bien le decía yo a mi padre que V. me parecía muy bueno.

—Yo soy bueno con los niños que también lo son; ¿cómo te llamas?

—Pedro, para servir a V., señor: ¿Quiere, V., que yo desholline todas las chimeneas de su casa. Mire V., lo haré en un momento.

---

1. Las hermanas de la caridad: mujeres piadosas que se consagran al cuidado de los enfermos desvalidos.

—En este mes es una operación inútil e intempestiva —le dijo el doctor, conteniendo a Pedro que ya había empezado a quitarse la chaqueta.

—Pero señor, yo no sé hacer otra cosa —dijo el chico avergonzado.

—¿Y sabes leer?

—Solo conozco las letras.

—¿Estarías contento si te pusiese en una casa donde hay muchos otros niños de tu edad y donde aprendieses a leer?

—Oh, sí, señor, sí.

—Bien, pues; está dicho. Amigo —continuó el médico, dirigiéndose al ciego que permanecía en respetuoso silencio, —¿le agrada a V. el convenio que acabo de hacer con su hijo?

—¡Oh, señor! me habían dicho que V. era un hombre muy hábil en su profesión —dijo el anciano derramando lágrimas—, pero no que era V. el padre de los desvalidos.

—Solo soy un médico —respondió M. Dupuytren—, y solo hago lo que puedo. Ahora, sírvase, V., entrar en otra pieza, en donde tengo que dar algunas órdenes a un criado con referencia a V.

—  
Número 13  
—



*Lámina N.º 13*







### III. LA CURACIÓN\*

Cuatro meses después de la escena que acabo de referir, y que he presenciado, se presentó una mañana en casa de M. Dupuytren un hombre decentemente vestido y acompañado de un niño cuyo traje era igualmente decente y esmerado.

El hombre, cuando llegó su turno, tomó al niño de la mano y entró precipitadamente en el gabinete del doctor, diciendo en alta voz:

—Vero, señor —y cayó arrodillado a los pies de su bienhechor; el chico a su ejemplo hizo lo mismo.

—Levántese, V., amigo —le dijo el doctor, conmovido de aquella manifestación de agradecimiento—, ¡solo a Dios debemos doblar la rodilla!

—¡Oh, señor! V. es Dios para mí, o al menos V. es su hijo, su imagen en la tierra: ahora podré ver a mi mujer y a mis hijos. ¡Bendígalo a V. el cielo por tamaño beneficio!

—Bueno está, amigo mío —le contestó el médico—, pues ya está V. sano, déjeme asistir a los que me están esperando en la sala.

—He venido también con el objeto de pagarle —dijo el buen paisano, sacando de la faltriquera sus 16 pesos envueltos en un papel.

El médico tomó el papel, lo abrió, y mirando al paisano, le dijo:

—¿Cómo volverá V. a su tierra?

—Mendigando como he venido; con la diferencia que ahora distinguiré el camino y lo andaré rogando al cielo por la salud de V. y su felicidad.

—¿Y su hijo de V.? —continuó el doctor, echando una mirada al rincón en que había ido Pedro a ocultar sus lágrimas.

—Mi hijo también, del mismo modo.

Se oyeron los sollozos de Pedro.

[col. 2]El médico acercándose a él le preguntó: “¿no tienes deseos de volver a ver a tu madre y tus hermanos?”.

El chico siguió llorando sin replicar ni una palabra.

—¿Qué quieres? Pedro, le preguntó nuevamente el doctor.

Alzó Pedro los ojos y los fijó en la fisonomía bondadosa y angelical del

---

\*. Continuación de *El ciego de Clermont*, iniciado en el número anterior. En este y otros casos, el corte de un número a otro y su continuidad no están señalados por los redactores, de modo que hemos agregado una aclaración siempre que corresponda. (*Nota del editor*).

hombre estimable que le hablaba y contestó candorosamente.

—Quisiera no separarme nunca del lado de V., aprender su profesión y curar a los ciegos, para que me bendigan, como mi padre y tantos otros lo hacen con V.

—Será como lo desees, interesante criatura —le dijo M. Dupuytren, alzándole en sus brazos y abrazándole repetidas veces.

En seguida, abrió un cajón de su mesa, y sacando algún dinero lo juntó con el que había presentado el padre de Pedro; y envolviéndolo en el mismo papel, se lo puso en la mano, no sin resistencia por parte del paisano; le dijo al mismo tiempo.

—Yo me quedo con su hijo; haré de él un hombre, un hombre útil. ¿Le parece a V. bien?

—Señor, nunca pregunta Dios al que colma de beneficios, si le parece bien su bondad —contestó el paisano, con un acento que partía del alma.

El paisano se volvió a su país, y el hijo que es actualmente practicante de de cirugía, promete ser con el tiempo el sucesor digno de su ilustre maestro...

DA. EUGENIA FOA  
(*Journal des Enfants*)



## LOS GEMELOS SIAMESES (Véase la *Lámina N.º 13*)

La infinita variedad de series que sucesivamente se desenvuelven sobre la superficie de la tierra, y a influjo de los rayos del sol, son el resultado de ciertas combinaciones constantes de un número limitado de elementos; la naturaleza diversifica la forma de ellos, más allá de lo que puede alcanzar la imaginación humana, con solo el auxilio de muy pocos materiales primitivos, se complace en modelar de mil modos diversos los tipos a que está sujeta y en los cuales se hallan siempre las mismas partes elementales; pero cuando alguna circunstancia exterior se opone al desenvolvimiento del organismo naciente que la naturaleza se preparaba a presentar en la escena de la vida, entonces se engendran figuras extravagantes, combinaciones extraordinarias, seres ya múltiples, ya incompletos, que se llaman “monstruos”. Empleada, por largo tiempo, esta palabra, en

la lengua vulgar, solo ha servido para designar aquellas organizaciones tan defectuosamente conformadas que repugnan a la vista; pero la ciencia anatómica ha ensanchado mucho la significación primitiva de este término, y en el día significa toda desviación grande o pequeña, importante o poco notable del tipo común que constituye una especie animal. A más de esto, los casos más raros de monstruosidad o de teratología, hablando técnicamente, han sido ya bastante ilustrados para salir de la esfera de casos raros y entrar en los dominios de la ciencia; es decir, que se han hallado para ellos explicaciones que satisfacen la razón.

Se sabe (y es ley de desenvolvimiento del niño en el seno de la madre) que los órganos centrales se forman por la reunión de órganos laterales y semejantes; así, por ejemplo, el esternón que es un hueso que protege la parte anterior del pecho, no se forma por medio de [col. 2] un germen central que iría extendiéndose hacia los lados; el nace o se produce de la unión de dos huesos laterales de la misma especie, que concurren a soldarse en la línea central del cuerpo. Esta consideración explica la conformación notable de los dos jóvenes siameses que son el asunto de este artículo. En la época en que uno y otro esternón no estaban reunidos en la parte anterior del pecho, las dos mitades derecha e izquierda de este hueso, en cada individuo, se han soldado en la parte inferior, y formado el lazo que reúne en una sola existencia: las de estos dos jóvenes.

Esta atadura los unía al principio de modo que estaban cara a cara; pero los movimientos de ambos niños han cambiado su configuración de modo que en el día se hallan unidos por los costados. La atadura tiene en la parte superior dos pulgadas de largo, y abajo, cerca de cuatro; tiene tres pulgadas de arriba abajo, y su mayor espesor es de cerca de pulgada y media. La atadura está formada del modo siguiente: en la parte inferior del esternón de cada uno de los gemelos, el apéndice sifoide está torcido hacia delante, en la parte de arriba se toca con el del lado opuesto y entre estos dos cartílagos existe una articulación que permite movimientos verticales y laterales. Fuera de esta ligadura, los gemelos son dos seres enteramente distintos, pues cada uno tiene sus brazos y sus piernas, y los órganos interiores se hallan igualmente separados. Formada así la atadura en la parte superior, por el apéndice sifoide y por alguno de los cartílagos costales, convexa arriba y cóncava abajo, presenta más en la parte inferior la cicatriz del ombligo. No tienen comunicación entre si las cavidades de ambos pechos, pero si las tienen las cavidades abdominales. Se puede

introducir el dedo en el [p. 99, col. 1] abdomen por la cicatriz umbilical, y cuando les viene la tos a ambos, se nota que las vísceras entran en la cavidad contenida en la atadura. Se entiende que esta se halla cubierta por la piel, y es digno de notarse que cuando se toca el centro de la ligadura, ambos gemelos sienten a la vez el contacto; pero si se los toca a la parte derecha o de la izquierda, solo es sensible al contacto el gemelo más inmediato, y el otro nada siente.

Los cirujanos ingleses y americanos han tratado, por varias ocasiones, de averiguar si sería posible el separar por una operación a estos dos individuos; mas en vista de la descripción que se acaba de hacer de la atadura, es evidente que se hace impracticable cualquier incisión y que es imposible pensar en una operación de esta clase.

Es preciso advertir que nada desagrada más a estos hermanos, como tales tentativas, porque lejos de manifestar deseos de verse separados, se afligirían de su desunión, suponiendo que fuese practicable su ejecución. E les ha oído decir muchas veces que nunca habían visto un individuo tan feliz como son ellos, en su duplicidad jamás vista.

[...]

Eng y Chang (así se llaman los gemelos) nacieron de padres chinos, en un lugar de corta población, situado en la costa de Siam, a veinte leguas de Bangkok, en mayo de 1811. Eng ocupa la derecha y Chang la izquierda. Tienen como todo hombre de raza china, los ángulos internos de los ojos un poco más bajos que los externos. La piel amarillenta, el cabello renegrido. Son idénticos, con la única diferencia de que Eng es algo más [col. 2] corpulento y fuerte, y Chang parece que descansa con gusto sobre su hermano. Cuando los vimos, los corazones de los dos jóvenes no daban igual número de pulsaciones: en el corazón de Chang eran más frecuentes que en el de Eng. La madre ha tenido varios hijos y dice que el parto de los gemelos no le ha costado más trabajo que el de los demás.

Un capitán americano los llevo de Siam a Estados Unidos en donde permanecieron dos meses, pasaron a Inglaterra, volvieron a América y, por último, vueltos a Europa, se hallan en París.

Por todos los países que han viajado han sido objeto de viva curiosidad y han sacado partido de ella con tanta más facilidad, cuanto que tienen gusto de mostrarse y que no dependen de nadie, gracias a los medios que su despejada razón les sugiere.

[...]

En América fueron atacados de una fiebre intermitente. El mal los asalto el mismo tiempo, y padecieron juntos, durante todos [p. 11, col. 1] los períodos de la enfermedad, es decir, que padecieron exactamente, a igual hora, el mismo temblor, el calor y sudores cuya sucesión constituye un acceso de fiebre intermitente; Chang se enfermó también de una puntada de costado, durante la cual su hermano se sintió indispuerto, y la sangría practicada en Chang causó una leve incomodidad a Eng, mientras corría la sangre.

[...]

Es evidente que están ligados entre sí por una afinidad más íntima que la que puede producir el contacto prolongado durante muchos años. Supóngase, si es posible, dos niños unidos uno a otro por una lazo artificial e indestructible; supóngaseles que crecen sometidos por este medio y que adquieren los mismos hábitos en fuerza [col. 2] de la necesidad de vivir juntos; a pesar de esto, no puede suponerse que llegasen alguna vez a alcanzar la misma identidad de gustos, la misma conformidad de pensamientos, la misma armonía en los movimientos y acciones. Los jóvenes siameses tienen hasta cierto punto la misma sangre y carne. Todos sabemos la semejanza que reina generalmente entre los gemelos, la amistad fraternal que se dispensan y las analogías físicas y morales que casi siempre hay entre ellos; pero los hermanos siameses son, a causa de la circunstancia fortuita que los ha unido durante su vida, más que mellizos; así es que, aunque son dos seres completamente distintos, piensan, obran y se mueven como si fuesen un solo individuo.



## LOS ARTISTAS DEBEN MORIR JÓVENES.

BELLINI

Un gran poeta alemán ha dicho que el artista solo debería vivir hasta los cuarenta años; y pruebas de su doctrina son su propio ejemplo. Siguiendo su opinión, alguna estrella de dicha ha velado sobre los días de Bellini, sucumbiendo tan joven, en el más alto grado de su gloria: de Bellini, orgullo de su nación, solicitado de todas las demás, sentido de todo el mundo, que ha dejado al arte llorando sobre su tumba. ¡Treinta años aún no componían su vida, y ya no existe!

¡Ah!, cuando deberíamos indignarnos contra la suerte, al ver vegetar a expensas de la sociedad a esa multitud de seres inútiles, si una reflexión no viniera a calmar nuestro enojo! cuántos artistas, en efecto, los ídolos de su tiempo, la admiración de los pueblos, han sido en su vejez, mudos espectadores del olvido a que se les condenaba. La multitud, mudable como los días y la moda, abandonaba sus altares para derramar el incienso en otros, mientras que ellos, al ver semejante ingratitud, sentían abrirse su corazón del más profundo dolor. Sus almas hasta entonces puras [p. 101, col. 1] e inocentes se llenaban de amargura, la envidia y los celos emponzoñaban su existencia; todo había palidecido ante sus ojos, como la marchitas hojas de sus coronas de laurel.

Esto sin duda quiso decir el poeta. El artista, según él, debe pasar sobre la tierra como una sombra; una sombra cuya presencia efímera derrama en abundancia el consuelo, la paz, la dicha, la felicidad terrenal sobre aquellos a quienes circunda; una sombra en la que cada paso es un beneficio, cada movimiento de mano una bendición, cada sonido un recuerdo, cada sople un aliento del otro mundo, cada mirada un porvenir, una esperanza cuyo término traspasa los de nuestra vida. El artista es el pontífice solo intérprete de los misterios de la naturaleza; el que sabe apoderarse de lo que no es apoderable [*sic*]; de las sensaciones del hombre, de los sentimientos interiores más delicados; el que sabe trasplantar a otras almas con mano divina lo que ha experimentado él mismo en las felices vigilias, en los momentos de inspiración, de dicha y de delirio.

La hora de la muerte os llega demasiado tarde cuando habéis cesado de ser comprendidos en dicho término. El cisne solo canta poco antes de su muerte; por eso murieron tan jóvenes Rafael y Mozart, hombres sin rivales, dos tipos de humana grandeza y perfección, dos estrellas brillantes en el cielo, cuyo velo obscuro cubre el mundo artístico.

Un día de los de mi peregrinación hacia la capital del mundo, Roma, pasé por los Alpes del Tirol y me paré delante de la casa de Mozart, con aquel sentimiento religioso que he visto manifestar a otros hombres ante la casa santa situada sobre las rocas del Loreto. Los antiguos dueños de la casa habían cambiado de domicilio, habitaban otras regiones: los cisnes habían cesado de cantar. Sin embargo el duro invierno había conservado un solo vástago de esta dichosa familia; la hermana de Mozart vivía aún, triste recuerdo de un tiempo de gloria, eco viviente de los pasados días. Yo vi en mis sueños a esta joven, a esta hermana del gran talento que en Viena, París

y Londres participaba de los laureles con su hermano, yo la veía joven en un cuadro de la familia de Mozart, con la blanquísima espalda descubierta y sus cabellos [col. 2] rubios que ondulaban alrededor de sus animadas mejillas; yo vi sus ojos azules como los cielos, y su mirada llena de vida y de melancolía.

Yo me deshacía por verla. Subo, llamo y entro: me dicen que me siente; espero con impaciencia; devoro con los ojos el cuadro al óleo de grandor natural del que hasta entonces solo había visto los grabados. Vienen; siento arrastrar dos pies lentamente y con trabajo sobre el pavimento; ella entra en fin sostenida por una camarera. ¡Suerte impecable! ¡Decepción cruel! Quise ver a Mozart en su hermana, la rival de su talento: quería ver sus facciones; su cabeza estaba tan inclinada que la barba parecía estar pegada al pecho y el occipital de nivel con la espalda; y los bellos ojos, ojos azules como un puro cielo del mediodía estaban apagados para siempre, estaba ciega.

Sentado en frente del cuadro me puse a comparar mi ilusión con la cruel realidad; agoté todos los recursos de mi ardiente fantasía para encontrar en las facciones de su hermana un solo rasgo del incomparable Mozart: mi ideal no quería formas, y ella se rehusó totalmente. Ya no traté de inquirir nada de Mozart; ni el cuerpo, ni los rasgos característicos, ni la figura, ni los ojos, pero traté de penetrar el alma, de hacer hablar el corazón... Qué abundancia entonces de recursos y de indicios encontré yo en este corazón de mujer, este corazón de hermana. Ella había olvidado al grande hombre, solo se acordaba del hermano. Su memoria era para ella un culto. Qué interesante elocuencia, qué efusión de corazón cuando hablaba de este gran hombre tan puro, tan infinitamente bueno y tan amante. Tan frágil como era el cuerpo de esta mujer, tan juvenil era su memoria: los días de su infancia se desarrollaban de nuevo ante sus ojos. Hizo que la condujera al piano para tocar un minuet que había sido la primera composición de Mozart; después hizo la descripción de su viaje a Viena, de su recibimiento en París; recordó la anécdota de Londres, en donde el joven compositor de nueve años de edad, ocupado en una gran sinfonía, le dijo: “recuérdame, hermana mía, que yo jamás debo olvidar el hacer que juegue mucho la trompa”.

Si Mozart hubiera llegado como su hermana [p. 102, col. 1] a los 80 años de edad, ciertamente habría dejado de ser Mozart: su alma de artista que en toda su vida no fue más que un sueño, una corta ilusión, no estaba

hecha para aguardar el despertamiento, es decir, el tiempo de la decepción.

Y este sueño de artista, esta ilusión, ¿no son la fuente de sus acentos poéticos y de todos los sonidos de su lira?

Su alma ardiente se desprende de todo lo terrenal, solo vive en su mundo ideal, mientras que los demás hijos de la tierra se reparten las riquezas. ¡Ay! ¡pobre peregrino! ¡pobre poeta! Él siente demasiado tarde que la tierra está distribuida. “Es muy tarde”, le responde Dios cuando va a deponer su queja al pie del trono. “¿Por qué has permanecido en los aires, mientras se verificaba la distribución? Consuélate, no teniendo ni bienes, ni lugar sobre la tierra, ven, te abro el seno de la naturaleza, yo te abro los cielos; ven cuando quieras a sentarte a mi lado, allí todo te pertenece, todo es tuyo”.

Más los días y los años se desarrollan los unos tras los otros; la sangre circula con menos velocidad en las venas, los sueños se desvanecen, y las ilusiones desaparecen una a una como los cabellos. Hasta entonces viviendo para los otros olvidó vivir para sí mismo: se ocupó para todos y nadie se ocupó para él. ¡Desgraciado cuando se despierta! Desgraciado si la fatal guadaña no ha cortado el hilo de su existencia antes que el tiempo de los sueños haya pasado. Él advierte que llegó demasiado tarde y que los bienes de la tierra han sido distribuidos. Es necesario recuperar en el más breve tiempo la pérdida de treinta años.

Entonces es cuando esta alma, antes sublime, llega a ser humillada por la pesadez de las circunstancias, como un termómetro por la del aire: el corazón antes tan puro, tan sincero, tan cándido, empieza a corromperse por viles deseos. Él, que no conocía más que lo bello, grande y noble, viene a ofrecer todas las cualidades una a una, ya por un título, ya por una cinta o pensiones. La cabeza tan erguida se baja hasta la tierra ante un lacayo engalanado; el cuerpo se arrastra de un salón y de una antecámara a otra, muchas veces para solicitar de un protector que se afana en hacer desaparecer tal o cual joven talento, cuyo desarrollo podría ser temible. ¡Cuán [col. 2] miserable es la existencia de aquel que se condena a vivir devorado por los celos, o a no conocer otros sentimientos que los de la envidia y la aversión, y a no ver más que con ojos que la bilis ha ofuscado!

Malos o ridículos, es lo que llegan a ser esos héroes en el olvido, esos ancianos destronados; inevitablemente son lo uno o lo otro y muchas veces ambas cosas. ¿No hemos visto al Shakespeare de nuestros días, Goethe, corona de los poetas, arrastrase como un gusano ante los innumerables principillos de alto origen, en el que sus antepasados se ocultaban en los



caminos públicos cuando los judíos volvían de la feria de Leipsick? Mas entonces ya no escribía el *Faust*: su cerebro desecado por los celos no sabía producir más que malos versos para las mesas y los días de felicitación de los nobles descendientes de tan valientes caballeros.

¿No hemos visto a Winther, ese célebre compositor que en el *Sacrificio interrumpido*, es el que más se ha acercado a Mozart, no le hemos visto caer en la imbecilidad de ocuparse exclusivamente, en los últimos años de su vida, en hacer de cera casitas de Cristo, establos de Belén, con la Virgen, San José, el asno, el buey, en una palabra la Santa Familia y todos sus adherentes? Los extranjeros llenos de veneración iban a Munich para ver al grande compositor de obras admirables y concluían haciendo el papel de duendes para atemorizarlo por la noche, cuando entraba a su casa. ¡Desgraciado, un día casi le costó la vida el pavor que le causó una de esas apariciones!

Buranello, llamado el Divino siendo joven, fue enteramente olvidado en su vejez.

Cicio Maggione, no teniendo más fuerza de inspiración, puso en música los gritos de los animales.

¿Qué podemos nosotros decir de Rinaldo de Cupua que, después de haber sido el ídolo de la Europa, probó todas las vicisitudes de la suerte en sus seniles días? Del todo olvidado apenas le quedó con qué poder satisfacer las exigencias de sus necesidades.

Calegari, que había adquirido una reputación europea, creía en medio de su debilidad haber inventado un nuevo género de música: quemó sus antiguas composiciones, más las nuevas no encontraron oídos que quisieran escucharlas.

[p. 103, col. 1] Pergolesi, ignorado durante su vida, no llegó a ser inmortal hasta después de haber exhalado su último suspiro. Su discípulo Duni arrebatada en Roma, y su maestro moría desconocido. Herido de dolor se retiró del mundo, y casi extenuado escribió su célebre *Ave regina* y concluyó en su famoso *Stabat Mater*, su último canto, el canto del cisne: murió en Torre del Greco, cerca de Resina, (antes Herculanium) su país natal.

Apenas había cesado de existir, cuando en todos los teatros se pusieron exclusivamente en escena las óperas de este hombre de quien se habían mofado con desprecio y acometido a naranjazos, aún no hacía un año.

¿Más para qué ir tan lejos cuando el mismo Beethoven en sus últimos días no se entendía, ni podía hacerse entender?

¿Para qué subir tan alto cuando el maestro del joven compositor cuya reciente pérdida nos hace trazar estas líneas, cuando el maestro de Bellini, el célebre Zingarelli en Nápoles, nos muestra en su persona un mártir, casi sin igual, de la suerte, del tiempo, de la opinión y de la moda? Este Zingarelli, una de las glorias de la Italia, rival de Jomelli, de Paesiello y de Cimarosa que por su *ombra adorata* de Romeo había producido efectos sin ejemplo en la escena; yo le he visto en Nápoles mártir de su propia gloria; mas no hubo un grano de este incienso que ya se elevaba en nubes alrededor de sus altares para consolar al Dios destronado; no hubo una flor de esas innumerables coronas para adornar una sola y última vez la desnuda cabeza del pobre y desgraciado anciano. El pueblo inconstante, el pueblo ingrato, no nombraba más que a Rossini; Rossini constituía su desolación; el nombre de Rossini era su temor; el nombre de Rossini no le dejaba reposo alguno, y el de su discípulo Bellini empezaba a turbar su corazón.

Su alma marchita buscaba el consuelo en la oración, por lo que oraba sin cesar. Taciturno y silencioso, aguardando como la única esperanza que le quedaba, la llegada de aquellas velas que debían conducirle al través de un mar inmenso a un país donde los sonidos de decepción, las melodías engañosas solo encuentran un silencio eterno, rodeado de sus particiones olvidadas; allí se halla sentado, como el espíritu de Volney sobre las ruinas de Palmira.

[Col. 2] En fin, llegaron las deseadas velas, y ¡quién hubiera creído que venían a llevarse al maestro de ochenta y cinco años y a su discípulo de veintinueve! Este, de la más bella de la escuela antigua de Italia; y aquel, el más joven de la moderna.

Si seguimos con nuestra vista a los dos bardos en las blancas velas hacia el país del silencio, en donde las liras de los Homeros no tienen ya cuerdas; en donde las harpas de los Ossianes están rotas; en donde los Escandinavos no cantarán más a Odín, ni los Druidas a Wathalla; si seguimos con la vista el vuelo de dos cisnes ya callados, no podremos menos que llorar la suerte del uno y envidiar el destino del otro. Nosotros recordamos entonces lo que cantó el poeta: “El artista debe morir joven”, y el eco de nuestra alma repite: “dichoso del que muere antes que sus obras”.

Zingarelli cae abrumado de pesares, ajado por las vicisitudes de la suerte, sin más nombre que el que consagrará la historia, más obras que en las bibliotecas, y sin más adoradores que en su sepulcro, hacia el que hace tiempo se inclina su cabeza encanecida, por el que suspira su corazón desecado por los años.

Bellini al contrario, como una soberbia encina derribada por un violento huracán: su caída retumba en el vasto universo, y un suspiro se escapa de todos los pechos y una lágrima de todos los ojos.

Sobre la tierra clásica entre Siracusa y Mesina, en Catana, al pie del Etna, en donde recibió la luz del día nuestro joven bardo; allí es donde una familia que más de una generación, se transmitía la música de boca en boca, de padre en hijos, su genio sacó sus primeras inspiraciones. Enardecido también por la sangre, la naturaleza y el clima nutrido de música por la tradición oral de su padre y de un Zingarelli. ¿Qué faltaba, pues, para conducir a una gloria tan precoz, tan universal, a un hombre cuyo corazón sentía tan vivamente? Durante sus años de estudio en las orillas de Sicilia, en las riberas de Nápoles y también en los muros del conservatorio Inganelli, no resonaban más que canciones del célebre cantor del *Pesaro*.

Las circunstancias que rodean nuestro nacimiento nos dejan impresiones involuntarias [p. 104, col. 1] en el alma, a nuestro pesar, y no nos dejan sino en el momento mismo o después de revelarse nuestro propio genio, el germen de nuestra individualidad. Así es que Bellini se mantenía en el camino trazado por Rossini; él ha concluido su carrera; unas no había aún adquirido toda su independencia. Sus grandes esfuerzos por sacudir el yugo le habían conducido a dar a conocer suficientemente su propio genio, a hacer apreciar lo que la naturaleza había grabado en su alma y de qué fuerza había dotado su imaginación.

*Bianca y Gerlando*, representada en Nápoles, fue la primera prueba de su talento; el *Pirata*, la *Norma* y la *Somnámbula*, ejecutados en Milán, *Capuletti e Montechi* y *Breatrice Senda*, en Venecia; más los *Puritanos* representados en París pusieron el sello a su reputación y terminaron su carrera terrenal.

El estilo en las composiciones de Bellini separa visiblemente su desarrollo musical en dos épocas distintas. Sus primeros ensayos dramáticos llevan el sello de su gran modelo sin ningún disfraz; mas después no es posible dejar de conocer su tendencia a ser original. Él trata de simplificar la melodía, de regenerar en la escena el canto declamatorio y sacar en la expresión musical. Su parte instrumental, aunque alguna vez vacía, otras sobrecargada, es generalmente sencilla y muy favorable al canto: sus marchas armónicas no tienen afectación, son naturales.

Escuchad la música de Bellini con el alma, como el habitante del mediodía; el encanto de sus melodiosos acentos ejercerá sobre todos un poder

supremo; acercaos para alumbrar con la antorcha de la fría razón, como lo hace el habitante del norte, y veréis en muchas partes de la sombra, que antes os parecía resplandeciente como los rayos del sol miliciano; encontraréis frío lo que el fuego de las columnas nocturnas, elevándose hacia la luna desde las entrañas del Etna, parecía haber inspirado al joven morador de Catena.

Entonces suele parecer monótono; el encanto de la novedad ha desaparecido; y sucede con frecuencia que se encuentran en su obra, formas y maneras que parecen dar vueltas como un círculo y repetirse en todas sus composiciones. El tipo principal de estas melodías es casi siempre el mismo: son [col. 2] otros cuadros, otras vistas de un mismo paisaje, mirando bajo las diversas impresiones del alma o iluminados de otra manera, véase por qué los acentos apasionados de Bellini, cuando se oyeron la primera vez, produjeron un efecto mágico; mas les falta la vida dramática, y su fuerza no está desarrollada: llegan a fatigar por el tono elegíaco continuo, tratan de producir demasiado efecto deslumbrando por los colores y no suficientemente por un diseño característico. Sin embargo, Bellini estaba destinado a ocupar el lugar de los primeros maestros de su nación. Sus obras han resonado por todas partes. Por consecuencia de ese calor interior, de ese carácter ardiente que es preciso atribuir a su país natal, sus melodías, tan llenas de amor y de pasión, tuvieron eco en todos los países del mediodía; pero lo que las hacía más seductoras aún, tanto para los Alemanes y todos los habitantes del norte, como para sus mismos compatriotas, fue el acento de esta ilusión, ese vago amor, esa melancolía, ese delirante sufrimiento que se nota en todas sus obras.

Por esta razón todas las composiciones de Bellini, incluso su *Montechi*, que la Italia mira como una sencilla producción de la juventud, como un ensayo, encuentran un eco tan sonoro en Alemania.

Bellini en sus melodías nos pinta la vida de su alma, de su corazón; y si se da una forma exterior, una forma humana a las impresiones que producen, entonces se ve nacer en la realidad lo que nuestra imaginación creyó ideal; se ve a Bellini; Bellini como él era, como él vivía entre nosotros; Bellini joven, como un exterior noble, la cabeza clásica, modales suaves y seductores, ojos que descubren la pasión del alma, esta pasión ideal para la que la tierra no tiene formas, una pasión como la que existe en el pecho del hombre del norte, cuya delirante mirada se pierde al través de los vapores terrestres, esperando encontrar un día su amada más allá de los soles y estrellas, en el admirable Wathalla.

Una voz de Walhalla parece repetir muchas veces “yo te espero”. La última cuerda del harpa se rompe: el corazón del joven poeta se destroza y no hace esperar.

*(Le Reformateur)*



Número 14

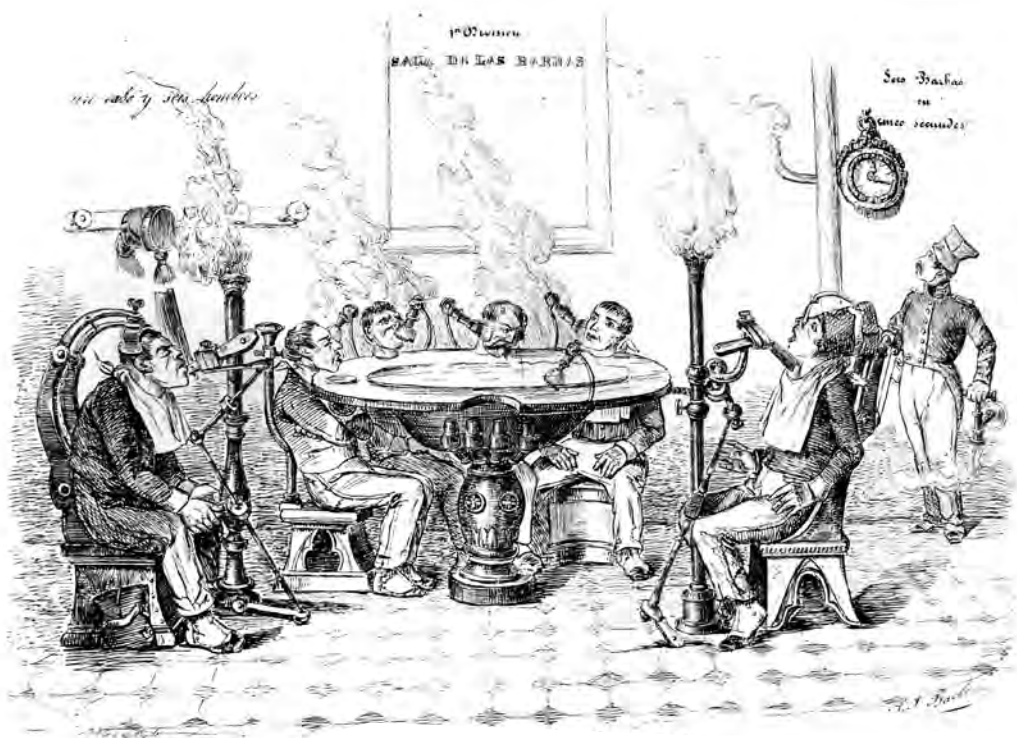


Lámina N.º 14







## LAS NAVAJAS DE VAPOR

(Véase la *Lámina N.º 14*)

Nuestros lectores hallarán en esta graciosa escena, un testimonio de la atrevida y fecunda imaginación del célebre caricaturista francés Granville, que ha exhibido ya con buen éxito la grotesca composición titulada el *Baile de los insectos* y que acaba de publicar esta obra denominada *Las navajas de vapor*. El lector alcanzará con facilidad el carácter cómico y estudiado que descuella en las composiciones de aquel artista. Granville no se contenta, a la verdad, con que su pincel mordaz bosqueje rápidamente la superficie de los objetos, sino con representar las relaciones íntimas, próximas o distantes que encierran esos mismos objetos, y lo verifica guiado de una inspiración filosófica y original. Así es que en la lámina que ofrecemos hoy, la atención se divide entre las fisonomías, la clase de navajas, y luego se contrae a las maravillas del vapor y las exageraciones de su aplicación.

¡No más barberos! ¡He aquí una máquina que da con ellos por tierra! ¡Pobres barberos! Como si no bastara para arruinarlos la terrible caída del antiguo régimen de cosas, tiempos felices aquellos en que su oficio importaba una dignidad y cada uno de ellos era un personaje ni más ni menos, con su influencia privada, porque no había duque, ni marqués, banquero, millonario y magistrado, que no tuviera lo suyo. ¡Pobres barberos! Como si no bastara tamaña pérdida, he aquí a la libertad conspirando también contra ellos, y la civilización con sus ideas de progreso les da el último golpe de muerte. En el día, cualquier lechuguino se afeita solo todas las mañanas, sin auxilio de barbero, porque así lo ha dispuesto el espíritu de la nueva escuela. ¡Cuántas hermosas barbas se les escapan! ¡Qué lástima! ¡No más barberos! En tres segundos están afeitados tres individuos con admirable perfección. [col. 2] Es cosa terrible y no causaría extrañeza que desesperados, con razón, se arrojasen repentinamente en el tacho de la máquina infernal, pues creemos que algunos ya lo han hecho, porque vemos un poco más arriba de las cabezas de los pacientes, *dos almas* irritadas que salen a toda prisa de los tubos del vapor, haciendo visajes y contorsiones.

Sin embargo, no aseguramos que esta máquina haya adquirido su mayor perfección, y a pesar de la confianza que nos inspira su inventor, no

aconsejamos, por ahora, a ningún viviente, que vaya a exponer su barba, antes de asegurar debidamente su rostro contra las estocadas, chirlos y cuchilladas. El que decida (vaya este aviso para los testarudos) sepa que se halla expuesto a sufrir en la cara unos buenos tirones de dos tremendas uñas de acero, a sentarse encima de una tabla dura; y en seguida puesta la barba en remojo entre la espuma de una gran vacía, deberá resignarse, sin remedio, a las evoluciones y revoloteos de una *navaja monstruo*<sup>1</sup>.

Para sujetarse a semejantes experimentos [p. 106, col. 1] necesita solamente mucha fe en la máquina o la obediencia ciega que manda la disciplina militar. Así vemos por esta *Lámina* que los primeros que han ido a servir la experiencia a la invención del nuevo método de *barbificación* son unos cuantos reclutas, infelices, que obedecen a la verdad, haciendo de tripas corazón, pues de lo contrario carísima les saldría la resistencia.

Chanzas a su lado, si consideramos cuánto pulso, destreza y suavidad es menester en la presión conveniente de una navaja bien afilada sobre los ángulos variados de la faz humana, bajo las narices, las orejas y contra las arterias del cuello, encontraremos que Granville ha escogido con conocida intención para formar su caricatura, el acto de la *barbificación*, como uno de los límites inalcanzables para el vapor, y a fin de ridiculizar con gracia los extravíos del espíritu humano que se afana [col. 2] en exagerar cuanto hace. Efectivamente, descubierto el vapor, ya parece que todo será reemplazado en adelante por este agente; que se lanzarán proyectiles desde Douvres hasta Calais, que se construirán carros defensivos, casamatas móviles, las cuales usadas en escala más grande, formarán con el tiempo fortificaciones terribles, y maniobrarán en las fronteras con mayor rapidez que la mejor caballería. Se lograrán los caminos de fierro, “¡pues que los haya por todas partes!”, exclaman los entusiastas; no más canales ni ríos, y

---

1. La moda, a cuyo imperio toda cede en París, hasta la misma gramática en despecho de la Academia, dispuso que esta palabra, “monstruo”, debía aplicarse a todos los objetos, haciéndola concordar como adjetivo, aunque en realidad sea un verdadero sustantivo; pero perdería toda su fuerza de lo contrario, desde que sepa el lector cuál es su origen. En el sitio de Amberes aparecieron unos morteros de invención nueva y de extraordinaria dimensión. Se dijo que aquellos eran morteros “monstruos”. El epíteto no pereció en el sitio. Voló a París primero que su autor por la estafeta de la moda, y allí fue acogido en todas partes no obstante su forma. De repente en todas partes salió pegado a todo. Se decía hasta la fecha del último paquete: una mujer *monstruo*, un concierto *monstruo*, y en fin una navaja *monstruo*.

(*El Recopilador.*)

por un golpe de imaginación desaparecieron estos del mapa-mundi. Pero afortunadamente el tiempo y el buen sentido público ponen límites justos a la fogosidad del entusiasmo. Sin el entusiasmo, es verdad, existirían pocas cosas grandes, más entregado a sí mismo, él arrastra hacia un mundo de ilusiones y fantasmas al mortal que lo sigue ciegamente.



## ÚLTIMA HORA DE UNOS HOMBRES CÉLEBRES

(Extractado de David Bogue)

Las relaciones de la muerte de Voltaire son diversas y varias. Sus amigos han dicho que se mantuvo firme en su incredulidad hasta la muerte. Pero ninguno de ellos ha dicho que sus últimos momentos tuvieran nada de particular, ni fuesen notables por la manifestación de sentimientos grandes o de solemnes verdades propias para instruir al género [col. 2] humano. Algunos católicos romanos afirman que murió despedazado por los remordimientos de su conciencia. El modo con que murió Rousseau concuerda con las primeras ideas que vertió en el libro de sus confesiones, cuando representa al género humano reunido sobre los escombros del universo, y después de haber contado la historia de su vida, [p. 111, col. 1] desafía a todo el mundo para que diga, y sea el que fuese: “yo he sido mejor que ese hombre”. Diderot empleó sus últimos momentos en adivinar enigmas. Hume no manifestó ningún temor de la muerte, estaba alegre y jugueteando en sus discursos sobre la Estigia, que iba muy pronto a pasar sobre la barca de Carón; se consoló con la idea de que su reputación era muy grande, y todavía, sin embargo, irá en aumento; que no podía dejar en una situación más ventajosa a la familia de su hermano, y que muriendo a los sesenta y cinco años de edad, solo perdía algunos años de achaques. Gibbons pasó la víspera del día de su muerte en consolarse de su suerte, con la esperanza de que aún había de vivir veinte años...

Cuando sintió Germánico que se acercaban sus últimos momentos, hizo que todos sus amigos se reuniesen en derredor: y sospechando, aunque sin una prueba evidente, que Pisón y Plancina eran los que, por medio del veneno o mediante algún sortilegio, habían abreviado sus días, se ocupó en sus últimos instantes en recomendar su venganza al cuidado de su amistad, trazando él mismo los medios, y ligándolos sobre este punto

por medio de la religión del juramento. Germánico, por fin, prorrumpe en estos acentos: “¿Si yo, por un efecto de los decretos del destino, llego efectivamente a morir, cuánta razón tendré en quejarme contra los dioses, que por medio de una muerte prematura me arrebatan de entre los brazos de mi patria, de mi mujer y de mis hijos, estando todavía, como estoy, en la flor de mi vida?”. No muy distante del sitio y de la época en que murió Germánico, Esteban, el mártir primero del cristianismo, nos presenta el cuadro de la última hora de un cristiano. Mientras que sus implacables verdugos estaban a pedradas acabando con su existencia, él levanta al cielo sus ojos, suplica al Salvador que reciba su alma, que estaba para volar hacia él, y da su último suspiro articulando estas palabras: “Señor, no les hagas caso de este pecado”.



## POESÍA

### **La Aroma**

(Canción inedita)

Flor dorada que entre espinas  
 Tienes trono misterioso  
 ¡Cuánto sueño delicioso  
 Tú me inspiras a la vez!  
 En ti veo yo la imagen  
 De la hermosa que me hechiza  
 Y mi afecto tiraniza  
 Con halago y esquivéz

El espíritu oloroso  
 Con que llenas el ambiente,  
 Me penetra suavemente,  
 Como el fuego del amor;  
 Y rendido a los encantos  
 De amoroso devaneo,  
 Un instante apurar creo,  
 De sus labios el dulzor.

Si te pone ella en su seno,  
Que a las flores nunca esquiva,  
O te mezcla pensativa  
Con el cándido azahar;  
Tu fragancia llega al alma  
Como bálsamo divino.  
Y yo entonces me imagino,  
Ser dichoso con amar.<sup>2</sup>

---

2. Este delicadísimo pensamiento ha sido puesto en música, con admirable inteligencia de la expresión del poeta, por el Sr. D. Juan Pedro Esnaola. Pronto ofreceremos al público un artículo sobre estos dos jóvenes artistas americanos y argentinos ambos (*El Recopilador*).



*H. Baskin*

Número 15



Lámina N.º 15







## LAS PETIMETRAS DEL JAPÓN

(Véase la *Lámina N.º 15*)

*El curioso viaje pintoresco alrededor del Mundo*, publicado en Francia bajo la dirección del capitán Dumont d'Urville, encierra las mayores bellezas y preciosidades sobre los usos y costumbres de ciertos pueblos. No será esta la única vez que ofrezcamos a nuestros lectores algunos rasgos característicos de la fisonomía de aquellos pueblos cuyos usos y costumbres son del todo distintos de las naciones para nosotros más conocidas. El viajero después de una tempestad llega al Japón, disfruta allí de los generosos beneficios de la hospitalidad, virtud de las edades primitivas y que conserva aún entre los habitantes de aquellas regiones toda su pureza y esplendor. Entra a la ciudad de Nagasaki en donde le admira la semejanza de sus habitantes con los chinos. El tipo de aquellos hombres, dice, parecíame el mismo de los chinos. Son, sin duda alguna, seres de igual origen, sin más diferencia que sus hábitos y el clima; la forma de los ojos es la misma que la de los chinos, muy hondos con la pestaña negra y la ceja parada; la cabeza grande y el cuello corto, cabellos negros color moreno y la estatura robusta sin elegancia.

Recorrida la ciudad en varias direcciones y admirado la elegancia de los edificios y de algunos templos de rarísima arquitectura, y contemplando por último los almacenes de la [col. 2] compañía Holandesa, su hospital y otras casas de varios factores, cuya construcción es de madera, pedí al intérprete que llevaba, llamado Pablo, me condujese a algún paraje en donde pudiera ver mujeres y conocer sus trajes, pues era para mí lo más interesante en aquel momento; por otra parte, siendo mi objeto escribir un viaje pintoresco, dejaría para otro capítulo las observaciones de un interés mayor. Yo me acordaba de nuestras petimetas y quería consagrarles una pincelada del cuadro que tenía a la vista; deseaba vivamente contemplar el rostro y el talante de las bellas japonesas. —Sí, señor —me contestó Pablo—, salgamos de estos barrios tumultuosos: vamos a visitar el Eliseo de Nagasaki.

Pronto me hallé en un vasto jardín admirablemente plantado, lleno de árboles cubiertos de hojas verdes, a pesar de la estación ya muy avanzada. “He aquí, señor, el paseo predilecto de las señoras japonesas. Paseemos un momento, que no tardarán en venir”. Tenía razón, presto se dejó ver una graciosa japonesa, vestida con un traje de seda bordado que arrastraba en

el suelo, y muy parecido a los vestidos de cola que usaban antiguamente en los días de gala nuestras marquesas y que han quedado relegados a las tablas del teatro. Llevaba en la mano una linda flor: su mano me pareció delicada y de una forma finísima. [p. 117, col. 1] Nada más pude ver en aquel instante; me fue forzoso resignarme, pues temerosa sin duda que los rayos del sol marchitasen el frescor de su tez, iba acompañada de un criado casi desnudo, que llevaba suspendido en la extremidad de un junco flexible un ancho velo en forma de apagador, que hacía las veces de quitasol; con él, guarecía el rostro de su señora (véase la *Lámina 15*): el velo, de un tejido fino, tenía dos grandes agujeros en el lugar que correspondía a los ojos.

Mi curiosidad fue creciendo al aspecto de aquel misterio, y nada me hubiese consolado si de repente no se hubiera presentado ante mis ojos otra japonesa, con la cabeza destapada y sin más preservativo contra los rayos del sol que una rica pantalla de cabo de marfil labrado. Esta era linda: de una cara expresiva, dulce y de facciones regulares; sus ojos eran pequeños y entrecerrados; en una palabra, toda ella respiraba la elegancia y el donaire de una petimetra. Dos trenzas hermosas de su cabello renegrido y lustroso adornaban su cabeza, sostenidas por un peine de carey. Su vestido de seda adamascado era magnífico. (Véase la misma lámina).

Este jardín puede considerarse como las verdaderas Tullerías de Nagasaki. No paseamos media hora y ya habíamos visto el mayor número de las bellezas de la ciudad. Pablo, que se daba los aires de conocedor en esta materia, empezó a nombrarlas. “Aquella, señor, es la mujer del *Tomosama* o gobernador; la otra es la del *Ninban* o magistrado del lugar; y la última, la del *Neguiosi* u oficial de justicia”. De este modo logré conocer a los representantes de las autoridades del [col. 2] pueblo, pues todos estaban reunidos en el mismo sitio.

No quise salir del Japón sin visitar la ciudadela de Osaka, la más fuerte e importante del imperio, después de las fortalezas de Miako y Jedo: un foso lleno de agua y una muralla doble forman toda su defensa. Pocos eran los cañones que aparecían a la vista en lo interior, y el número limitado de troneras indicaba que la cantidad de piezas no era considerable. En tan largo paseo, extrañaba mucho no encontrar algunas de las bellezas afamadas y célebres de Osaka, la Milo del Japón, la Circasia del Asia Oriental. Pero al torcer de un puente, fui más afortunado. Una Lais

de la ciudad sentada en un carro de dos ruedas tirado por una sirvienta, se dirigió hacia nosotros.

La hermosa era de cara risueña y graciosa, llevaba el cabello en cadejos sobre los lados y una trenza arrollada en la extremidad de la cabeza, adornada toda esta con flores naturales; su vestido de seda bordado caía en ondas hasta los pies; y ella, recostada sobre un cojín, se entretenía jugueteando con su abanico y desplegando todas las gracias de una hechicera (véase la misma lámina). El carro en que iba tirado no carecía de elegancia ni de suntuosidad. Era una simple carretilla con ruedas macizas, cuyos rayos y ejes mostraban esculturas hábilmente hechas; en el medio se levantaba un pabellón de seda, sostenido por dos riquísimas columnas de madera labrada a cincel. En fin este pequeño carro, era un modelo de lujo y delicadeza, cual correspondía a la dueña, quien con la languidez de sus ojos y seductora sonrisa se mostraba digna de ocupar aquel portátil gabinete de una coqueta.



## DUPUYTREN

Para qué nos afanamos en remontar a los pasados siglos en busca de ejemplos que sirvan de estímulo al talento desvalido. Volvamos la vista en torno nuestro, y hallaremos [col. 2], por todas partes, hombres perseverantes y afanosos, que se abren paso a la consideración y a la gloria, y que nacieron en la más humilde condición. Todos los hombres de importancia, [p. 118, col. 1] en el día, han salido de entre la multitud, de entre el pueblo, y la aristocracia actual se compone de personas de talento o instruidas: los hombres eminentes en las letras son los magnates, los nobles de la época, y causaría admiración el que un joven de probidad, de luces y aplicado, aunque pobre y de humilde condición, no llegue a hacer fortuna.

Vengan conmigo los que duden de esta verdad, a la puerta de aquella habitación suntuosa, situada en frente de la columnata del Louvre: la casa es rica y espaciosa, rebozan los criados; el patio está cubierto de carruajes pertenecientes al dueño de la casa, y desde la calle se oyen los relinchos de los caballos de la mejor raza inglesa. Llegan a esta casa los más ricos y poderosos señores y esperan en las antesalas, como en el alcázar de un rey, el que les llegue su turno. ¿Cuál es, por fin, esta casa suntuosa? ¿Qué pretenden

del poderoso que la habita los numerosos concurrentes? Es la casa del primer cirujano de Europa. A ella llega la multitud silenciosa, en busca de lo que interesa más que las riquezas, más que los honores: la salud; la salud sin la cual de nada valen los bienes de fortuna, los placeres y los honores de este mundo. La esperanza y el temor habitan en aquella morada y el corazón de los que a ella entran late fuertemente, pues que de nada menos se trata que de la vida o la muerte: allí el pobre es tan bien recibido como el rico; el opulento y el mendigo esperan juntos la sentencia del médico del mismo modo que esperan en el sepulcro la resurrección eterna. En la lúcida sociedad parisiense, en aquella multitud lujosa y brillante, no hay una persona siquiera a quien no llegue el turno tarde o temprano de ir a humillarse o postrarse ante Dupuytren y referirle, como a su confesor, las más secretas enfermedades y aficiones. El amor propio y la arrogancia desaparecen ante Dupuytren, y si fuera de la casa de él, cada cual trata de manifestarse contento, si anda con firmeza, si se sonríe para hacer creer a los transeúntes de que goza una salud completa, no sucede así en el gabinete del gran médico, porque allí la palidez asoma al rostro, el aire y la postura es más humilde, el mirar menos vivo, en fin, se tiembla, se tiene miedo. Así han temblado a su vez los poderosos de la tierra ante M. Dupuytren, quien a pesar de haber penetrado en [col. 2] los misterios de la vida humana y de haber visto a los hombres tan apocados, no por eso cobró orgullo, ni se hizo vano. Una noche llegaron a despertarle de orden de Luis XVIII: herido el duque de Berry por el puñal de un asesino, la monarquía de los Borbones, despavorida y aterrada, enviaba en busca del facultativo para saber lo que debía esperar. Llega Dupuytren, sondea la herida que podría decirse causada a una monarquía entera; y con una sola palabra desvanece las esperanzas que el anciano rey abrigaba: tuvo ocasión entonces de admirarse “de la abundancia de lágrimas que contienen los ojos de los Reyes”.

Un médico colocado a tal altura en la escalera de la ciencia, rodeado de los respetos de una ciudad inmensa, iguala a los potentados de la tierra. Solo él de nadie depende en este mundo y todos dependen de él. Él es el señor de las dolencias humanas, y ¿quién es aquel que se atrevería a decir como el estoico. “¿Dolor eres un nombre vano?” ¡Cuántas veces no ha visto, M. Dupuytren, llegar a su casa hecho pedazos, al mismo joven que contento y ufano había visto pasar por la mañana delante de sus ventanas en completa salud y vigoroso, montando en un valiente caballo! ¡Cuántas veces no le han traído a un joven de veinte años moribundo, víctima de

la caza o de un desafío! Entonces, este hombre, enteramente extraño un momento antes a la familia que lo implora, viene a ser repentinamente el miembro de ella más querido y respetado. Llega, y todas las puertas se abren a su presencia: el antiguo amigo de la familia le cede el paso, el padre y la madre son los primeros que le sirven y no saben de qué modo recibirlo, cómo suplicarle, cómo mostrarle su agradecimiento. De solo él depende la vida o la muerte del joven que yace tendido sobre el lecho del dolor. ¡Momento terrible y solemne! De este modo, para Dupuytren, cada familia era la suya, todas las casa le pertenecían, cada afección ajena le era como propia; levantándose todas las mañanas, y así como el ángel de la Biblia, se detenía en toda puerta cuyo umbral estaba ensangrentado.

¡Qué vida! ¡Cuántos desvelos, cuántos trabajos para salvar tantas existencias, para volver los hijos a sus madres, las esposas a sus esposas!

[p. 119, col. 1] Dupuytren era como la providencia de las familias, estaba dotado de la mirada perspicaz del genio; sabía, a no dudar, la residencia del daño más escondido, y su intrépido escalpelo perseguía hasta el seno de las entrañas mismas el dolor que devoraba al hombre. Este padre de todos, este genio esclarecido, inspiraba tal confianza a los enfermos, tal fe tenían en él, que se sometían gustosos a las operaciones más crueles, seguros de que habían de salir de ella con buen éxito.

M. Dupuytren hizo dos partes de su vida: la una, la consagró a los pobres; la otra, a los ricos. Tanto en invierno como en verano, se levantaba a las cinco de la mañana, y a esta misma hora se dirigía al hospital, en donde le esperaban sus numerosos discípulos ansiosos por verle y escucharle. Inmediatamente empezaba la visita, este acto solemne, en que tanto desgraciado tendido en el lecho que concede la misericordia, está pendiente de los labios del facultativo, de los cuales ha de salir, o la sentencia de muerte, o el fundamento de la esperanza lisonjera. Uno a uno los veía y examinaba M. Dupuytren, juzgando el estado de los enfermos con solo una mirada y concluida la visita, presidía las operaciones quirúrgicas que había prescrito el día anterior: él mismo operaba las más veces, con aquella firmeza que jamás le faltó, e igual empeño ponía en salvar al más triste artesano, como al hombre más acaudalado o de esclarecido linaje. A las operaciones seguía la lección, en la que se mostraba elocuente, auxiliado por el metal sonoro de su voz y la facilidad que poseía para explicarse con claridad y vehemencia. Las lecciones de M. Dupuytren han dado un gran impulso a la cirugía francesa, y los discípulos de aquel hombre nunca

podrán olvidar la afluencia de las palabras del maestro y el poder de sus penetrantes miradas. El andar de M. Dupuytren era arrogante, con la cabeza erguida, y usaba siempre un fraque de color verde, tal vez porque sabía que la mancha de sangre que hoy es roja se pone amarillenta al día siguiente. Daba sus lecciones con la cabeza descubierta y no permitía que ninguno de los discípulos que le rodeaban permaneciese con sombrero: al hablar se dirigía siempre a uno determinadamente y no manifestaba su desagrado o complacencia sino como una ligera [col. 2] y vaga sonrisa cuya significación era preciso adivinar. Concluida la lección, era acompañado por sus discípulos hasta el umbral de la puerta del hospital, y se retiraba para no volver hasta el otro día, a menos que no exigiese lo contrario el mal estado de alguno de los enfermos.

Una de las prerrogativas que tiene el cirujano mayor del Hospital de la Caridad de París es la de recibir cada mañana al entrar a él, un panecito del valor de un sueldo. M. Dupuytren se manifestó siempre muy celoso del cumplimiento de este deber del hospital con respecto a su empleo, y siendo tan rico como era, aquel pan pequeño y ordinario era su almuerzo a toda prisa, porque apenas llegaba a su casa ya se encontraba rodeado de otros enfermos que imploraban el auxilio de su arte, de su saber y su experiencia: veíanse entre ellos, militares cubiertos de no cerradas heridas, niños de pecho, ancianos decrepitos, doncellas pálidas y extenuadas en la flor de la vida; y de todos, raro era el que no encontraba la salud en las medicinas o consejos del hombre inmortal. Cuando los enfermos que concurrían a su casa se habían retirado, entonces M. Dupuytren salía a visitar a aquellos que no podían o no querían concurrir a la habitación del médico: estos eran por lo regular los ricos, los magnates, los que contribuían al acrecentamiento de su fortuna, así como los otros contribuían al de su fama y gloria. En cada día, recorría la escala toda del dolor y de la miseria humana, desde el mendigo hasta el primer cortesano. Nunca se recogía Dupuytren sin haber asistido a trescientas personas, y esta tarea duró por el espacio de treinta años.

Mediante la noche, cuando la ciudad toda solo piensa en los placeres o el descanso, en festines opíparos o en magníficos espectáculos, entonces M. Dupuytren, solo, en el silencio de su gabinete, se entregaba al estudio y repasaba en su memoria todos los acontecimientos profesionales de aquel día: el suelo le asaltaba entre sus libros y se dormía en su sillón sin desnudarse.

Este hombre ilustre se ha tratado a sí mismo con más rigor que un amo insensible al último de sus esclavos; nunca gustó del [p. 120, col. 1] reposo, ni de la felicidad, ni del sueño tranquilo de la noche; ni de la fresca sombra de los bosques de verano, ni de las flores y placeres del campo, ni de las distracciones de los viajes, ni de la conversación de los amigos; de nada en fin, porque consagró su vida entera al alivio de sus semejantes: fue hombre que consideró una cama como un mueble inútil en su cuarto; él sabía que todos en París podían dormir profundamente menos él; y así era que a toda hora se le encontraba dispuesto a responder a cualquiera voz adolorida que implorase su auxilio. Repose la capital tranquila; duerma el monarca como el último de los súbditos, que hay uno en vela por la salud de todos, que hay uno en vela para salvar la gran ciudad de los caprichos de la muerte, y el que vela es Dupuytren.

Así pasó la vida este hombre de la Providencia, siempre trabajando, siempre desvelado, siempre salpicado de sangre. Nunca oyó en torno suyo sino suspiros, no presencié sino dolores, amarguras y miembros amputados. Verdad es que, al mismo tiempo, ha recibido las expresiones de fervoroso agradecimiento de aquellos que salvó de las dolencias y la muerte. La enfermedad más oculta y tenaz cedía al poder irresistible de sus manos, y nada ocultaban las entrañas del paciente que su vista inspirada no descubriese con la mayor prontitud y claridad. ¡Tal fue el hombre orgullo de su patria, y quizás el más útil de todos sus hijos inmortales!

Pues bien, aquella casa ante la cual os hice detener, aquella casa estimada por tantos enfermos, estaba el otro día triste y silenciosa, y los transeúntes pasaban cabizbajos por delante de la puerta que veían cerrada por primera vez: en aquella casa, punto de reunión otras veces de tantos y tan diversos enfermos, solo uno había aquel día: ¡y qué enfermo! Era Dupuytren que a su vez sucumbía a la dolencia, a su vez sentía la helada mano de la Muerte a quien había arrebatado tantas víctimas. Dupuytren conoció que se moría, calculó por instantes los progresos del mal y señaló el momento de su muerte con la exactitud de un reloj. Hasta su última hora contestó a algunas consultas que le fueron dirigidas, y conociendo que su parte no necesitaba sino del mérito que cura las enfermedades [col. 2] del alma, hizo llamar a su sacerdote, en cuyos brazos dio el último suspiro.

¡Muerte triste y sublime a la vez! Todos han creído perder parte de su vida con la muerte de tal médico; los pobres y los ricos le han llorado, y el mayor elogio que se puede hacer sobre la tumba de Dupuytren es el recordar que el primer banquero del mundo ha derramado lágrimas al saber la fatal noticia<sup>1</sup>.

Dupuytren ha dejado tantos bienes de fortuna como un príncipe: tenía toda suerte de títulos y decoraciones honoríficas, fundó un museo y una cátedra más en la escuela de medicina. Sus discípulos tiraron hasta el cementerio el carro en que fueron depositados sus restos, y la noticia de su muerte, como la de un monarca, resonó en toda la Europa.

Este hombre ilustre, el hombre de su época, el que es llorado por los infelices y poderosos, el que muere rodeado de la consideración de todos, tuvo el origen que voy a referir.

Hace cincuenta años que, en una villa de la Francia, ignorada antes pero célebre en adelante, jugaban al ir a la escuela varios niños, los cuales, al oír el tropel de una división de caballería que se acercaba, interrumpieron su pasatiempo para admirar el uniforme galoneado de los jinetes. Uno de los oficiales se fijó en uno de los niños más despejado que los demás y en cuyas miradas descubrió una penetración si quería ir con él a París, el chico le contestó que sí, y montó en las ancas de su protector.

Este niño, hallado, por decirlo así, en la calle pública, por un oficial de caballería, llegó a ser el Barón Guillermo Dupuytren, profesor en la Escuela de Medicina, primer cirujano del Hospital de Misericordia, miembro de la Academia de Medicina, del Instituto Francés y uno de los hombres de mayor mérito de su patria.

JULES JANIN

---

1. El famoso Rothschild a quien Dupuytren asisitó y salvó la vida, por cuyo beneficio le asignó una cuantiosa renta sobre sus áreas.



—  
Número 16  
—



*Lámina N.º 16*





## EL RECOPILADOR A SUS SUSCRIPTORES

Hoy que *El Recopilador* ha andado felizmente el primer trimestre del 2.º año de su publicación, se propone entrar en algunas explicaciones con sus suscriptores. Él contrajo con ellos la obligación de instruirles o agradecerles por aquellos medios que están al alcance de un periódico de corta extensión y publicado solamente una vez en cada semana.

No es fácil cosa el agradar a muchos, porque tan varios son los gustos y pareceres como las fisonomías. Así es que, cuando *El Recopilador* se ve en manos de una señorita que más atentamente mira otros objetos que sus columnas, tiembla esperando que lo deseche de sí por insulso o insignificante, pues ni habla del peinetón de la última moda, ni de la figura recién introducida en las cuadrillas. No tiembla menos cuando en lugar de caer en manos de un cristiano, se mira descuartizar tiranamente por un lector que no acertó a pasar del primer repaso del libro de las obligaciones del hombre; le da terciana con dentera y calofríos cuando cae bajo la jurisdicción de un sabio que metiendo la barba entre los cuellos (como un ramo de flores en su cartucho de papel blanco), arqueando las cejas y ahuecando la voz para ponerla en el mismo tono de *do regrave* [*sic*] en que esta montada toda su persona, dice: “¡esto no vale nada!”.

La una quisiera las novedades de la moda y dice: “¿No sería mejor que esta lámina que representa los gemelos fuese el figurín del último traje que se usaba en Londres o París? El otro querría que el tipo de *El Recopilador* fuese más gordo, es decir, mas visible, y el estilo de los artículos, menos oscuro o más al nivel de sus entendederas”. Y por último, el sabio querría, por ejemplo, la teoría de los átomos desde Descartes, que los considero como partes componentes de todos los cuerpos, [col. 2] hasta M. Gaudin, que en 1812 los ha separado de las moléculas (como quien hace otro tanto con la cizaña que crece entre el trigo) y probado que hay cuerpos “monoatómicos” y “poliatómicos”, dejando con la cara tan larga al caballero Sirendenborg, autor de la muy conocida obra titulada *Prodromus principiorum rerum naturaliam*, o querría —y por qué no habrá quien alcance los caprichos de un sabio?—, querría, íbamos diciendo, su poco de psicología, ya sea empírica o racional, ya se acerque a las abstracciones teutónicas, ya toque al coto que le han alzado los franceses siempre inclinados a lo positivo, a pesar de lo que creen los que no los conocen. En fin, por no parecernos al

sabio, concluiremos diciendo que el nuevo Salomón querría que *El Recopilador* se convirtiese en un “gacetín bibliográfico”, que tratase de la máquina ortopédica de M. Pravaz, del tratado de magia natural de Brewster; de las operaciones de la litotripsia [*sic*] por Heurteloup; del cometa de Biela, recientemente descubierto por un astrónomo de Manheim en la constelación de Cáncer; sobre la lengua y la literatura sánscrita, lengua y literatura de las que nos ha dicho nada Sanconiatón, y que sin embargo son tan antiguas como Moisés y Homero; literatura colosal, literatura monstruo cuyos poemas pasan de 250.000 versos de 16 sílabas cada uno, como el *Mahabharata*, por ejemplo, cuya lectura solía durar hasta cuatro meses continuos... El sabio querría... pero basta de charla.

*Quid faciendum?* dice el personaje de una comedia en un lance apurado y *quid faciendum*, repite *El Recopilador*, que no sabe a cuál atender de los tres que lo tironean del vestido: la damisela, el que apenas sabe deletrear y el sabio. *El Recopilador* que tanto traduce del francés *n'a pas manqué d'esprit* en tal [p. 122, col. 1] apuro, y haciendo oídos de mercader y el ojo gordo, ha seguido el camino que le ha parecido más prudente. Ha considerado que la mayoría de sus suscriptores formarían una entidad intelectual, compuesta de los tres elementos ya mencionados –la señorita, el mal lector y el pedante, morigerada con aquel buen sentido y discreción que los historiadores providenciales atribuyen a las masas–; y partiendo de este concepto, ha hecho la elección de las materias publicadas en los 15 números que han visto ya la luz pública y sufrido el mal humor del cajista, los tajos y reverses del corregidor de las pruebas, los golpes de la prensa y la carrera tendida del repartidor.

Lo primero que tiene en vista *El Recopilador* es la variedad, el contraste en los artículos de sus columnas; sin esta condición, difícil o imposible es ser leído en los tiempos presentes; tiempos en los que la inteligencia es ambiciosa de saber, pero perezosa; en que la erudición no se busca ya en las fuentes, sino en los compiladores que ponen las ciencias al alcance de todo el mundo, que reducen a veinte lecciones lo que apenas puede aprenderse mediante la vida de un patriarca, y encierran en la miniatura de un artículo, el cuadro inmenso de la historia de un siglo entero. Sea lo que fuere, sin variedad en los asuntos, los suscriptores de un periódico de la especie de *El Recopilador* bostezarían, y lo que es peor, borrarían su nombre de la suscripción, que, de paso ha de saber el público, no es muy numerosa. ¿Y habrá quien acuse al recopilador del pecado de la monotonía? Nadie que esté

en su juicio. Él ha recorrido, en tan poco tiempo como lleva de su segundo año, casi todo el círculo de las divisiones y subdivisiones a que están sujetas las producciones de la mente en sus innumerables fases y caprichos; él ha publicado cuentos o novelas, cortas pero interesantes y dramáticas, como *Tristán el viajero*, *La gitanilla de Cataluña*, *El ciego de Clermont*, todas ellas interesantes, patéticas. ¿Habrán quien no recuerde al melancólico Tristan, perseguido por su amada por todo el continente europeo, desesperado, siempre en lucha entre un amor que le devora y el recuerdo de una madre a quien creería ofender acercándose a una mujer que se le parece? ¡Y la Gitana! ¿Y la venganza del gitano? ¿No es [col. 2] una criatura interesante e inocente la una; digno de compasión y de respeto el otro —el otro que supo vengar, a costa de su tranquilidad, el insulto hecho a la virtud de su hija—? *El ciego de Clermont* muestra ingeniosamente que no hay sobre la tierra un hombre más digno de ser la imagen de Dios, que aquel que consagra su inteligencia y reposo en bien de sus semejantes; que vuelve la vista a un padre y con ella el alimento a una crecida familia, que da movimiento al miembro estropeado o paralítico del que vive de su trabajo, que arrebatada de los brazos de la muerte a la esposa, para volverla al amor de su esposo y a la ternura filial.

Él ha publicado *Cuentos biográficos* o anécdotas relativas a la vida de hombres eminentes, de Goethe y de Lesage; el uno, sospechoso a todo un pueblo como brujo; el otro, reconciliándose con su hijo porque vio que ilustraba con su talento una carrera reputada entonces como vil —la carrera del teatro, el ser cómico—. Es una cosa digna de notarse que definiendo nuestros padres a las bellas artes la imitación de la naturaleza; que honrando y estimando a los que la imitan con el pincel, con el cincel o con los versos, hayan tenido tan en menos a los que imitaban a su vez a la naturaleza con el lenguaje no fácil de la gesticulación, de la mímica, de la entonación de la voz, etc. Una especie de ojeriza perseguía antes al pobre cómico, alzado hoy en Europa a la apetecida categoría de “artista”; hasta la sepultura se les negaba, como a un torero, y Molière no pudo descansar en lugar sagrado, después de haber derramado sobre la tierra en que nació la luz de su aureola de gloria —gloria que todavía no ha caducado—. Tal vez nuestros antepasados despreciaban a los actores que habían aplaudido la noche antes, por la misma razón que los niños destruyen el juguetito que tanto les divirtió poco antes; o tal vez porque se avergonzaban de ver de día al que había sabido engañarlos a la luz artificial con diademas de oropel y

papel pintado. Pero si tal era la razón de aquel desdén, no del autor sino de ellos era la culpa, pues tenían la flaqueza de ir a derramar lágrimas a la plaza de Tebas sobre las desgracias de Edipo perseguido por el destino. No hay regla sin excepción. No hablamos aquí de aquellos actores que insultan la cultura del público [p. 123, col. 1] en nuestras tablas; hablamos, sí, de los que dotados de genio, de la perfección a que conduce el estudio, saben llegar a la alteza de la concepción del poeta y resucitar los personajes que este evoca del panteón de la historia o hace brotar del campo de su fantasía.

Pero los cómicos nos habían distraído, sigamos la revista emprendida. Los nombres de Wellington y de Napoleón también han figurado como en Waterloo en las paginas de *El Recopilador*; sí, como en Waterloo, porque donde quiera que se presenten las sombras de estos campeones, se dan batalla, aunque más no sea que en el estrecho campo del pliego de papel que emplea un autor para escribir un paralelo entre ambos. Si Wellington y Napoleón hubieran muerto en Waterloo, si reunidos los cadáveres de uno y otro por un capricho de la casualidad, hubiesen ardido con el fuego que incendió el campo, la llama producida por los restos de aquellos dos guerreros se habría separado en dos partes, como nos cuentan que pasó en la pira de aquellos dos hermanos célebres en el teatro griego, Polinico y Eteocles. *El Recopilador* ha dado a conocer las costumbres raras de algunos pueblos, como el uso de los zancos entre los habitantes de Las Landas. Ha paseado a sus suscriptores por entre las ruinas célebres de Palmira, ocultas en el seno del desierto, donde reposan para saciar de cuando en cuando la curiosidad de algún viajero, de algún anticuario que nada aprecian, si el barniz denegrido de los siglos no lo ha hecho digno de ocupar un lugar en un museo de antigüedades o añejarías. Desde la cumbre [col. 2] de la columna de Trajano, los lectores del recopilador han visto la bella campaña de Roma, y antes de gozar de este espectáculo han contado el número de los escalones de esta columna, medido su altura, conocido el material de que esta construida, y sabido por ultimo, que en lugar de la efigie del emperador romano que le dio nombre, ha sido discretamente colocada la de uno de los mayores apóstoles de la Iglesia. En fin, los progresos de las artes y de las ciencias no han sido olvidados, y *El Recopilador*, que publicó en su primer número la historia del vapor aplicado a la navegación, ha dado a conocer el uso reciente que de este se hace para barbificar [*sic*] a un regimiento entero en muy corto espacio de tiempo.

Muchas son las cosas importantes que ha publicado nuestro periódico, y no mencionamos, porque va ya más largo de lo que esperábamos este artículo. En él nos propusimos (¡felices nosotros si lo hemos conseguido!) mostrar a quien lo leyere que en las columnas de *El Recopilador* pueden adquirirse muchas noticias, ideas y nociones tan exactas como necesarias para completar la educación de una persona decente, y que ellas habían sido escritas teniendo presente el precepto del profano que dice:

*Omne tulio punctum, qui biscuit utili dulce,  
Lectores delectando, pariterque monendo.*

Lo que significa en buen español:

“Solo complace a todos el que uniendo  
El provecho al deleite, a un tiempo mismo  
Instruye y embelesa a los lectores”.



ALÍ-BEY

(Véase la *Lámina N.º 16*)

Hará dentro de poco veinte años que bajo los auspicios de S. M. Cristianísima se publicó en París un viaje emprendido en África y en Asia por el príncipe Alí-Bey, de la familia de los Abasidas. Quedaron suspensos los más sabios orientistas de la variedad y abundancia de conocimientos que desplegaba en sus [col. 2] obras, un hombre que se suponía Musulmán y que a otra creencia no podía pertenecer, cuando descubría los más íntimos secretos en que los sectarios de Mahoma envuelven la tumba de su profeta. Las relaciones de los europeos que recorrieron aquellas regiones se ven ilustradas en su obra y materializadas [p. 124, col. 1] por las excelentes láminas de su gran atlas: la descripción de los países a que ellos no pudieron penetrar forma un suplemento precioso y único de los misterios del Oriente. ¿Quién será, se preguntaban todos, este hombre extraordinario, cuya aparición es tan maravillosa como su saber, y que nacido entre las tinieblas del Islamismo derrama luces superiores a las que pudieran todos los sabios que, provistos de un caudal inmenso de

noticias, se han arrojado en el seno de los desiertos y han ido a meditar sobre las ruinas?

Justa era la admiración universal, pero no suficiente aún para el mérito de Alí-Bey. ¿Qué es su sabiduría en comparación de su valor? Basta decir que nacido en España, lleno de la grandeza de un proyecto que habría de cambiar la faz del mundo mercantil e introducir la civilización en bárbaras regiones, adquirió con una perfección de que no hay ejemplo los conocimientos que debía asegurar el éxito de su empresa, se sujetó a una cruel circuncisión, se forjó una genealogía seductora, partió con heroico descaro a extender su impostura, explicó el Corán en el sentido más útil a sus miras, privó en la corte de Marruecos, donde se enlazó con la familia imperial; apareció misteriosamente en los puertos de África, atravesó el desierto, recibió en Egipto adoraciones que solo se tributan a un profeta, navegó en el Mar Rojo, visitó la Meca, recorrió la Siria y fue honrado y festejado en Constantinopla. Encontre Chateaubriand en su viaje a la Tierra Santa: una pregunta del príncipe musulmán le llenó de asombro y vanidad; ilusión que luego se desvaneció al saber que Alí-Bey era Europeo. Baurset, en su historia del interior del palacio imperial, ya nos aclara más la identidad de la persona: descubre que es español, y levanta una punta del velo que ocultaba el objeto de su asombrosa expedición.

Sin embargo, el viaje de Alí-Bey se ha traducido en todas las lenguas, y la España ha quedado privada hasta ahora de las luces de su hijo. Pero tenemos por fin la satisfacción de anunciar que en París se está haciendo, por uno de sus compatriotas, una traducción de aquella obra. Se sabe igualmente, por documentos irrefragables, que el animoso príncipe Alí-Bey no es otro que don Domingo [col. 2] Badía y Leblich, nacido en Barcelona, y bautizado en su Catedral.

Parece que tan importantes descubrimientos han animado el celo de algunos catalanes a vindicar la memoria de su paisano. Un personaje tan distinguido por el alto destino que ocupa en la sociedad como por su fortuna, y más todavía por su ardiente amor a la gloria de su patria y por su protección a todo lo útil e ilustrado, se ha puesto al frente de una empresa para publicar, no solamente los escritos que de aquel hombre extraordinario se conocen, sino los demás que existen indudablemente inéditos, y



se buscan con diligencia, en fin, su vida llena de lances maravillosos, que pudieron pasar por novelescos, si por auténticos documentos no estuvieran plenamente comprobados. Una reunión de sabios españoles se halla en el día en Madrid encargada de estas interesantes indagaciones, que lleva, según los papeles de aquel reino, con incansable actividad, y del cotejo original de Alí-Bey con los escritos de otros viajeros, cotejo que dará lugar a curiosas notas sobre las costumbres, religión, ceremonias y estado de cultura de unos países poco conocidos, aunque cercanos, a los cuales empieza ya la Europa, bien que tarde, a volver sus ambiciosas miradas. También se han recogido y se están rectificando, antes que el tiempo no debilite la fuerza de la tradición, una multitud de relaciones de varios amigos que lo fueron de Badía y confidentes de una parte de sus miras gigantescas y de sus más notables sucesos; y para dar más ilustración a este cúmulo de noticias, un joven español, de la más profunda instrucción y de genio eminentemente indagador, que va a viajar por los países que fueron el teatro de los hechos del héroe catalán, recogerá todos los datos cuya existencia no se ignora, como tampoco las personas que poseen tan preciosos depósitos.

Ya se han deslindado algunos acontecimientos cuya publicación conviene rápidamente anticipar. La muerte de Alí-Bey ocurrida a dos jornadas del pueblo de Mazarip, cerca de Damasco, ha estado hasta aquí cubierta de siniestras nubes. Su presunta dirección hacia las Indias Orientales en su segundo viaje y las conexiones que se le [p. 125, col. 1] suponían con el gobierno de Luis XVIII hicieron sospechar a algunos que hubiese sido víctima de la política inglesa. No, no fue un [col. 2] puñal de Birmingham sino una grave disentería, lo que arrebató a este hombre impávido y benemérito de la humanidad.



## LA POESÍA Y LA MÚSICA ENTRE NOSOTROS

Los antiguos consideraron la poesía y la música como dos hermanas que debían prestarse mutuamente sus hechizos para adormecer en medio del ruido y desorden de los placeres el tedio del corazón. A sus suntuosos banquetes concurrían ambas musas, con los atributos que las distinguían: el canto y la lira. La hermosa Lastenia, coronada de mirto y rosas, entraba

a la sala del festín presidido por Aristipo, y recostada muellemente sobre su lecho de púrpura, modulaba, acompañada de la lira, las eróticas inspiraciones del viejo Anacreonte, o improvisaba ella misma. Embriagada con las flores y los perfumes. Muy poco participa el alma de esa poesía y de esa música. Los sentidos únicamente quedaban halagados. Los antiguos desdeñaban, quizás, confiar los profundos misterios del alma a las entonaciones de la voz, a las frágiles cuerdas de una lira. Pero creamos más bien que ellos jamás oyeron esas íntimas voces, ni alcanzaron hasta qué punto la poesía y la música podían interpretarlas. Tampoco comprendían, como nosotros, la esencia del sufrimiento; la contemplación inmediata del dolor era para ellos desconocida. El movimiento y fin de su vida en nada se asemejaba a la acción ni al término de la nuestra. No era posible, por lo mismo, que hallasen en la armonía de las voces y de los instrumentos, los suspiros que a nosotros nos arranca una imagen fugaz que nos recuerda una dicha pasada. Las costumbres, la vida entera de ellos, en nada se parece a los hábitos y existencia del hombre moderno. Sus pasiones descoloridas poco o nada reflejaban los tormentos, la gravedad y el silencio que encierra el corazón [col. 2] entre nosotros; ni esa misteriosa inteligencia que aproxima a dos seres desconocidos, distantes el uno del otro y que se unen de repente merced a una mirada, a un suspiro que toma cuerpo a medida que vaga en lo infinito de un mundo invisible, el cual no tiene nombre, pero que en realidad existe como los espíritus que lo habitan. No hay que admirarse, las diversiones del gimnasio entre los griegos, el desorden de sus banquetes, las luchas sangrientas de los gladiadores en Roma, en fin, sus espectáculos todos, su vida pública y privada, no era la fuente de esa poesía solemne y majestuosa, hija de una verdad y no de los caprichos de la mentirosa y caduca mitología. El paganismo era de ellos, el cristianismo es nuestro. Sus templos vacíos se abrían a la muchedumbre que entraba indiferente y debía retirarse sin impresión alguna; en los nuestros hay un silencio lleno de paz y de quietud, sublimes alabanzas a un solo y único Dios; emanaciones de oloroso incienso, las voces lánguidas del órgano, a par de las cuales se levantan los suspiros y las rendidas súplicas de aquellos que sufren, padecen y se resignan esperando de la clemencia del Cielo, mejores días.

Nada menos ha sido menester para establecer la diversidad de ambos mundos que la aparición de J. C. Su agonía, coronado de espinas y clavado al madero de una cruz. Él abrió los brazos, según la expresión de un poeta, para estrechar al mundo, e inclinó su augusta frente para bendecirlo;

agregaremos nosotros que él manifestó también la unión íntima entre el Cielo y la tierra, exhalando desde lo alto de su glorioso patíbulo, el último [p. 126, col. 1] gemido, eco sublime del Creador que quiso muriera el más justo a fin de hacerse entender mejor de la humanidad.

La fisonomía del hombre ya no debió ser la misma, la palidez profunda que cubría la frente de aquella víctima había de quedar estampada para siempre en nuestro rostro, y el corazón nuestro, recoger toda la melancolía que contenía el Suyo. La inteligencia mudó de senda, y la humanidad, de teatro. Empezó el hombre a contemplarse a sí mismo, y de repente, descubrió que era inmortal. Desde que las teorías sociales cambiaron, nueva debió ser precisamente la expresión humana.

La poesía y la música dejaron de representar imágenes fútiles y entraron a ocupar un mundo que les pertenecía, al cual fueron conducidos por aquellos seres felices llamados “genios” y que el dedo de la Providencia señaló como predestinados. El Dante y Mozart. Y no se crea, por otra parte, que citamos estos nombres a la ventura, ni que admitimos aquí las palabras “poesía” y “música” bajo una acepción frívola. Decimos música y poesía en toda la sublimidad que ellas inspiran, como reflejos vivos del mundo y de la Creación. No seremos tan desgraciados [para] que a algunas almas puras, de aquellas que sienten vivamente, nos nieguen una sonrisa de inteligencia y nos contesten para alentarnos. Sí os comprendemos. En vano la imaginación aspira a bosquejar el cuadro con los colores y matices que él demanda. Solo el alma penetra tan dulce misterio; sin su auxilio, jamás entenderemos ni al poeta, ni al músico. No basta siempre echar una mirada sobre las páginas que ha escrito el poeta, ni prestar vagamente el oído a los sonidos que arranca el músico de su caro instrumento cuando se entretiene a solas con él. Si el alma nos abandona, nada alcanzaremos, y al contrario sucederá que nos quejemos apartándonos fríamente porque no entendimos. Más si subimos con ellos al mundo de su fantasía, cesará el misterio, sabremos todo, gozaremos de su deleite.

El poeta y el músico son dos instrumentos templados al mismo son. La relación más [col. 2] íntima, la armonía más delicada debe reinar entre ambos. Tan poseído estaba Rousseau de este sentimiento que, decidido a escribir una ópera, *El Adivino de la aldea*, no quiso confiar a otro la composición de la letra, y él mismo resolvió escribirla junto con la nota. Es verdad que su obra tuvo pocos días de vida, que ella no forma parte de sus títulos a la admiración de la posteridad; pero no por eso

debe condenarse la exactitud de su raciocinio. La ópera de Rousseau no dejó de influir en el mundo artístico, como influyeron en el social sus páginas brillantes de valentía y de entusiasmo; además, ni la poesía ni la música eran en Francia hijas del siglo XVIII, época en que el pensamiento tenía que pasar, sin remedio, por el crisol del inexorable análisis, que es tan fatal para las artes como el hielo para la lozanía de las plantas. Rousseau mismo confiesa esta verdad en su *Diccionario de la música*, cuando hablando del genio del músico, dice: “el genio del músico somete el universo entero a la fuerza de su arte; forma cuadros con los sonidos, hace hablar hasta el silencio, y las pasiones que él manifiesta las comunica al corazón ajeno; el deleite mismo se muestra rodeado de nuevos encantos, y el dolor que él hace sentir arranca gritos; aun pintando los horrores de la muerte, infunde en el alma esa esperanza de vida que, en vísperas de dejarla, jamás nos abandona.

“¿Queréis saber si vuestro pecho abriga chispas de ese fuego abrasador?, volad a Italia, oíd en Nápoles a Leo, Durante, Jomelli, Pergolesi. Si se llenan vuestros ojos de lagrimas, si vuestro corazón palpita arrebatado por aquellos acentos y que la opresión os ahogue, tomad al *Metastasio*, estudiad y a su ejemplo, vos también crearéis, y otros os devolverán las lagrimas que los maestros os hicieron derramar; por lo contrario, si los encantos del arte os hallan insensibles, si no despiertan en vos ni entusiasmo, ni delirio, no profanéis en vano, hombre vulgar, el sublime nombre de artista. Nada os importa conocerlo, pues que eres incapaz de comprender lo que el encierra: escribid música francesa”.

En su entusiasmo por la música italiana, se ve que Rousseau trata sin piedad el arte en Francia, y con motivo, pues ningún progreso hacía en su siglo, aunque no era posible [p. 127, col. 1] que adelantase, oprimido como estaba por el sensualismo de la escuela filosófica.

La poesía y la música, ecos del alma envuelta en sus pasiones, imágenes de ese infinito tras el cual suspiramos llenos de fe y de esperanza, necesitaban para desenvolverse bajo sus verdaderas formas, que brillase la aurora del siglo XIX, y con este, su espiritualismo. No hay artista en el día que no este altamente convencido que el espiritualismo es la única fuente de inspiración, que en ella tiene que beber si desea que le oigan, si quiere infundir simpatía y ser amado. El escepticismo ha caído, pues en vano intentaría levantarse, ningún triunfo le aguarda a nombre de la incredulidad. Su templo, semejante a esos monumentos antiguos que

yacen entre el pueblo, ha quedado desierto y abandonado sin altares ni dioses sobre ellos. El dolor pide bálsamo y la herida una mano suave que la cure. El sensualismo nada ofrece, es estéril como las ruinas. Él no proporciona al corazón la paz y el consuelo que tanto necesita en alivio de los sacrificios inmensos que hace, a pesar del progreso intelectual, a las tribulaciones del tiempo. Desgraciado el joven dotado de genio que abrigase un instante tan tristes principios. Él no haría sino amargar su vida, su existencia sería una lucha, una tormenta continua.

Por fortuna la influencia del espiritualismo se ha hecho ya sentir entre nosotros. La bella generación presente es contemplativa, conoce que es llamada a una misión y sabrá llenarla. Debida es esta influencia, en nuestro concepto, a una filosofía cual se enseña ahora a los jóvenes más felices que lo fuimos nosotros, sana en sus principios, consoladora y veraz en sus consecuencias. No debe ser otra la tendencia, ni el esfuerzo de los que la sociedad destina a ejercer influencia, que el encaminar a cuantos les escuchan o leen sus libros por la vía de una fe providencial; hablarles siempre en nombre de una inteligencia superior y sellar sus palabras con la lealtad y la virtud.

Los artistas son de los muchos llamados al ejercicio de esta influencia. Cuando decimos artistas, nos contraemos por ahora con especialidad al poeta y al músico. ¿Quién duda que ambos pueden mucho, que sus esfuerzos obrarán poderosamente en la dirección de la [col. 2] sociedad que les dio el ser? Sobre todo cuando esta no posee elementos tan crecidos, ni en sus recuerdos ni en su posición actual que la obliguen a vacilar sobre la elección de esta o aquella doctrina. Para nosotros la vida intelectual ha principiado con la vida política, nuestra literatura no podrá apartarse de las ideas del siglo en que hemos nacido, es decir, deberá ser eminentemente espiritualista so pena de sufrir retrocesos y anomalías inevitables.

La poesía y la música merecen ya entre nosotros que las mencionemos. Cada nación tiene derecho a recoger los ramos esparcidos de sus laureles para tejer su noble corona: esta la forman en parte los artistas; así es que el manifestar el progreso que ellos intentan hacer, el decir públicamente sus nombres, es el mayor estímulo para los que vengan tras ellos y sepan afianzar los cimientos que aquellos echaron de una escuela literaria, augusto monumento que todo pueblo independiente debe levantar.

Dos jóvenes reúnen en nuestro país las cualidades que caracterizan al verdadero artista y el dominio que tarde o temprano ejercerán sus luces es

cosa incuestionable. A juicio nuestro, los Sres. Echeverría y Esnaola, cuyas composiciones todos conocemos, pertenecen a ese venturoso número de seres que ilustran su patria.

Hemos nombrado a estos dos jóvenes (pedimos a su modestia que nos disculpe) porque nos propusimos escribir del estado de la poesía y de la música entre nosotros, y que ellos nos han parecido los tipos de escuela literaria que debemos formar: ambos la representan en el concepto que tenemos establecido de ella. Si ambos quieren fomentar y sostener el arte, lograron su objeto, animándose recíprocamente; nuestra sociedad ya está en estado de recibir los principios de una literatura sana, pues a pesar de sus luchas ha llegado al grado de inteligencia que le corresponde.

El señor Echeverría ha escrito bastante para darnos un testimonio de la capacidad de su lira. El señor Esnaola no se ha quedado atrás en su carrera. Pero no había llegado aún el momento en que estos dos artistas, contemplándose en silencio y a cierta distancia, se inspirasen, el uno con las melodías del [p. 128, col. 1] poeta y este con las entonaciones del músico. ¡Dulce e inocente fraternidad!

Si hemos de creer lo que ya es admitido en todas las sociedades, que la poesía y la música ejercen una influencia indudable en las costumbres y el gusto, no hay que dudar un momento en que las composiciones de estos dos jóvenes la ejercerán efectivamente en la nuestra y que ellas importan un progreso. Desde que quieran inspirarse alternativamente, ganará el arte, el gusto empezará a desenvolverse y sobre todo el amor a las bellas letras hará prosélitos en todos aquellos que no necesitan sino una brújula para ponerse en marcha, pero que se hallan indecisos por timidez.

Cuando dijimos que sus composiciones importan un progreso, no tememos habernos engañado. La literatura entre nosotros ha adelantado poco. La poesía ha dado muy cortos pasos, lo que no podía ser de otra manera. Los varios géneros que le incumbe recorrer nacen de la variedad de elementos sociales, de la situación gradual de cada pueblo. Entre la oda, canto primitivo de toda sociedad, y el drama, última expresión de su vida, media largo trecho, y este no se puede salvar a tanta prisa, pues la inteligencia humana tiene límites puestos por el creador. Sin embargo, gozamos ya de una de las muchas posiciones ventajosas que reclama el arte para desarrollarse: nuestra independencia política. Ella nos da título a que ambicionemos la posición de una literatura: los elementos existen, tiempo

es de explorarlos. El señor Echeverría lo ha comprendido, y echando una mirada de inspiración en torno suyo, descubre que nada falta para empezar la obra, y he aquí al joven artista con el pincel en la mano, trazando las líneas del cuadro. Él ha pensado, con razón, que en el seno de una sociedad naciente, es preciso antes de penetrar muy adelante con ella en las regiones del mundo artístico, considerar su disposición de espíritu, su capacidad, estudiar cuidadosamente las inclinaciones, los hábitos arraigados, a fin de cantar enseguida y que los acentos de su lira sean oídos, sean repetidos como el eco unánime de la voz de todos; como la verdadera imagen de la fisonomía que tuvo ante sus ojos y cuya semejanza logro alcanzar con admirable perfección.

Entre nosotros domina un interés vivísimo [col. 2] por la canción. El señor Echeverría, que no ha dejado de conocerlo, despliega en este género una gracia y una novedad que halagan. Poeta instintivo, busca los colores en la naturaleza, toma la flor en su planta. Sus canciones son azahares, diamelas, aromas, pensamientos, y de repente, triste y arrepentido de haber abandonado tanto tiempo a la dulce compañera de sus días, la melancolía, llora su infidelidad y una lágrima viene a humedecer sus tiernas flores:

¡Quién mira indiferente  
 La lagrima preciosa,  
 Que vierte generosa  
 La sensibilidad!  
 Su brillo, transparente,  
 Del alma el fondo deja,  
 Y hasta el matiz refleja  
 De la felicidad.

Mas su obra quedaría imperfecta considerada bajo la intención primitiva del poeta al emprenderla. Satisfacer la inclinación de nuestra sociedad hacia esta clase de composiciones, las que sin el auxilio de la música encerrarían menos interés; pero su género pertenece al canto y no a la narración simple, como la oda, por ejemplo, que puede ser oída sin los acordes del instrumento. La música es para la canción, lo que la fragancia para las flores: por mayor lozanía y frescor que ellas tengan, sin fragancia poco agradan; serán, cuando más, una sonrisa inocente pero inanimada de la naturaleza.

Ya se completó su obra. Él ha encontrado quien sepa llenar íntegramente su pensamiento, con tanta mayor ventura cuanto que su intérprete es artista como él. ¿Quién no ha oído varias canciones del señor Echeverría adaptadas al piano por el señor Esnaola? ¿Quién no ha oído esas voces profundas, como se ha dicho de la guitarra de Huerta, que<sup>1</sup> hacen pensar [a] los que son dichosos y que inclinan a la meditación a los que están tristes?

---

1. Véase [en] *El Recopilador*, N.º 5, el artículo sobre el famoso Huerta.



Número 17

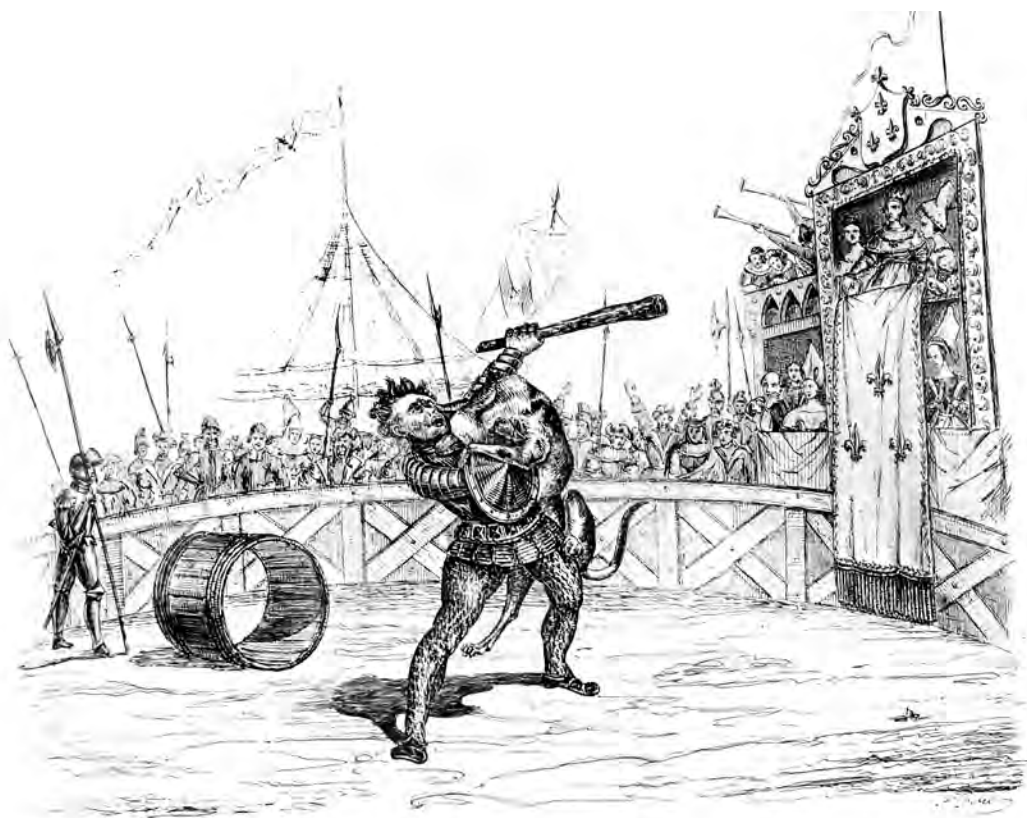


Lámina N.º 17



(Continuación de “La música y la poesía entre nosotros”) [p. 129, col. 1]

En ellas no es ya solamente una cuerda que suspira, es una verdadera voz que canta, que habla y que llora. ¿Quién no ha oído *El Desamor*, *La Aroma*? Con cuánta maestría nos transmite el señor Esnaola los acentos, la inspiración del poeta. *El Desamor*, desconsuelo de un corazón que ha llorado y que teme que hasta la esperanza esté vacía de felicidad:

Acongojada mi alma  
Día y noche delira  
El corazón suspira  
Por ilusorio bien;  
Mas las horas fugaces  
Pasan en rauda vuelo  
Sin que ningún consuelo  
A mi congoja den.

Y *La Aroma*, “cuyo espíritu oloroso” llena el ambiente y penetra al poeta “como el fuego del amor”:

Flor dorada que entre espinas  
Tienes trono misterioso;  
¡Cuánto sueño delicioso  
Tú me inspiras a la vez!  
En ti veo yo la imagen  
De la hermosa que me hechiza  
Y mi afecto tiraniza  
Con halago y esquivéz.

Aquí el músico está a la par del poeta; ambos deben gloriarse de esa intimidad, de esa profunda relación intelectual que los liga. Son dos cisnes que nadan plácidamente y estrechados sobre el lecho de un lago transparente.

No se nos negará, pues, que es real, que es positiva la influencia de su arte en nuestra sociedad, y que ella aumentará cada día. La sociedad los aplaude apenas los oye, gusta de su voz apenas cantan.

El poeta y el músico nos tienen dadas, como dijimos antes, sobradas pruebas de lo mucho que, en justicia, debemos esperar de su fantasía. El uno

ha publicado ya un libro, sus *Consuelos*, especie de bálsamo aplicado a las heridas de su corazón, y sin duda no tardará en ofrecernos nuevos pensamientos. [Col. 2] El otro derrama también su armonía; ha llevado ya su ofrenda a los pies del tabernáculo, ha escrito una misa. En fin, día vendrá, quizás, en que el telón se alce para ambos y entonces les saludaremos poetas dramáticos.

Hay circunstancias de la vida del artista que gustamos siempre conocer, circunstancias que nos indican el teatro donde se hallaba cuando por primera vez sintió arder en su pecho la divina inspiración. Esperemos, ellos mismos nos iniciarán más tarde en la revelación de su genio. Nos darán el drama entero de su vida. El poeta nos contará, tal vez, que leyendo, durante una de esas noches fatales para el alma, los crueles desengaños de Byron, o buscando la esperanza en los sagrados libros de la Biblia, se le apreció el genio de la Poesía, y oyó de repente que le decía, como el fantasma al héroe de Shakespeare, “¡Macbeth serás Rey!”, ¡joven serás poeta!

El músico, oyendo quizás resonar bajo las bóvedas de un templo, donde oraba de rodillas, las místicas entonaciones de Mozart o de Pergolesi, el *Réquiem* o el *Sabat Mater*, alzó radioso su cándida frente exclamando: “¡Yo también soy artista!”.<sup>1</sup>

T.



EL PERRO DE MONTARGIS.  
JUICIO DE DIOS, EN EL SIGLO XIV  
(Véase la *Lámina N.º 17*)

No hay cosa en el mundo cuya existencia haya dado lugar a disputas y controversias entre los hombres. Ciertos filósofos niegan la materia, otros el espíritu, otros, en fin, se niegan a sí mismo. No debe, pues, causar admiración que muchos críticos, por otra parte dotados de gran saber, hayan negado sucesivamente la existencia de muchos personajes ilustres o la de

1. Muy pronto hablaremos sobre el estado de la pintura y el dibujo entre nosotros. Entonces veremos que estamos más adelantados de lo que nosotros mismos creíamos antes de estar en algunas averiguaciones. *El Recopilador* se ha propuesto dedicar, de cuando en cuando, sus pobres esfuerzos a alentar las bellas artes de nuestra sociedad naciente: las artes abren el camino a las ciencias; primero alcanzamos el sentimiento de lo bello, y luego, el de lo bueno y útil (*El Recopilador*).

maravillosos acontecimientos de la historia. Haciendo un resumen de todas las dudas emitidas solamente desde trescientos años, no hay tradición histórica algo remota que pueda ser aclarada de un modo satisfactorio, ni mucho menos que esté sujeta a mil contestaciones. Sin embargo, no es prudente negar todo y la fe suele ser, dentro de su esfera nacional, una verdadera necesidad; un escepticismo absoluto conduce al egoísmo, a la muerte intelectual, como la incredulidad sin límites conduce a la esclavitud del alma y del cuerpo, en una palabra, a lo absurdo.

Entre los hechos raros de la historia, considerados como otros tantos cuentos, nótase el combate del perro de Montargis. (Véase la *Lámina N.º 17*).

Poco o nada ganaremos con poner en cuestión esta especie de juicio de Dios, ni con pronunciarnos contra él afirmativa o negativamente. El hecho es curioso, y lo contaremos.

Un gentil hombre reconocido en las crónicas como archero del Rey de Francia Carlos v, según varios historiadores, como un simple cortesano llamado el caballero Macaire, el cual, celoso de los favores que su soberano dispensaba a otro cortesano compañero suyo, llamado Aubry de Montdidier, resolvió matarle, y después de espiarlo repetidas [col. 2] ocasiones, logró hallarse a solas con él en un bosque a donde había ido sin más compañero que su perro. Aprovechando la oportunidad del momento le dio la muerte, lo enterró y, concluida la operación, volvió a la corte con frente serena. El perro permaneció sin moverse al lado de la sepultura de su amo, hasta que acosado por el hambre, tuvo que tomar el camino de París, residencia del monarca, con el objeto de pedir un pedazo de carne a los amigos del difunto su amo, y luego volvió a custodiar su cadáver. Como se repitieron estas idas y venidas, hubo quien sospechase por los aullidos del pobre animal, que parecía por otra parte que buscaba al delincuente, determinó seguirlo hasta su paradero, es decir, hasta el bosque indicado, en donde observando exactamente cuánto hacía, descubriose que se acostaba en un sitio cuya tierra parecía recién cavada. Movidos a curiosidad, intentaron los concurrentes hacer nuevas excavaciones y dieron al instante con el cadáver del desgraciado Aubry; mas pasó mucho tiempo sin que se supiese el nombre del asesino. El perro fue recogido por los parientes del difunto, y cierto día que andaba paseando, reconoció por casualidad al matador de su amo, en medio de los cortesanos y archeros; lo abalanza, préndesele del cuello con violencia: en vano lo desprenden, quiere volver, quiere asaltar de nuevo al asesino. Sin embargo, no fue esta la única vez que el perro se enfureció a la vista del

caballero Macaire, pues siempre que le encontraba, repetía iguales aullidos y costaba apartarlo. Esto duró algún tiempo, hasta que la repetición continua del hecho infundió sospechas, tanto más que el animal no se dirigía sino al mismo cortesano, como con intención [p. 130, col. 1] de vengarse. Instruido el Rey de la obstinación de aquel perro y sabiendo que pertenecía al gentil hombre asesinado con tanta villanía quiso ver el pobre animal: lo hizo traer a su presencia y ordenó que el gentil hombre sospechoso se ocultara entre los asistentes. El perro se arrojó con su ira acostumbrada sobre Macaire, y como si hubiese sentido que el monarca podía vengar la muerte que aquel había hecho, daba mayores ladridos y lo acosaba con más furor. El Rey le hizo justicia: mandó comparecer al gentil-hombre, pues el caso era para todos extraordinario y maravilloso. El Rey le interrogó públicamente, le instó a que revelase el hecho, a que dijera la verdad, porque los ladridos del perro eran otras tantas acusaciones. Pero sea vergüenza o temor de morir en un cadalso, el gentil-hombre negó con terquedad fuese él quien había cometido semejante muerte, y persistió de tal manera en su criminal intento que Carlos V ordenó que la queja del perro y la negativa del gentil hombre terminarían en un combate singular entrambos, por cuyo medio Dios permitiría el esclarecimiento de la verdad. Se presentaron en la liza el día señalado, como dos campeones, [col. 2] a presencia del soberano y de toda su corte: el gentil-hombre armado de un palo grueso y pesado y el perro sin más defensa que sus armas naturales y un tonel abierto para esconderse. Apenas lo largaron, no esperó que su enemigo lo atacase el primero, aunque temiendo el golpe tremendo del palo. Anduvo dando vueltas en torno del caballero y así vio que era tiempo de lanzarse, se prendió con tanta fuerza del cuello de su adversario que logró tenderlo en el suelo. Macaire viendo acercarse la muerte, gritó que lo librasen de aquella fiera, que él confesaría la verdad a Su Majestad. En efecto, confesó delante todos que él había muerto a su compañero, y que no había más testigo que aquel perro por quien se declaraba vencido.

La historia de este perro, célebre a más de los vestigios honrosos que la pintura ha dejado su victoria en Montargis, ha sido recomendada a la posteridad por varios escritores y especialmente por Julius Scaliger.

Este desafío tuvo lugar en 1371. El asesino era realmente el caballero Macaire y la víctima Aubry de Montdidier. El primero fue condenado a muerte según las memorias de aquel tiempo.

—  
Número 18  
—



*Lámina N.º 18*







DURACIÓN COMPARADA DE LA VIDA  
DE LOS SABIOS, LITERATOS Y ARTISTAS

M. Madden, literato inglés, publicó en el año de 1833 una obra titulada *Fisiología de los literatos*, que contiene muchos artículos curiosos, y entre ellos, el siguiente, que trata de la influencia que tiene el estudio en la duración de la vida humana.

**Término medio de la duración de la vida en las personas  
que se consagran al estudio**

<b>Profesiones</b>	<b>Años de vida</b>
Sabios.....	75
Filósofos.....	70
Escultores y pintores .....	70
Jurisconsultos, &c.....	69
Médicos .....	68
Teólogos.....	67
Filólogos .....	66
Músicos.....	64
Novelistas.....	62
Poetas dramáticos.....	62
Autores sobre la religión natural .....	62
Poetas.....	57

El resultado, como se ve, es favorable a los sabios y filósofos, y desventajoso para los novelistas y poetas. No obstante, Young, que debe contarse entre estos últimos, llegó a la edad de 84 años, que no es poco: Dryden [p. 142, col. 1] murió de 70 años. Entre los dramáticos, no son los que han muerto más prematuramente aquellos más hábiles en su arte y de más viva imaginación, porque Crebillon murió de 89 años, Goldoni de 85, Voltaire de 84, Goethe de 82, Corneille de 78, Lope de Vega de 73; Oway, autor de *Venecia salvada*, murió a los 34 años, Schiller a los 46, Shakespeare a los 52 y Racine a los 60. Los ejemplos de longevidad más notables, se hallan entre los artistas según la tabla de M. Madden: es verdad [col. 2] que Miguel Ángel y el Tiziano vivieron

96 años; pero también es cierto que Rafael y Byron murieron a la edad de 37 y Mozart a los 36.

Las investigaciones de M. Madden nos dan a saber, en otro capítulo de su obra, que Buffon vivió 81 años, Franklin 85, Herschell 84, Copérnico 70, Leibnitz 70 y Laplace 77. El Dante murió de 56 años, Milton de 66, Ariosto de 59, Pope de 56, el Tasso de 52.



### EL MARISCAL DE RANTZAU

(Véase la *Lámina N.º 18*)

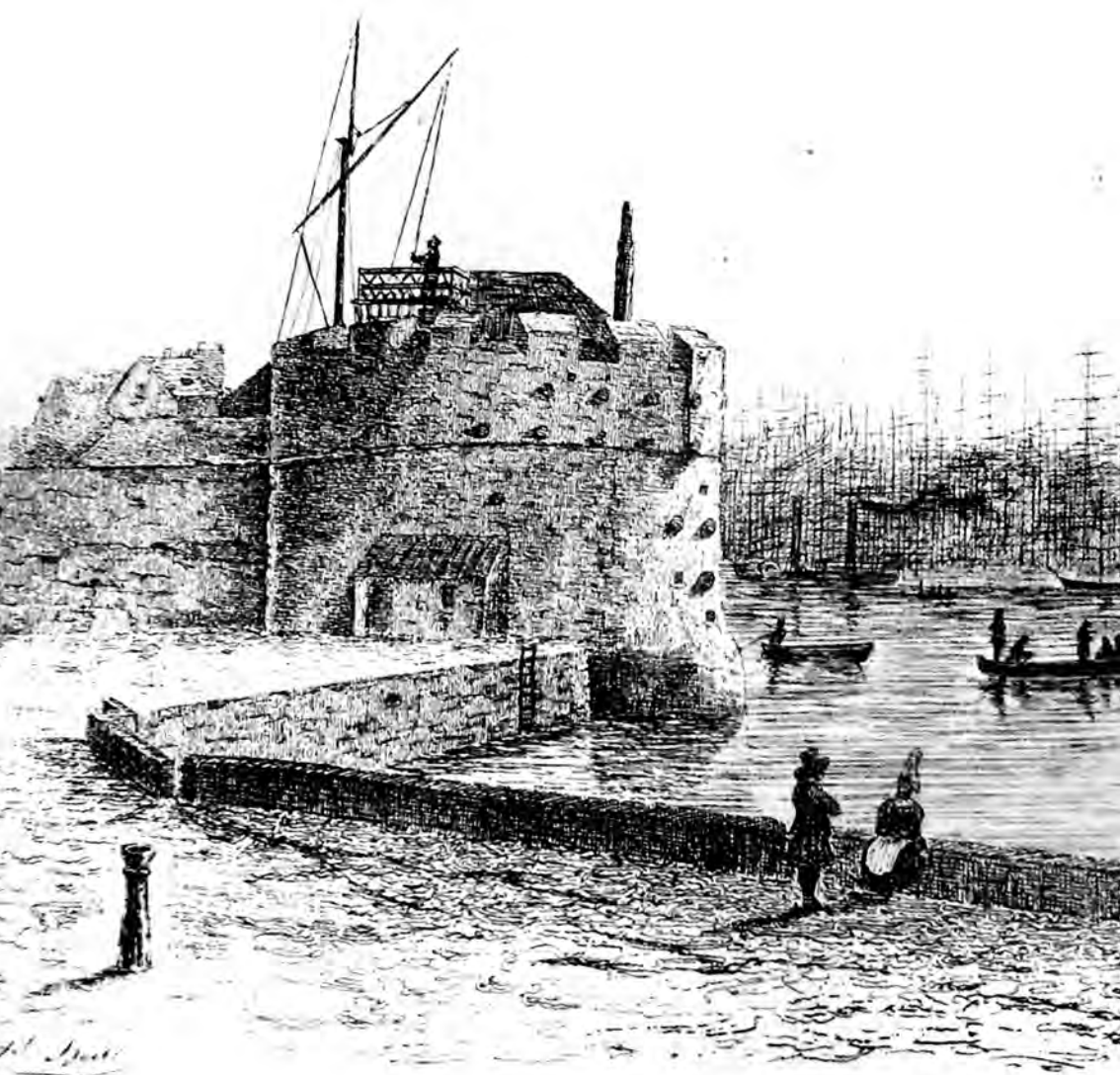
El Mariscal de Francia, Conde de Rantzau, era considerado como uno de los mejores generales que mandaron los ejércitos franceses a fines del reinado de Luis XIII y al principio del de Luis XIV. Nacido de una familia antigua e ilustre del Ducado de Holstein, entró muy joven al servicio de la Suecia, y había hecho con honor sus primeras campañas bajo las órdenes de uno de los grandes capitanes del siglo, el Rey Gustavo Adolfo, cuando llegó a la corte de Francia en 1635 en la comitiva del Gran-Canciller de Suecia, Oxenstiern. Recomendado ya anticipadamente por su propio mérito, dotado de un exterior gracioso, de un genio amable y cultivado, supo el Mariscal de Rantzau granjearse la benevolencia del monarca por sus brillantes cualidades. Luis XIII le hizo alistar en las banderas francesas confiándole dos regimientos con el grado de Mariscal de Campo. Rantzau no tardó en justificar tamaños favores y en pagar su nuevo título de francés; desde 1635 hasta 1646 no se le vio abandonar los campos de batalla.

Numerosos triunfos, reveses sostenidos con denuedo y reparados con destreza, le proporcionaron una bella foja de servicios. Nada prueba mejor cuán merecida era la consideración de que disfrutaba que el haber mandado [col. 2] como jefe superior en Alemania y Flandes; ocupó el gobierno de Gravelines y de Dunkerque y recibió por premio de sus hazañas el bastón de Mariscal en 1649, después de abjurados por su parte los principios de la religión luterana. Es verdad que estas recompensas coronaban no solo sus brillantes acciones, sino que le indemnizaban de las pérdidas que había sufrido en su persona; pues Rantzau tenía bien ganados todos sus grados y su casaca de Mariscal cubría un pecho cruelmente mutilado. Perdió un ojo en el sitio de Dôle, una pierna en el de

Arras, una mano en el de Aire y últimamente una oreja en Dixmude, de manera que el célebre académico Bautru decía con mucha gracia, hablando de este insigne soldado: “ya no le queda al pobre Rantzau sino la mitad de lo que cada hombre tiene una parte de íntegra”. Un pensamiento parecido encierra su epitafio: “Aquí descansa Rantzau cuyos miembros a la par de su gloria quedaron sobre cien campos de batalla. Su sangre corrió por la victoria y Marte solo respetó su corazón”.

Después de muerto así a pedazos, sucumbió definitivamente en el año de 1650, víctima de una hidropesía que contrajo en el ocio de una cárcel, pues el cardenal Mazarino tuvo la crueldad de encerrar en los calabozos de [p. 143, col. 1] la Bastilla, en medio de los desórdenes de la Fronda, “a este glorioso despojo de hombre”, según la expresión de un contemporáneo suyo, bajo pretextos de inteligencia con los rebeldes.

El pintor ha representado con maestría al [col. 2] Mariscal montado en su caballo de campo, y a pesar de su pierna de palo que se deja ver, el noble guerrero conserva una firmeza admirable como se nota en la lámina, y su frente cubierta de cicatrices está llena de dignidad.



*del. G. G. G.*

—  
Número 19  
—







## EL HAVRE-DE-GRACIE (Véase la *Lámina N.º 19*)

Cristóbal Colón, y tras él muchos navegantes, acababa de enriquecer a España y a Portugal con ricas colonias, en cuya división quiso Francisco I que la Francia tuviese parte.

Este sentimiento de orgullo nacional echó los cimientos de la ciudad de Havre-de-Gracie: aunque concurrió también otro motivo. Habiendo tomado Francisco I los intereses de Jacobo V, se afanó a oponer a los ingleses una barrera, por medio de una plaza fuerte la cual debió proteger la Normandía. El mar empezaba a retirarse de Harfleur y fue menester crear un puerto más seguro. El almirante Bonnivet fue enviado al Havre-de-Gracie en 1516; dábase este nombre a un ancón, asilo de algunos pescadores contra las tormentas. Una capilla de techo pajizo dedicado a la virgen protectora de los navegantes, una taberna y unas cuantas cabañas formaban el Havre, según la relación escrita por el almirante.

Una voluntad enérgica sacó en pocos años del lecho fangoso del Sena una ciudad y un puerto. Tres barrios fueron trazados y edificados inmediatamente: al occidente construyose una torre para la defensa de la ciudad naciente. Envalentonado con su obra, quiso el vencedor de Marignan que llevase su nombre, y llamó a dicha ciudad “Franciscopolis”, y enseguida Ciudad Francisca; pero la obstinación del pueblo poco agradecido le conservó el nombre primitivo: Havre-de-Gracie. En el día se le conoce simplemente bajo el de Havre, y durante la primera revolución escribíase el “Havre-Marat”.

La ciudad y el puerto acababan de levantarse de en medio de las arenas del mar, cuando una tempestad horrible derribó en pocas horas el fruto de tanto esmero. El 15 de [col. 2] enero de 1525, la ciudad fue inundada completamente y una parte crecida de la población pereció anegada: los buques anclados en el puerto fueron arrojados tierras adentro. Pronto reparó el gobierno tamaño desastre.

El rey quiso que la Ciudad Francisca fuese en lo sucesivo el punto de reunión de sus flotas y el taller para construirlas. Concedió innumerables premios y privilegios a los mercaderes, y estos volaron sin demora a la ciudad, hicieron edificar almacenes y casa para los proveedores, directores y demás personas útiles para las grandes empresas.

El Havre fue uno de los puertos designados para la construcción de los buques con destino a la expedición proyectada, desde mucho tiempo, contra los ingleses. Armáronse bombarderas de una forma nueva, es decir, más fuertes que las conocidas hasta aquel entonces: se hizo uso de las troneras nunca vistas anteriormente, pues al principio atábanse los cañones con fijeza encima de cubierta y en la proa de las embarcaciones.

Era costumbre de la época adornar un puerto con un buque que se consideraba como el soberano de él. Decidióse en el Supremo Consejo que se construiría, en el Havre, un navío con este objeto y no se ahorrarían medios para dar al “monarca acuático” toda la magnificencia que le correspondía. Este navío debió servir posteriormente, a juicio de un cronista, contra los turcos que invadían en el Levante el dominio de los cristianos. Duró tres años la construcción de este navío-monstruo: tenía la forma de las bombarderas genovesas y en nada se parecía a los buques modernos. Esta enorme máquina fue bautizada con mucha pompa, le pusieron la *Gran Francisca*: tenía un crecido número de cuartos, una capilla, un juego de pelota y en una de [p. 146, col. 1] las extremidades un molino de viento; tenía, además, tres hileras de troneras. La proa llevaba una salamandra cincelada con este mote de Francisco I: *nutrisco el extinguo*, y el todo amparado por un busto de San Francisco.

El caballero de Villars se recibió del mando de dicho navío. Si este buque sin proporciones manifiesta la infancia del arte en materia de construcciones navales, no es menos cierto que él atestigua también cuantos esfuerzos se hacían en aquel tiempo para que la marina francesa obtuviese el grado de esplendor que logró alcanzar largos años después. Hacia esta misma época, el obispo de Murray escribiendo a Francisco I le decía: “Señor, haced cuanto esté a vuestro alcance para ser dueño de los mares”.

Los esfuerzos reunidos de doscientos hombres y toda la ciencia del caballero Villars no pudieron sacar del puerto a la *Gran Francisca*; varó cerca de la Torre y en seguida un fuerte temporal la hizo astillas y cubrió la mar con sus despojos.

En 1536 entraron al Havre cuatro buques hermosos que llevaba a Francia a Jacobo V, Rey de Escocia, el cual iba en el *León*, el más brillante de toda la flotilla.

Irritado Enrique VIII por la protección que la Francia dispensaba a aquel príncipe, se apoderó de Bolonia; fuerza era vengar esta injuria, esta impávida ocupación. Francisco resolvió llevar la guerra hasta el seno mismo



de Inglaterra, y repartió órdenes para todos los puntos marítimos del reino a fin de que sean conducidos al Havre los buques disponibles. Cuarenta bombarderas llegaron del Mediterráneo a la embocadura del Sena, y pronto, ciento cincuenta buques de mayor porte ofrecieron en la rada del Havre un espectáculo nuevo y magnífico.

Este armamento que importaba sumas inmensas, estuvo listo para dar a la vela en 1545. El Rey quiso asistir en persona a la partida de la flota y conocer al fin la ciudad que él había fundado. Llegó al Havre, donde fue acogido como un padre, pues había recibido toda su munificencia: al declararse el señor de aquella ciudad, Francisco I la había librado de las vejaciones a que estaban sujetas la mayor parte de los pequeños pueblos de Francia.

[Col. 2] Este soberano no supo disimular el contento que le causaba aquella vista, y lo manifestó dando una lúcida fiesta a toda su corte, cuyo principal ornamento pendía de la gracia y elegancia de las mujeres. Eligió para teatro de la fiesta el *Felipe*, navío de cien cañones, presentado a S. M. a título de homenaje, por el almirante Chabot, quien lo había mandado construir a sus propias expensas. Una imprevisión amargó la vida del Rey y de su comitiva: las cien baterías, cargadas imprudentemente, hicieron tal explosión que el fuego prendió a bordo; el navío ardió hasta la quilla, y muchos perecieron víctimas de la catástrofe.

Por último esta flota temible y de tanto costo, llamada entonces la “Gran Armada” y que llevaba 25.000 infantes, se hizo a la vela bajo las órdenes del almirante Annebault, y causó a los ingleses más miedo que daño. El mal tiempo la forzó a arribar a la isla de Wighth, y luego asoló las costas de la Gran Bretaña, a presencia del mismo Enrique VIII que tenía su residencia en Falmouth. Esta expedición naval señaló los últimos años del reinado de Francisco I. Su sucesor Enrique II se creyó en la obligación de visitar el Havre. Este viaje, que parecía no tener otro objeto que el de una diversión, ejerció una influencia benéfica en los destinos de aquella ciudad. Los ingenieros que acompañaban al Monarca, examinaron detenidamente cuanto podía contribuir a embellecer y fortificar un puerto tan importante del reino. Diose principio a los trabajos, y su ejecución fue confiada a los presidarios residentes de Rouen.

El puerto del Havre tenía, en aquel entonces, doce navíos para defender sus costas, mandados por capitanes de la marina real, lo que prueba que el sucesor de Francisco I había comprendido cuán importante era para

la Francia no quedar atrás en este ramo, pues de esa inferioridad aprovecharían sus vecinos y hubiesen sacado de ella ventajas incalculables.

El Barón de la Garde, sostenido por esos doce navíos, en dos viajes que emprendió, condujo al puerto del Havre trescientos buques flamencos cargados de mercaderías de sumo valor, cuya venta duró tres meses.

El almirante Coligny obtuvo tres navíos de estos, so pretexto de ir a fundar establecimientos [p. 147, col. 1] mercantiles a América y especialmente en la Florida, pero el éxito no llenó sus esperanzas.

El Havre es sobre todo notable por el vasto comercio que hace tanto al interior como al exterior de la Francia. Su primitivo comercio fue el de la pesca de bacalao y ballena. Luis XIV, que impuso a la administración de la Francia el sello de su genio, concedió privilegios a los que construyesen buques con el objeto de extender las relaciones mercantiles del reino, y concedió igualmente cinco francos por tonelada a cuantos hiciesen buques de cien toneladas para arriba, debiendo satisfacer dicha suma con la renta del tesoro público. Sin embargo, a pesar de las buenas intenciones del monarca, el puerto de Havre estuvo en vísperas de quedar inutilizado para siempre a consecuencia de unos peñascos arrancados por el mar, de la punta del cabo de la Heve y que obstruyeron la entrada. El inmortal Colbert, ministro de aquel gran rey, envió al ingeniero Vauban con instrucciones y autorización para proponer un remedio pronto y eficaz. Este hizo abrir un hermoso canal que aseguró el libre tránsito de los buques sin temor alguno de las rocas.

Para formar una idea cabal del comercio vastísimo de aquella ciudad en 1660, bastará saber que los traficantes se vieron en la necesidad de hacer construir hasta cincuenta y ocho gabarras de lastre, lo que para aquel entonces es cosa admirable.

La compañía de Indias se estableció en el Havre hacía sus armamentos y recibía los retornos. Esta doble operación exigía la concurrencia de un crecido número de empleados y obreros, pues debía atraer indecibles ventajas a la ciudad. Esta compañía recibió dos cargamentos, el uno de la China y el otro de Persia, en dos buques de cuatrocientas toneladas. La nueva de este arribo cundió por toda la Francia, y la rareza de las mercaderías valiosas que iban a venderse en los mercados del Havre despertó la curiosidad de los ricos señores: llegaron estos y dicen que fue tanta la afluencia que muchos de ellos durmieron dentro de sus carruajes. El inmenso vuelo que ha tomado en el día el comercio francés ha hecho olvidar las mercaderías de la India.

En fin Napoleón decía en 1810: “el Havre [col. 2] es punto de mucha importancia: tiene buenas maderas para la construcción de buques de guerra y hermosas conchas para guarecerlos. En una palabra el Havre es el puerto de París”.



### HIMNO A LA BELLEZA

¿Lenguaje humano, cómo podrás expresar los encantos y poderío de la belleza? ¿Cómo podrás expresar lo que ella encierra de vago y positivo, de débil y fuertísimo a la vez? ¿Sabrás definir ese atractivo siempre victorioso que subyuga los sentidos, cautiva el corazón, arrebató la imaginación y esclaviza la facultad de pensar? Si no puedes pintar ni las miradas ni el sonido de la voz, ni la expresión de la fisonomía, ni aquellos destellos del alma que brillan en las facciones, animan los contornos y movimientos del cuerpo; lenguaje humano; ¿cómo podrás expresar los encantos y poderío de la belleza?

Tímida, llena de delicadeza y mansedumbre, parece formada para someterse y obedecer, y sin embargo, ella impone la ley y domina a la par de la irresistible necesidad: dispone muchas veces de la suerte del hombre y aún de los imperios; ante ella la fortaleza se convierte en debilidad. Pero, ¡ay, si solo duran un instante las maravillas! Apenas despertamos de la cavilación dulcísima y melancólica en que su presencia nos sumerge, cuando ya la belleza ha desaparecido, ya no existe: pasó como una sombra, se desvaneció como una visión deliciosísima. Lo que resta en nosotros se asemeja al vago vestigio que dejan en el oído los inspirados ecos de una lira de oro. Luego es indudable que experimentamos una sensación dulce y desabrida, agradable y triste a un mismo tiempo, cuando contemplamos la belleza, esta obra de Dios, portentosa y frágil, sobre la cual derramó un rayo, un solo rayo de la luz de su gloria.

M. BALLANCHE



## KLOPSTOCK

Klopstock es uno de aquellos genios que la naturaleza dispensa con mano avara y cuya aparición en la tierra deja tras sí un rastro luminoso que ilustra a las naciones.

Dante había enriquecido su país con el poema alegórico de la *Divina Comedia*, el Tasso, Ariosto, Milton concibieron el plan de una epopeya, ora en los extravíos de una imaginación inquieta y extravagante de una patria libre, o ya en fin en medio de las tempestades borrascosas que conmovieron y desquiciaron la Inglaterra; pero Klopstock distante de la sencilla anti-güedad, modelado por una civilización muy diferente y colocado entre una religión grave enteramente metafísica e inflexible y los tristes recursos de la alegoría o de un maravilloso pueril y mesquino, ¿a dónde debía acudir por él? ¿en dónde buscarlo? Un solo camino le quedaba, uno y nada más que pudiese restituir la poesía épica a su dignidad primitiva: la historia sagrada. En ella, en la revelación de ideas más grandiosas para la especie humana, en el santuario mismo del Dios omnipotente, cuyo nombre solo inspira un temor saludable, en donde debía hallar cantos dignos de la veneración religiosa del cristiano.

Milton abrió el camino, y nunca poeta alguno se remontó tan elevado. La creación del Universo, la caída del primer hombre, la [col. 2] expulsión de los ángeles rebeldes, he aquí su objeto. Klopstock le sigue, y casi iguala su osadía en la elección de los personajes principales que figuran en el primer término de su cuadro. Un Dios que muere a manos de los hombres, que ha rescatado con el precio de su sangre, el Mesías, el misterio inefable de la redención, no hielan su genio con un santo temor, sino que templando el harpa de los profetas, la hace vibrar con acentos análogos a los de estos. Aquí se manifiesta la inspiración más sublime evidentemente enunciada. Si Klopstock pinta la creación del mundo, sus alas de fuego se sostienen a la misma altura que el objeto. En otra parte, para escucharse al Profeta-Rey que entregándose al entusiasmo que le consume, confía al Señor sus gozos y esperanzas, sus disgustos y dolores. ¿Cuándo la cítara Hebrea resonó con acentos más elocuentes? Ya se cree que es David, que apoderado de su harpa va a rasgar las nubes que ocultan la Majestad Divina a los ojos de los lectores, o ya que es Isaías que con voz majestuosa impone silencio a la tierra y al cielo para profetizar al pueblo infiel las venganzas terribles del Señor.

Milton cantó la caída del hombre; Klopstock celebra su redención; pero como Satanás, este gran genio diabólico hace un papel [p. 150, col. 1] interesante en las escenas terribles y graciosas de estos dos poemas, como Dios y los ángeles son sus resortes principales, necesariamente los dos poetas tienen muchos puntos de contacto; sin embargo no puede decirse que se parecen, porque sus genios son enteramente opuestos y por consiguiente han visto con ojo muy distinto el interior de los cielos y el del abismo infernal. Milton se identifica con Satanás (permítase este lenguaje), y al leer su poema, parece que el arcángel mismo no obraría ni hablaría mejor que el poeta inglés le hace obrar y hablar. Se siente que tenía delante a Cromwell.

Brillante en medio de su orgullo juvenil este ángel rebelde osa disputar al Eterno el trono del universo; pero el Satanás de Klopstock es más orgulloso, más sombrío, más feroz aún, si cabe, que el de Milton. Klopstock tiene una marcha celestial, saca su belleza de lo alto, y su obra toda está teñida de este color. Se diría que respira con mayor facilidad a la grande altura en que le coloca el espectáculo majestuoso del tiempo y la eternidad. Cuando el asunto lo exige, es severo, terrible, espantoso; pero en sus mismos trasportes, en sus sombríos y aterrados accesos se siente que fue hecho más para vivir con los ángeles del cielo que con los familiares de Belzebuth.

Sin embargo, la carrera de estos hombres es algo parecida. Ambos adoptaron con entusiasmo las revoluciones monárquicas; pero el secretario de Cromwell perseveró en su sistema hasta la muerte, mientras que el consejero del Rey de Dinamarca abjuró solamente sus principios cuando la Convención nacional quiso seguir las huellas del Parlamento.

Si Klopstock imita a Milton y toma de él muchas de sus ficciones y personajes, también evita muchos de sus defectos. Inferior en audacia y energía al poeta inglés, le excede mucho en la sabiduría y pureza de su gusto. El cantor del Mesías encuentra en la naturaleza humana de Jesús un velo que temple el fulgor de la Divinidad, en su abatimiento un medio para elevarnos hasta él, en sus padeceres y en su muerte un interés que nunca se debilita. Aquí no es un mundo ideal en el que el padre y la madre de los mortales son los dos únicos seres de nuestra especie; hombre es el mismo Dios rodeado de [col. 2] hombres como nosotros, hombres son sus discípulos y amigos; sus jueces y sus adoradores, sus perseguidores y sus verdugos son hombres. Todo nos llama a nosotros mismos, llamándonos a él; amamos lo que él ama, odiamos lo que él aborrece, el infierno nos causa horror; y si nos merece un rayo de piedad, será para el desgraciado, arrastrado muy a su pesar por

las cohortes rebeldes; desgraciado como culpable, pero interesante, porque el arrepentimiento ha enmudecido sus párpados.

Klopstock no prueba jamás inútilmente el despertar sentimientos de piedad, nunca le falta la expresión de la efusión de un corazón puro, y cuando la usa, es viva y sublime, como hija de un alma que a una sensibilidad profunda unía un espíritu grave y religioso, y una fuerza de meditación que sostenía el vuelo de una imaginación poderosa y atrevida. Amigo apasionado de la naturaleza, la pregunta y describe a veces con una afectación que un gusto severo reprobaría; otras, y son las más, la pintan con aquellos rasgos magníficos y aquel género de entusiasmo que le es propio. En ella, sobre ella, en todas partes descubre al criador que la sacó de la nada y siempre lo ve lleno de reconocimiento y de amor.

Si Klopstock se eleva a tan altas sublimidades es apoyándose en la revelación, fuente fecunda en bellezas como abundante de sentimientos nobles y generosos. En sus pensamientos elevados, en la ardiente energía de su expresión, es fácil reconocer que está empapado en el estilo de los libros sagrados. Descúbrese sobre todo que es un hombre, que ha meditado aquellos escritores del porvenir, que oían con muchos siglos de anticipación desplomarse los tronos unos sobre otros con notable estrago y ruina, que borraban un pueblo del mapa de las naciones, prometiendo sus despojos a otro que aún no existía, que en sus narraciones proféticas seguían al Cristo desde el establo de Bethlehem hasta la cuna del Golgotha.

No es tan fácil apreciar la Mesíada de Klopstock en clase de poema épico, como hace sentir las bellezas de Homero y de Virgilio. Sobre estos modelos de la epopeya ha mucho tiempo que está dicho todo; más la inmortalidad más reciente del bardo alemán no ha recibido aún la sanción del tiempo [p. 151, col. 1] y ni los sufragios unánimes de los pueblos; la crítica literaria puede evocarle todavía a su tribunal; aún es tiempo de señalar, sin exponerse a repetir lo dicho, todo lo que este poema tiene de sublime en su objeto, de grandioso en su plan, de rico y armonioso en su estilo, de nuevo y enérgico en los caracteres y de imponente en sus cuadros.

Esta empresa tan noble, austera y religiosa no puede concebirse y ejecutarse sino en Alemania e Inglaterra. El motivo es porque en la primera, especialmente, tierra clásica del pensamiento, de una metafísica severa y de un patriotismo histórico, la religión no es una virgen tímida que tiembla de aparecer en clara luz, que se avergüenza de prestar su compañía a las fiestas nacionales, a los aniversarios de los triunfos y contratiempos de la patria, a

las solemnidades más importantes y grandiosas, sino que por el contrario vive en el fondo de los corazones, se la encuentra en las narraciones del historiador, en las meditaciones del moralista, en los desahogos de una correspondencia familiar y hasta en las palabras fugitivas que la tradición conserva. La religión consagra en Alemania, con una tierna ceremonia, la entrada del hombre en el mundo; tiene parte en todos los actos de la vida, le sostiene en su marcha vacilante y cierra sus ojos en la tumba: ella cubre con los encantos de la inocencia la cuna de los recién nacidos y el sepulcro de sus padres con la esperanza sublime de la inmortalidad.

¿Hubiera podido salir a luz en Francia este poema? Se sabe lo que le sucedió a Voltaire cuando, embriagado con el éxito feliz que obtuvo en la escena trágica, se entregó con pasión ardiente a la epopeya y resolvió enriquecer su patria con una. ¿Qué habría dicho el siglo XVIII que encontraba frío, pacífico en demasía, para el calor que exige el héroe de un poema épico, y muy distante de las pasiones tumultuosas y dramáticas que requiere este género de composición; al buen Enrique, carácter amable y perfecto hasta en sus debilidades, combinación tierna de grandeza y familiaridad; ¿qué habría dicho de una epopeya cuyo personaje principal es un Dios, una criatura completa, un ser que reúne el bello ideal de todas las perfecciones? En la Mesíada no se encuentra ni el politeísmo sirviente [ferviente] de la antigüedad, ni el furor infernal del Dante, [col. 2] ni los conceptos medio paganos, medio mitológicos del cantor de Godofredo, ni aquella poesía de inocencia, juventud y amor que embriagaba al sensible Camoens. Todo es pacífico en ella, majestuoso, severo, lleno de aquella grandeza que lo es solo para el cristiano que en sus misterios no ve más que objetos de veneración y de fe. Pero los hombres que la incredulidad filosófica ha hecho ciegos a las bellezas admirables que resaltan del fondo de las creencias religiosas, no verían en la exaltación poética de Klopstock otra cosa que fanatismo y falsa devoción, parodistas continuos de la Sagrada Escritura, rechazarían con burla a este viejo poeta, lleno totalmente de ellas.

¿Hubiera obtenido la Mesíada mejor suceso en Italia, en ese país brillante e ingenioso, en medio de sus florestas encantadas, de la influencia blanda de su clima, de las creaciones sublimes de las artes, de la armonía melodiosa y demás atractivos de su idioma? Parece que no. En el mediodía se vive día por día. La presencia del sol, lo fácil del trabajo, las sensaciones siempre en acción no permiten largas esperanzas, ni largas inquietudes. Allí se goza de la libertad de espíritu que tanto favorece los éxtasis de la

imaginación: allí también es el único lugar donde podían y debían nacer poetas amables que cantasen las dulzuras del *far niente* y el gozar de lo presente, olvidando el porvenir. Embriagado el meridional con todo lo que le rodea, ávido siempre de comunicar a los demás su ardiente existencia, goza de la creación en vez de buscar su autor: le ocupan demasiado las perspectivas seductoras de los sentidos para que pueda correr tras del espíritu; se contenta con su vasto y brillante dominio, mientras que un cielo esplendoroso parece remontarse sin término ante su vista. Pero sería perder el tiempo buscando en Italia aquella sensibilidad profunda, aquel entusiasmo reflexivo, aquella exaltación pura que, desatando la imaginación de las ideas terrestres y materiales, dirige su vuelo a regiones más elevadas; en una palabra aquella tendencia toda espiritual de los pueblos del norte. Es pues claro que ni en Italia hubiera podido ser concebido ni apreciado en su justo valor el bello poema de la Mesíada.

Klopstock ha tenido el honor de dar al [p. 152, col. 1] pueblo alemán, tan dispuesto naturalmente a impresiones religiosas, aquel impulso noble y saludable que con tanto brillo se ha propagado después.

Concíbese la poderosa influencia que ha ejercido, cuando se sabe el piadoso delirio, la convicción profunda, el éxtasis elocuente con que se entregaba a las verdades del cristianismo que sostenía, con todo el calor de su alma, hecho un apóstol, el más convencido, el más elocuente y sublime. Muchas veces se le oía recitar, al despertar, trozos de las sagradas letras con el acento de un hombre inspirado y el entusiasmo de un convertido. La promesa de que el hombre culpable, pero arrepentido, hallaría gracia ante su juez, le arrancaba lágrimas de ternura; la menor prueba de la inmortalidad del alma, lo llenaba de reconocimiento y amor. De aquí puede comprenderse bien que si el lenguaje poético ha sido sostenido con algún trabajo, es en aquel que comenzado después de una preparación semejante le ha llevado a término por los esfuerzos sostenidos del alma y la exaltación permanente del pensamiento.

Tiempo es ya de penetrar en el interior de la Mesíada que Madame de Staël compara con uno de aquellos majestuosos templos, bajo cuyas bóvedas silenciosas no es posible introducirse sino llenos de recogimiento y de un religioso temor.

Al principiar el poema, vese al Salvador retirarse a la cima de una montaña elevada para desarmar la cólera celeste y renovar ante su Padre y Dios, el empeño de salvar al género humano, que había contraído. Juan, su



discípulo y amigo, le acompaña y allí junto a los sepulcros de los profetas comienza un diálogo admirable, en que la misma víctima viene a ofrecerse en sacrificio y recibe del supremo Juez la promesa solemne de que derramaría su sangre para borrar las señales del pecado. Jesús encarga a Gabriel, uno de los mensajeros de su Padre, de ir a deponer su oración al pie del trono del Omnipotente, y el serafín parte a llenar la comisión que ha recibido, brillando su semblante con una alegría divina. Las alas de fuego que sostienen al ángel Gabriel, parece que elevan al poeta hasta el espacio infinito en donde el Creador se muestra al nuncio de su Hijo, rodeado de la cohorte celestial que guarda su trono y hace [col. 2] resonar las bóvedas eternas con el canto del amor sin fin. Lo sublime aquí se manifiesta tanto en la magnificencia y esplendor de las imágenes como en la reunión admirable del grado más alto de grandeza y sencillez.

Vuelto Gabriel a la tierra, encuentra al Señor dormido: Jesús despierta, y se aproxima a un desgraciado a quien el ángel de las tinieblas posee después de haberlo sumergido con un delirio espantoso.

“¿Quién eres?”, pregunta el Salvador al espíritu infernal. “¿Quién eres tú que te atreves a atormentar de ese modo en mi presencia al género humano que he de redimir con mi sangre?”.

“Soy Satanás”, responde una voz semejante al bramido, “El rey del universo, jefe de las almas libres de la esclavitud; tu fama, profeta mortal, ha llegado hasta mí a través del infierno; helo dejado por contemplar cara a cara al que las naciones osan llamar su libertador. Para hacerte sentir mi poder he atormentado, a tu propia vista, a una de las criaturas a quienes amas. Atiende, mira las señales de la muerte sobre ese rostro inanimado, he concluido mi obra, vuelvo a los abismos”.

Al concluir estas palabras, Satanás se envuelve en una densa niebla, atraviesa el valle de Josaphat, salva el mar muerto, sube al Carmelo y elevado sobre su cima cubierta de nubes, se remonta hacia los cielos.

(Concluirá)



## A LOS SRES. SUSCRIPTORES

En la semana entrante se empezará la cobranza del segundo trimestre de *El Recopilador*.



—  
Número 20  
—



*Lámina N.º 20*





## TIPOU-SAIB

(Véase la *Lámina N.º 20*)

Hider-Aly-Khan, padre de Tipou o Tipoo, era hijo de un tejedor del Maissour; vistió muy joven el uniforme de soldado y llegó a ser oficial: sus intrigas y habilidad lo elevaron pronto al puesto de Primer Ministro del Rajah del país. Bajo su administración, el Maissour tomó la fisonomía de un nuevo estado, y luego algunas guerras afortunadas diéronle una considerable extensión. El Hider no abrigaba más pensamiento que el de la expulsión de los ingleses de la península. Ya estaba empeñado en una guerra contra ellos, cuando lo sorprendió la muerte en 1782. El 7 de diciembre del mismo año le sucedió su hijo Tipou: este había sido conocido en su juventud bajo el nombre de Feth-Aly-Khan, y a la edad de dieciséis años ocupaba ya el cargo de intendente (*diván*) en la provincia de Bednor. Había acompañado a su padre en la mayor parte de sus expediciones y dado pruebas de capacidad. Sus hazañas militares le merecieron el nombre de *Tipou-Saib* (hombre distinguido) por el cual es conocido en Europa. Los ingleses sintieron todo su valor desde que se les presentó al frente de un gran cuerpo de caballería, persiguiendo a las tropas británicas hasta Madras, en donde ordenó el saqueo en toda la parte llamada “ciudad negra”.

En el momento de suceder a su padre, Tipou se encontró colocado a la cabeza de un cuerpo de tropas en la provincia de Tandjaour; libre de un enemigo tan formidable cual era Hider, los ingleses quisieron aprovechar esta circunstancia para derribar al hijo: a fines de febrero de 1783, el Brigadier General Mathews, poniéndose en movimiento, empezó por algunos triunfos y se apoderó de varias ciudades en una de las cuales muchos miembros de la familia de aquel príncipe cayeron en su poder: pero Tipou logró pronto un desquite: [col. 2] el 9 de abril del año siguiente se presentó delante de Bednor, se apoderó de esta ciudad y forzó a los ingleses, por una capitulación, a abandonar el territorio que acababan de conquistar. Estos últimos se afanaron a salvar el oro y la plata, en despecho de la convención; mas Tipou retuvo por represalias a Mathews y a su hermano junto con la guarnición. Si se diera fe a los vencidos, no hay duda de que este príncipe hizo envenenar a su prisionero y decapitar al hermano que huía cargado de alhajas y de oro.

Tipou fue menos feliz en su ataque contra Mangalore: estaba sitiando esta plaza cuando la paz firmada por Francia e Inglaterra le obligó a deponeer las armas el 11 de marzo de 1784. Este tratado le devolvió todas las posesiones que había perdido, y por su parte, él entregó también Calicut, antigua conquista de su padre, comprometiéndose a evacuar los estados de los Rajahs de Tandjaour y de Travanor aliados de los ingleses, y a renunciar a sus pretensiones sobre el Carnate.

Inmediatamente después de la conclusión de la paz, Tipou, desdeñando el título de teniente con que su padre se había contentado, tomó el de sultán y aún el de *padichah* (emperador), y secuestró completamente a la familia real.

Su odio profundo contra los ingleses le hacía soñar diariamente en buscar los medios de libertarse de tan peligroso enemigo, cuya vecindad le amagaba sin cesar. Envió en el año 1787, embajadores a la corte de Francia para que solicitasen el apoyo de Luis XVI; aquellos salieron el 22 de julio de Pondichery y llegaron el 9 de noviembre a París, en donde fueron acogidos con gran pompa; renovose el antiguo tratado, sin que tuviese más resultados su importante misión, [p. 154, col. 1] pues las circunstancias políticas del gabinete de Versalles no eran entonces muy lisonjeras.

Tipou no se desanimó. Una discusión con los holandeses respecto de la posesión de una de las plazas del reino, le puso otra vez las armas en la mano. En junio de 1789 marcha sobre Cranganor, y el mes de diciembre siguiente se lanza sobre Travanor. Pero los ingleses que estaban observando sus pasos, lo atacan en sus propias líneas, auxiliados de las tropas del rajah enemigo de aquel príncipe debió siempre considerar opuesto a sus miras. Tipou salió con felicidad de este mal paso, y durante toda la campaña tuvo la destreza de evitar una acción decisiva. Sin embargo, al año siguiente, la toma de Bangalore por el general Cornwallis pone a Maissour en disposición de ser invadido, mientras otro ejército salido de Bombay, bajo las órdenes de Abercromby se apodera de Cananor. Habiéndose juntado ambos generales se presentan delante de Seingapatnam, capital de Tipou, en 1791, y en medio de sus preparativos para formalizar el sitio de esta plaza se ven forzados de repente a alejarse, acosados por el hambre y la peste.

Tipou aprovecha de esta plazo para enviar nuevas proposiciones a Luis XVI; pero los momentos eran aún más críticos que antes. El 5 de febrero de 1792, lord Cornwallis se presentó nuevamente delante de

Seringapatnam, a la cabeza de un ejército compuesto de ingleses, mahrattes y de soldados del Nizam de Dekan; ataca y se apodera del campamento del enemigo y las tropas que lo defendían son dispersadas y arrolladas hasta la ciudad: el 24 de febrero temiendo el asalto, Tipou no solo quiere oír, sino que admite proposiciones y capitula el 18 de marzo, dando en rehenes a dos hijos suyos de edad de ocho y diez años. Perdió en esta campaña 67 fuertes, 800 piezas de artillería y 50.000 hombres.

Libre de sus implacables adversarios, Tipou [col. 1] no deja de suscitales enemigos por todas partes; se dirige a Chah-Zenam, rey de Caboul, queriéndole atraer a su alianza, pero todos sus esfuerzos son vanos; entonces despacha nuevos embajadores a Francia que le mandó auxilios tan insuficientes, que antes que llegasen, los ingleses, ya sabedores, pudieron aprestar su resistencia. En esa misma época, Napoleón, entonces en Egipto, le envió un emisario para aconsejarle que volviese a atacar a los ingleses, pero el enviado fue arrestado en Bombay y, y quedó frustrado el plan. Válido de tan plausibles motivos, el gobernador general de la India, lord Welesley, hace salir de Madras un buen ejército, a las órdenes del general Harris, mientras que el de la Presidencia de Bombay, comandado por Stuart, se dirigía sobre Cananor. Esta nueva tormenta no arredra a Tipou; junta su ejército y al frente de 60.000 hombres provoca valientemente a Stuart a una acción; esta duró dos horas; en vano los Franceses al servicio del Príncipe reúnen otra vez las tropas dispersadas, el mismo Tipu cae muerto a la edad de cincuenta años y después de haber reinado dieciséis. El botín que hicieron los enemigos fue inmenso; un hecho solo basta para dar una idea del tesoro del hijo de Hider: en los días señalados para administrar justicia, acostumbraba sentarse en medio de dos tigres de oro macizo y de grandor natural, siendo cada ojo de estos un enorme y riquísimo diamante.

Después de la muerte de este Príncipe, la familia del antiguo Rajah fue colocada sobre el trono de sus mayores, pero dueña de un estado muy reducido, a merced de una guarnición inglesa y de un residente de la misma nación. La familia de Tipou fue desterrada igualmente a Velore a las inmediaciones de Madras; y en 1808, so pretexto de una conspiración de dos regimientos de Cipayes, se creyó oportuno alejar aún más a aquellos príncipes de un país en donde sus padres habían hecho un papel tan notable, y se les designó Calcuta para residenciar.



## KLOPSTOCK

(Continuación de la página 153)

Nada ridículo hay, diga Boileau lo que quiera, en esta potestad que derrocada de las grandezas celestiales y condenada a la mansión triste del abismo, conserva solo un odio eterno, una venganza insaciable contra el poder de Dios, cuyos designios procura impedir por cuantos medios están a su alcance. Dante nos hizo ver el primero a este arcángel abatido, seis mil años hace, entregado al suplicio y la cautividad, degradado en el embrutecimiento de la desesperación. Milton le ha pintado con rasgos más sublimes, cuando le presenta, tocando al salir del caos, el pie de la escala misteriosa que conduce al cielo. El recuerdo de su felicidad, el sentimiento de sus penas, la envidia, la desesperación incapaz de remordimientos, el endurecimiento, la rabia, un movimiento, en fin, de su orgullo abatido, trastornan su alma al descubrir aquella dolorosa perspectiva. Apártese de este fulgor insoportable, de la claridad de los astros que molesta su vista, se precipita el círculo reducido de la creación y se lanza bramando de cólera en los abismos del infierno.

A Klopstock, después de Milton, estaba reservado dar al monarca infernal toda la dignidad que reclama la epopeya, presentado a este ángel rebelde con la frente señalada del rayo, pero su cuerpo esplendente aún con los vestigios medio borrados de hermosura y grandeza primitivas, humillado por su caída, pero soberbio siempre, y amenazando desde lo profundo del infierno al cielo con sus torvas miradas.

Klopstock nos hace asistir a un consejo de [col. 2] los abismos con el Tasso. En este cuadro del mundo infernal, brilla el colorido de la más fecunda imaginación. Aparece el primero Adrameleo, espíritu el más fe-roz de todos los de las tinieblas, tipo afrentoso de la hipocresía, de la venganza y de todas las pasiones bajas; síguele Moloe, espíritu guerrero y encerrado ordinariamente en una fortaleza inexpugnable para ponerse a cubierto del trueno de Jehová; preséntase cubierto de una armadura terrible y haciendo retemblar a lo lejos el infierno con el ruido sombrío de sus pasos; desplómense las montañas a su vista, las rocas se precipitan en pos de él. Después Belielel, mustio y con la cabeza baja, acaba de salir de florestas y desiertos en que los torrentes de la muerte, saliendo de su cauce nebuloso, arrojan sus ennegrecidas ondas hasta el trono de Satanás.



El sombrío Magog, por último, lúgubre habitante del Mar Muerto, en el cual le ha precipitado el brazo vengador del omnipotente, saca también humillada su cabeza de entre los remolinos en que sus olas hierven con espantoso ruido.

Reúnense así alrededor de Satanás los príncipes del infierno. La multitud innumerable de espíritus que puebla su reino, acorre, como las olas del Océano al estrellarse contra una inmóvil roca. Fiero Satanás en el transporte de su orgullo se levanta para contemplar mejor aquel hórrido espectáculo, y apercibiendo a alguna distancia la multitud de los ateos, convulsos sus labios con un sardónico reír y conducidos por Gog, a quien sus [p. 159, col. 1] formas atléticas y su rabia insensata distinguían de sus viles súbditos, les lanzó una mirada de desprecio y volvió a otro lado la cabeza como indignado de un espectáculo tan vergonzoso. Después de recogido un poco, les dirige la palabra y, con una elocuencia varonil, pinta los peligros que amenazan al infierno, los diferentes acontecimientos que distinguen la vida de J.C. y su misión. También cuenta la matanza de los recién nacidos ejecutada por orden de Herodes y describe el placer con que rebozaba su alma al ver caer tantas víctimas inocentes bajo la cuchilla del verdugo.

Un ángel rebelde está sentado al pie del trono de Satanás, Abtradona el serafín. El día en que pretendieron alzarse contra el poder de Dios una porción de sus ministros, Abtradona se separó huyendo de los enemigos de su Señor. Brilla en este instante el aparato triunfal de Satanás, y Abtradona, este ángel débil y tímido, deslumbrado por él, se deja arrastrar entre las cohortes insurgentes. Desde entonces no hace más que maldecir sus pasados errores; triste y solitario trae a la memoria los recuerdos de su juventud y se eleva a la mañana risueña de la creación. “Faltaba, dice Madama de Stael, a los tormentos del infierno el estar habitado por un alma sensible”. Espantado de los proyectos audaces del arcángel rebelde, vacila aún en tomar la palabra para declararle que de ningún modo concurrirá a la ejecución de sus designios; al fin exclama:

—¿Qué osas hacer Satanás? ¿Conspirar para la muerte de Jesús, del Hijo de Aquel cuyo brazo omnipotente ha herido nuestra frente orgullosa con su rayo vengador? Renunciad a tan temerario proyecto o teme que un castigo atroz sea el precio de tu culpable empresa.

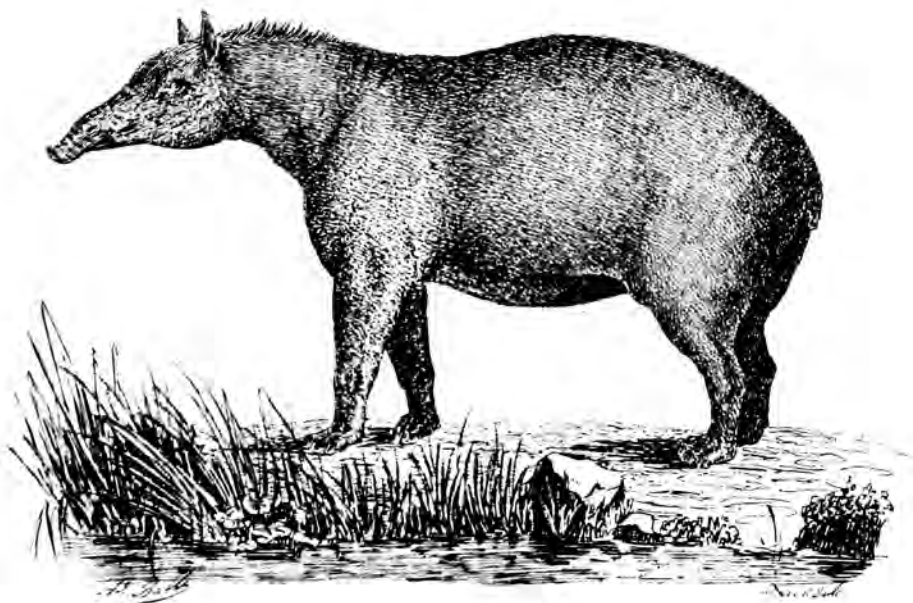
Satanás enmudece, la rabia le impide hablar. Adramelec apostrofa a Abtradona con las palabras más insultantes, le echa en cara su perfidia y debilidad y anima a Satanás para que siga su noble empresa. Bajaron después

a la montaña de los Olivos, donde estaba el Salvador que se preparaba a morir, los ojos vueltos hacia el cielo, el espíritu abismado en un éxtasis sin nombre. Los discípulos de Jesús tienen cada uno un ángel tutelar que les marque la conducta que deben seguir, señalándoles [col. 2] los escollos en que pueden tropezar. Apoderado el sueño de la mayor parte de los apóstoles, descansaban los unos bajo el espeso follaje de un olivo; otros a la sombra de risueños vallados que se elevaban sobre las colinas; algunos al pie de un copudo cedro, cuyas hojas movidas blandamente por el viento, hacían resonar la selva con dulce murmullo. Judas Iscariote había cedido también al cansancio, y dormía junto a Labeo, su amigo y compañero. Pero el genio del mal vela en silencio, y lleno de negros proyectos, desciende sobre el Iscariote. Abre su corazón a las pasiones más siniestras, a los celos, a la envidia, y revistiéndose después con la sombra de su padre se le aparece en sueños y le arma contra su señor y Dios. Judas despierta, esta visión le preocupa, le agita, le atormenta, y dócil a la voz de su padre, se decide a consumir en Jesús el atentado más infame y horrendo: está resuelto el deicidio.

Feroz con su triunfo, Satanás contempla en silencio a Jesús con un aire terrible y amenazador; deja en seguida el monte de los Olivos, y marcha a Jerusalén a casa de Caifás, enemigo de Jesús y gran sacerdote de la divinidad. Animado este por el espíritu infernal, convoca a los sacerdotes y senadores, y les pondera la necesidad que hay de concluir con Jesús de Nazareth, cuyo ascendiente sobre el pueblo se aumenta de día en día. El fogoso Philon, el sabio Gamaliel, Nicodemus el austero, toman a su vez la palabra, y sus discursos llenos de elocuencia pasan con la rapidez del relámpago.

Poco lugar ocupa en el poema de Klopstock el amor profano: un solo episodio hay dedicado a este sentimiento de la pasión de Cidli por Semida. Doce años escasos de edad contaba cuando durmió el sueño de la muerte, pasando dulcemente de este valle de lágrimas a la mansión de una paz eterna... Conmovido el Mesías por el dolor de su madre, la había resucitado y devuelto a sus desconsolados padres. Un hombre a la flor de su edad acompaña a la modesta Cidli, era este Semida, a quien el Salvador había sacado del polvo del sepulcro: amábanse estos dos resucitados con el amor más puro y casto, y el poeta se complace detenidamente en este primer amor que nace casi con la existencia [...].

—  
Número 21  
—



*Lámina N.º 21*



(Continuación de “Klopstock” del número anterior) [p. 161, col. 1]

Fuera de sí, trastornado, Abadona sale de su retiro y al percibir la superficie de la tierra cubierta de tinieblas, se estremece todo; toma vuelo en el instante y se dirige a la cima del Calvario donde el justo exhalaba el último aliento. Aterrado por tan doloroso espectáculo, vuelve el semblante a otro lado y se ve junto a sí a Abiel, su antiguo amigo, aquel a quien con mayor ternura amaba, antes que la rebelión de los espíritus celestiales hubiese precipitado al uno en el abismo, y elevado el otro a guardián del trono del omnipotente.

—Amigo —le dice Abadona, revestido de su antiguo esplendor y tomando el aire de un mensajero del altísimo—, ¿cuál es el instante fatal en que debe expirar el Salvador? Decídmelo, por merced, para que pueda elevar al criador el himno de misericordia y de paz.

Abiel echando sobre el ángel caído una mirada severa, pero llena de compasión, le contesta una sola palabra: “¡Abadona!” A tan sublime y atormentadora expresión, empalidece y se extingue el resplandor que su rostro circuía: los ángeles todos le vieron oscurecerse, y él desapareció de su temida compañía.

Una pareja se aproxima al mismo tiempo: es el Ángel de la Muerte que consigo trae al pérfido Iscariote: detiéndose sobre el Calvario, y el ministro de los castigos celestiales, metiéndose sobre la nube con el pecador tembloroso, le dice con terrible voz:

—¡Desgraciado, mira! Allí está Bethania; aquí la casa de Caifás; aquel es el huerto de Gethsemani! He ahí tu cadáver... ¡tiembles! Pues guárdate de huir —y señalando con su flamante espada una cruz que por encima de otras dos descollaba, este es Jesucristo, le dice—, él muere por libertar al género humano de la muerte eterna, de la que tus padeceres no son más que el prelude. Muere por elevarlos a la contemplación de la divinidad. Arrastra en seguida el alma del desgraciado Judas ante el trono imponente del juez supremo, para oír el decreto terrible que le condena a padecer eternamente; y entonces el Ángel de la Muerte, tomándola de nuevo, y después de haberla señalado con su dedo las mansiones infernales en donde el culpable [col. 2] expía sus errores, la sepulta en el abismo. Volviendo al altar donde J.C. muere, a esperar las órdenes del todo poderoso, la augusta víctima eleva al cielo sus miradas, y exclama con voz debilitada por los sufrimientos: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué has abandonado?” Y un temblor espantoso, esfuerzo fugitivo y último de la naturaleza humana se

difundía por todos sus miembros: su lengua entretanto se consumía en el ardor de la muerte, y examine ya casi, pronuncia estas dolorosas palabras: “Sed tengo”. Una mano bárbara humedece sus labios, más no apaga su sed: entremésense sus desfallecidos miembros, la palidez sepulcral de la muerte se extiende por todos ellos, y el cordero inmaculado con voz fuerte y sonora, “todo está consumado ya”, dice. Pasan unos momentos de triste silencio y se oyen unas palabras confusas y entrecortadas. “Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu”. Y la cabeza de Jesús cae sobre su pecho, que en este instante exhalaba el postrer aliento.

Aquí da fin el canto décimo: quedan aún otros diez; pero en realidad, la Mesíada concluye en él. El resto contiene grandes bellezas líricas, notándose en especial un pasaje sobre la muerte de María, hermana de Martha, a quien el Señor había resucitado. La despedida de este justo conmueve el corazón vivamente, por su melancolía y ternura. Refieren que al tiempo de expirar, Klopstock repetía con voz apagada los versos que pone en boca de María, edificando a cuantos le oyeron, con los sentimientos piadosos de su juventud exaltada.



## PENSAMIENTOS

☞ La virtud no teme la luz, antes desea siempre venir a ella, porque es hija de ella y criada para resplandecer y ser vista.

FR. LUIS DE LEÓN

☞ Los franceses consideran al amor como una pasión de la misma naturaleza que las demás pasiones humanas; piensan por consiguiente que su efecto es extraviar la razón, y su objeto, proporcionarnos goces. Los alemanes ven en el amor algo de religioso y sagrado: le consideran como una emanación de la divinidad, como el cumplimiento de una de las leyes a que está sujeta la humanidad sobre la tierra; como un lazo misterioso, indestructible, que une dos almas incapaces de vivir desunidas.

Aciertan unos y otros; pero al admitir la una o la otra opinión, cambia la influencia del amor tanto en la moral cuanto considerado como un elemento poético.

BENJAMIN CONSTANT

☞ La felicidad nace como la rosa: de las espinas y trabajos.

SAAVEDRA FAJARDO

☞ No se obra generosamente sin la estimación de la fama, y no la aprecia un ánimo vil sujeto a la avaricia.

ÍD.

☞ Los naufragios vistos desde la arena, conmueven el ánimo, pero no el escarmiento: el que escapó de ellos cuelga para siempre el timón en el templo del desengaño.

ÍD.

☞ Para soldar una mentira por muchas se atropella y siempre queda la verdad en duda, aunque más viva la sospecha.

CERVANTES



## EL DIAMANTE

Pocos siglos antes de la era cristiana, no se conocía esta piedra preciosa y el modo de cortarla y pulirla que se debe a una casualidad: lo practicó por primera vez Luis de Berquen, natural de Burges (Francia), el año de 1450, Ana Sorel, favorita de Carlos VII, fue la primer mujer, en Francia que usó los diamantes por vía de adorno. Los diamantes se extraen de los reinos de Bengala, Golconda y de Visapour; y en el Brasil se han descubierto minas de esta piedra el año 1728.

Uno de los más hermosos diamantes conocidos es el del Gran Mogol, que tiene la forma de un huevo hendido por medio, y está avaluado en 2.324.632 pesos fuertes.

El diamante del gran duque de Toscana, labrado formando muchas fases y que tiene un fondo que tira a color de limón, está tazado en 521.666 pesos fuertes.

La corona de Francia posee dos diamantes, el uno conocido con el nombre de el Saney, porque así se llamaba el embajador que lo trajo de Constantinopla y lo regaló al rey; costó 120.000 fuertes y vale mucho más: el otro llamado el "Pitt" o el "Regente", porque fue comprado a un inglés

de este apellido por el duque de Orleans, regente del reino mediante la minoridad de Luis XIV, costó 500.000 pesos fuertes y vale otro tanto.

La corte de Rusia posee el mayor de los diamantes conocidos, es tan grande como un huevo de paloma y su historia es digna de referirse. Un granadero francés, al servicio de un batallón en la India, desertó y se pasó a las tropas malabares, dándose maña para robar del templo de Brama, uno de los ojos de la famosa estatua de Scheringan. Huyó a Madras y vendió su joya en 10.000 pesos al capitán de un buque, quien la volvió a vender a un judío en la suma de 60.000 fuertes; este a un griego, en fin, lo vendió en 1772 a la Emperatriz de Rusia en 500.000 fuertes y a más una renta vitalicia de 20.000 pesos también fuertes.



## HIGIENE. USO DEL CORSÉ

No es, por cierto gran desgracia, el que tal o tal moda sea ridícula y de asunto para caricaturas y burlas más o menos discretas y chistosas; pero sí lo es, y grave, cuando ordena con toda la tiranía que acostumbra, ciertos usos que pueden acarrear las más funestas consecuencias: en tal caso, es preciso no mirarla con indiferencia, atacarla sin tregua, y hacer palpables a todos los males que ocasiona. Tal es nuestro propósito en este artículo, con respecto a la nociva costumbre que tienen las señoras de ceñirse el cuerpo con ese *corsé*, que abrochan tan sin compasión de su salud y existencia.

La parte sobre que el corsé hace sentir más inmediatamente su opresión, es aquella que protege los órganos indispensables a la vida, y son, los pulmones y el corazón, cuyas funciones son la respiración y la circulación para purificar la sangre y derramarla hasta los extremos más remotos del cuerpo. El color desperdido y rosado de la tez, la agilidad del cuerpo y la limpieza y brillo de los ojos, la alegría de la juventud y la tranquilidad de la edad madura dependen de la acción perfecta y libre de aquellos órganos tan importantes; del desarreglo de sus funciones, proviene la palidez del rostro, la languidez, la propensión a la melancolía, la extremada flacura, y una cadena de enfermedades más o menos graves que convierte la vida en una carga insoportable.



La parte de nuestra organización de que acabamos de hablar se llama vulgarmente el “pecho” y es una máquina ingeniosa y complicada de la cual depende tanto la respiración y la circulación, como la salud y la vida dependen de estas. Precisamente, aquella parte del pecho que oprime más el corsé, es la que las costillas son más cortas y los cartílagos al contrario más largos y flexibles, de modo que los movimientos naturales quedan casi enteramente comprimidos e inutilizados.

Estos cartílagos plegándose forzosamente hacia adentro, en aquella parte en que se [col. 2] unen con el hueso que ocupa la parte anterior del pecho y se llama “esternum”, causan una deformidad permanente; y como si no bastasen aún todos estos males causados por el corsé, se agrega a él ese otro instrumento de tortura formado de acero o de hueso de ballena, que lleva en español el nombre de este monstruo marino. La ballena causa una opresión funesta en la extremidad del estómago, en cuya parte suele causar una cavidad capaz de contener un huevo.

Oprimida de este modo la parte inferior del pecho, el hígado se levanta hacia arriba y contribuye a dificultar la respiración, mientras que el estómago y el hipocondrio izquierdo producen el mismo efecto sobre el movimiento de los pulmones. La libertad y funciones de estos órganos se desarregla naturalmente con esta presión que sufren sus delicadísimos nervios y vasos; circunstancia que vicia completamente las altas funciones de la vitalidad. El trastorno que ocasiona este estado en la circulación de la sangre, produce desmayos frecuentes, palpitaciones en el corazón y enfermedades de este órgano, que son mortales por lo común. Al mismo tiempo, la sangre que desciende y se halla detenida en su marcha, ocasiona fuertes dolores de cabeza, tristeza y palidez en el rostro.

Cuanto hemos dicho no es sino el principio de otros más fuertes efectos que nacen de la misma fuente. No pudiendo dilatarse los pulmones con la libertad que requieren, el aire no llega a la sangre en toda aquella cantidad necesaria para la purificación y elaboración de este líquido, sin lo cual no puede mantenerse el cuerpo en su estado normal.

El corsé ocasiona aún en las personas de constitución más sana y robusta un dolor vivísimo al tiempo de quitárselo; la causa de esta sensación, es que vuelve la sangre con violencia a ocupar aquellas partes que han estado comprimidas, y en las cuales la circulación era imperfecta por una razón análoga.

Este ligero conocimiento de los curiosos fenómenos que constituyen la respiración, la circulación y nutrición, es decir, de los pulmones,

el corazón y el estómago bastarán en nuestro concepto para hacer que se estremezca toda mujer de mediano juicio, al considerar los peligros a que se expone con el uso [p. 167, col. 1] de mueble tan nocivo. La moda le ha introducido, pero no hay necesidad de recordar que no siempre los caprichos de esta divinidad de los tontos están de acuerdo con los intereses de la gracia y de la hermosura. En verdad, que no hay cosa más desagradable a [col. 2] la vista que el andar de una mujer oprimida por el corsé. Gentileza, presteza, franquía en los movimientos, todo huye de ella y más parece una muñeca de palo o yeso que una persona que se mueve por su voluntad.

—  
Número 22  
—



*Lámina N.º 22*





BERTA LA PESCADORA.  
FRAGMENTO DE UNA NOVELA  
(Véase la *Lámina N.º 22*)

... Demasiadas penas se habían agolpado sobre Berta, para que su alma pudiera permanecer sin quebrantarse y sin alteración... En este momento acababa de recibir el último golpe...

Todos los vínculos que la unían al porvenir se habían aflojado o roto. En sus delirantes halagos, había ahogado en sus brazos a su hijo, fruto de un amor sin ventura; su anciana madre había muerto de pesadumbre, y de sus sueños de felicidad y esperanza solo le restaba la triste realidad de dos tumbas.

El que ha hecho que el ala de las avecillas pueda resistir las tempestades y que el junco de los estanques no se quiebre al ímpetu de los vientos, sabe cuando se colma la medida del sufrimiento en el corazón de una débil mujer. Cuado el de Berta fue estrecho para abrigar tanta amargura y pena, le tendió su mano piadosa.

¡Berta perdió el juicio!

¡Pobre joven! ¡Cuánto no bendecirás el soplo que os arrebate al seno de la muerte, como la hoja agostada que se desprende del árbol estéril!

La pobre dementa [*sic*], abandonada a si misma, recorría las calles pordioseando, cubierta de andrajos, por entre los cuales mostraba la blanca tez y las formas graciosas de su cuerpo. La belleza de su fisonomía se conservaba aun; pero nadie podía mirarla sin estremecerse. La palidez de su rostro, la inmovilidad de sus facciones, la hacían asemejarse a una estatua de cera a quien la luz del alma no ilumina... Un impulso secreto, superior a su voluntad e inexplicable para ella misma, la llevaba siempre hacia aquellos [col. 2] sitios que presenciaron su debilidad y el principio de sus desventuras. Aquel impulso, nacido de un instinto vago e incierto, puede compararse a aquellas ráfagas de pálida y tenue luz, que aun en los momentos últimos del crepúsculo se derraman en el seno de las tinieblas.

Los pescadores que al caer de la tarde, o cuando bramaban los vientos de la costa, la veían deslizarse por entre los precipicios de las rocas, o pasearse agitada por la desierta arena, no podían menos que llenarse de pavor, considerándola como una visión de la otra vida, o como una alma errante, de las que en la creencia del vulgo, tienen algo que pedir o vengar en el mundo que dejaron para siempre...

Pedro se consumía poco a poco a la acción de un fuego lento y oculto, de una fiebre mas activa cuanto menos manifiesta. Aquella sonrisa de su boca, siempre halagüeña y grata, ya se la arrancase la alegría bulliciosa o la melancolía que también encierra mil dichas, le había abandonado enteramente, y todas sus facciones, tristes y descoloridas, se asemejaban a una flor que oculta en su cáliz un insecto roedor que la devora.

El desgraciado no había previsto que desechando de si a Berta, la empujaba hacia un abismo. “Ella me ama; pero luego me olvidara; el caracol a quien la fuerza de las olas desprende de una peña, bien pronto encuentra otra de que asirse”. Con estas razones, trato en vano de acallar las voces de su corazón. Pedro ignoraba que el corazón de ciertas mujeres, es como algunas enredaderas [p. 170, col. 1] de la zona tórrida, que es preciso despedazarlas para desprenderlas de las palmeras que circundaron con sus flores.

Julia, su esposa, no podía comprender el cambio que observaba en su esposo, y vivía inquieta y desazonada. ¿El exceso de felicidad conyugal le será pernicioso, como suelen serlo para las plantas los rayos del sol? ¿O habrá pasado por su corazón la sombra de los celos atormentadores? Así discurría la esposa, y culpándose a sí misma de la melancolía de su compañero, se esforzaba en vano en disipar los nublados que oscurecían la frente de Pedro, antes siempre despejada y contenta.

Pedro mío... mi alma... ¿Qué tienes? ¿Por qué me niegas una sonrisa... un cariño? Si supieses cuanto te amo. Todo era inútil... inútil la dulzura de las palabras... la languidez y el enajenamiento amoroso de las miradas.

No era esto extraño, porque toda palabra afectuosa despertaba un eco en el corazón de Pedro; ¡eco doloroso, que obraba en el con toda la crueldad de los remordimientos!

En un día de los primeros del otoño, los dos esposos habían descendido a las orillas del mar, y sentados en una peña, tendía desde ella sus anzuelos.

Ni uno ni otro fue muy feliz, y al cabo de dos horas apenas tenían unos cuantos peces bien ruines en sus cestos: un rumor que oyeron en las rocas les despertó la esperanza de conseguir un pez de los apetecidos por su tamaño y buen sabor; pero el tiempo apuraba, y una tormenta se mostraba después de la larga y pura paz que había reinado en el cielo mediante la mañana entera...

Los vapores transparentes como el velo finísimo, empezaban a condensarse en negras nubes, y un ruido sordo que de tiempo en tiempo se sentía, empezaba a inspirar recelos y temor a todos los pescadores de la costa.

A medida que el calor se aumentaba, el aire, como si despertase o cobrase vida poco a poco, rugía, sordamente al principio, y luego con espanto de hombres y fieras. Las aves acuáticas huían, las unas por entre las rocas y las otras guareciéndose de la costa, arrojaban agudísimos gritos.

—Ya basta, Julia; démonos prisa... vamos...

Si la presteza de la huida y el peligro [col. 2] hubieran dado lugar a Julia para detenerse a considerar a Pedro, se hubiera estremecido al ver el temor que había derramado en su fisonomía una idea inesperada que le había asaltado el corazón; los labios le temblaban entreabiertos y convulsivos; los ojos querían salir de sus órbitas; en fin, todo el rostro presentaba el fiel retrato de una alma a quien atormentaban los remordimientos...

En aquel sitio, en aquellas mismas rocas, ante las mismas olas, dieciocho meses antes huía Pedro con aquella Berta a quien salvó del mar para perderla y hacerla desgraciada. En aquellas playas, había profanado todo aquello que debe ser santo y venerado por el hombre, como el amor, el agradecimiento y la fragilidad de una mujer. El cobarde había abusado del corazón de una débil doncella, y burlándose de sus juramentos por que no habían tenido más que a Dios por testigo, no mas prenda que su honradez. Pero no escapará al castigo: dentro su corazón tiene el martirio, y cada recuerdo es un remordimiento.

Resbalándose a cada instante, tropezando en las desigualdades de las rocas, cubierto de sudor y lleno de cansancio, logro al fin poner el pie en salvo y se detuvo allí temblando.

—¿Que tienes, amigo mío?... ya no hay peligro... ya hemos llegado a la ribera.

Estaban efectivamente los esposos en las rocas que formaban la entrada de una caverna.

Esta cueva que era espantosa y conocida de todos los pescadores de aquellos lugares, nunca había parecido a Pedro tan lúgubre y amenazadora como esta vez. Una especie de fascinación misteriosa e irresistible se apoderaba de su alma, cuando los repetidos relámpagos llegaban con su rojiza luz a iluminar los denegridos pedruscos, que parecían llorar sangre cuando pasaba sobre ellos el limo purpúreo de los arroyos, que por allí precipitaban sus aguas en el mar; temblaba al oír las voces que parecían salir de la

caverna, cuando retumbaba lúgubrementemente el trueno.

—Entra a la caverna... mira que llueve y te mojas, que el aire está frío... entremos.

—¡No, no entraré! ¡No entraré!

—¿Qué tienes, Pedro? ¿Por qué estas pálido? ¿Por qué tiemblas? Algo sientes, amigo mío, dímelo...



EL CABALLO,  
EN LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES  
(Continuación)

Los naturalistas han observado la íntima relación que existe entre la velocidad de los animales y la intensidad de su potencia visual: las aves que se levantan a mucha altura y juegan en el aire dando graciosos giros unas veces, y otras quedando como estáticas contemplando la tierra, tienen la facultad de percibir hasta los insectos que el arado por ejemplo saca de las entrañas del suelo, y se lanzan sobre ellos para alimentarse. —Los animales de andar perezoso y tímido, no alcanzan a ver lejos, y a cada momento tenemos lugar de observar los pasos vacilantes e inciertos de un ciego, y la presteza de los niños, cuya vista aun virgen de años y fatigas es penetrante y alcanzadora como una flecha. —Nuestros paisanos que son sobre el caballo como hechos *de una misma pieza*, de un mismo tronco, como una estatua ecuestre, y que pudieran muy bien haber dado lugar a la fabulosa existencia de los centauros, han convertido en propiedad suya la velocidad del movimiento de aquel animal. Recorriendo a brida suelta vastos espacios en cortísimos instantes; prevenidos siempre al encuentro de un tropiezo y preparados a evitarle con la celeridad del relámpago, tienen una vista cuyo alcance pasma a los hombres de las ciudades, cuyos rayos visuales muy pocas veces llegan a ver los confines del horizonte: ellos divisan la más ligera y rala nube de polvo que se levanta en lo más remoto del campo; descubren en un punto negro y distante que asoma, sobre alguna de las suaves colinas de nuestra campaña, a un animal, cuyo género y tal vez el color de la piel dirán sin equivocarse ni trepidar. Dirán si aquel polvo es levantado por una tropa de animales vacunos, o por jinetes; y sabrán distinguir si estos son los pavorosos Indios, o *Cristianos* hermanos y amigos.



Es verdad que no solo al sentido de la vista, sino también a ciertas observaciones ingeniosas, deben la especie de adivinación que ejercen sobre los misterios que oculta la distancia: -ellos dirán, por ejemplo: por aquel bajo va un hombre -y va a todo galope. -Cómo lo saben, si entre el lugar que señalan y el que ocupan, se interpone una altura? -Lo saben por los pájaros que se levantan del bañado y huyen atemorizados. -Dirán también: en aquel *matorral* hay un animal muerto, y también lo saben por el grito o el vuelo de las aves de rapiña que se disputan los despojos del cadáver: y sabrán decir también, juzgando por lo apartado o cercano que se halle de las casas y del camino principal, si ha sido robado del rodeo, y muerto o para aprovechar la piel o para saciar la necesidad gástrica de algún viajero. Sí, lo saben, porque como observa Mr. Head, el gaucho en su pampa no es menos sagaz que Zadig; Zadig el oriental que se lleva la palma del sabio, por que el genio que fue su padre le dio cuna en la región del mundo más decrepita.

No hay exageración: la idea que nos hemos propuesto en estas líneas, es digna de ser desenvuelta con madurez y reflexión en un volumen entero. El hombre, frágil, inconstante, hijo del hábito, está sujeto a la influencia de las causas más imperceptibles. ¿Qué mucho es pues que sobre hombres salidos de manos de la naturaleza y sin que el refinamiento de la civilización haya obrado nada en ellos, pueda tanto un animal a quien deben media existencia? No es exageración, cuanto hemos dicho de la influencia ejercida por el caballo sobre la parte física y moral de nuestros habitantes de la campaña, es un hecho, una verdad palpable para todos.

En todas partes del mundo, en la antigüedad como en los tiempos presentes, el caballo ha sido compañero inseparable del hombre en todos los actos de valor, y muy particularmente en la guerra. La Europa, adelantada en este arte terrible de exterminar los hombres, ha reducido la libertad del caballo a la ciega obediencia a que somete la disciplina al soldado. Las filas de la caballería avanzan con la regular monotonía de unos autómatas: el clarín manda las evoluciones, y aquellos animales siempre inteligentes, aun siendo esclavos, se mueven de concierto sin esperar los movimientos de la brida. El hombre en este caso es menos inteligente que el generoso bruto, y la caballería obra sobre el enemigo como una muralla que tuviese la facultad de moverse y adelantarse.

No así entre nosotros. El jinete se presenta en la batalla con toda la importancia que le da la fuerza del animal que monta, y al cual dirige y

maneja con tanta facilidad como a su sable. El pecho robusto del cuadrúpedo es la más terrible arma que puede emplear contra un enemigo poco avezado en los ejercicios ecuestres. ¡Cuántas veces no ha roto por un cuadro de infantería un caballo argentino al sentir en sus hijares las punzantes espuelas de un bravo!

Mucho más digno es del hombre que la influencia de la voluntad se ejerza sensiblemente sobre el animal que dirige: este es el caso de nuestros paisanos, siempre señores absolutos de los bríos del caballo que montan...

Pero dejemos la guerra; no es en los campos de batalla donde falta al pueblo argentino títulos de gloria: no es en los campos de batalla donde menos ha brillado la eficacia de esa alianza benéfica entre el hombre y el caballo. La historia fecunda en hechos singulares y grandes, dirá las maravillas que han pasado en la pampa que se extiende desde el Paraná y el Plata hasta las faldas de la Cordillera.

Las artes, hijas de la paz, se preparan a sacar fruto de la originalidad que derrama el caballo sobre nuestros hábitos y costumbres. La pintura hallará variados movimientos, graciosos grupos, escenas divinas de animación y vida.

La poesía, apoderándose de las pasiones hondas que la soledad arraiga en el pecho del hombre: de la inmensidad de la pampa y de los misterios y ocultas armonías que encierra, presentará divinos poemas originales y arrebatadores. ¡¿Quién podrá soportar los zagales del parnaso español, cuando un compatriota inspirado por el genio de la poesía del siglo, nos muestre hasta qué punto es sublime el hombre en cuyo seno late un corazón magnánimo y sensible, que atraviesa los desiertos, libre, independiente, sin más compañero que su generoso caballo?!



## REFLEXIONES SOBRE LA INFLUENCIA SOCIAL DE LA FEUDALIDAD

Pascal ha dicho que para formar un juicio sobre una producción intelectual, el espíritu humano tenía necesidad de una posición media entre la demasiada distancia y la demasiada cercanía a la época en que se ha emitido esta producción. Me parece que esta observación se aplica con más rigurosa exactitud, no tan solo a la apreciación de las obras de

la inteligencia, sino también a la de los hechos históricos o de las formas sociales. Sentado esto, nosotros, hombres del siglo XIX, lanzados por la casualidad de nuestro nacimiento sobre el límite de dos mundos, estamos perfectamente situados para juzgar con equidad el mundo que se va. Harto lejanos de las sangrientas reacciones que han marcado el advenimiento de un nuevo orden social, para evitar la influencia de las pasiones odiosas o de los intereses vejados, cuyas luchas han agitado tan profundamente a nuestros padres, no lo estamos bastante para haber olvidado enteramente lo pasado, cuyos [col. 2] vestigios se presentan sin cesar a nuestra vista. Así pues, a la generación presente es a quien pertenece juzgar aquel inmenso coloso de la feudalidad, que ha caído, y sin duda para siempre, pero que por una larga serie de siglos había amoldado tan fuertemente a sus proporciones la sociedad europea, que sus despojos la cubrían aun antes de la revolución de 789 en Europa, y que hasta en el día el genio del porvenir no los ha dispersado completamente.

Trazar el origen de la feudalidad, mostrar los incesantes progresos de este temible poder ayudado de la diseminación de las fuerzas sociales, sería a la vez muy largo y muy fecundo en controversias. También sería salir del objeto que me he propuesto: admito la feudalidad como un hecho histórico, incontestable, como una institución social, establecida de un modo cualquiera; yo quiero solamente buscar cual fue la influencia de esta institución, y juzgar esta influencia. Como [p. 174, col. 1] he dicho, me aplicare sobre todo a conservar aquel carácter de imparcialidad, que tan necesario es en los estudios históricos, y que la tendencia general de los espíritus hace bastante fácil en nuestros días.

¿Cuál era el estado del mundo social antes de la aparición de la feudalidad? Esta es una cuestión previa que debemos resolver, sin la cual fuera imposible apreciar las mutaciones introducidas por la institución que vamos a juzgar. La humanidad bregaba penosamente entre los moribundos dogmas de la civilización antigua y las fuerzas destructoras de la barbarie. Mil pueblos diversos venidos de las extremidades de la tierra, se lanzaban incesantemente sobre las naciones cultas, y destruían piedra por piedra el edificio de la sociedad politeísta. Se había roto la grande unidad romana, el genio de la ciudad eterna la había abandonado el día mismo en que cesó de arder el incienso sobre el altar de la victoria; el suelo sagrado del capitolio se veía hollado por los bárbaros, y sobre las orillas del Bósforo, una ciudad griega representaba la parodia de Roma. Todas las distinciones en el estado

civil y político se borraron bien pronto a la presencia de los vencedores que traían para todos la igualdad de la opresión. El nivel de la conquista confundió todas las condiciones, y de esta suerte, no tardaron en desaparecer en Occidente, bajo las ruinas del imperio romano, los últimos vestigios de la servidumbre domestica que habían conmovido tan profundamente ya, los principios de caridad y fraternidad promulgados por el Evangelio.

La sociedad antigua ya no existía. Pero, ¿cómo es posible que del seno de la confusión universal, producida por la invasión de los bárbaros, nazca un orden fijo y durable? ¿Cómo pueden llegar a concordarse tantos elementos opuestos? ¿Cuál será la mano bastante poderosa para atraer en torno de un centro común de reconstrucción tantos deseos diversos? ¿Qué principio podrá hallarse bastante lato para no desechar ninguno de los elementos del pasado, que posea alguna vitalidad bastante fecunda para reorganizar la sociedad? Este poder, este principio fue el cristianismo: admirable apostolado confiado a esta religión que por sus dogmas se ligaba [col. 2] al platonismo, por su moral satisfacía las necesidades de los pueblos, por su liturgia y la pompa de aquellas ceremonias recordaba las solemnidades del culto antiguo, y que así llenaba el triple voto de la humanidad en aquella época, ofreciendo un asilo a la ciencia, un abrigo tutelar a los pobres, un manantial fecundo a las bellas artes. ¡Por eso hemos visto con qué facilidad el cristianismo domó aquel valor feroz que había ahogado sin conmoverse la civilización de lo pasado!!! Es porque atacaba el corazón humano por todos sus flancos; es porque se dirigía a todas las potencias del alma, y porque si con una mano detenía el ímpetu devastador de las hordas bárbaras, con la otra abría a su inteligencia las puertas del saber y revelaba a su instinto la existencia del arte.

Empero no bastaba haber fundado: era fuerza conservar. El cristianismo tenía necesidad que el poder político viniese en su ayuda para operar este resultado. En la época de que hablamos, la unidad, a no ser la de las creencias religiosas, no era todavía posible. Los terribles ensanches en cuyo seno había perecido la sociedad romana, habían dado a las almas una marcha hartamente libre para que un poder central fuese capaz de dominar tantas indomables voluntades; la potencia moderadora debía hallarse cerca de cada foco de desviación; el individuo debía sujetarse al individuo, y así con el auxilio de una vasta jerarquía que comprendiese todos los miembros de la familia humana, la armonía total debía nacer del concurso de todas las fuerzas individuales intermediarias que cada una llenaba la doble misión de obedecer y mandar.

La feudalidad fue la traducción de esta grande idea. Se ha dicho que tomó origen por la concesión de los beneficios, con carga de prestación del servicio militar, en tiempo de Carlos Martel. También se ha dicho que se había desarrollado y extendido en toda la superficie del suelo europeo, por la usurpación de un poder análogo al de los titulares de los beneficios, de parte de los duques o condes propuestos para la administración de las diversas provincias. Todos estos hechos pueden ser exactos, sin que de ellos resulte la explicación de la extrema facilidad con la que este poder, usurpado o no, se estableció y consolidó. En vano buscaríamos la solución [p. 175, col. 1] de este problema histórico en la debilidad de los últimos reyes de la segunda raza en Francia; esta segunda raza, que debió sin duda favorecer la usurpación del poder feudal sobre el poder regio, permanece por otra parte completamente extraña al hecho del establecimiento mismo de la feudalidad. Esta forma de gobierno preexistía al advenimiento de la segunda raza; muchos reyes de la dinastía Merovingiana [*sic*] habían probado, por actos auténticos, su existencia en sus estados; en fin, Carlomagno, el héroe de la dinastía que lleva su nombre, había puesto legislativamente muchas de las bases de la organización feudal. Existe un decreto de Childeberto [*sic*] del año 793, y una constitución de Clotario del mismo año, que distinguen en términos precisos, el territorio de los fieles o *leudes* del rey, del de los diversos señores. Dos ordenanzas reales, una de Carlomagno del año 779, y la otra de pepino, rey de Italia, del año 793, declaran a los poseedores de los feudos responsables de la administración de justicia en la extensión de su territorio; y este deber les esta impuesto como una consecuencia del *dominio* feudal. Así, pues, no debemos reputar la debilidad personal de los representantes de la real dignidad como el origen y consolidación del poder feudal, pues que Carlomagno, en cuya cabeza la corona no se vio por cierto expuesta a injurias o a desprecios, presta un testimonio por medio de disposiciones legislativas, de la existencia de este poder en la extensión del imperio. En la necesidad de organizar un orden durable, es donde hallaremos a la vez a la razón y la moralidad de las instituciones feudales.

Después de haber abierto a la humanidad, por tanto tiempo extraviada al través de las tempestades de continuas emigraciones, un puerto de salvación y de paz, ¿la feudalidad trato de embellecer la morada que ella había dado a las naciones? No: los hombres corrompieron la obra de los tiempos, los abusos se introdujeron en el seno de esta poderosa organización, por

todos los puntos por donde los beneficios debieran haber salido a esparcirse sobre los pueblos, y la opresión más horrible dimanó para las razas europeas de donde en otros [col. 2] tiempos había sacado su conservación. Mas si los hombres faltaban a la práctica de las instituciones sociales, Dios no faltó a la humanidad: entonces fue cuando el cristianismo que había preparado la feudalidad, del que ella había sido la primera traducción política, sometió a su soberana censura los indignos representantes de una institución violada, y volvió contra ellos el arma de que se había servido para la opresión de los pueblos. Esto es lo que explica y legitima a un tiempo mismo aquella preponderancia política del poder pontifical, a partir del principio de la tercera raza. Los filósofos del último siglo han declamado mucho contra esta preponderancia de los papas, y no han comprendido que ella formaba un apéndice necesario de la feudalidad, extraviada de su ruta; que en los tiempos en que las relaciones jerárquicas de los miembros de la gran familia habían cedido el puesto a la más espantosa anarquía, no se necesitaba menos, para mantener el equilibrio entre los dos platos de la balanza de los destinos de la humanidad, que la palabra y la autoridad de aquel que se veneraba como el representante de Dios sobre la tierra, para servir de contrapeso a todos los extravíos y a todas las ambiciones.

La feudalidad, que por su naturaleza debía ser una institución transitoria, cometió la falta de querer perpetuarse más allá de los tiempos de su misión. Pero en el instante que cesó de estar en armonía con las necesidades de los pueblos, le faltó toda la fuerza moral; los descendientes de los bárbaros habían consumado, al abrigo de una vigilancia jerárquica, su iniciación a un orden social más elevado: para en lo sucesivo era ya posible la unidad política; no se necesitaba más que un poder capaz de organizarla. La autoridad real fue la que se encargó de llevar a cabo esta revolución, y los homenajes de los pueblos acogieron su advenimiento a la supremacía social. Es grato seguir en la historia el desarrollo de la idea monárquica, verla al principio hacer una llamada a la democracia, y formarse un muro contra la feudalidad por la emancipación de los comunes, luego arrastrar en pos de sí, en las expediciones de ultra-mar, aquellos terribles señores feudales, y forzarlos a vender sus bienes y sus derechos en provecho de las comunidades de los habitantes, para [p. 176, col. 1] poder sostener los gastos de la expedición; ,as tarde aprovecharse hábilmente de los golpes que la feudalidad se daba por sus propias manos, durante las luchas sangrientas de las casas de Orleans y de Borgoña; en fin, tomar abiertamente la

ofensiva contra las tentativas de rebelión de este poder caído, y perseguirle bajo todos los disfraces con que se cubría, traerle a la razón bajo los muros de la Rochela en la persona de los Protestantes sublevados, vencerle en batalla campal en Castelnaudary en la de los caballeros adictos a la reina madre, y herirle mortalmente en la casa de Cabildo de Tolosa, haciendo caer la cabeza del Montmorency bajo el hacho del verdugo. Desde entonces la feudalidad, como poder político, cesó de existir: ya se vio reducida a buscar apoyo en las enemistades privadas de un cardenal y en miserables intrigas de mujeres, para hacer una ultima tentativa de insurrección; y este resto de energía, nuevamente enardecido un instante por la turbulencia del pueblo y las pasiones de las señores de la corte, se consumió de un modo inútil en las ridículas luchas de la *Fronde*.

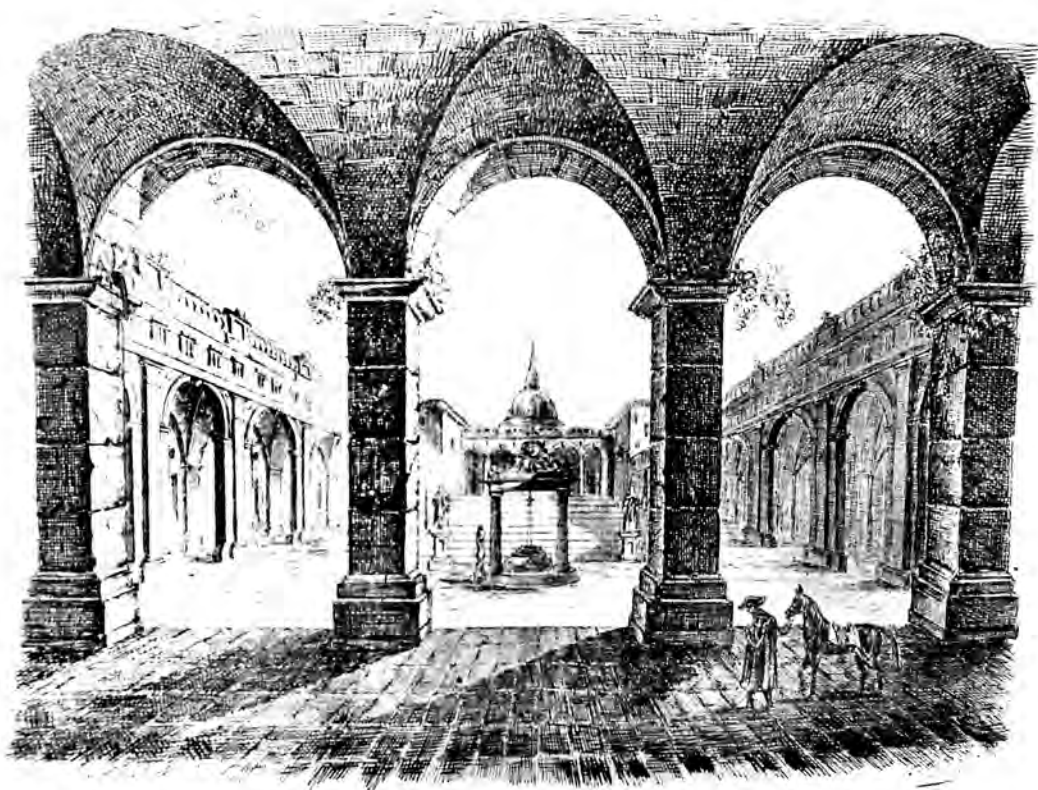
Sin embargo, los privilegios que la feudalidad había fundado, sobrevivían al orden político en cuyo seno habían nacido: la ley del 4 de agosto de 1789, tuvo por objeto hacer desaparecer estas anomalías: pero el mismo tiempo respeto los derechos adquiridos a consecuencia del ejercicio de aquellos privilegios. Las leyes del 28 de agosto de 1792 y del 10 de junio de 1793, quisieron borrar hasta las últimas huellas de un pasado que los odios de las reacciones hacían odioso: ellas aniquilaron todos los derechos territoriales que derivaban exclusivamente de las prerrogativas feudales. No nos toca apreciar aquí cual fue el grado de justicia de estas disposiciones legislativas; la única consecuencia que queremos sacar del hecho de su existencia, es que en adelante la edificación de la feudalidad seria una empresa superior a las fuerzas humanas, porque encontraría por adversarios, no solamente las costumbres y las instituciones de la nación, sino también los intereses y las fortunas individuales.

(Concluirá)





Número 23







## LA ABADÍA DEL MONTE CASINO

(Véase la *Lámina N.º 23*)

La abadía del Monte Casino, fundada hacia el año 529, fue la cuna de la mayor parte de las órdenes monásticas del Occidente, un joven del ducado de Spoleta, San Benito, desdeñando, en su éxtasis religioso, los goces mundanos que le prometían la fortuna y el rango de sus padres, huyó al desierto de Subiaco, cerca de Palestrina, para meditar sobre las Sagradas Escrituras, y para dedicar su vida a actos de piedad. En aquel siglo de fervor, como en toda época de viva creencia, el hombre que manifestaba una convicción más enérgica por actos más brillantes, se hacía muy luego un jefe en cuyo torno se apiñaban los discípulos. La gruta que habitaba San Benito no tardó en ser el centro de una colonia cristiana, que dividió el tiempo exclusivamente entre el cultivo de la tierra, la lectura de los Evangelios, y los ejercicios de devoción; así se puso en práctica la regla del orden benedictino, antes de haber sido redactada en forma de código. El paganismo, despojado ya de toda autoridad espiritual, pero armado todavía de poderes materiales, se defendía por medio de violencias y persecuciones. San Benito se vio obligado a abandonar a Subiaco, demasiado vecino a Roma; internándose en el *Latium*, condujo su rebaño sobre una de las cimas de los montes Apeninos, en la ciudad del Casinum, a algunas leguas de Gaëta. Los habitantes del Casinum, todavía dedicados al culto de los falsos dioses, adoraban a Apolo, pero su carácter era dulce y tolerante; acogieron pues los refugiados, y muy luego, convertidos al cristianismo, los ayudaron a construir un vasto monasterio. Tal fue el origen de la célebre abadía del Monte Casino; tal fue el principio del orden poderoso de los Benedictinos, que sembró en Europa de sus secuelas, [col. 2] que vio su regla, llena de una sabia moderación, llegar a ser la ley común de las corporaciones religiosas, y de cuyo seno han salido 40 papas, 200 cardenales, 50 patriarcas, 1.600 arzobispos, 4.600 obispos, y 3.600 santos canonizados.

El rápido curso de los progresos de la abadía del Monte Casino se vio muchas veces interrumpido por los desastres. Colocada en la región de Europa más asolada por la guerra y el vandalaje, existiendo en una época en que la espada del soldado y del merodeador jamás entraba en la vaina, y puesta en evidencia por sus riquezas y su nombradía, le tocó más que a ninguna otra ciudad de Italia, su parte de calamidades que sufrir. Saqueada

por los lombardos en 589, por los sarracenos en 884, por los normandos y por otros depredadores, se vio compelida a hacerse también belicosa para defenderse y conservarse. El apacible asilo de la meditación y del estudio se rodeó de fortificaciones, los frailes aprendieron a manejar la espada al mismo tiempo que la azada y la pluma, y sus abades, calificados de obispos, a quienes su elevada dignidad y la inmensidad de los dominios dependientes feudalmente de la abadía habían merecido el título de primeros barones del reino, fueron jefes de soldados, no menos que superiores de religiosos. No eran tan solo su vida y sus bienes los que los frailes del Monte Casino tenían que poner al abrigo de los bárbaros tras de las fortificaciones de su convento, sino también las reliquias de la civilización pasada, y los elementos de la civilización futura. Su regla los sujetaba tanto a los trabajos de la inteligencia como a ocupaciones manuales, y después de haber labrado los campos y podado las viñas; debían entregarse en su celda al estudio de las [p. 182, col. 1] letras sagradas y profanas. De este modo, mientras que los bárbaros de todo nombre y de toda raza, godos, francos, italianos, sarracenos, normandos, apagaban la luz en la sangre, los Benedictinos la encendían de nuevo en el fondo de sus claustros; ellos recogían los restos de la sociedad culta que desaparecía en un naufragio universal, ellos preservaban los manantiales de las letras, de las artes y de las ciencias. En tanto que los monumentos y las bibliotecas perecían por doquiera a impulsos del hierro y del fuego, los religiosos del Monte Casino adornaban su convento con esculturas, pinturas, mosaicos, y multiplicaban, por medio de mil copias, las obras de los filósofos, de los historiadores y de los poetas de la antigüedad. Vemos por este ejemplo que si, en el momento mismo en que las dos patrias de la civilización, la Grecia y la Italia, estaban desoladas y llamadas de nuevo a su primitivo estado de barbarie, la civilización agonizando no hubiese hallado los monasterios para refugiarse, como en unas arcas de salvación, su pérdida hubiera servido para el porvenir. Cuando la tempestad empezó a calmarse y se pensó en reparar tantos desastres, casi exclusivamente en los monasterios fueron donde se hallaron los materiales, los escritos de la antigüedad. Los religiosos del Monte Casino son los más acreedores al reconocimiento que arranca tamaño beneficio. Por mucho tiempo las generaciones se sucedieron sobre la docta montaña sin degenerar ni en celo ni en saber; el nombre de Benedictino importaba un título de erudición; la Abadía del Monte Casino, hasta una época muy cercana a nosotros, fue la ciudad santa de las letras; los fieles de todos los países

entablaban relaciones con ella, y el orbe literario invocaba sus fallos como otros tantos oráculos en las cuestiones litigiosas. Algunas veces empero, el fuego sagrado se extinguió hasta en el santuario. Habiendo ido Bocacio a visitar el monasterio como a mediados del siglo xiv, vio no sin dolor y asombro el deplorable estado en que se hallaba la biblioteca; la sala, a que se llegaba con dificultad por una escalera de mano, no tenía puertas, y la hierba cubría las ventanas; los libros, arrojados acá y acullá en desorden y cubiertos de polvo, estaban en su [col. 2] mayor parte despedazados y mutilados. Los frailes sacaban las estampas, las hojas y las tapas de pergamino, y transformándolas en juguetes las vendían a las mujeres y a los niños! En el día al menos, el ingenioso relator de Florencia tendría la satisfacción de hallar en los frailes, respeto, si no amor a la rica colección que poseen, pues la han colocado suntuosamente.

Consagrada así por la memoria de virtudes cristianas, de obras piadosas, de combates y de sitios, de trabajos literarios y también por los recuerdos de los personajes más ilustres que la han visitado, desde Totila, rey de los godos, la abadía del Monte Casino merece también que se fije en ella la atención por su carácter monumental y por los numerosos objetos de artes que encierra. El edificio, que la devastación de los hombres, de los terremotos y el rayo, han obligado a renovar carias veces, no se recomienda ni por la fecha, ni quizás por el mérito de su arquitectura; más el grandor de sus proporciones le da fuerza y majestad. La fachada principal, que se extiende sobre una longitud de 525 pies, produce un efecto imponente.

El interior del monasterio ofrece la apariencia de una decoración teatral más bien que la de un monumento religioso. Abundan los trozos de pintura, de escultura, de cinceladura, de mosaico. La iglesia sobre todo está adornada con una excesiva profusión. La aparición de esta brillante basílica, dice un viajero, en la cima de una montaña y en la soledad salvaje del Apenino, es completamente maravillosa. Cuando después de haber pasado por una puerta de hojas de bronce, obra curiosa de los siglos xi y xii, y sobre los cuales hay escritos en letras de plata los nombres de las granjas y bienes que poseía la abadía, se penetra al recinto, todo, desde la cumbre hasta el piso, es mármol raro, granito, alabastro, verde antiguo, amatista, bronce, dorado y pinturas. La vista no sabe en cual fijarse entre los muchos cuadros, preciosos no solamente por su antigüedad y por su ejecución, sino por lo que en sí son, por los asuntos que retratan, que son páginas históricas del Monte Casino. Los unos hacen ver los hechos milagrosos

de San Benito, otros, las principales escenas de la vida del hijo mayor de Carlos Martel, del rey Carloman, que [p. 183, col. 1] abandonó la púrpura real por el hábito de Benedictino, y que murió en la abadía: otros, reyes, príncipes, duques, condes, personajes ilustres que prefirieron igualmente la vida claustral a las pompas mundanas, se ven allí también representados llevando a cabo el sacrificio.

Todas las artes han contribuido a rendir homenaje al fundador de la abadía; su imagen, su memoria, sus vestigios están esparcidos sobre el Monte Casino. Desde la falda de la montaña, se muestra, en la capilla de la Crocella, la señal del muslo del santo; más allá, en un lugar llamado *il Genocchio* y marcado con una cruz, está la de su rodilla. Una bóveda profunda, por la que se penetra al monasterio, se ha conservado preciosamente, porque hacía parte, decíase, de una gruta que él habitó; su estatua colosal guarda la entrada del edificio; el pincel ha reproducido su figura sobre todas las paredes; una iglesia subterránea, *il Tugurio*, ha sido construida y decorada con magnificencia para recibir sus despojos mortales; en fin, una parte de edificios, que se reputan como un resto de la primitiva abadía, es el objeto de una veneración particular, bajo el nombre de torre y cuartos de San Benito. Allí las artes y el lujo se han esforzado a porfía, y sus maravillas forman un singular contraste con los recuerdos de humildad que ha dejado el piadoso anacoreta. En una sala guarnecida de cuadros de Rafael, del Guido, del Guerchin, del Dominiquino, de Annibal Carrache y otros célebres maestros, se lee la siguiente inscripción en latín [*sic*]: “Parte superior de la antigua torre en la que San Benito, favorecido de visiones celestes, habitaba cuando vivía, y en la cual en otros tiempos, en los días de gran solemnidad, se oían conciertos [col. 2] angélicos, se sentían fragancias divinas, y se veían luces sobrenaturales”. La hermana de San Benito, Santa Escolástica, y su madre, Santa Abundantia, que habían venido a vivir con él en su retiro, fueron partícipes de algunos de estos honores.

La abadía del Monte Casino posee aún en sus archivos tesoros de gran precio; tales como cartas, diplomas, privilegios, bulas, todas piezas originales, emanadas de emperadores, de reyes, de papas, de príncipes, de duques; manuscritos de la época más remota y de un trabajo admirable; algunas obras maestras, de la pluma paciente de los frailes, y un sin número de cartas, escritas por corresponsales de toda clase, de todos los siglos, de todos los países, por papas y por grandes turcos.

El monasterio del Monte Casino ofrece en el día el espectáculo melancólico de aquellas grandes ciudades que, medio despobladas, parecen desiertas, y que, como Versalles cerca de París, no carecen de habitantes, pero sí de población. Unos pocos frailes interrumpen la soledad, y vegetan en el ocio; su mano ya no cansa más la azada que la pluma, y las ocupaciones, los intereses de una vida ordinaria, tranquila y mundana, han reemplazado las prácticas de su regla.

A un cuarto de legua del monasterio de San Benito se elevaba el convento de la Albaneta, fundado, en el siglo x, por un peregrino de vuelta de la Tierra Santa. Allí fue donde el famoso fundador de los Jesuitas, San Ignacio de Loyola, echó, en 1538, las bases de la regla de su orden. De este modo, por una extraña analogía, el Monte Casino ha visto organizarse, con algunos siglos de intervalo, dos de las más célebres órdenes religiosas, los Benedictinos y los jesuitas.



REFLEXIONES SOBRE LA  
INFLUENCIA SOCIAL DE LA FEUDALIDAD  
(Conclusión. Véase la pág. 176)

Pero la imposibilidad de que vuelva a existir la institución feudal, debe ser un motivo para juzgarla con equidad. No tememos decirlo: [col. 2] esta institución, mientras que ha sido fuerte y respetada, mientras ha ejercido sin oposición su supremacía política, ha [p. 184, col. 1] regenerado y vivificado la sociedad europea. La civilización antigua había dividido el género humano en dos clases hostiles, los amos y los esclavos: la feudalidad substituyó a los esclavos los siervos, y consagró entre ellos y los señores relaciones mutuas de fidelidad, que suponían un respeto profundo por la dignidad de la naturaleza humana. En las antiguas republicas el hombre no era estimado por sí mismo, sino por su utilidad a la nación de que era miembro; el Estado absorbía al individuo; todas las virtudes eran virtudes políticas; la feudalidad, constituyendo a cada individuo miembro activo de la vasta jerarquía que había fundado, le dio la convicción de su valor personal; el hombre como ser distinto del cuerpo social, a que pertenecía, fue rehabilitado a sus propios ojos; la virtudes privadas nacieron. En fin, en los principios de las naciones mas cultas de la antigüedad, la mujer no tenia

valor sino como instrumento de reproducción, como elemento indispensable para la repoblación del Estado; la feudalidad, reorganizando la vida del castillo, inspirando los cantares de los peregrinos y de los menestrales, y sobre todo produciéndose bajo la forma poética de la caballería, revelo al caballero fatigado por largas luchas, la dulzura de los cuidados de una mujer y el poder de su tierna piedad, hizo solicitar a los cronistas los sufragios de los castellanos, sugirió este juramento solemne que se prestaban los caballeros: Dios y mi Dama. Divisa sublime que expresaba a la vez los dos pensamientos sobresalientes de aquella época, la religión del Evangelio y la rehabilitación de la mujer, que reasumía admirablemente las dos necesidades de la humanidad, por tanto tiempo sojuzgada a las formulas de la libertad antigua, ¡la creencia y el amor!

Solo he hablado de los resultados morales del gobierno feudal, de su influencia verdaderamente social, porque semejantes resultados no están subordinados a una época especial, pues son de todos los tiempos y no perecen con las instituciones que los han producido; porque semejante influencia se propaga a las generaciones que siguen, y que el conjunto de los elementos progresivos que se le deben no constituyen el patrimonio de un pueblo, sino de el de la humanidad entera. [Col. 2] Si yo me propusiese mostrar la utilidad política de la feudalidad, y caracterizar los efectos que ha producido relativamente a los destinos de la Francia, ciertamente no me faltarían hechos históricos para probar que su influencia fue esencialmente benéfica y conservadora. La feudalidad fue quien salvo la cuna de la civilización francesa, oponiendo a las invasiones de los normandos tantas plazas fuertes cuantas moradas feudales había en Francia, y forzándolos a aceptar un establecimiento fijo en una parte de su territorio. La feudalidad también fue la que salvo a la nacionalidad francesa, por su resistencia obstinada de la ocupación inglesa durante el malhadado reinado de Carlos VI, y por su concurso poderoso al establecimiento de Carlos VII.

Estos inmensos beneficios estuvieron sin duda acompañados de grandes abusos; tal es el destino de toda institución humana. Pero los abusos datan sobre todo de la época en que la feudalidad trabajo por su propio interés en perpetuar una autoridad que era la obra del tiempo, y que antes había ejercido en pro de los pueblos. No comprendió que su ultima hora había sonado, y el poder real se vio obligado a disputarle palmo a palmo el terreno que el hubiese debido ocupar pacíficamente en virtud de la ley del progreso. Pero haciéndonos cargo de los intereses y pasiones, nos veremos



precisados a excusar una obstinación que siempre se ha reproducido en épocas semejantes. Por lo demás, la feudalidad tiene derecho a nuestra indulgencia: un orden social al que debemos la iniciación de la esclavitud a la dignidad moral, la rehabilitación de la mujer, el nacimiento de la poesía y del arte moderno, merece seguramente que en consideración al conjunto de tales resultados, juzguemos sin un excesivo rigor los desvíos accidentales de la idea de donde han nacido; en semejante caso, la inmensidad del bien total absorbe los males parciales que le han acompañado.



—  
Número 24  
—



*Lámina N.º 24*





UNA NOCHE EN DILIGENCIA.  
EXTRACTO DE UN VIAJE EN FRANCIA

Era en 1830, en la primavera, en la estación de las flores, de los árboles llenos de verdor, del aire templado. Entonces, a la vista de la tierra que despierta y se adorna como una joven, la sangre fermenta y la imaginación se colorea con los reflejos de la naturaleza, entonces el alma es toda poesía.

Yo tenía veinte años, el corazón lleno de sentimientos generosos, la cabeza de deliciosas ilusiones... ¡Veinte años! ¡Dichosa edad, momento de embriaguez, en la que la vida se presenta a nuestros ojos acompañada de fantásticas seducciones y de prestigios! ¡Hora de entusiasmo y de ventura lanzada en la existencia como una rosa en el desierto! ¡Espejo falaz del porvenir en el que solo se ven la superficie dorada del mundo y sentimientos humanos, nos hallamos harto fascinados para poder sondear la esterilidad del uno y lo nada de los otros! Yo tenía veinte años, y ambicioso de heroicos espectáculos, partía para ver con mis ojos de poeta, lanzarse en los mares nuestros bajeles, cargados de los bravos que un abanicazo del Dey del Argel atraía sobre las costas de África, sobre aquellas costas donde los Borbones, al expirar su poder, debían coger un triunfo pasajero, como aquellas lámparas que próximas a extinguirse brillan con un vivo y siniestro resplandor.

¡Juzguen de mi júbilo, de mi exaltación, de mi delirio, todos los que me lean! ¡Iba a ver de nuevo a Marsella, a Marsella la ciudad napolitana de los franceses, su Italia, su país de amor! ¡Marsella la moderna Babel, la reunión del Universo, la ciudad de todas las naciones! ¡Marsella que yo habité no ha mucho, y donde yo había pasado casi toda mi juventud! ¡Iba a verla seductora, animada! Iba a verla, de día con su sol brillante sobre [col. 2] su cielo azul como un broche de oro y de diamantes en un vestido de baile: iba a verla, de noche dormida al dulce susurro de las olas del mar que vienen a morir a sus pies, murmurando mágicas palabras. La iba a ver, ¡la coqueta!, sonriéndose a la entrada de los buques, que de las cinco partes del mundo le traen sus ofrendas. ¡También veré a Tolón, Tolón tan magnífico con sus navíos, sus fragatas y sus corbetas amontonadas en su rada como un juego de ajedrez en su tablero, con su horizonte de flámulas y banderas, atestado de mástiles y cordajes! Sentiré sobre mi pecho, en mis cabellos, la brisa del mar, esta brisa que tanto me gusta; por la noche oiré la música de

nuestros regimientos embarcados, llevada sobre las olas, suave, voluptuosa como una serenada veneciana; yo admiraré aquellos osados marineros, fumando, jurando y peleando como los marineros de Cooper. ¡Ciudad marítima y guerrera! Gigantesco bajel, encallado en las costas mediterráneas para defender el suelo de Francia! Ojala que tu imponente aspecto pueda hacerme olvidar que en un rincón de tu bodega, la sociedad ha puesto una prisión donde el crimen arrastra las cadenas, donde la ignominia se pasea, pálida y con la cabeza rapada! Al contemplar con un orgullo nacional los elegantes uniformes que vas a ostentar delante de mí, no quisiera que mis ojos hallasen la chaqueta y el gorro verde de un galeote.

Todo esto me decía y otras cosas más, mientras que en el patio de la administración de postas de mi pueblito, los mozos cargaban los equipajes a la diligencia, y los postillones uncían los caballos al coche que debía llevar mis poéticos pensamientos y exponerlos al denso [p. 186, col. 1] polvo de nuestros caminos reales. Era de noche, y por un vago deseo, natural en la juventud, buscaba en la sombra un traje, o la gorra de una mujer, destinada a vivir algunas horas sentada a mi lado, y a que podría participar mis impresiones de viaje. A los veinte años todos los sueños se coloran con un tinte de amor; en esta edad todas las emociones parten o van a parar al corazón.

Todo estaba pronto para la partida; el conductor se acercó a la portezuela para llamar a los seis individuos que sin haberse visto nunca antes, debían pasar toda una noche lado por lado, o de manos a boca, para no volverse a ver más.

—La señora y señorita Del..., primero y segundo asiento. —Me estremecí, pues iba a hallarme con dos mujeres en una caja ambulante.

—Tercer asiento, fulano de tal. Este era un recio personaje con el abdomen protuberante, que, como hipando se lanzó en uno de los rincones del coche.

—Cuarto asiento, el señor Deseado. Y un hombre muy joven arrojó un cigarro prendido que tenía en la mano y tomó el rincón que quedaba vacante.

—Quinto asiento, el Sr. Anatolio S... t.

Salté orgulloso y contento, y me senté con la mayor urbanidad posible entre las dos señoras, que se acomodaron, dejándonos oír una tosecita complaciente y remilgada. Estaba ya ten fuera de mí que apenas sentí un ancho pie que se zampo sobre el mío aplastándole fuertemente; era el de

nuestro sexto viajero, que se encogía y pegaba sus codos para abrirse paso al lado del recio caballero, que hacia algunos minutos estaba durmiendo.

—¿Está bien, Irma? —dice mi señora de la izquierda, bajándose y dando vuelta la cabeza hacia mí. Un rayo de luz pasó por delante de su rostro, y vi que esta mujer era anciana, luego tenía a mi derecha la señorita.

—Sí, mamá —respondió con voz deliciosa.

En este momento colocaron un farol sobre una escalera del patio, de modo que alumbraba de lleno el rostro de la joven viajera; yo mi incliné. ¡Oh!, imagínese la perla más hermosa salida de las manos del criador; ca-[col. 2] bellos de azabache que caían a mechones sobre sus sienes; ojos negros que reflejaban una bella alma; una boca tan fresca, tan pura, y con todo esto una tez suave, melancólica, pálida, ¡una tez que probaba que la vida de esta joven estaba en el corazón! Esta, y no otra, era la joven que yo había soñado, la fantasma de mis noches de insomnio, el caro objeto de mis ilusiones; al fin le halle, lleno de vida y de realidad; allí estaba, junto a mí; su espalda se apoyaba sobre mi espalda, en medio de la oscuridad mi mano podía estrechar su mano, dándome vuelta podía aspirar el soplo embalsamado de su aliento; así es que estaba loco de contento, mi cabeza parecía un volcán, mi sangre hervía, mi corazón palpitaba como si hubiera querido salirse del pecho.

De repente el postillón hace rugir su látigo, el piso se estremece, el coche parte, y en un instante ya rodábamos por el camino real, sin otro ruido que el de las ruedas y el de los resortes, sin otra luz que la centelleante lumbre de las estrellas. El viento fresco, el viento de una noche de primavera, que daba sobre mi rostro, calmó algún tanto la delirante exaltación de mis ideas, y poco a poco me entregue a un sueño apacible, cuyo tema formaba mi bella incógnita; porque yo ya amaba a esta mujer; si, ¡la amaba con todas las potencias de mi alma! Mis ojos se fijaban maquinalmente en los árboles del camino, que pasaban delante de mi cual sombras fantásticas, y un pensamiento se lanzaba en el porvenir, en el que mi adorable Irma venía, apasionada y tierna, a unirse a mi destino. Después, enardeciéndose mi imaginación, ya la veía a solas conmigo, feliz, cariñosa; creía tenerla en mis brazos, palpitando de amor y colgada de mis labios, ya la oía decirme: “yo te amo”, con voz moribunda de languidez, y sentía la presión de sus abrazos, y bañaba mi cabeza en las ondas de su larga cabellera.

Vosotros, los que habéis tenido veinte años y un corazón ardiente, ¿os sorprenderéis de la rapidez con que se encendió mi llama? En esta edad,

¿Qué se necesita para embriagarnos de deleite, sino la vecindad de una joven interesante cuyo vestido se toca, y que apenas se ha visto a la luz vaporosa de una lámpara lejana? ¿Qué se necesitaba mas, para mí sobre todo, que estaba en otra circunstancia, enamorado durante dos meses de [p. 187, col. 1] una mujer que me había abrazado en un sueño, y cuyo recuerdo permanecerá indeleble en mi memoria!

Yo escuchaba la respiración de la madre que el sueño hacía tranquila y mesurada, el joven del cuarto asiento se había calado hasta las narices un gorro negro y rojo; mi vecino de enfrente estaba ocupado en protegerse de las frecuentes invasiones del recio caballero que roncaba con un abandono y unas inflexiones espantosas; la noche era oscura y la ocasión propicia; así suavemente el brazo de mi desconocida; siguiéndole llegue hasta su mano que reposaba sobre su rodilla, y se la apreté con un ardor frenético. A pesar [de] que en aquel momento todas mis impresiones eran novelescas, pensaba ser rechazado con indignación; pero Irma permaneció inmóvil, y yo quede estupefacto. Animado por el silencio de la sencilla joven, y por el éxito de mi primera tentativa, estreche de nuevo su mano con mayor fuerza aun, y me pareció que debajo de su guante me devolvía una ligera presión.

¡Oh! Me dije transportado de gozo, ella ha sabido leer en mi alma como yo he leído en la suya, ella me ama también... ¡Oh poder de la simpatía, unión irresistible y tierna de dos corazones formados el uno para el otro desde la eternidad, y que lánguidos y aislados se buscaban en la inmensidad de los mundos! ¡Ella me ama, es tan joven, tan pura y tan bella!... ¡y con que amor! ¡Con que candor admirable!, hasta desdeña por un primer favor defenderse con las armas de la coquetería; quiere entregarme su destino con franqueza, sin reserva como me ha entregado la mano... ¡Oh, yo la amaré toda la vida!

Repentinamente un pensamiento desconsolador me helo. Quizás Irma duerme, y lo que yo he creído por una tacita respuesta a mi tierna declaración no era más que la insensibilidad del sueño. Inquieto y desgraciado, resuelto a dar un sólido apoyo a mis esperanzas, apreté sus dedos aun con más fuerza. Irma hizo un movimiento, saco de su bolsillo un pañuelo con su mando derecha, y se sonó las narices sin mover la mano izquierda de que yo me había apoderado; después lanzo un suspiro largo y trémulo.

Ya no tuve dudas, ni temores; ¡joven hermosa, he comprendido tu suspiro, tiene [col. 2] para mi un sentido claro, preciso; encierra una confesión; es mas expresivo este suspiro salido de tu pecho que todas las palabras



que vinieran de tu boca. Este suspiro me dice: yo te amo; este suspiro me dice: habla y soy tuya, llámame y te seguiré; este suspiro me dice: ¿quieres mi porvenir, mis dieciocho años, mi belleza?, te los doy, ¡todo te lo doy en cambio de tu amor!

¡Oh mujer adorada! Ángel consolador, tu adivinaste mi incerteza [*sic*] y la has hecho cesar, tu me has visto tímido y me has animado... ¡Oh! ¡Toda mi vida de paz, de ternura, de júbilo por tanto afecto!... Tu tienes un alma que sufre; ella no cabe en tu débil cuerpo; yo he visto sobre tus facciones como un velo fúnebre, un reflejo de aquellas penas íntimas que carecen de nombre; pues bien, yo las aliviaré, yo seré tu consuelo, porque yo también padezco y los males que nos roen a ambos, son de aquellos que se curan cuando son participados...

El coche seguía rodando y mi imaginación corría con más rapidez que el coche; la misma calma reinaba en torno mío, y yo estaba en una indecible agitación; el cielo estaba sombrío, y en la sombra mis ojos brillaban como dos meteoros. Me había inclinado sobre Irma, y me hallaba tan cerca de ella que mi mejilla tocaba la suya; había aplicado sobre su corazón mi mano que estremecía al compás de los latidos de su seno, y la inocente joven me dejaba a mi gusto contar las pulsaciones de su pecho, y embriárgame con las sensaciones deliciosas que me hacía sentir el tacto de su adorable persona.

Abismado de tantas emociones, cierto de no ser rechazado, apoyaba lánguidamente mi cabeza sobre sus hombros. Está uno también así, esta posición es tan seductora, tan voluptuosa, sobre todo de noche, cuando todo está tranquilo en torno nuestro, cuando el silencio y la lobreguez convidan a la melancolía. Así se saborean los perfumes de virginidad que se exhalan del cuerpo de una niña; se sienten los movimientos graciosos de su cuello, se oye el ruido cadencioso de su respiración, se distingue el juego acompasado de sus arterias; en esta postura los labios pueden asir sus perfumados cabellos y jugar con sus bucles, torcerlos, enrularlos en todos sentidos. [p. 188, col. 1] En cuanto a mí, jamás he visto una espalda de mujer a mi lado, sin desear apoyar en ella mi cabeza.

Mi bella desconocida parecía regocijarse en sostenerme en esta libre y familiar postura, y de temor de incomodarme sin duda, conservo una inmovilidad perfecta. Yo por mi parte, tan amorosamente colocado, entregado enteramente a mi amada, cambiaba mis proyectos de viaje, aquellos

proyectos que no hacia mucho me habían alegrado tanto. Indiferente a las pompas marítimas, a las maniobras de nuestros bajeles, a los triunfos de nuestras armas, a la gloria de nuestros soldados, estaba resuelto a seguir por do quiera a Irma y a su madre, a tomar el camino que tomasen, a detenerme donde se detuviesen. Para en adelante esta mujer era mi familia; su morada, mi patria; su casa, mi universo; lejos de ella el mundo para mí era la nada; la felicidad, una quimera.

Los cabellos de Irma que, puestos tras la oreja, caían en forma de bucle a lo largo de su cuello, fueron agitados por un soplo e viento, y vinieron a jugar sobre mi frente acariciándola suavemente. De repente, un estremecimiento nervioso, seductor, recorrió todo mi ser como si hubiese sido herido por el contacto de fluido eléctrico; la sangre subió con fuerza a mi cerebro, desvié con mano atrevida el pañuelo que cubría hasta el brazo de la joven y aplique sobre su espalda desnuda un beso ardiente, convulsivo, un beso cuyo origen jamás he podido hallar. Yo no se si el calor de mis labios estaba en aquellos momentos a muchos grados sobre la temperatura ordinaria del cuerpo humano, pero me asombre de la frialdad que mi boca sintió sobre el cutis de mi bella desconocida; creí besar un pedazo de mármol, una espalda de estatua, experimente una impresión funesta, un temblor, tuve miedo.

—Señorita —dije inclinándome a Irma—, el frío la ha penetrado a V., está V. helada.

Estaba yo tan asustado, que pensaba no recibir respuesta. A fe de hombre de honor que creí que esta mujer estaba muerta.

— ¡Oh!, no, señor, no tengo frío —me respondió suspirando en voz baja.

— ¡Esto es! —me dije yo, su corazón está tan [col. 2] enardecido, su cabeza tan agitada que no siente que la humedad de la mañana ha enfriado su cuerpo. Pobre Irma, ella no piensa más que en su amor. Ven, adorada, ven a que yo te garanta de las impresiones del aire.

Y con un cuidado maternal, extendí su chal sobre su espalda y se lo cruce sobre su pecho.

—Así estará V. mejor, ¿no es verdad, señorita? ¡Oh!, no sabe V. cuán orgulloso estoy de poder ser a V. útil, de servirla, yo que quiero ser esclavo, yo que...

Ya estaba en el disparador, y le iba a espetar una declaración amorosa, bien ardiente, bien patética, bien sentimentalizada, cuando la señora Del... se despertó y llamó a su hija para preguntarle si necesitaba su ropón.

El horizonte se doraba en el Oriente; algunos rayos del sol resplandecían en el firmamento de donde las estrellas desaparecían unas tras otras; las hojas de los árboles, los cálices de las flores brillaban humedecidos del rocío, como innumerables diamantes; los resplandores del alba alumbraban imperfectamente las figuras fatigadas de los tres viajeros que estaban delante de mí. El Sr. Deseado, lanzando una ojeada insinuante a las señoras, componía su corbata y su cuello de camisa. El recio caballero, que por la noche se había encasquetado un enorme gorro de algodón blanco, se resriegra los ojos bostezando hasta hacer resonar los resortes de sus quijadas.

—Cuán molestos son estos carruajes —dijo estirando los brazos—, es imposible conciliar el sueño, no hay ni siquiera donde apoyarse.

— ¡Pardiez! Caballero, no tiene V. motivo para enfadarse —le replicó su vecino, lanzándole una colérica mirada—; yo sé muy bien que V. ha hallado en que apoyarse, y vive Dios que V. no es nada liviano.

Yo no apartaba la vista de Irma; en ella fijaba toda mi atención. Deseaba contemplarla, admirarla a mi gusto; pues la había visto muy imperfectamente al tiempo de su partida... Era joven, como de 18 años, y aunque de facciones regulares, y bellos ojos, no observe en su semblante tanta poesía como le había hallado al principio. Por cierto que llevaba el sello del sufrimiento, pero me parece que el alma no era la que sufría. Traté de atraerme sus miradas y adivinar [p. 189, col. 1] que impresión habían producido en ellas las escenas de la noche. Mi vista, mi primer aspecto la va a ruborizar mucho, pensaba yo... e Irma miraba con indiferencia por la portezuela pasar los árboles y las piedras del camino.

¡Pudor propio de una joven sin duda!, porque es imposible que haya perdido el recuerdo de mis apretones y sobre todo mi beso... ¡Oh!, no, de ningún modo, es que esta pensando en todo esto, es que esta enamoradísima, es que cree que una mirada mía la mataría... ¡Ángel adorado, tú me has revelado un mundo encantador, y yo te seguiré hasta el fin del universo!

Nadie hablaba, juzgue útil y prudente el entablar conocimiento con la madre de aquella a quien había entregado mi suerte, a fin de conocer el fin y el término de su viaje.

—Me parece que esta algo cansada, Señora... ¿Habrás V. dormido poco?, le dije para entrar en materia.

—Muy mal caballero. Por fortuna nuestro viaje no es muy largo.

— ¿V. se detendrá en Nimes tal vez, Señora?

—Más cerca aun, en Montpellier.

—Pero, si debo juzga por su acento de V. Montpellier no es su patria.

—No señor... Yo voy solo para poner en cura a mi hija, añadió bajando la voz.

No me engañé, decía yo entre mi... ¡Querida Irma!, su alma despedaza su cuerpo.

—Es una enfermedad de languidez, ¿no es verdad?, un mal desconocido que la devora —pregunté a la Señora Del... también en voz baja.

—Todavía peor, caballero, repuso ella tristemente, ¡mi hija esta parálitica de todo el lado izquierdo!!!

ANATOLIO EL SENTIMENTAL



### LIBRERO CHINO

(Véase la *Lámina N.º 24*)

Como el numero casi infinito de tipos que se emplean en la escritura chinesca (se cuenta cerca de 80.000) hace el estudio de las letras extremadamente penoso y difícil, los conocimientos literarios son reputados en la China como indicios ciertos de una alta capacidad intelectual. De esto ha resultado que de tiempo inmemorial se ha dado la mayor consideración y una posición superior a la clase de los hombres letrados, entre los cuales se escogen casi exclusivamente las dignidades y los funcionarios del orden civil. Esta veneración llega a tal punto que todas las profesiones que tienen alguna analogía, aunque remota, con las bellas letras, son miradas con la mayor estimación; de este modo, no solo los libreros e impresores, sino también los fa- [col. 2] bricantes de tinta y de papel están colocados entre los artesanos de una condición excepcional. Esta medalla no carece, es verdad, de reverso; la profesión de librero esta en la China, mas que en parte alguna, recargada de trabas; el impresor no puede imprimir nada sino después del dictamen de censores imperiales, y esta censura previa no evita toda persecución. El mandarín, que cree mala una obra que los censores juzgaron buena, puede confiscarla y condenar al impresor y editor a ser apaleados y a pagar una multa.

El arte tipográfico era ya muy antiguo en la China cuando fue descubierto en Europa; pero bajo la influencia del espíritu sistemáticamente estacionario que rige en el celeste imperio ha hecho escasos

progresos. Los procederes de la impresión son muy sencillos y se parecen al grabado. Se copian los manuscritos sobre tablas de madera muy dura, por medio de caracteres cortados en bajo relieve en el cuerpo mismo de la tabla. Se untan, con una escobilla de pelo de conejo, de una capa de tinta conocida entre nosotros con el nombre de tinta china, que se compone del humo de pino quemado, mezclado con algunos perfumes para quitarle el mal olor. Se aplica en seguida sobre la plancha una hoja de papel que se aprieta suavemente contra los tipos salientes. Como este papel, hecho de la corteza interior del bambú, del algodón y del moral, es muy delgado y muy frágil, solo puede soportar la impresión de un solo lado. Cada hoja recibe dos páginas de caracteres y se dobla de modo que el lado que queda blanco viene a estar adentro. Los encuadernadores chinos, enteramente al revés de los nuestros, unen las hojas en el lomo del libro por las orillas, de suerte que el pliegue de cada hoja, que queda doble, forme los cortes. Estos libros, cuyas líneas no están escritas horizontalmente de izquierda a derecha como en nuestras obras, o de derecha a izquierda como en las de los hebreos, sino perpendicularmente de arriba abajo, y empezando [col. 2] por la derecha, están, en general, acartonados y cubiertos de una hoja de papel de color. Algunas veces sus encuadernaciones, harto semejantes a las tapas de lujo adoptadas en Europa en la Edad Media, son de telas de seda recamadas de oro y de plata. Aunque ejerciendo como ellos su profesión al aire libre, el librero que representa nuestra litografía, no debe ser rebajado al rango de nuestros mercachifles, porque, como ya lo hemos observado, los mercaderes chinos, por la mayor parte, no esperan a sus marchantes detrás de un mostrador, sino que los van a buscar de calle en calle llevando a cuestras sus mercancías.

Los chinos no escriben con plumas, sino con pinceles de pelo de conejo. Su escritorio se compone de un pedazo de mármol bruñido, en cuyas extremidades hay ciertos agujeros destinados a recibir el agua y los panes de tinta: se deslíe el pan de tinta humedecido, frotándolo contra la parte plana del mármol; el pincel, el papel, la tinta y el mármol están designados con un solo nombre que significa *las cuatro cosas preciosas*. Gravemente minuciosos en todo, los chinos no podían dejar de variar, según las personas a quienes escriben, y según lo que tienen que decir, la forma, el corte y el color de sus cartas misivas.



## COSTUMBRES DE LAS ISLAS NOUKAHIVA

Existe en medio del grande océano, no lejos del Ecuador, y a algunos centenares de leguas al norte de la celebre Taití, un pequeño archipiélago todavía poco conocido, y que por tanto merece serlo mas; es el que los navegantes han llamado islas *Marquesas de Mendoza*, y que los naturales distinguen bajo el nombre de *Noukahiva*.

Estas islas, en número de ocho o diez, y que no han sido visitadas con cuidado sino en estos últimos tiempos, están cubiertas de bellos árboles y adornadas de un magnifico verdor [...] Por otra parte, el mar provee de pescados excelentes. La bebida ordinaria es agua y la leche de nuez de coco. Los habitantes de Noukahiva, de color trigüeño, tienen facciones regulares y agradables, hermosos ojos, dientes muy bellos, los cabellos generalmente largos y flotantes. Su encarna- [col. 2] dura anuncia la fuerza y la salud. Tienen una estatura alta, el pecho y las espaldas anchas, las piernas bien hechas, y el pie ancho por el uso de andar sin calzado.

El calor del clima ha permitido a estos insulares el contentarse con el mismo vestido de la naturaleza; solamente un faldellín de corteza de moral les parece suficiente a los que exige el pudor. Pero si su cuerpo no esta vestido, no descuidan en adornarle, haciendo sobre el cutis una variedad de picaduras o de dibujos que llaman pintado (tatuaje). Esta extravagancia tan extraordinaria, ofrece un conjunto que no desagrade. Se la ve hasta sobre el rostro de los hombres; pero no en el de las mujeres, las que en recompensa se aplican lunarcitos en varias partes del rostro.

Independientemente del pintado, los dos sexos rivalizan por el gusto de los pelendengues. Los ricos suspenden en su barba un diente de puerco o habichuelas, que prefieren a nuestras perlas y a nuestros diamantes. Algunas conchas con sus zarcillos. Adornan frecuentemente su cabeza con una diadema o banda, con un penacho de plumas de gallo, mientras que su cuello esta cargado de un collar de granitos rojos o de una trenza de cabello, que para estos insulares es una alhaja de afecto extremadamente precioso.

Los viajeros concuerdan todos sobre la belleza de las mujeres; su talle esbelto, ojos vivos, dientes blancos, piel fina, talle gracioso, [p. 192, col. 1] soltura en el andar, fisonomía risueña, he aquí lo que caracteriza la joven

noukahiviana. Trae siempre en la mano una ancha hoja de palmero dispuesta a guisa de sombrilla, que la preserva de los rayos ardientes del sol, cuando sale de casa para ir a bañarse; porque aquí los dos sexos pasan en el agua una parte del día. A su regreso, estas nuevas nereidas se tapan la cabeza con una punta del cinturón o lienzo ligero que se cree que las cubre.

A una bondad natural, estos insulares unen una sensibilidad tan dulce como previsor; ignoran sobre todo aquellos celos terribles que causan en otras partes tanto estragos. Es verdad que los dos sexos no les dejan ningún alimento, pues que cada uno es libre de su persona y dispone a medida de su deseo. El título de esposo no parece ser en estos países mas que una palabra vacía de sentido; cuando un marido muere, la viuda se arana bien un poco el rostro para mostrar su pesar; pero este pesar cesa pronto, y una Artemisa de veinte años sería allí un fenómeno.

Existe en Noukahiva un rey como el de Yvetot; es un modelo en todo. Exige, es verdad, de la reina, un poco más de reserva que de las otras mujeres de la isla; pero si, como lo refiere el capitán krusenstern, cuyo testimonio invoco aquí, se majestad esta obligada a ausentarse, aunque no sea más que por uno o dos días, deja un chambelán con el título de encendedor del fuego real, y este funcionario representa el príncipe en todos sus privilegios.

Un pueblo a quien la naturaleza parece haber querido asegurar una subsistencia abundante y escogida, se ve sin embargo acusado, por algunos viajeros, de no estar jamás contento; le atribuyen un gusto que parece bien opuesto a su mansedumbre, el de la carne humana. Otros viajeros que han visitado más recientemente estos parajes, declaran que ya no se comen a los prisioneros de guerra.

[Col. 2] [...] Cuando los noukahivianos se entregan al ejercicio del paseo, se sirven algunas veces de zancos, con los cuales, según el capitán Marchand, corren casi tan ligero como los habitantes de las Landes.

Por lo demás, no se fatigan de nada; tranquilos sobre sus medios de subsistencia, reciben lo que la tierra les da espontáneamente, y no piensan, por medio de su trabajo, en pedirle más. Aman la vida pacífica y detestan las guerras que se ven forzados a sostener por querellas entre sus jefes o agresiones de una isla contra otra. Pero vuelven prontamente a su desidia voluptuosa, a su delicioso *far niente*. Semejante ribera hubiese sido bien escogida por el genio poético de Thompson, para erigir en ella su castillo de la Indolencia.





---

Número 25

---



*Lámina N.º 25*





TRES AÑOS DESPUES.  
NOVELA POR MADAMA JULIA MORNEUSE  
(Véase la *Lámina N.º 25*)

Jamás leo un libro escrito por mujer, sin abarramiento. He observado que en general, una joven no llegaba a ser autor hasta después de haber padecido enormemente. Preciso es que su corazón haya sufrido mucho, y que crueles perfidias hayan palidecido e inclinado su frente, para que se atreva a exponer a un público indiferente los agravios que ha recibido del mundo y a lanzar un grito de libertad en pro de su sexo. Por eso es que [a] las novelas de las mujeres las dicta el corazón; cada queja, cada suspiro tiene un acento de verdad que conmueve. Bajo la máscara de los personajes, al través del tejido de la fabula y de los acontecimientos, se descubre un alma ignorada que solo deseaba amar y dilatarse. ¡En vez de la felicidad, quizás no haya hallado más que la servidumbre bajo la férrea mano de un esposo brutal! ¡En lugar de ser amada, quizás haya sido victima de una sensualidad grosera y egoísta!

Con las mujeres, un crítico esta a sus anchas: su conciencia le permite deponer su guerrera armadura. Estos hechiceros escritores de tienen vanidad literaria, ¿y para que la necesitan si poseen tantos medios de brillar? Toman la pluma con delicadez, y escriben como por distracción. Para una mujer hacer un libro, es dejar escapar de su corazón un quejido lastimero que exhalándole le alivia. Tal consideramos la novela de Madame Julia Morneuse.

Margarita es una joven de una complexión delicada, de un carácter triste y pensativo, de un alma dulce y amorosa. A la edad de 17 años, la dan por esposa a un banquero llamado Ruvies. En vano suplico a su padre, los ojos anegados de llanto, que no la case con semejante hombre. El banquero, harto positivo y duro para comprender la naturalidad poética de su mujer, muy luego se fastidioso de ella, y empleo cuantos medios tuvo a su alcance para hacerle insoportable la existencia. Margarita era en verdad bien desdichada. Habiendo dado la muerte a su madre al recibir la vida, su padre la había maldecido a su nacimiento. Los únicos instantes de ventura que ella gozaba eran aquellos que pasaba con madame Sernance, su compañera de colegio. Sin embargo, inspira una violenta pasión a dos jóvenes, Mauricio Dancey, hermano de madame Sernance, y Edmundo Flamere, grande artista que desprecia demasiado a

todos los hombres para mostrarles su ingenio. Sin atreverse a confesárselo a si misma, corresponde al amor de Mauricio. Margarita va a una casa de campo a restablecer su salud. Edmundo Flamere, que no puede vivir lejos de ella, la persigue en su retiro. Favorecido por una criada que tiene gran interés en comprometer a madame Ruvies a los ojos de su esposo, y creyéndose amado, Edmundo penetra en el castillo. El marido, advertido a tiempo, le sorprende una noche en el momento en que iba a entrar en el cuarto de Margarita, que lo ignoraba todo. Se entabla un proceso verbal; Madame Ruvies y Edmundo son conducidos a los tribunales, la una, bien que inocente se ve condenada como adúltera, y el otro como corruptor. Después de haber sufrido una injusta prisión, Margarita se retira a la comunidad de las religiosas de San Miguel. No obstante, Edmundo Flamere había alimentado siempre la idea de vengarse de Ruvies. Le halla en Brest, le fuerza a batirse, le mata, pero recibiendo una herida de la que muere. Mauricio, que no habia podido olvidar a Margarita, sabiendo por los periódicos la muerte de Ruvies, corre tras la joven viuda, la busca [p. 194, col. 1] por todas partes y la halla al fin. Consigue arrancarla del claustro donde se había retirado, se casa con ella y va a vivir dichoso a España.

Tres años después, bajo un delicioso cielo, a la sombra de un bosquecillo de naranjos y limoneros entrelazados de pámpanos de viña, en medio de un aire templado y fragante, sobre el declive de una colina risueña, bañada por las plateadas aguas del divino Cenil, Mauricio y margarita leían romances moriscos. En torno de ellos, jugueteaban dos hermosas criaturas, dulce fruto de su unión. Este momento es el que ha escogido una artista joven, cuyo diseño reproducimos hoy, Difícil es hacer cosa mas graciosa y expresiva. Este cuadro hace el elogio del libro que le ha inspirado.



## COSTUMBRES CRIOLLAS.<sup>1</sup> EL COLON

Si mal no me acuerdo, era a fines de 1772, algunos meses antes de la expedición del coronel Fourgeoud contra los negros rebeldes de Surinam, cuando un gran buque, procedente de Amsterdam, arrojó sobre el muelle de Paramaribo al joven Jansen Houtwijn, pobre, que venía a buscar fortuna, y decidido a adquirirla. En aquellos tiempos del tráfico de los Negros, tiempos que pasaron y probablemente nunca volverán, no era a la verdad muy difícil el hacer fortuna en las colonias, y todo hijo de buenos padres que se sentía con valor para partir a las islas, o a quien su prudente familia enviaba a purgar sus locuras, debía ser un jumento, si tarde o temprano no se ponía en estado de representar el papel de un personaje de comedia. En el día ya es otra cosa.

El que hubiese perdido de vista en aquel momento a Jansen Houtwijn y le hubiese hallado doce años después, no hubiese reconocido en el rico propietario de la Comewina, dueño de 1500 esclavos, miembro de la cámara de justicia de la colonia, ostentando un lujo fastuoso en sus caballos y coches, no hubiese reconocido, decía, en este advenedizo altanero, a aquel humilde joven que, a su llegada, se tuvo por muy dichoso de haber obtenido el destino de dependiente de la casa que ahora era suya. Por espacio de dos años había trabajado a echar el alma; vigilando a los negros de los ingenios desde los primeros albores [col. 2] hasta entrada la noche, expuesto a las lluvias diluvianas del invierno y a los ardores del sol del verano, presa de la fiebre del país a peligro de ser devorado por los mosquitos, y a más, comiendo muy mal. Pero su celo y su actividad en los negocios le habían distinguido, y después de haber ascendido progresivamente, llegó a ser tenedor de libros, y luego administrador en jefe con el honorario de 10.000 francos; después en fin, a la muerte del propietario, dueño de casa y de todo lo que hemos ya mencionado.

---

1. Debe servir de consuelo el saber que esta odiosa pintura de la suerte de los negros, se refiere al año de 1772. Desde entonces la condición de los esclavos se ha mejorado progresiva y notablemente, gracias a los reglamentos de las metrópolis, y a los progresos de civilización de las Américas.

Los blancos envidiaban su opulencia y se honraban en ser convidados a sus reuniones. Su voto era preponderante en la cámara, jamás dejaba de ser de importancia un movimiento de su cabeza. ¿Quién, efectivamente, no hubiese solicitado ser convidado a los banquetes de Jansen? ¿Eran tan suntuosos, tan espléndidos! Sus convidados bebían en cristal y en oro los deliciosos vinos del Cabo y de Francia, de la Grecia y de las Canarias; jóvenes esclavas, escogidas entre las más hermosas, medio cubiertas con telas transparentes, circulaban en torno de la mesa cargada [p.195, col. 1] de manjares de ambos mundos, agitando el aire con anchos abanicos: el ruido de los instrumentos se mezclaba a los transportes de alegría. Así volaban los días de Jansen: y cuando iba a sus posesiones dos o tres veces al año, hallaba otras jóvenes en rededor de su opípara mesa, otros vinos que beber en el cristal y en el oro, y otras noches de caricias y de amor. Esta prosperidad duró por muchos años.

En una mañana risueña de octubre, época de la cosecha de las cañas dulces, una hermosa embarcación, montada por ocho vigorosos negros, primorosamente esculpida en todos sus caperones, teniendo en su popa una cámara con claraboyas, dorada, con cortinas de muselina blanca de las Indias, surcaba en la rada de Paramaribo, evitando a derecha e izquierda los buques anclados, cuyos marineros la veían pasar apoyados tranquilamente sobre sus filaretos. Cuatro negros jóvenes, vestidos de ricas libreas, y colocados encima de la cámara, ejecutaban en las cornetas varios cantos entonces de moda en los conciertos de Holanda, que resonaban a los lejos en ambas orillas. Esta embarcación conducía a Jansen, blandamente recostado sobre frescos cojines, rellenos con hojas de bananos y cubiertos de finas catifas. Atravesó oblicuamente el río, y costeano la ribera opuesta a la ciudad hasta la altura del fuerte de Amsterdam, giró repentinamente sobre la derecha, y entró en el Cótica, que en este sitio une sus aguas enfriadas por las sombras de los bosques a las tibias aguas del Surinam.

La embarcación volaba a impulsos de los redoblados golpes de los remeros; las habitaciones suntuosas, los campos de cañas dulces, de algodoneros, los verdes cafetales, las tierras inundadas y sus bosques, desaparecían sucesivamente sobre las dos riberas, como la escena variante de un movable panorama. Bien pronto entró en el Comewina, de límpidas aguas, de soledades risueñas, turbando con sus músicas y con el estrépito de sus canaletes el silencio de los desiertos. Ya apenas se veía uno que otro edificio, la vegetación era más salvaje, y a los dos días de camino Jansen llegó a una plantación inmensa, pero aislada y perdida entre los bosques.

Jansen venía, como de costumbre, a inspeccionar los trabajos de la cosecha. Su administrador [col.2] principal corrió a recibirle, y ayudándole a poner pie a tierra, le acompañó con sombrero en mano, hasta una casa soberbia, rodeada de vastas dependencias, tras la cual podían verse a una distancia las moradas de los negros, alineadas en triple hilera, y formando por su reunión una aldea. En torno de esta opulenta morada, pasaban y volvían a pasar esclavos ocupados y silenciosos; otros sacaban sus negras figuras por las ventanas, y una parte del serrallo del propietario había acorrido bajo la galería para ser testigo de su llegada. Hacía muchos días que se le esperaba. Jansen entró en la galería, prestando oído a las largas relaciones del administrador, y se detuvo para echar una ojeada sobre su propiedad, donde todo era movimiento y trabajo.

Al día siguiente, al despertar, el propietario, sentado majestuosamente en su sitial, fumando en su pipa con la gravedad de un rayá indiano, administraba la justicia bajo su galería. Una banda de negritos muy fornidos pasó por delante de él conducidos por una negra anciana, gritando tres veces: “¡Buenos días, amo!”. El administrador pareció luego con aire sombrío.

—¡Apenas se ha empezado la cosecha —dice—, y ya vuestros negros se quejan de que se les hace trabajar diez y ocho horas de las veinte y cuatro! Anoche uno de ellos se ha atrevido a hacerme reconvencciones.

—¡Reconvencciones!... —exclamó Jansen impaciente y con la vista enfurecida—; hacédle venir, para que reciba cien azotes, aquí, en mi presencia.

Pocos instantes después, pareció un negro de elevada estatura, hombre que, dejando caer su mano sobre Jansen le hubiese aplastado; pero la casualidad había invertido los destinos. Se detuvo delante de su amo, mirándole con aire tranquilo.

—¡Miguel! —el negro frunció las cejas—. Los blancos me llaman Miguel; en mi país mi nombre es Fadlalah.

—Yo había dicho cien, dice Jansen, ¡ahora deben ser doscientos, Miguel!

—Gracias, amo —interrumpió Fadlalah sonriéndose.

—Doscientos cincuenta; Miguel, ¿tú has sido ya cimarrón?... —el negro levantó la cabeza.

—Sí, mi amo, he andado huido una [p. 196, col. 1] vez por los bosques; he encontrado el tigre en los bosques, y el tigre ha temblado en mis manos. Cuando el tigre caía en ellas, era tigre muerto —y mostraba unos brazos y unas manos que daban miedo.

—Serán trescientos, exclamó Jansen furioso. Tú lo has querido, échate aquí miserable, si hablas una palabra... Fadlalah permaneció inmóvil.

—Amo, Fadlalah es fuerte y puede trabajar por mucho tiempo sin dormir; pero Fadlalah tiene una mujer y niños que no pueden velar como él; déjalos dormir un poco: Fadlalah trabajará en su lugar, y siempre será buen negro.

—¡Tu mujer!, ¡tus hijos! —dice Jansen con una amarga sonrisa; y dirigiéndose al administrador: “Mañana armaréis una barca y los haréis conducir a Paramaribo para venderlos, aunque pierda en la venta doscientos pesos”.

—¡Perdón! ¡Mi amo, perdón! —exclamó el negro cayendo de rodillas y extendiendo sus manos en ademán suplicativo—. Mis hijos no han hecho nada, no los castigáis por Fadlalah. Perdón, mi amo.

Y viendo que era inútil su ruego, se arrojó de un salto como un jaguar, contra Houtwijn, pero el administrador y tres robustos negros, arrojándose sobre él, le derribaron al suelo.

Jansen palideció, tanto de sorpresa de tan inaudita audacia como de espanto. Esta era la primera vez que veía Jansen, cuyo nombre solo hacía estremecer a los negros, un esclavo hacerle frente. Se paseaba desconcertado bajo la galería, poseído de un indecible furor. En aquella época la ley condenaba a la pérdida de un miembro a todo esclavo que osase levantar la mano a un blanco, y Fadlalah se hubiese tenido por muy dichoso si entregado a la justicia, pudiese rescatar su vida a costa de un brazo o de una pierna, a elección de su amo. Pero Jansen pretendía más...

La familia del negro fue vendida; él reducido, en poco tiempo, a no ser más que una cosa, para la cual no se ha inventado aún un nombre, un cuerpo vivo salido de manos de los verdugos después de haberlo probado todo, excepto el golpe de gracia.

El desdichado resistía aún, una lucha horrible se estableció entre él y su amo, a quién [col. 2] se cansaría primero, el uno de castigar, el otro de despreciar los suplicios. Sus fuerzas cedieron en fin a un último castigo, salido del infierno, y que más de una vez ha visto Surinam. Le encadenaron cerca de un horno del ingenio, sin otro alimento que agua y bananas crudas; sustento con el cual el hombre más robusto no podría prolongar su existencia más allá de un mes. Allí, expuesto al fuego devorador de la hornaza que noche y día reflejaba su rojiza lumbre sobre sus miembros desencajados, torciéndose sin poder ocultar ninguna parte de su cuerpo a este lento y horrible suplicio, Fadlalah sintió que su valor iba a extinguirse; pero la locura vino en su auxilio: el pensamiento abandonó su



cerebro disecado, o flotando en un delirio tranquilo apenas arrojaba una luz incierta como de la una lámpara pronta a extinguirse. Su fin parecía próximo e inevitable.

Aquel año las lluvias vinieron tarde. La cosecha fue pingüe, y el propietario tuvo el tiempo de acabarla sin sufrir el menor quebranto. Es cierto que sus negros no habían descansado día y noche, y algunos habían muerto en el trabajo; pero tenía como doscientas barricas más de azúcar, y calculadas todas las pérdidas, salía ganancioso. Partió lleno de gloria, dando en un momento de humanidad, la orden de poner en libertad al negro.

Un año transcurrió, año de esplendor y de júbilo para Jansen, pero del cual cada día debía ser sin aniversario para él. La copa estaba llena: la mano de Baltazar estaba pronta. Su esclavo estaba libre de sus grillos: ¡insensato! ¿por qué no le dejó expirar? Uno más no hubiese pesado mucho en la balanza. Fadlalah, libre, mejor alimentado, había recobrado lentamente sus fuerzas, sus músculos se diseñaban de nuevo sobre sus atléticos miembros; solo el resorte de la inteligencia parecía haberse roto para siempre en su grande y fuerte cabeza. ¿Era efectivamente insensatez o astucia de negro? Jamás se ha podido saber. Se le trataba con bastante dulzura, porque ya no pensaba en huirse. De su propio motu, se había hecho el pescador de la casa, y se le había dejado: así ganaba al menos su sustento. En cuanto a la venganza, sin duda era en lo que menos pensaba el pobre loco. Nunca se hallaron mejor sus compañeros de esclavitud; [p. 197, col. 1] el fuego no consumía los plantíos, los animales domésticos vagaban tranquilamente, y ni uno se hallaba muerto por causa desconocida. En fin nada había que temer de parte de Fadlalah.

Las cañas dulces maduraron otra vez; la barca del propietario pareció de nuevo en las aguas del Comewina. Quince días se pasaron en los trabajos acostumbrados.

Una noche se vio a Jansen, al levantarse de la mesa, tomar su escopeta y dirigirse, acompañado de su negrito predilecto, a los bordes del ancon [*sic*], cerca de los botes de su propiedad. Fadlalah volvía de la pesca. Jansen le ordenó que le condujese a un ingenio vecino; al instante el negro salta sobre una canoa y la conduce cerca de la orilla, para que su amo pudiese entrar en ella cómodamente.

Jansen entró en la barca, y extendiéndose sobre la popa, corrió una cortina para atenuar el resplandor de la luna que daba contra su rostro. El negrito se puso al timón, y Fadlalah, apoyando su canaleta sobre la ribera, lanzó de un golpe la canoa en medio del Comewina.

Era una de aquellas noches imposible de describir, una noche de los desiertos de Guayana. La luna daba en los silenciosos bosques, cubriendo sus cimas con un tapete plateado, y cambiando sus troncos en otras tantas fantasmas. Solo a lo lejos se oía una voz, algunos gritos apagados de las aves, el movimiento de la corona de una palmera en los aires, el aleteo de una garza real en los árboles, y por lo demás toda la naturaleza reposaba.

La habitación estaba ya lejos. Por un cuarto de hora la barca ha surcado silenciosa como una ave nocturna, sobre la superficie unida del ancon [*sic*]; pero Fadlalah se ha detenido; su canaleta no rompe las aguas sino a largos intervalos; de rato en rato él reposa sobre su rodilla, y entonces parece estar entregado a la meditación, o bien, volviendo la cabeza, se inclina dirigiendo sus miradas hacia el punto donde está su amo. ¿Sus fuerzas se han agotado en efecto, o quiere probar de nuevo el látigo del administrador? Llega hasta ponerse de pie; su crespada cabeza ha penetrado en el toldo, y se ha atrevido a sacar de ella un objeto que ha arrojado con precaución en el agua; el objeto desaparece sin otro [col. 2] ruido que un imperceptible murmullo.

Al dar vuelta a una punta, el Comewina se extiende en línea recta bajo unos espesos follajes, para aparecer de nuevo brillante y claro a la extremidad del canal. Fadlalah ha recobrado su acostumbrado vigor; la canoa vuela algunos instantes por las tinieblas, para detenerse en la claridad. Una sábana anegada se extiende a perderse de vista sobre la derecha del ancon [*sic*]; los árboles del bosque trazan enormes sombras sobre su superficie: acá y acullá se eleva inmóvil una copa desmelenada de árboles, o el desnudo tronco de un palmero sobre cuya cima se ha colocado algún tití que se rasca y hace visajes a la luna.

Actualmente Fadlalah ha colocado su canaleta sobre el banco de la canoa, y se ha levantado en toda su altura. Sin embargo parece indeciso; con los brazos cruzados, contempla en silencio la tienda en que duerme su amo. Sus ojos blancos han recobrado la expresión perdida; sobre sus labios se ve una sonrisa extraña y que será fatal a alguno. Se da vuelta del lado de la sábana de agua y da un grito dulce y lastimero, después presta el oído... Todo se calla en torno suyo... Empieza de nuevo más dulce y más lastimero que la primera vez, después escucha todavía... A lo lejos, en la sábana, un ruido se hace oír como de un cuerpo que cae sobre el agua, y un grito semejante ha respondido al suyo. Fadlalah hace una demostración de alegría: “¡Ah! El caimán conoce todavía a Fadlalah!”.

Por diez veces diferentes ha renovado su llamada, y diez veces ha respondido: pero ahora ya no es una voz aislada. A la derecha, a la izquierda, de lejos, de cerca, unos gritos semejantes a aullidos salen de entre las cañas, se multiplican y crecen acercándose a la canoa. La sábana se despierta; unos monstruos llenos de anchas escamas se agitan por todas partes, se zambullen o nadan mostrando sus verdosos lomos. Cinco minutos después, veinte bocas abiertas se dejan ver fuera del agua, a dos pasos de la barca. La cortina de la tienda se abrió con precipitación.

—¿Qué oigo? exclamó Jansen que la inmovilidad de la canoa y el ruido lo habían despertado.

—¡Silencio! Amo, allá abajo, en la sábana, [p. 198, col. 1] el caimán llama a sus cachorros; ¡pobre caimán, como Fadlalah, ha perdido a sus hijos!

—¿Remarás, miserable? —gritó Jansen lleno de furor.

—¡Silencio! Amo, el caimán conoce a Fadlalah el pescador, y Fadlalah no conoce amo ninguno. La luna hace callar el caimán, pero Fadlalah sabe hacerle hablar siempre.

Jansen, fuera de sí, quiso lanzarse de la tienda; pero su negro, extendiendo la mano, le hizo caer como una débil criatura. —¡Ah, malvado! ¡Te atreves a poner la mano sobre tu amo! ¡Mi escopeta, Quaco! Dame mi escopeta; eres libre, mi buen Quaco, si me das al instante mi escopeta.

Quaco quiso hacer un movimiento, pero como su mirada encontrase la de Fadlalah, abandonó el timón temblando y se escondió bajo la plataforma de la tienda. Jansen buscaba su escopeta, pero era tiempo perdido; estaba a media legua de allí, en el fondo del ancón [*sic*]. Fadlalah le dejaba hacer en silencio. Entonces Jansen vio que estaba perdido y que había llegado su hora; arrojó una mirada despavorida sobre su negro, que le pareció tener diez pies de altura, sudores fríos corrían por todo su cuerpo, y como el ojo del negro obrase sobre él como el de una serpiente sobre un pajarito, retrocedió maquinalmente y se tapó en un rincón de la tienda con la boca abierta, los ojos extraviados. Los caimanes arrojaron sus gritos lúgubres e hicieron sonar sus quijadas.

—¡Silencio, mis caimanes! El amo no está todavía pronto... ¡pobre amo!”

Fadlalah quedó inmóvil aún algunos minutos. En fin, alargando el brazo bajo la tienda, sacó sin esfuerzo a Jansen casi sin sentido, y tomándolo entre sus brazos, como hace una madre con su cría, le acariciaba:

—Vos, señor Jansen, vos siempre buen amo; vos no sois quien habéis tomado a Fadlalah sus hijos. ¡Oh! No, ¿no es verdad? Fadlalah bueno en

otro tiempo; ¡ahora Fadlalah loco! ¡Fadlalah malo! ¡oh!...

Largó una carcajada de risa y dejó caer a Jansen en el agua.

Nada pudo distinguirse. Fue una refriega horrible, un rechinar de escamas, de espigas de hierro, un torbellino de agua, de espuma en el aire, que sacudió la frágil barca como una tempestad sobre el mar. Lo restante pasó en el fondo del agua. Nada [col. 2] pareció en la superficie, sino una nube sangrienta que el pacífico Comewina llevó en su curso. El negro le siguió con la vista un instante; después, sentándose sobre su banco, tomó su canaleta, y en dos golpes llegó a la orilla opuesta. Salió a tierra y se huyó cimarrón en los bosques.

Ocho días después, el cartel siguiente estaba fijado en la plaza mayor y en las principales calles de Paramaribo:

“Por orden del consejo de justicia de esta colonia, se hace saber que se conceden dos mil florines a todo blanco, mil florines a todo mulato o negro libre, la libertad a todo esclavo que entregue muerto o vivo el llamado Miguel, dicho Fadlalah, esclavo del honorable M. Jansen, miembro de este Consejo, y asesinado por el referido Miguel, dicho Fadlalah...”

Seguía la filiación del culpable.

“Los comandantes de los puertos militares del Sarameca, del Cottica, del Maroni y otros ríos harán conocer este aviso a los Indios de los distritos respectivos. El premio para los dichos Indios será de quinientos florines en dinero o en mercaderías, a su elección.

El secretario del Consejo,  
DANIEL VOORYMS”.

Dos años transcurrieron sin que nadie viniese a reclamar el prometido premio. Pero al cabo de este tiempo, en la estación lluviosa, un indio arrowouka, venido de los márgenes del Sarameca, se presentó una mañana en casa de M. Daniel Vooryms, y pidió audiencia. Introducido en presencia del honorable secretario, le hizo el saludo indiano sin proferir una palabra, y abriendo un cesto de junco que había traído, sacó, por los cabellos, una cabeza negra que parecía cortada hacía poco. Vio el hábil magistrado a la primera ojeada que esta cabeza no tenía más que una oreja, y llevaba otras señas a él conocidas.

—Es, dijo, la cabeza del negro Miguel, dicho Fadlalah, el asesino de nuestro amigo y colega, el sentido M. Houtwyn. Que se le de a este buen Indio la recompensa prometida”.



## A LOS SS. SUSCRIPTORES

Con este número concluye el segundo trimestre, o sea la mitad del tomo segundo y, como el número de suscriptores en esta capital es tan reducido que la publicación de este papel no deja al editor sino una pérdida considerable, se previene que desde hoy se suspende la publicación d *El Recopilador*, tanto más cuanto que el editor estando en vísperas de trasladar una parte de su establecimiento a uno de los estados vecinos, esta suspensión viene a ser necesaria. Sin embargo, espera poder continuarle tan luego como su instalación en otra parte tenga lugar, y entonces se apresurará a comunicarlo a los SS. Suscriptores, a quienes da las gracias más expresivas por la buena acogida que han tenido la bondad de dar a este papel, prometiendo de nuevo no ahorrar medio alguno para continuar en merecerla después.



## Índice analítico completo

[**Nota:** en este índice se han transcritos todos los textos del periódico, respetando su paginación original y colocando breves referencias bibliográficas entre corchetes de aquellos artículos que no han sido incorporados en la selección]

### Número 1

Prólogo, introducción, prefacio, pp. 1-2

[Juan María Gutiérrez, cf. Zinny 1878: 10]

Historia del vapor. Aplicado a la navegación, pp. 2-4

[Dedicado a la lámina con el mismo motivo]

Apología del matambre, pp. 4-6

De las mujeres, pp. 6-7

Los nervios, p. 7

La instrucción y la educación, p. 7

Aforismos de Franklin, p. 7

Poesía. Serenata y La margen del Río, p.8

Serenata (inédita) [firma: E. E.], p. 8

[Poema de Esteban Echeverría, aparece también intercalado en las *Cartas a un amigo*]

La margen del Río (inédita) [firma: Z], p.8

[Poema de Juan María Gutiérrez]

Aviso... p. 8

### Número 2

Habitantes de Las Landas, pp. 9-10

[Dedicado a la lámina con el mismo motivo]

Un brujo en el siglo XVIII, pp. 10-11

Poesía. El Desamor. Canción [firma: E], p. 11

Capítulos de una Obra recientemente publicada por el abate La Mennais, pp. 12-13

Lesage y su hijo, p. 14

Código epistolar, p. 15

Algunos pensamientos y máximas de Franklin, p. 15

Economía del tiempo en Inglaterra, p. 16

[Breve artículo de media columna dedicado al riguroso manejo del tiempo por parte de los ingleses]

Abanico de estufa, p. 16

[Artículo sobre el uso del abanico que hacen las mujeres y los modos de fabricarlos. A este artículo le sigue el párrafo extraído del *Magasin Pittoresque* que ha sido incluido en la selección]

Aviso, p. 16

### Número 3

El caballo, en la provincia de Buenos Aires, pp. 17-19

La columna de Trajano, en Roma, p. 19

[Dedicado a la lámina con el mismo motivo]

El hombre en el centro de la creación, pp. 19-22

[Artículo acerca de los avances de la civilización. Extraído de *De Salvandy*, traducido por Juan María Gutiérrez]

Diversiones públicas y juegos de los romanos, pp. 22-24

Aforismo de Chateaubriand, p. 24

### Número 4

San Marin (Italia), pp. 25-26

[Artículo dedicado a la lámina con el mismo motivo]

Milton y M. de Chateaubriand, pp. 26-30

La vacuna, pp. 30-32

[Artículo referido a la vacuna contra la viruela, su descubrimiento y expansión en América]

Poesía. A una lágrima (canción inédita) [firma: E], p. 32

### Número 5

Una historia, pp. 33-36

El preso de Chilon (Suiza), pp. 36-38

[Extracto de un poema de Byron escrito a partir del presidio que sufrió Bonnivard. La traducción en prosa pertenece a Juan María Gutiérrez (cf. Zinny 1878: 10). El artículo remite además a la lámina de este número, que reproduce una pintura de E. Delcroix sobre su cautiverio. Se ha reproducido solo la primera parte]

Un párrafo de Jovellanos, p. 38



Disminución de la mortalidad en relación de los progresos de la civilización, p. 38

[Breve artículo estadístico sobre la baja de la mortalidad en los principales países europeos]

Biografía de Huerta, pp. 39-40

### **Número 6**

Milán, pp. 41-43

[Artículo dedicado a la lámina con el mismo motivo]

Ensayo histórico sobre la poesía española. Desde su origen hasta Góngora, pp. 43-48

Aviso a los suscriptores, p. 48

### **Número 7**

Extractos de un viaje. Napoleón y Wellington, pp. 49-50

Londres, pp. 51-52

[Ambos artículos se basan en la traducción de extractos de *Memorias de un viajero* de Heinrich Heine, referido a las vidas de los generales Arthur Wellington y Napoleón Bonaparte]

Muerte de Cook, p. 53

[Artículo dedicado a la lámina con el mismo motivo]

Variedad en las ceremonias del matrimonio, pp. 54-56

### **Número 8**

Las corridas de toros (capítulo de una obra española), pp. 57-59

Resumen de la historia de Portugal hasta el presente reinado de Doña María de la Gloria, pp. 59-62

[Resumen de los lazos reales de la corona portuguesa desde la casa de Avis hasta la dinastía de Braganza]

Carruajes públicos y caminos de Inglaterra, pp. 62-63

[Breve artículo sobre transportes (carrozas) y caminos públicos en Inglaterra]

Origen del hombre de América, p. 63

[Breve extracto de la obra de W. Robertson sobre el origen del nombre de América]

Las ruinas de Palmira, pp. 63-64

[Artículo dedicado a la lámina con el mismo motivo]

### Número 9

La gitana (novela catalana), pp. 65-68

Estado de la literatura rusa, p. 68-70

Pensamientos [de Schiller], p. 70

Oda a Napoleón, p. 70

Cuerpo de guardia turco en Esmirna, pp. 71-72

[Artículo dedicado a la lámina con el mismo motivo]

Poesía. La diamela, [Firma: Z], p. 72

### Número 10

Costumbres de Madrid. Modos de vivir que no dan de vivir, pp. 73-77

[Artículo de Mariano José de Larra, publicado por primera vez en el periódico *Revista Mensajero* el 29 de junio de 1835, bajo el célebre seudónimo “Fígaro”]

Nos engañaron como chinos. Origen de un refrán, p. 77

[Breve texto referido al origen de ese dicho popular]

Juegos de los antiguos mexicanos, pp. 78-79

Pensamientos, p. 79

Utilidad de la división del trabajo, p. 80

[El artículo retoma la teoría de Adam Smith acerca de la necesidad de la división del trabajo, manual e intelectual o científico, y ofrece como ejemplo la fabricación de alfileres en Francia; refiere, asimismo, al trabajo de Gaspar Riche de Prony dedicado a instaurar, después de la revolución, el sistema métrico decimal]

### Número 11

La mujer, pp. 81-83

Pensamientos, p. 83

Fabricación del papel, p. 84

[Artículo dedicado a la lámina con el mismo motivo]

“Los dos artistas” o “El pintor y el poeta”, pp. 85-88

### Número 12

La pesca del tiburón, pp. 89-91

[Traducción de *From Sketches Made with the Camera Lucida, in North America*, of Captain Basil Hall]

El ciego de Clermont, pp. 91-97

### Número 13

III. La curación (continuación de “El ciego de Clermont”), p. 97

Los gemelos siameses, pp. 98-100

Los artistas deben morir jóvenes. Bellini, pp. 100-104

### Número 14

Las navajas de vapor, pp. 105-106

El desafío, pp. 106-110

[Artículo referido a los orígenes históricos del desafío o duelo como pleito moral y político, traducción de un discurso del *Diccionario de la conversación* de Dupin]

Última hora de algunos hombres célebres (extractado de David Bogue), pp. 110-111

De la barba en Francia, p. 111

[Breve artículo de una columna que completa el dedicado a “Las navajas de vapor”, refiriéndose en este caso a Francia]

Infalibilidad de Aristóteles, p. 112

[Breve anécdota, que ocupa media columna, sobre la parábola del movimiento y la velocidad del filósofo griego]

Poesía. La Aroma (canción inédita) [firma: E. E.], p. 112

### Número 15

Jeroglíficos egipcios, pp. 113-115

[Artículo dedicado a la escritura egipcia, colofón: “ARRAGO, *Annuaire*”]

Las petimetas del Japón, pp. 116-117

[Artículo dedicado a la lámina con el mismo motivo]

Dupuytren [de Jules Janin], pp. 117-120

### Número 16

*El Recopilador* a sus suscriptores, pp. 121-123

Ali-Bey, pp. 123-124

[Artículo dedicado a la lámina con el mismo motivo]

La poesía y la música entre nosotros... pp. 125-129

### Número 17

- [Última página de] La poesía y la música entre nosotros, p. 129  
El perro de Montargis, pp.130-131  
[Artículo dedicado a la lámina con el mismo motivo]  
La campaña de Roma. Extracto de una carta dirigida a M. de Fontanes por  
Chateaubriand, pp. 131-139

### Número 18

- Continuación de “La campaña de Roma”, pp. 137-139  
Bailes alemanes, pp. 139-141  
[Artículo dedicado a las costumbres y maneras de sociabilidad en  
Alemania]  
Duración comparada de la vida de los sabios y artistas, pp. 141-142  
El mariscal de Rantzau, pp. 142-143  
[Artículo dedicado a la lámina con el mismo motivo]  
De los insectos, pp. 143-144  
[Artículo de historia natural sobre la procreación y vida de los insectos]

### Número 19

- El Havre-de-Gracie, pp. 145-147  
[Artículo dedicado a la lámina con el mismo motivo]  
Himno a la belleza [de M. Ballanche], p. 147  
Los contratiempos de un sabio, pp. 148-149  
[Traducción del *Journal des Enfants*]  
Klopstock [concluirá], pp. 149-152  
A los Sres. Suscriptores, p. 152

### Número 20

- Tipou-Saib, pp. 153-154  
[Artículo dedicado a la lámina con el mismo motivo]  
Mandutti, pp. 155-158  
[Artículo crítico sobre “un librito que se ha publicado en estos días  
con el nombre tradicional de *Mandutti*”, aparente obra de divulga-  
ción de remedios caseros sugeridos por un doctor de ese nombre]  
Klopstock  
[continuación de la página 153], pp. 158-161

### **Número 21**

Última pagina de Klopstock, p. 161

Pensamientos, pp. 161-162

FINIS. Extracto de un poema titulado Rosaura, pp. 162-164

Un gran hombre dando lustre a sus botas, pp. 164-165

[Breve artículo en género fabulesco]

El diamante, p. 165

Higiene. Uso del corsé, p. 166

El tapir, pp. 167-168

[Artículo dedicado a la lámina con el mismo motivo]

### **Número 22**

Berta la pescadora. Fragmento de una novela, pp. 169-171

El caballo, en la provincia de Buenos Aires, pp. 171-173

[Concluye el artículo de Juan María Gutiérrez comenzado a publicar en el tercer número del periódico]

Reflexiones sobre la influencia social de la feudalidad, pp. 173-176

Evaluación comparada de los edificios mas altos que se conocen, p. 176

[Breve artículo estadístico sobre las alturas edilicias europeas, debajo del cual aparece esta nota relativa al periódico: “Con este número cesa la persona encargada de suministrar traducciones a este periódico desde el principio del tomo 2, y sigue la que las daba anteriormente”]

### **Número 23**

Una caza de vicuñas, pp. 177-180

La abadía del Monte Casino, pp. 181-183

[Artículo dedicado a la lámina con el mismo motivo]

Reflexiones sobre la influencia social de la feudalidad [conclusión], pp. 183-184

### **Número 24**

Una noche en diligencia. Extracto de un viaje en Francia, pp. 185-189

Librero chino, pp. 189-190

[Artículo en referencia a la lámina de este número, titulada “Librero chino”]

Minas de Potosí, p. 190

[Breve párrafo referido a la extracción de metales preciosos en Potosí,  
con referencia a lo publicado por el viajero inglés M. Pentland]

Costumbres de las Islas Noukahiva, pp. 191-192

### **Número 25**

Tres años después. Novela por Madama Julia Morneuse, pp. 193-194

Costumbres criollas. El Colon, pp. 194-198

Sócrates y Xantipa, pp. 199-200

[Breve artículo referido a las concepciones civiles de dicha pareja en la  
Antigüedad Clásica]

A los Sres. Suscriptores, p. 200







La colección *Reediciones y Antologías* está animada por una mirada que vuelve sobre los textos pasados. Una visita curiosa y cauta que intenta traer al presente un conjunto de escritos capaces de interpelarnos en nuestra existencia común. Trazos sutiles que convocan a despertar la sensibilidad crítica de un lector, desprevenido u ocasional, que encontrará en estos volúmenes buenas razones para repensar nuestra incierta experiencia contemporánea.

*El Recopilador* comenzó a publicarse en Buenos Aires en mayo de 1836, por la Imprenta del Comercio y Litografía del Estado, los mismos talleres donde apenas un año antes se había publicado el *Museo Americano*, primer periódico ilustrado de la región, fundado y dirigido por el conocido grabador Cesar Hipólito Bacle. La coincidencia no es fortuita, pues *El Recopilador* se asumía como una continuación del Museo, sobre todo porque ambas publicaciones ofrecían entre sus páginas estampas litográficas, una verdadera novedad en el universo editorial de la época, presentaban asimismo un diseño tipográfico similar y se editaban bajo dirección del mencionado litógrafo ginebrino. Sin embargo, quien había sido esporádico colaborador del *Museo*, Juan María Gutiérrez, pasaba a ser redactor principal en la nueva empresa, dato por cierto nada desdeñable al momento de evaluar lo que hoy llamaríamos *perfil* editorial de la publicación. En efecto, como sugirió Félix Weinberg, la asunción de Gutiérrez como principal redactor significó un cambio de orientación importante que implicó, entre otras cosas, la incorporación al periódico de piezas ensayísticas y poéticas de la nueva promoción de escritores, conocida como “generación del 37” o “generación romántica”.

